

“HAGAMOS EQUIPO”
PRO Y LA CONSTRUCCIÓN DE
LA NUEVA DERECHA EN ARGENTINA

Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi
(organizadores)

**“Hagamos equipo”
PRO y la construcción de
la nueva derecha en Argentina**

Luciana Arriondo
Juan R. Grandinetti
Gabriela Mattina
Sergio Daniel Morresi
Gabriel Vommaro

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Hagamos equipo : PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina / Luciana Arriondo ... [et al.] ; coordinación general de Gabriel Vommaro ; Sergio Morresi. - 1a ed. - 1a reimp. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016.
296 p. ; 22 x 16 cm. - (Política, políticas y sociedad ; 18)

ISBN 978-987-630-216-6

1. Partidos Políticos . I. Arriondo, Luciana II. Vommaro, Gabriel, coord. III. Morresi, Sergio, coord.
CDD 324.2

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7578

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa

Diseño de tapa: Daniel Vidable

Corrección: Gabriela Laster



Licencia Creative Commons 4.0

Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd)



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Palabras preliminares	9
Introducción. El PRO como laboratorio político. Aprender un partido a partir de los espacios y las temporalidades de su construcción <i>Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi</i>	11
Capítulo 1. “La Ciudad nos une”. La construcción de PRO en el espacio político argentino <i>Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi</i>	29
Capítulo 2. De “Macri” a “Mauricio”. Una aproximación a los mecanismos de constitución pública del liderazgo político en la Argentina contemporánea <i>Gabriela Mattina</i>	71
Capítulo 3. Contribución a una sociología política de los partidos. Los mundos sociales de pertenencia y las generaciones políticas de PRO <i>Gabriel Vommaro</i>	111
Capítulo 4. “Acá somos todos democráticos”. El PRO y las relaciones entre la derecha y la democracia en Argentina <i>Sergio Daniel Morresi</i>	163
Capítulo 5. De la UCeDe al PRO. Un recorrido por la trayectoria de los militantes de centro-derecha de la ciudad de Buenos Aires <i>Luciana Arriondo</i>	203
Capítulo 6. “Mirar para adelante”. Tres dimensiones de la juventud en la militancia de Jóvenes PRO <i>Juan R. Grandinetti</i>	231
Bibliografía general	265
Notas biográficas de los autores	295

Palabras preliminares

Este libro es producto de un trabajo colectivo de un equipo de investigación radicado en el Área de Política del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento (IDH-UNGS), dirigido por Sergio Daniel Morresi y Gabriel Vommaro. Durante más de cuatro años, realizamos un estudio exhaustivo del partido Propuesta Republicana (PRO), que esperamos se vea reflejado en las páginas que siguen. De este trabajo, en sus diferentes etapas, además de los autores de los textos que aquí se presentan, participaron otras personas a las que no queremos dejar de agradecer: Micaela Baldoni, Luciana de Diego, Dante Ganem, Jéscica Romero, Vicente Russo, Iván Schuliaquer y Mariela Zelenay integraron el equipo que hizo posible la realización de la encuesta a los cuadros del partido, tarea que nos llevó buena parte del año 2011. Al mismo tiempo, algunos de ellos colaboraron en la realización de las entrevistas.

En mayo de 2014, realizamos una jornada de discusión de los primeros borradores de los artículos que integran el libro, y estos fueron favorecidos por la lectura crítica y los comentarios de Martín Armelino, Damián Corral, Mariana Gené, Silvana Palermo y Martín Vicente, a quienes también queremos agradecer por enriquecer nuestro trabajo, aunque desde luego nada de lo que está dicho aquí pueda endosárseles.

El apoyo y las discusiones con nuestros colegas del Área de Política del IDH-UNGS fueron también fundamentales para la realización de este estudio de largo aliento. Sus miradas sobre el fenómeno que tratábamos de comprender fueron imprescindibles para enriquecer nuestra perspectiva. También lo fueron los intercambios con otros investigadores, con quienes compartimos resultados preliminares de nuestro trabajo, así como ponencias y artículos que fueron publicados en estos años. Agradecemos, entonces, a Stéphanie Alenda y sus colegas de la Universidad Andrés Bello, de Chile; Javier Amadeo y Christina Andrews del área de Política de la Universidad Federal de San Pablo; Aldo Ameigeiras y los participantes del seminario del CEIL-PIETTE; Ernesto Bohoslavsky y los miembros del área de Historia del IDH-UNGS; Adriano Codato, Renato Perissinotto y todos los colegas de su observatorio de las élites, de la

Universidad Federal de Paraná, Brasil; Hélène Combes; Julien Fretel; Marcela Ferrari y su equipo de la Universidad Nacional de Mar del Plata; Mariana Heredia y en su nombre a todos los miembros del equipo de estudios sobre las transformaciones de las élites en la Argentina, de la Universidad Nacional de San Martín; Juan Pablo Luna; Marcelo Leiras y los participantes del seminario permanente del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de San Andrés; Michel Offerlé; Pierre Ostiguy; Cristóbal Rovira Kaltwasser; Frédéric Sawicki y Gerardo Scherlis.

Nuestra investigación contó también con apoyo financiero de diferentes instituciones públicas, que han sido y son fundamentales para el sostenimiento de la investigación en ciencias sociales. El Instituto del Desarrollo Humano y la Universidad Nacional de General Sarmiento, mediante sus programas de financiamiento de proyectos y de becarios; la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, con sus proyectos PICT; el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, que nos otorgó un proyecto de investigación plurianual (PIP).

Last but not least, quisiéramos agradecer a los entrevistados, encuestados, observados a lo largo de nuestra investigación: dirigentes políticos, militantes y funcionarios municipales que accedieron a nuestros requerimientos y nos cedieron parte de su tiempo.

Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi

Introducción

El PRO como laboratorio político

Aprender un partido a partir de los espacios y las temporalidades de su construcción

Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi

Un fantasma recorre el mundo de la política: es el fantasma de la crisis de los partidos. Analistas de los medios de comunicación, líderes políticos e incluso especialistas del ámbito académico parecen haber unido sus fuerzas para señalar el problema. ¿En qué país de América o Europa no se ha visto su espectral figura? ¿Qué sociedad no ha sido señalada como una de aquellas en las que –por distintos motivos– la crisis se ha desplegado con mayor virulencia que en otras latitudes? Sin embargo, como han mostrado distintos estudios (Manin, 1992; Ignazi, 1996; Mair *et al.*, 2004), es probable que la crisis tan temida haya sido sobredimensionada. En efecto, a pesar de la presencia de ciertos indicadores vinculados a factores estructurales (como, por ejemplo, la baja en el número de afiliados y la merma en la identificación partidaria de los ciudadanos) y funcionales (tales como la pérdida de capacidad de las autoridades partidarias para seleccionar al personal y marcar la agenda), parece claro que los partidos continúan cumpliendo el rol de representar y articular demandas en las sociedades democráticas. A lo que asistimos, entonces, no es a un derrumbe de los partidos en general, sino a un largo proceso de cambio, a una metamorfosis en las formas de representación que habían sido habituales en los primeros dos tercios del siglo xx.

Al mismo tiempo que conviene tener cautela y no exagerar la idea de un declive global y sistemático de los partidos, debe tenerse en cuenta que, en determinadas coyunturas, se gatillan efectivamente procesos a los que podemos

llamar propiamente crisis, como la que tuvo lugar en la Argentina durante el año 2001. Se trata de procesos de cambio “breves” que se superimponen a la metamorfosis que se desarrolla en un tiempo más extenso, en los que se produce un quiebre –o por lo menos un resquebrajamiento– de la relación entre representantes y representados (Pousadela, 2004). En las crisis, una parte importante de los ciudadanos deja de reconocer la legitimidad de los representantes y ya no se limita a rechazar a un partido o propuesta en particular, sino en general a la misma idea de representación política: *¡que se vayan todos!*

Entre la metamorfosis y la crisis no hay una relación lineal, pero se trata de fenómenos que están indudablemente conectados. En buena medida, el pasaje de la primacía de los partidos tradicionales (identificados con el modelo del partido burocrático de masas de Duverger, 1987) a nuevos formatos como el partido profesional-electoral (Panebianco, 1990) y el partido cartel (Katz y Mair 1995) es el paño sobre el cual germinan percepciones en las que la democracia de partidos deja de ser un instrumento de la ciudadanía para controlar a sus representantes y se transforma en un instrumento al servicio de una “clase política” enfocada en su propia preservación y, a veces, también, corrupta e incapaz de resolver los problemas que la sociedad considera más importantes y urgentes (Borchert, 2003).

Como resultado y a la vez como antídoto de la crisis, los partidos tradicionales suelen mutar su fisonomía y su comportamiento, y tratan de establecer nuevos posicionamientos. En el mismo sentido, no es inusual que aparezcan nuevos partidos que, presentándose en principio como externos a la política, buscan establecer formas de organización, de identificación y de vinculación con la sociedad y el Estado que resulten novedosas. Muchas veces, se trata de partidos “personalistas”, estructuras débiles que giran en función exclusiva de la figura de un líder, pero incluso en estos casos no es inusual que emprendimientos que comenzaron de este modo transmuten en organizaciones más robustas (Sikk, 2012). Por otra parte, aunque en ocasiones se ha hecho hincapié en que las crisis suelen dar como resultado la aparición de partidos “antipolítica” o “antisistema”, tanto de tipo libertario-radical de izquierda como de extracción populista-nacionalista de derecha, lo cierto es que el surgimiento de este tipo de partidos suele preceder a las crisis más que ser su fruto y, además, al menos en ocasiones, los nuevos partidos que emergen de las crisis no procuran derrumbar el sistema, sino ingresar en él para transformarlo desde adentro (Ignazi, 1996; Abedi, 2004).

Precisamente en este sentido, el objetivo de este libro es estudiar la construcción de un partido nuevo como Propuesta Republicana (PRO), que tiene

como rasgo identitario, a la vez que como marca de origen y sello de calidad, su misma novedad, que está encarnada con claridad en la idea de “cambiar la política”. Nuestra meta no es simplemente mostrar qué tan nuevo resulta ser PRO o cuán profundo es el cambio que propone cuando es estudiado en profundidad. Lo que buscamos –en cambio– es dar cuenta de los distintos dispositivos y mecanismos que permitieron o facilitaron su surgimiento en un contexto de crisis (que en la Argentina no solo fue política, sino también económica y social) y reflexionar sobre su desarrollo a partir de formas organizacionales e institucionales y de ideas y posicionamientos que son a la vez productores y fruto de un medio partidario complejo y heterogéneo.

Para llevar adelante la tarea, retomamos algunas de las contribuciones de los análisis de tipo institucional que propone la ciencia política, pero lo hacemos desde una mirada, por así decirlo, descentrada. A partir de los aportes de la sociología y de la teoría política, proponemos estudiar el PRO prestando particular atención a su enraizamiento social y a su construcción ético-política. Así, se trata de estudiar, por un lado, los espacios en que PRO recluta militantes, cuadros políticos y visiones del mundo; y, por el otro, el repertorio discursivo, ideológico y moral que el partido moviliza en relación tensa con la tradición política en la que hunde sus raíces –la de la centro-derecha– y en su vinculación con el modo en que la organización se posiciona en el espacio político argentino que ella misma colabora en construir. Ambas dimensiones, así, se articulan respecto de la indexicalidad de este trabajo. La preocupación por el enraizamiento social específico y contextual (no planteado en términos genéricos) y la búsqueda de comprensión de las ideas políticas en relación con un espacio discursivo de posiciones históricamente determinado (y no simplemente ideas en abstracto) muestran la preocupación por colocar el análisis de PRO en la trama histórica de la que emerge. Dicho de modo más simple: la historia cuenta; las relaciones sociales cuentan.

Los partidos en su trama

La dimensión sociohistórica importa en muchos sentidos, pero, de todos ellos, en estas páginas quisiéramos subrayar tres. En primer lugar, el momento de emergencia de una fuerza política configura una estructura de oportunidades políticas particular relacionada con un tipo de distribución de recursos, de acuerdos institucionales y de antecedentes históricos que constituyen en cierta medida una marca organizacional, en especial en términos de construcción or-

ganizativa y de elaboración de marcos (*frames*) morales y cognitivos que regulan la acción de sus miembros. Como se verá en algunos de los trabajos de este libro, la coyuntura de fines de 2001 y los primeros meses de 2002 resulta fundamental para entender el surgimiento de una nueva fuerza política como PRO.

En segundo término, la perspectiva sociohistórica permite mostrar que la construcción de un partido político no se realiza de una vez y para siempre, sino que se despliega como un proceso abierto, inacabado, que dura tanto tiempo como la propia organización. Este desarrollo está enmarcado por las experiencias históricas en las que el partido se reconoce, o frente a las cuales se posiciona como alteridad. En esas experiencias (y particularmente en las experiencias que se configuran en “coyunturas críticas”, Collier y Collier, 1991), el partido va definiendo sus estrategias políticas, sus alineamientos y las luchas por la hegemonía interna que le dan vida en cada una de sus etapas de vida. En este sentido, resulta interesante contrastar los años formativos de una fuerza política —hechos de tanteos, improvisaciones, pasos en falso— con los momentos en los que la organización adquiere cierta consistencia, sus contornos se delinearán más claramente y los derechos de entrada y salida se elevan hasta el punto de convertirse en fronteras de carácter político —e institucional.

Finalmente, la mirada sociohistórica permite vincular el recorrido político, social y discursivo de un partido determinado con actores que lo precedieron, a los que reconoce como antecedentes positivos o negativos. Lo que se obtiene de este tipo de análisis no es solamente la distinción entre lo nuevo y lo viejo (entre las fracturas y continuidades, como se suele decir), sino una mayor comprensión de la vida del propio partido, de las identidades e identificaciones de sus miembros, de sus estrategias y sus posicionamientos en una cartografía política que ellos mismos colaboran en construir, pero de la cual no son arquitectos exclusivos.

En la trama sociohistórica, la aparición de un nuevo partido político no es un rayo en cielo sereno ni puede ser considerada como un factor exógeno de disrupción en un sistema cerrado y estable. Así, los estudios sobre partidos lidian sistemáticamente con la cuestión de la dinámica (la estabilidad, la continuidad y el cambio) de los sistemas, y por tanto con la aparición o desaparición de actores dentro de aquel. La problemática ya fue abordada por quien es considerado el padre de los estudios sobre partidos, Moisei Ostrogorski, a comienzos del siglo xx. Desde un ángulo normativo, Ostrogorski (1993) abogó por una transformación que hiciera a los partidos temporales y con programas a la vez pragmáticos y específicos. Años después, con un enfoque más claramente ins-

titucionalista, Duverger (1987) desarrolló un trabajo seminal que le permitió establecer que los sistemas electorales de representación proporcional tienden a una expansión constante del sistema partidario, una hipótesis que fue explorada en muchos otros trabajos (por ejemplo, Pedersen, 1982; Schlesinger, 1994; Grofman *et al.*, 2008). Más adelante, desde una perspectiva sociológica, se mostró que una vez que los sistemas de partidos son establecidos, las lealtades de los votantes se “congelan” y el sistema tiende a solidificarse (Lipset y Rokkan, 1967). Probablemente por ello, durante un tiempo, se prestó poca atención a la posibilidad de que nuevos partidos políticos pudieran surgir y consolidarse dentro de un sistema existente (Boudon, 1996).

El consenso en torno a una estabilidad perenne comenzó a romperse a fines de los años setenta con la llegada de nuevos partidos con demandas novedosas (como, por ejemplo, los ecologistas), que parecían tener la capacidad de trastocar sistemas partidarios que se habían supuesto estabilizados (Mair, 1997). Unos años más tarde, el interés por los nuevos partidos se incrementó como fruto del surgimiento de nuevas democracias en Europa oriental y América Latina y del éxito de nuevas organizaciones partidarias en las democracias establecidas (por ejemplo, Hug, 2000; Tavits, 2008). Así, en la actualidad, el campo de los nuevos partidos es floreciente y constantemente surgen trabajos que intentan explicar por qué emergen nuevas fuerzas, en qué condiciones se consolidan y –en menor medida– cuál es el impacto de distintos factores (políticos e institucionales) durante los primeros años de su desarrollo (Harmel, 1985; Bolin, 2007). Para el caso argentino, recientemente se ha propuesto un marco de análisis que permite pensar las modalidades de emergencia e institucionalización de las organizaciones políticas en relación con el ambiente (Abal Medina, 2007; 2009), lo que es particularmente pertinente para nuestro objetivo porque permite estudiar la importancia de las características del contexto de emergencia de un partido para entender su devenir ideológico y organizativo.

La amplia literatura disponible sobre partidos puede ser ordenada de acuerdo con distintos criterios. Si la clasificamos según el enfoque teórico-metodológico, es posible distinguir los abordajes institucionalistas (Willey, 1998), los sociológicos (Lipset y Rokkan, 1967), los que estudian las élites de emprendedores políticos (Aldrich, 1995), los que se centran en el comportamiento de los electores (Downs, 1973) y aquellos que lo hacen en el proceso de modernización (LaPalombara y Weiner, 1969). Otra perspectiva permitiría diferenciar los estudios sobre nuevos partidos de acuerdo con el nivel analítico que privilegian: el intrapartidario (Scarrow *et al.*, 2000), el sistémico (Burnham

y Shafer, 1991) o el intersistémico (Aldrich, 1995; Katz y Mair, 1995). Un tercer criterio ordenador podría ser distinguir los trabajos que ponen el foco en la aparición de demandas novedosas en sociedades cambiantes (Inglehart, 1990) y aquellos que se inclinan por estudiar el modo en que los actores responden a esas demandas, que (junto con ciertos condicionantes institucionales) conforma oportunidades políticas que facilitan la emergencia y la consolidación de partidos nuevos (Aldrich, 1995; Kitschelt, 1994; Willey, 1998; Hug, 1996). Por último, Andrés Malamud (1995) ha sugerido organizar las perspectivas teóricas según el punto en el que se concentre la mirada del analista. De este modo, se distinguirían los estudios que abordan los partidos a partir de su base social, aquellos que lo hacen en virtud de su orientación ideológica y, por fin, los que se concentran en la estructura organizativa. Vamos a detenernos un momento sobre esta última clasificación porque, pensamos, nos va a permitir mostrar con más claridad algunas de las particularidades de nuestro propio enfoque.

Aunque la bibliografía que trata de estudiar a los partidos desde su base social es amplia, en su mayor parte gira en torno al clásico trabajo de Martin Lipset y Stein Rokkan (1967) sobre los clivajes sociales. La idea de clivaje (sobre la que volveremos varias veces en este libro) alude a una división social que escinde a los ciudadanos que están a favor o en contra de una determinada cuestión. Más allá de la idea genérica, lo que resultaba crucial en el artículo de Lipset y Rokkan era que, desde su perspectiva, algunos clivajes (centro-periferia, Estado-Iglesia, campo-ciudad, trabajo-capital) habían sido profundos y significativos al punto de fracturar las sociedades y, así, determinar el surgimiento de partidos que reflejaban a las partes. Además, y como ya se señaló antes, estos autores postularon la idea de “congelamiento” de los sistemas partidarios en las sociedades industrializadas: en principio, solo una nueva escisión podría dar lugar a una modificación relevante. No obstante, a partir de la publicación del estudio de Ronald Inglehart (1977) sobre el avance de los valores posmateriales, comenzaron a surgir varios estudios sobre el “descongelamiento” de los sistemas de partidos (Dalton *et al.*, 1984).

En lo que se refiere a los análisis ideológicos, aunque hay una importante variedad de propuestas, la clara y elegante distinción entre izquierda y derecha ofrecida por Norberto Bobbio (1995) es un importante punto de partida para muchos estudios contemporáneos. Bobbio sostuvo que izquierda y derecha se dividían ante todo a partir de sus miradas opuestas acerca de la igualdad. Para los partidarios de izquierda, la igualdad es un valor fundamental que debe ser defendido y, consecuentemente, la desigualdad es un problema que precisa co-

rregirse. En cambio, para quienes adscriben a la derecha, la desigualdad aparece como un resultado (no necesariamente deseado, pero en todo caso aceptable) de la defensa de otro valor: la libertad, que, en las versiones neoliberales, se entiende sobre todo como libertad de mercado. Herbert Kitschelt *et al.* (2010) y –más recientemente– Juan Pablo Luna y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2014) han trabajado en definiciones ajustadas de esta distinción, tanto respecto de los líderes partidarios como de los votantes.

Por último, el tercer enfoque recupera los estudios clásicos de Ostrogorsky (1993), Robert Michels (1972) y Max Weber (1998) para enfocarse en el modo en que los partidos constituyen también instituciones que construyen sus propias reglas de funcionamiento y que se autonomizan tanto de los objetivos e intereses como de los grupos sociales que les dieron origen. En este sentido, como sostiene Angelo Panebianco (1990), los partidos deben ser estudiados en relación con las dinámicas internas de distribución del poder y de lucha por el control de la organización –el sistema de acción, los incentivos colectivos y selectivos, las constricciones organizativas–, para luego poner el partido en relación con su medio ambiente.

Varios han sido los intentos de combinar las tres perspectivas que acabamos de esbozar (Malamud, 1995; Abal Medina, 2009). Sin embargo, el diagnóstico de crisis de las ideologías, de la metamorfosis de la representación y del surgimiento de partidos “catch-all” (Kircheimer, 1966) o “profesionales-electorales” (Panebianco, 1990), y más tarde las tesis sobre la centralidad de los partidos “cartel” (Katz y Mair, 1995), es decir, cuyos vínculos con el Estado se estrechan en detrimento de su anclaje en la sociedad civil, tendieron a concentrar la atención en la dimensión organizativa de los partidos y en la dimensión institucional del sistema de partidos y del sistema electoral (Grofman y Lijphart, 1986; 1994; Mainwaring y Shugart, 1997). En este sentido, y como ya se dijo antes, la intención de este libro es recuperar las dimensiones social e ideológica, aunque sin perder de vista, desde luego, la relativa autonomía que una organización política tiene respecto de su enraizamiento social ni los aportes realizados por los estudios institucionales. Para ello, vamos a hacer pie en una propuesta formulada por Frédéric Sawicki (1997) en el contexto de la renovación de la ciencia política francesa en virtud de su articulación con la sociología, la antropología y la historia.

Tomando los aportes de Michel Offerlé (1987), Bernard Pudal (1989) y Mildred Schwartz (1990), Sawicki propuso combinar las perspectivas que denomina “societales” –y que engloban las ideológicas y las sociológicas– con las

organizacionales a partir de dos movimientos analítico-metodológicos. Por un lado, entender los partidos como redes, es decir, pensarlos organizativamente a partir de esta metáfora que permite aprehender las diferentes instancias, formales e informales, de existencia que, en conjunto, aunque a veces sin proponérselo, le dan vida interna. Esta mirada es compatible con la Steven Levitsky (2005) sobre el peronismo, y en general con aquellas lecturas que sostienen que, en virtud del carácter informal de los partidos latinoamericanos (Freidenberg y Levitsky, 2007), es necesario aprehenderlos no a partir de su dimensión organizativa estatutaria, sino de sus instancias de existencia informales, muchas veces poco articuladas, o articuladas de manera “caótica” —una “desorganización organizada”, dice Levitsky (2005) sobre el Partido Justicialista—. Por el otro, estudiar estas redes en sus relaciones con lo que el autor llama el “entorno” o “medio” partidario, es decir, las redes relacionales que se entrecruzan, que están basadas en valores o intereses compartidos, y son “alimentadas mediante interacciones en diversos lugares de sociabilidad más o menos formales: asociaciones, sindicatos, cooperativas, mutuales, cafés” (Sawicki, 2011: 43). De este modo, la organización partidaria deja de ser pensada como un todo cerrado y autónomo, de contornos definidos con claridad. En lugar de ello, el análisis se concentra en la porosidad de las fronteras del partido con otro tipo de asociaciones y espacios de sociabilidad informal que dan vida a la organización, aunque no formen parte de sus estatutos. Con este bagaje, es posible retomar la idea de clivajes de Lipset y Rokkan (1967), pero ya no para pensar la heteronomía de los partidos respecto de clivajes sociales que existirían por fuera de ellos, y de los que estos serían apenas un efecto, sino para aprehender el modo en que los partidos se nutren de medios sociales, de formas culturales que los preceden y los exceden y que, no obstante, articulan y organizan en pos de sus objetivos. Dicho de otro modo: se trata de anclar los partidos en sus medios sociales de pertenencia sin reducirlos a ser reflejos de esos espacios.

La dimensión organizativa e institucional se articula así con la societal (que, recordemos, incluye los aspectos sociales e ideológicos) en virtud de pensar el partido como un conjunto de redes con grado variable de formalidad y de informalidad. Estas redes permiten el despliegue del partido moldeando su vida interna —para las que participan activamente de ella— y soportando los vínculos con otros espacios de los que el partido se nutre. Son también ellas las que permiten la circulación (y entonces la transformación) de ideas, discursos y recursos simbólicos sobre los que el partido va erigiendo (y mutando) su identidad a través de un proceso complejo de interacción con el medio. Esta combinación

de autonomía organizacional y heteronomía social nos permite evitar pensar en los partidos como reflejos supraestructurales de clases o grupos sociales predefinidos. Así, podemos decir que, en cuanto organizaciones complejas, los partidos moldean a la sociedad tanto como son moldeados por ella y, en esa tarea, gozan de una relativa autonomía (Sartori, 2003; Panebianco, 1990) que les permite organizar energías sociales de otro modo dispersas.

El caso de PRO: primeras aproximaciones

¿Por qué estudiar un partido como PRO? La pregunta invita a respuestas variadas que pueden servir como aproximaciones a nuestro objeto de estudio.

En primer lugar, el estudio de PRO resulta interesante porque abre la posibilidad de aprehender un partido nuevo, construido, por así decirlo, “de cero”, y seguir su proceso de despliegue a lo largo del tiempo. Es, entonces, una entrada privilegiada al análisis de la conformación de los espacios sociales, ideológicos y organizacionales a través de los cuales el partido cobra existencia, se desarrolla y eventualmente se consolida.

Venimos repitiendo que PRO es un partido nuevo. Lo es –como veremos en este libro– en varios sentidos. Sin embargo, conviene no exagerar la idea de novedad: PRO se construye en buena medida gracias a la incorporación de dirigentes políticos con abultadas experiencias previas y con retazos de los partidos tradicionales que se encontraban disponibles como resultado de una crisis –que era, a la vez, crisis de representación y crisis de los partidos– que se mostró particularmente fuerte en la ciudad de Buenos Aires, el territorio que los dirigentes de PRO eligieron como espacio de lanzamiento y de construcción.

De lo dicho se desprenden otros dos motivos para analizar el PRO. Por un lado, nos permite aproximarnos al despliegue de un partido local que tiene vocación nacional. De este modo, representa una oportunidad para incorporar los análisis sobre la territorialización del sistema político argentino (Calvo y Escolar, 2005; Leiras, 2007) y los estudios sobre las dificultades de crecimiento que enfrentan los partidos subnacionales (Rodden y Wibbels, 2010). En este mismo sentido, la opción por la ciudad de Buenos Aires, cuyas particularidades sociales y políticas deben ser tenidas en cuenta (De Luca *et al.*, 2002), permitió que PRO se moviese con cierta comodidad en el espacio político delineado por el entrecruzamiento de dos clivajes: el establecido entre la izquierda y la derecha y el que separa la política “alta” de la “baja”, en términos socioculturales (Ostiguy, 2009).

Por otra parte, abordar PRO nos convoca a reflexionar sobre las consecuencias de la crisis de 2001 en la Argentina, que se conecta con la problemática del “descongelamiento” de los electorados (Mair *et al.*, 2004; Dalton *et al.*, 2000) y con los cambios sustanciales en las demandas sociales y en los sistemas políticos (Inglehart, 1990), fenómenos que en la Argentina han sido estudiados a partir de nociones como “ciudadanía independiente” y “electorados fluctuantes” (Cheresky, 2008). En el caso que nos ocupa, además de un “descongelamiento”, se produjo un auténtico colapso del sistema partidario (Dietz y Myers, 2002; Brill Mascarenhas, 2007) que se transformó en una oportunidad estructural (Kitschelt, 1986) para el surgimiento de una nueva empresa partidaria que, al menos desde nuestro análisis, trasciende la categoría de partido personal.

La bibliografía que analiza el PRO como partido, es decir que toma en serio su construcción organizativa y social más allá de concebirlo como el instrumento de una carrera política individual, es aún escasa. Tuvimos así que ir construyendo en el proceso de investigación nuevas herramientas analíticas para dar cuenta de sus particularidades. Sin embargo, entre los análisis que estaban disponibles, uno nos resultó de particular interés y utilidad para comenzar nuestra propia investigación: se trata de un trabajo de Gerardo Scherlis (2008) que intenta conceptualizar los rasgos organizativos de PRO en términos de “partido estatal estratárquico de redes”, estructurado en torno a un liderazgo que controla los principales recursos organizativos y monopoliza las redes territoriales y profesionales. El análisis de Scherlis identifica acertadamente la importante imbricación de PRO con la gestión estatal, aunque soslaya su anclaje en ciertos espacios sociales de los que se nutre de cuadros políticos y técnicos, así como de discursos que contribuyen a su consolidación y perdurabilidad en el tiempo. Esta cuestión, creemos, puede ser mejor abordada por el tipo de estudio que proponemos aquí. Por otra parte, también es importante mencionar el estudio sobre la institucionalidad y la evolución electoral y discursiva de PRO que realizó Gabriela Mattina (2012a), cuyos resultados tomamos como valioso insumo para nuestro análisis.

Por otro lado, a pesar de los análisis más bien críticos de la figura de Macri o de las propuestas políticas de PRO, no existía en el momento de comenzar nuestro trabajo un estudio en profundidad sobre las ideas políticas del partido ni sobre sus vínculos con las tradiciones de derecha. En este punto, el caso de PRO tiene interés por el hecho de que logra doblar una asignatura pendiente que había tenido la centro-derecha en la Argentina: la construcción de un partido competitivo, orientado ante todo a procurar el éxito por la vía electoral

sin aliarse orgánicamente con los partidos tradicionales. Desde luego, otra vez nos encontramos frente a una novedad relativa. Por un lado, algunos partidos provinciales del campo de la derecha habían logrado llegar al gobierno con programas liberal-conservadores (el caso del Pacto Autonomista Liberal de Corrientes), pero siempre se plantearon a sí mismos como alternativas estrictamente locales, sin proyección nacional. Por otra parte, a lo largo de la década de 1980, la Unión del Centro Democrático (UCeDe) fue logrando convertirse en un partido competitivo que pretendía proyectarse allende las fronteras de la Capital Federal. No obstante, la sorpresiva conversión del peronismo a las fórmulas neoliberales y la incorporación de las principales figuras de la UCeDe al gobierno encabezado por Carlos Menem terminaron poniendo en crisis el partido. Más adelante, un ex ministro de Menem, Domingo Cavallo, lanzó el partido Acción por la República, un sello con el que logró hacer pie en Buenos Aires y comenzar a trabajar para construir una opción con miras a la Presidencia de la Nación. Sin embargo, la agrupación giraba exclusivamente en torno a la figura de Cavallo y, por eso, cuando este se incorporó al gobierno del radical Fernando de la Rúa, el partido comenzó a licuarse (un proceso que, naturalmente, se aceleró frente a la incapacidad de Cavallo para impulsar medidas que permitieran capear la crisis económica desatada en 2001). Así, puede sostenerse que PRO es —en cierta medida— heredero de esas experiencias, pero —como se trata de mostrar en los trabajos que componen este libro— no puede reducirse a ellas.

En resumen, podemos decir que PRO resulta interesante porque, al llevarnos a abordar de forma conjunta varias problemáticas (desde la construcción de un nuevo partido hasta los cambios en las ideas y en las prácticas políticas del campo de la derecha), nos habilita a realizar aportes a distintas discusiones y, a la vez, nos provee un prisma para alcanzar una comprensión más amplia y más rica del devenir político argentino de los últimos años. En este sentido, consideramos que PRO representa un valioso laboratorio de experimentación y que el intento de aprehender su entramado contribuye tanto al conocimiento de los partidos políticos como al de los procesos políticos considerados en un sentido más amplio.

Notas metodológicas

La perspectiva analítica que intentaremos aplicar en este libro se vincula con algunas estrategias metodológicas sobre las que quisiéramos hacer unos breves

comentarios. En primer lugar, deseamos subrayar la importancia del estudio de la implantación local de un partido, lo que permite aprehenderlo en relación con su entorno partidario. Como sostiene Sawicki: “aproximándose lo más posible al terreno, vale decir a nivel local, se constata fácilmente la porosidad de las fronteras entre los partidos políticos y su entorno social” (2011: 43). En segundo lugar, la importancia de combinar metodologías que habiliten tanto una reconstrucción de las instancias organizativas del partido, de sus ceremonias y ritos internos o fabricados para aparecer en público, como de sus élites, sus militantes y sus ideas políticas. Por eso, trabajamos con técnicas cualitativas y cuantitativas: observación situada de espacios de sociabilidad y de actos partidarios; entrevistas sobre trayectorias políticas, educativas y laborales de los cuadros y militantes partidarios, así como sobre ideas políticas y visiones del mundo; una encuesta por cuestionario a las élites partidarias que nos permitió objetivar su composición sociopolítica y sus posiciones políticas respecto de diferentes ámbitos de la vida pública; trabajo con archivos: materiales de prensa, documentos partidarios, documentos de fundaciones y ONG cercanas a PRO.

De este modo, este libro moviliza el material empírico recogido en una investigación cualicuantitativa, realizada entre 2011 y 2014, en la que recogimos cuatro tipos de materiales: 1) discursos públicos, programas, apariciones en prensa escrita, volantes y otros discursos partidarios dirigidos al electorado en general, y a los militantes de PRO en particular, a partir de los cuales pudimos reconstruir la evolución programática y de la presentación pública del nuevo partido en relación con los clivajes políticos dominantes en la Argentina (Ostiguy, 2009), es decir, en lo que se refiere al modo en que PRO se construía de manera relacional y era construido por sus adversarios; 2) resultados electorales en distritos social y culturalmente heterogéneos de CABA para identificar la evolución del voto de PRO a lo largo del período en diferentes sectores sociales con tradiciones de voto disímiles, lo que permite ver la naturaleza de la coalición electoral macrista y su “potencial electoral” (Abal Medina, 2002); 3) observaciones de actos, reuniones y eventos partidarios, tanto en épocas electorales como fuera de ellas, a través de los cuales aprehendimos la dinámica de la vida interna del partido, el tipo de militancia movilizada y el “medio partidario” (Sawicki, 2011), la construcción de la imagen partidaria hacia sus adherentes, el tipo de formato de sus rituales y ceremonias, así como la escenificación de las facciones y corrientes internas; 4) indagación cuali-cuantitativa de las características de los dirigentes partidarios y funcionarios de PRO en la CABA, tanto para conocer sus trayectorias sociales y político-partidarias como sus ideas políticas, lo que

nos permitió identificar los recursos con los que cuenta el partido, así como los rasgos de su “coalición dirigente” (Kitschelt, 1994; Abal Medina, 2002). Por un lado, entre los meses de mayo y noviembre de 2011, realizamos una encuesta por cuestionario con preguntas cerradas, semicerradas y semiabiertas a quienes definimos como “cuadros dirigentes” de PRO de la CABA con cargo vigente entre el 1 de mayo y el 10 de diciembre de 2011, fecha en que se inició un nuevo período de gobierno. Se trata de legisladores de la Ciudad, diputados que representan al distrito y funcionarios del municipio, desde los ministros hasta los subsecretarios. Decidimos detenernos en este rango pues se trata de la jerarquía más baja en la administración estatal en la que la totalidad de los ocupantes de los cargos cambian de gestión en gestión, de modo que responden a fidelidades político-partidarias antes que a carreras burocrático-administrativas.

La narración y el análisis de las dificultades para realizar este tipo de trabajo de objetivación estadística de los cuadros políticos dirigentes en la Argentina excederían los límites de esta presentación.¹ Aquí basta con hacer notar que, del universo total de casos identificados (U=76), hemos encuestado a 52 (N=52), es decir, el 68,42%. Para evitar la sobrerepresentación de ciertos cargos (es sabido que los legisladores son de más fácil acceso que quienes ocupan cargos de gestión), hemos realizado una selección de al menos dos casos por unidad ministerial y al menos el 60% de cada uno de los tipos de cargo cubierto. Por otra parte, en virtud de la comparación con una base de datos que contenía información básica (sexo, edad, nivel de estudios, cargo actual y cargos anteriores), que confeccionamos antes de realizar el estudio cuantitativo, mantuvimos la representatividad de la muestra respecto del universo en cuanto a género y edad. La muestra quedó conformada por 6 ministros (sobre 9 existentes), 3 secretarios (sobre 5), 22 subsecretarios (sobre 31), 4 diputados nacionales (sobre 7) y 17 legisladores (sobre 24). En términos de áreas de incumbencia, el 44,2% de la muestra pertenece al área política; el 28,8, al área de políticas sociales y derechos humanos; el 11,1, al área económica y de recursos humanos y el 7,7, a la de infraestructura, al igual que a la de seguridad y justicia.

Por otro lado, junto con la encuesta, entre 2011 y 2014 realizamos 35 entrevistas en profundidad con algunos de los cuadros de PRO, seleccionados en virtud de su importancia política y de su representatividad sociopolítica (se trataba de trabajar con los cuadros más jóvenes, con las dirigentes mujeres, con cuadros con recorridos políticos disímiles, etcétera). Asimismo, desde el comienzo, y con mayor intensidad en épocas electorales, hicimos observacio-

¹ Sobre esta cuestión, ver algunas anotaciones en Vommaro (2013).

nes de actos públicos y reuniones internas que nos permitieron, por un lado, aprehender los formatos de puesta en escena del partido hacia fuera y, por otro lado, el modo en que se da la sociabilidad entre militantes y entre militantes y dirigentes cuando no se trata de un acontecimiento preparado para ser mediaticizado, es decir, cuando es más accesible ese *entre soi* partidario.

Vale la pena apuntar algunas cuestiones sobre la construcción metodológica de nuestra investigación. Primero, acerca de las dificultades de realizar un estudio sobre un tema “de actualidad”. Esto tiene que ver, por un lado, con el hecho de que el objeto de estudio es a la vez un actor político que se define y es definido en relación con la coyuntura política, y por tanto nuestra intervención analítica dialoga, aunque sea de manera distanciada y crítica, con esas visiones *interesadas*; por otro lado, con la inestabilidad y fluidez del fenómeno en despliegue de manera paralela a la investigación, lo que invita a no cosificar y dar por permanentes rasgos que aún no terminaron de consolidarse, así como a mantener cierta flexibilidad en el análisis que permita incorporar nuevas evidencias e incluso a modificar hipótesis de trabajo “sobre la marcha”.

Segundo, y en relación con el punto anterior, sobre el problema de estudiar actores que trabajan en su presentación de sí. ¿Qué hacer con esas construcciones? Lejos de tomarlas sin más o de considerarlas como pura mascarada, incorporamos en nuestro análisis el modo en que los actores estudiados realizan sus *performances* públicas como parte de los elementos que contribuían a entender el tipo de repertorio de valores, formatos estéticos y morales que ponían en juego. En el mismo sentido, intentamos comprender de qué modo estos formatos se vinculaban con los mundos sociales de pertenencia, es decir, con los espacios sociales en los que el partido se nutre de personal y de recursos materiales y ético-políticos (Vommaro, 2013).

Al mismo tiempo, y como se verá en el capítulo escrito por Sergio Daniel Morresi, nos enfrentábamos a la cuestión de cómo clasificar a PRO en el espacio ideológico. Este punto se relaciona con la tensión entre las clasificaciones del analista y las de los actores. Si PRO, como universo social, es un mundo de sentido ya interpretado por los actores que lo habitan, por hablar como Alfred Schütz (1995), ¿cómo debe proceder el analista con esas interpretaciones? Esta cuestión aparece con particular claridad en relación con la ubicación de PRO en el eje izquierda-derecha. Al comenzar esta investigación, partimos del supuesto de que íbamos a trabajar con un partido de centro-derecha ya que así era posicionado por los análisis de expertos (Sagar, 2009). No obstante, en virtud de sus particularidades, quisimos conocer la autopercepción ideológica

de sus dirigentes. Cuando en la encuesta se les pidió que se posicionaran en una escala de 1 a 10, en la que 10 era la posición más a la derecha, el conjunto de los posicionamientos dio un promedio de 5,6. Conscientemente, los entrevistados eligieron situarse al centro, y en algunos casos manifestaron su descontento con esta forma de clasificación ideológica, a la que asociaban con un esquema “antiguo”, del “pasado”. Este rechazo a la clasificación tradicional en el espectro político está en consonancia con la presentación de sí del partido y de sus dirigentes como situados “más allá de la izquierda y de la derecha”, es decir, como un partido que se define en el hacer y no en la ideología.²

¿Qué hacer, entonces, con la clasificación habitual de este partido en términos de derecha de la que partimos en nuestra investigación? Los científicos sociales no están condenados a reproducir el mundo social tal como es experimentado por los actores y aceptarlo como la única forma válida de representarse ese mundo ni pueden limitarse a reseñar las diferentes “versiones” existentes.³ Pero tampoco deben olvidar que, al intentar clasificar a actores sociales, y mucho más a actores políticos, ellos mismos participan de las luchas políticas que se libran en el mundo social que estudian. No es nuestro objetivo resolver esta cuestión aquí. Lo que nos interesa en esta introducción es plantear que la clasificación de un partido como PRO no es solo un asunto académico. En este sentido, la objetivación que hemos realizado es también (reconocidamente) una cierta forma de intervención, lo que, lejos de ser tomado como un obstáculo al carácter científico de nuestra investigación, ha sido incorporado como dimensión de análisis. Así, creemos que determinar si el PRO es o no un partido “nuevo” —es decir, formado por personas que se “meten” en política por primera vez— o si es o no un partido de derecha es parte del desafío que el analista encuentra en el discurso de los actores estudiados, pero también una herramienta de estudio de los partidos políticos (Offerlé, 1999).

² Quienes prefirieron no posicionarse en dicha escala manifestaron en un 71,4% no asociarse “ni a la izquierda ni a la derecha”. Si los consumos culturales son también un indicador ideológico, la mayor parte de los cuadros encuestados son lectores del diario conservador *La Nación* (54% como primera mención, 48 casos en total) antes que del centrista *Clarín* (40% como primera mención, 37 en total); y del liberal *Perfil* (17 casos totales) antes que del centro-izquierdista *Página/12* (10 en total), que tiene la misma cantidad de lectores que el diario de negocios *Ámbito Financiero*.

³ Esta tensión reaparecerá cuando presentemos los resultados de nuestra encuesta a los cuadros entrevistados. Esta ocasión motivará nuevas reflexiones sobre la relación con los interlocutores de campo.

Este libro

El libro fue concebido como un trabajo colectivo más que como una compilación de textos producidos de manera aislada. El objetivo de abordar desde diferentes perspectivas y dimensiones un objeto complejo y multiforme nos llevó a organizar el presente volumen con el propósito de dar cuenta de este doble carácter, colectivo y complementario, de los textos que lo componen.

Así, está organizado a partir de un esquema que permite al lector comprender, al comienzo, los rasgos más generales del partido y, más adelante, profundizar sobre algunos aspectos puntuales que –desde nuestra óptica– resultan relevantes para la comprensión de PRO y para avanzar con el abordaje teórico que hemos elegido. En este sentido, el primer texto, escrito por Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi, se propone, primero, trazar la historia del partido en su contexto de surgimiento así como en su desarrollo histórico posterior; segundo, mostrar cuáles son sus principales componentes en términos de cuadros políticos y facciones internas y de qué manera se integran e interactúan; por último, reflexionar sobre el posicionamiento del partido en el espacio político argentino. A continuación, el trabajo de Gabriela Mattina analiza la construcción del liderazgo de Mauricio Macri como *primus inter pares* del partido. En la intersección entre las estrategias de presentación de sí de este nuevo emprendedor político y el modo en que era definido y clasificado por los actores ya establecidos en el campo político, la autora traza la conformación de Macri como líder partidario, así como el modo en que terminó de delinear su imagen pública de gestor pragmático y eficiente.

Siguen dos textos que trabajan las dos perspectivas teóricas que este libro desarrolla. En el primero, Gabriel Vommaro se ocupa de analizar a los cuadros de PRO con las perspectivas de la sociología política. Por un lado, analiza los mundos sociales de pertenencia en los que el partido se inserta, y propone una definición conceptual de esa idea de mundos sociales de pertenencia como espacios en los que la fuerza política encuentra visiones del mundo y formatos para la acción, marcos de sentido que organizan las interacciones y jerarquías internas y la presentación pública de PRO, así como donde recluta militantes y candidatos de acuerdo con esa definición de principios de justicia que provienen de esos mundos sociales. En este sentido, muestra cómo PRO se encuentra enraizado en el mundo de la empresa y en el del voluntariado profesionalizado y qué consecuencias tiene este enraizamiento en la vida partidaria. Por otro lado, estudia los cuadros del partido en virtud de su momento de ingreso a la

actividad política y los clasifica en generaciones políticas que permiten comprender un tipo de relación diferente, en cada caso, con la actividad y con la organización partidaria.

La segunda perspectiva, la de tipo ético-político, es desarrollada en el capítulo de Sergio Daniel Morresi, que trabaja sobre las ideas y discursos de los dirigentes y cuadros políticos de PRO para mostrar por qué (y en qué sentidos) puede sostenerse que PRO es un partido perteneciente al campo de la derecha y cuáles son las implicancias de esta adscripción. Para ello, presenta primero las diferentes formas de entender la derecha y postula la conveniencia de adoptar un enfoque histórico que permita distinguir las distintas familias de este campo ideológico. Luego muestra de qué modo las ideas defendidas por algunos actores destacados de PRO se acercan a las tradiciones liberal, conservadora y neoliberal. Finalmente, sugiere que el modo en que PRO desarrolla estas ideas de derecha (modo que es en buena medida producto de su relación con otros actores del espacio político argentino) es compatible con un alto nivel de compromiso con las instituciones democráticas, una novedad que resulta auspiciosa para la continuidad del sistema poliárquico, pero que no representa por sí misma una reconfiguración del sistema político argentino.

Los últimos dos textos, en tanto, vuelven sobre estas dos perspectivas. El primero, de Luciana Arriondo, trabaja sobre el modo en que PRO se convirtió, desde su nacimiento, en un espacio de renovación del compromiso militante de antiguos activistas de la Juventud Liberal de la UCeDe, que habían formado parte de su brazo estudiantil, la Unión para la Apertura Universitaria (UPAU), en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA). El texto pivotea así entre las redes sociales que les permitieron a estos militantes mantenerse como un *grupo* y, a más de diez años de su experiencia juvenil, reactivar su compromiso político en una nueva organización, y las tensiones ideológicas de estos activistas, cuya formación era, a la vez, más programática y más militante, y deben lidiar con un partido flexible ideológicamente y que rechaza buena parte del repertorio militante tradicional. Finalmente, el texto que cierra el libro, de Juan Grandinetti, analiza la militancia juvenil de PRO en dos sentidos: por un lado, respecto de la construcción de la juventud y lo juvenil como un valor moral dentro de un partido que se define como nuevo y para el que la idea de cambio y renovación son centrales. El autor nos muestra las tensiones entre estos valores y el rol subordinado que los Jóvenes PRO tienen en la vida partidaria. Por otro lado, se analizan los sentidos de la militancia juvenil de esta fuerza política, las razones para el compromiso político y el tipo

de prácticas que desarrollan en consonancia con cierta visión de la política y de hacer política que coloca a PRO en este lugar de tensión respecto de la tradición partidaria argentina, en la que a la vez se reconoce –es un partido en un sistema plural– y rechaza –como un partido de personas ajenas a la actividad que se “meten en política”.

Capítulo 1

“La Ciudad nos une”

La construcción de PRO en el espacio político argentino*

Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi

Desde que se reinstaló la democracia en 1983, diferentes partidos políticos del campo de la derecha intentaron exorcizar la maldición de su contumaz fracaso electoral acudiendo a diferentes estrategias, tales como utilizar el Congreso Nacional como caja de resonancia, usar de forma sistemática los medios de comunicación como sustitutos del trabajo territorial y acercarse a determinadas fracciones del peronismo para acceder a puestos de gobierno. Por distintos motivos, estas tácticas resultaron infructuosas o no pudieron ser sostenidas en el tiempo. Sin embargo, con posterioridad a la crisis de 2001, surgió la Alianza Propuesta Republicana (más conocida por su forma abreviada, PRO) que, en poco tiempo, cosechó un éxito destacable a partir de una estrategia subnacional con base en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). Esta estrategia se caracterizó, además, por unificar alrededor de la figura del líder fracciones de distintos partidos así como a profesionales con poca o nula experiencia política previa provenientes del mundo de los negocios y el de las ONG y los *think tanks*.

Este capítulo tiene tres objetivos. Por un lado, comprender el surgimiento de PRO en el contexto de la crisis sociopolítica y económica argentina de 2001-2002. Por el otro, analizar la estrategia de desarrollo político-electoral del nuevo partido a la luz de la historia reciente de las fuerzas políticas situadas del centro a la derecha en la Argentina. En fin, mostrar la naturaleza del personal político

* Versiones anteriores de este capítulo han sido publicadas en Morresi y Vommaro (2014) y Vommaro y Morresi (2014).

y de los grupos de recién llegados a la actividad que confluyeron en PRO. Estas cuestiones están íntimamente relacionadas. PRO se diferencia de otras fuerzas de derecha desarrolladas en la Argentina no solo por su compromiso con las formas democráticas (como se explica en el capítulo 4 de este volumen), sino también por otros rasgos distintivos, como su vocación de ser un partido de gestión, su carácter pragmático, su heterogeneidad interna y su intento de situarse por encima de los clivajes sociopolíticos que dividen a los ciudadanos entre derecha e izquierda. En este sentido, trataremos de mostrar que tanto las fortalezas como las debilidades que caracterizan a PRO son distintas de las que fueron típicas de otras fuerzas de derecha en el país.

El trabajo se divide en cuatro partes. En la primera, hacemos unos breves comentarios sobre las dificultades que enfrentó el espacio de centro-derecha para construir fuerzas partidarias exitosas en términos electorales. En la segunda, presentamos detalles sobre el contexto que facilitó el surgimiento del PRO, explorando el escenario posterior a la crisis de 2001, el peso de la política subnacional en la Argentina y algunas peculiaridades de la CABA, y explicamos en qué sentido PRO es un “partido de lo nuevo”. En la tercera parte, analizamos las distintas facciones políticas que componen PRO y el modo en que se relacionan, caracterizamos el rol del líder dentro del partido, exponemos las estrategias electorales y nos detenemos sobre algunas cuestiones político-institucionales vinculadas a la consolidación de esta fuerza política. Finalmente, a modo de conclusión, realizamos un análisis sobre las fortalezas y debilidades de PRO en el panorama político de la Argentina actual.

Las dificultades históricas de las derechas partidarias argentinas

Aunque las fuerzas que en la Argentina se llaman de centro-derecha¹ tuvieron a su cargo el poder durante buena parte del siglo xx, llevaron adelante ese protagonismo sin recurrir al uso de instrumentos partidarios (Boron, 2000). ¿Cuál es el origen de esta peculiaridad? Por un lado, en un contexto de democracia débil y de un sistema partidario poco institucionalizado, los líderes de la centro-derecha optaron por caminos no electorales de llegada al poder. Por el otro, el surgimiento del populismo en su variante peronista

¹ Por centro-derecha entenderemos aquí el tipo de derecha que René Rémond (2007) llama orleanista y que incluye a las fuerzas que se identifican con las ideas liberales, conservadoras o neoliberales. Respecto a la clasificación de las familias del campo de la derecha, ver el capítulo 4.

produjo un profundo clivaje en el espacio político argentino, que resultó en la reducción de las chances electorales de la centro-derecha y en un divorcio profundo entre las élites políticas y económicas argentinas. Solo en la década de 1990 la centro-derecha política abandonó su identidad antipopulista, pero lo hizo al precio de disolverse dentro del peronismo.

La centro-derecha frente al populismo

El orden liberal-conservador que imperó en la Argentina desde 1880 se quebró en 1912 con la sanción de la ley Sáenz Peña, que garantizaba el voto secreto y obligatorio para los adultos varones. Los reformistas habían supuesto que el desarrollo de la oposición sería gradual, pero se vieron sorprendidos por el rápido avance de la Unión Cívica Radical (UCR), un partido moderno con capacidad para organizar a las clases medias urbanas y que obtuvo la presidencia del país en 1916 (Rock, 1977). La UCR se apresuró a ampliar sus bases de poder a fuerza de socavar las de sus adversarios conservadores a través de la intervención federal de varias provincias y el rechazo de los controles legislativos impulsados por los diputados opositores (Mustapic, 1984).

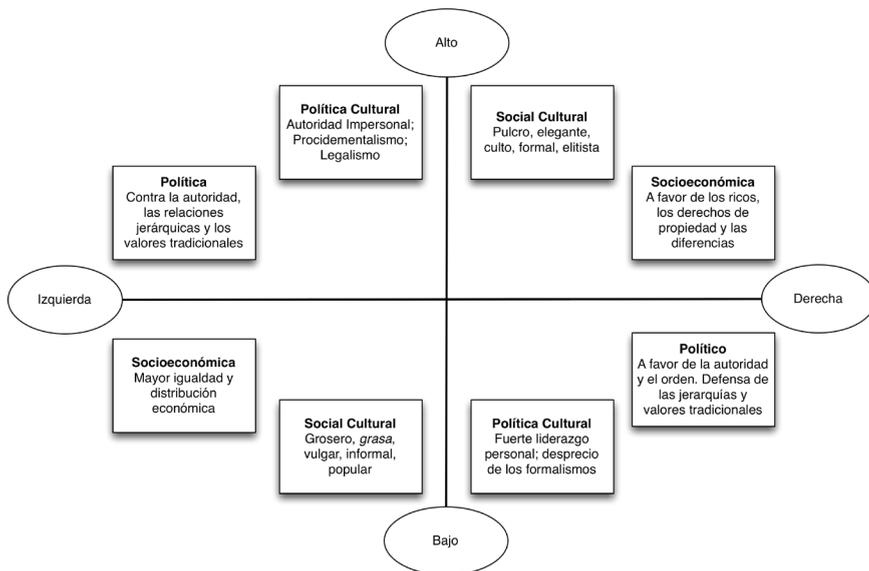
Excluidas del Poder Ejecutivo en un país fuertemente presidencialista, minados sus apoyos territoriales y divididas entre sí, las élites fueron incapaces de ver cumplidas sus expectativas de formar un partido moderno con genuinas posibilidades de frenar al radicalismo. Quizás por ello ayudaron a impulsar el golpe de Estado que encabezaron las fuerzas nacionalistas en 1930. A partir de allí, la centro-derecha inauguró una estrategia en la que insistió en varias ocasiones a lo largo del siglo xx: buscar acceder al poder no a través de los votos, sino por medio de la inserción de sus figuras en los gobiernos militares (Romero, 1998) o en los gobiernos civiles tutelados por las fuerzas armadas que caracterizaron el período posterior a 1955 (Senkman, 2001). La continuidad de esta modalidad no electoral tuvo una importante consecuencia: el afianzamiento de una perspectiva no democrática en la centro-derecha, que se agravó con la llegada del peronismo (Bohoslavsky y Morresi, 2011).

El surgimiento del peronismo redefinió las identidades políticas argentinas. Esta fuerza compartía, en cierta forma, los objetivos de la derecha nacionalista (como la formación de un “orden cristiano” que fomentara la armonía entre clases), pero no abjuró de los principios liberales y republicanos ni avanzó en un camino extremista (Sidicaro, 1996; Zanatta, 1999). Por otro lado, mientras que algunas fuerzas liberal-conservadoras fueron cooptadas por el peronismo, los principales dirigentes de la centro-derecha se convirtieron en la columna

vertebral de una oposición que llegó a aliarse con la UCR y el comunismo en su intento de detener a Perón. El alto nivel de impugnación de la centro-derecha al peronismo tenía dos orígenes. En primer lugar, el hecho de que Perón construyera su movimiento enfrentando explícitamente a las élites liberal-conservadoras (a las que llamaba una oligarquía antipatria). En segundo lugar, a que la movilización popular centralizada desde el Estado que lideraba Perón imposibilitaba el trabajo político territorial de otros partidos, particularmente de la centro-derecha (Aboy Carlés, 2001).

En 1949 se reformó la constitución para permitir la reelección de Perón y fijar las reglas que consagraban el Estado regulador. Así, se terminó de clarificar una fractura entre el peronismo y el antiperonismo que, como sostiene Ostiguy (1997), fue tan fuerte que se superpuso a la tradicional división entre izquierda y derecha (Lipset y Rokkan, 1967) y reconfiguró la arena política argentina.

Figura 1.1. El doble espacio político argentino



Fuente: Ostiguy (2009).

La fractura entre peronismo y antiperonismo debe entenderse como un clivaje multifacético que, al politizar un clivaje cultural, separa formas “bajas” y “altas” de

conformación de identidades y de relaciones sociales y políticas; en este sentido, las diferencias “van más allá de los discursos como meras palabras, e incluyen temas de acentos, niveles idiomáticos, lenguaje corporal, gestos, formas de vestir, etc.” (Ostiguy, 2009: 5). Así, puede decirse que el clivaje peronismo/antiperonismo (o bajo/alto) es a la vez socioeconómico, político, político-cultural y sociocultural (ver figura 1.1). Según Ostiguy, el polo peronista está orientado hacia un fuerte liderazgo personal y la cultura popular y plebeya. Por el contrario, el polo no peronista se inclina a una autoridad impersonal, legalista y procedimental y a un comportamiento social elitista. Como cada uno de los polos tiene sus propias derechas e izquierdas, se puede concluir que, desde el ascenso del peronismo, se configuró un espacio bidimensional, al que Ostiguy (2009: 3) llama “doble espectro político” y que ha resultado perenne a pesar de los cambios de régimen que tuvieron lugar desde su implantación a fines de los años cuarenta.

Si hasta 1946 la vía electoral parecía ardua para la centro-derecha, luego del triunfo de Perón pareció cerrarse por completo. Por un lado, el peronismo ejercía control sobre el cuadrante inferior derecho (ver figura 1.1), que podría haber servido de soporte a las élites tradicionales. Por el otro, las políticas peronistas fracturaron a las élites económicas argentinas porque, mientras algunos sectores pugnaban por un regreso al modelo agroexportador y librecambista que había imperado en el período anterior, otros se inclinaban por mantener el proceso de industrialización orientado desde el Estado impuesto por Perón (Basualdo, 2006; Gibson, 1996a).

Este divorcio se tradujo políticamente en la conformación de dos frentes de centro-derecha: los *federalistas* (o conservadores populares) y los *liberales* (o neoliberales). El primero era una red heterogénea de partidos con alcance regional (como el Demócrata de Mendoza), dirigida por caudillos conservadores ligados a importantes fracciones de las burguesías locales. El segundo agrupaba partidos (como el Cívico Independiente), pero sobre todo a figuras o liderazgos sociales y gremiales de las élites liberales de Buenos Aires, fuertemente vinculadas a los intereses de los agroexportadores, a las industrias intensivas en capital y a la economía financiera (Gibson, 1996a: 66-68). El divorcio entre estas dos corrientes se mantendría hasta 1983, cuando, finalizada la última dictadura militar, se reunieron bajo la hegemonía de la Unión del Centro Democrático (UCeDe).

La centro-derecha en democracia

En el momento de su nacimiento, la UCeDe compartía algunos cuadros y objetivos políticos con el moribundo gobierno *de facto*, pero también se mostraba

crítica del régimen por considerarlo insuficientemente liberal en economía (Mansilla, 1983). En las elecciones de 1983, la UCeDe fue el único partido de centro-derecha nacional que obtuvo dos bancas en el Congreso, lo que le permitió difundir sus ideas a pesar de su escaso peso electoral. En los años siguientes, la creciente fragmentación política de la Argentina facilitó la seducción neoliberal de sectores urbanos de clase media (Nun *et al.*, 1987; Sidicaro y Mayer, 1995), lo que posibilitó que, en 1987, la UCeDe se consolidara como la tercera fuerza política de la Argentina.

En cierta medida, el éxito de la UCeDe fue posible gracias al ingreso de un importante número de jóvenes militantes, muchos de ellos vinculados a los espacios universitarios (tal como se detalla en el capítulo 5 de este volumen). Parte importante de estos militantes buscaba desbancar a la vieja dirigencia liberal y construir un partido orientado al poder en lugar de mantener la vía de la influencia ideológica de notables (Doman y Olivera, 1989). Sin embargo, los líderes históricos del partido consiguieron resistir los repetidos embates de los recién llegados y mantuvieron el control hasta que recibieron una inesperada invitación para colaborar con el peronismo (Gutiérrez, 1992). El triunfo de Carlos Menem en 1989 y su conversión al neoliberalismo (Stokes, 2001) les permitieron a los dirigentes tradicionales de la UCeDe acudir una vez más al “entrismo” que la centro-derecha venía practicando desde los años cincuenta, pero, esta vez, con un partido electo mayoritariamente en elecciones no restringidas.

El gobierno de Menem llevó adelante buena parte de la agenda de la centro-derecha, pero también produjo un declive electoral de la UCeDe porque sus votantes empezaron a ver el Partido Justicialista (PJ) como una opción viable. La dilución de la UCeDe en el peronismo (Gutiérrez, 1992) y la participación de importantes figuras de la tecnocracia neoliberal en el gobierno de Menem (Centeno y Silva, 1998) hicieron que, a mediados de los noventa, la centro-derecha argentina estuviera, de una manera u otra, dentro del gobierno peronista, lo que conformaba una situación novedosa que contrastaba fuertemente con el tradicional antiperonismo de este espacio político.

Sin embargo, en 1997, el ex ministro de Economía de Menem, Domingo Cavallo, fundó su propio partido, Acción por la República (AR). Cavallo defendía el programa económico de Menem, pero acusaba al gobierno de ser incapaz de llevarlo adelante sin caer en la corrupción (Cavallo, 1997). Con un discurso en el que convergían tópicos neoliberales e institucionales y en alianza con otros partidos menores, AR se convirtió en el tercer partido político ar-

gentino.² Esto permitió que algunos líderes liberal-conservadores pensarán que AR se transformaría en una fuerza competitiva que no podría ser fagocitada por los partidos mayoritarios, como había sucedido con la UCeDe (Vommaro y Morresi, 2014). La expectativa no se cumplió porque Cavallo se unió a la administración de la ALIANZA, que había ganado la Presidencia en 1999. Parte de la sociedad responsabilizó a Cavallo y a AR por el estrepitoso colapso del gobierno aliancista; así, en los albores del siglo XXI, las ideas de centro-derecha parecían deslegitimadas en la Argentina.

Crisis y oportunidad: el surgimiento de PRO

En 2001, poco antes del colapso de la ALIANZA, convocados por el empresario Francisco de Narváz y por Mauricio Macri, expertos y activistas políticos y sociales comenzaron a reunirse en la Fundación Creer y Crecer para discutir sobre el futuro de la Argentina y diseñar proyectos de políticas públicas. La Fundación había sido creada por De Narváz, pero era encabezada por Macri, heredero de una de las mayores fortunas argentinas (su padre era el propietario de SOCMA, un grupo económico que creció en los años setenta y ochenta). Por entonces, Macri presidía el popular Club Boca Juniors y venía mostrando interés en entrar en la actividad política desde los años noventa. En las elecciones porteñas de 2003 fue derrotado en el *ballottage*. Contradiendo las expectativas de los analistas de la prensa, ni él ni la mayor parte de su grupo abandonaron la política después de ese fracaso; tampoco se transformaron en una facción de alguno de los partidos mayoritarios. Por el contrario, comenzaron a trabajar para fortalecer su propio partido político.

Aprovechar la crisis

La crisis de fines de 2001 e inicios de 2002 fue profunda. La relativa estabilización institucional lograda por el gobierno interino de Eduardo Duhalde no pudo borrar las consecuencias del “estallido” de diciembre de 2001 (Pousadela, 2006; Szusterman, 2007). Pero Compromiso para el Cambio (CPC, la organización

² Luego de que el MODIN se diluyese en el PJ, el lugar de la tercera fuerza fue ocupado por el centro-izquierdista Frente Grande, luego reconvertido en el Frente por un País Solidario (FREPASO). Cuando el FREPASO se unió a la UCR para formar la ALIANZA, AR se transformó en la tercera fuerza política (Abal Medina, 2009).

que luego se convertiría en PRO)³ fue fundado “desde cero” precisamente en ese contexto caótico.

No se trataba de una nueva etiqueta para un viejo partido ni de un desprendimiento de un movimiento político tradicional. Si bien incorporaba a varios políticos de larga trayectoria, su líder provenía del mundo empresarial; su decisión personal de “meterse en política”, como prefiere definirla, se precipitó a causa de la crisis de 2001 (Cerruti, 2010). Aunque en el relato de los fundadores de PRO la crisis funciona como el factor desencadenante de una latente vocación de servicio,⁴ la coyuntura debe ser considerada en al menos otros dos sentidos fundamentales. En primer lugar, ser un nuevo jugador en un momento en el que los partidos políticos y los líderes tradicionales aparecen deslegitimados representa una ventaja competitiva importante (Cotler, 1995; Gallo, 2008b). En segundo lugar, hay que considerar que la fundación de un partido político es una tarea ardua que requiere apoyarse sobre un complejo sistema de redes (de dirigentes políticos, de liderazgos territoriales, de apoyo económico, de logística). Los recursos humanos necesarios para nutrir esas redes no siempre están disponibles y, aun cuando lo están, el costo de su reclutamiento suele ser muy alto. Sin embargo, en la coyuntura crítica posterior a diciembre de 2001, muchos de esos recursos quedaron disponibles de forma repentina. En efecto, activistas y cuadros de la UCR y del PJ de CABA, así como también líderes de partidos liberal-conservadores (como la UCeDe y el Partido Demócrata) se encontraron en 2002 sin chances de renovar sus lugares o escalar posiciones. En esa situación, atraídos por el discurso de Macri y por su popularidad, un capital escaso en aquel momento que parecía augurar buenos resultados electorales, decidieron unirse a PRO.

En definitiva, el contexto permitió cierta forma de experimentación política; se trató de una auspiciosa “estructura de oportunidad política” (Kitschelt, 1986) para la creación de un nuevo partido. Convencido de lo favorable de la coyuntura, Macri decidió participar de las elecciones de CABA y no de las nacionales, así como hacerlo a partir de la constitución de una nueva herramienta partidaria. Eso provocó la disolución de la alianza que lo unía a De

³ Para evitar constantes aclaraciones, a lo largo del texto se mencionará siempre al partido PRO, independientemente de su nomenclatura original.

⁴ Así, por ejemplo, el ministro de Educación de la CABA, Esteban Bullrich, afirma en su sitio web: “La crisis de 2001 terminó de forjar mi vocación pública. Dejé la pyme que habíamos fundado con mi hermano para convertirme en asesor parlamentario” <http://pro.com.ar/estebanbullrich/biografia/#sthash.6WR1nm0g.dpuf>, acceso 15/2/2015.

Narvárez, quien buscaba estrechar vínculos con el peronismo y entrar de lleno en la política nacional; Macri, en cambio, optó por priorizar la autonomía de su espacio y se dispuso a organizar un nuevo partido.

La opción por lo local

Para comprender la decisión de privilegiar el desarrollo del nuevo partido en el distrito de la CABA, deben tenerse en cuenta algunas de las particularidades del sistema federal argentino, que se caracteriza por su debilidad y su desequilibrio. En efecto, en la Argentina, la mayoría de las provincias depende económicamente del gobierno nacional y, al mismo tiempo, el gobierno nacional depende de las provincias para obtener el apoyo político necesario para sancionar leyes y llevar adelante la agenda (Cherny y Vommaro, 2004). En este sentido, y dado que el federalismo proporciona a cada territorio sus propias autoridades y normas, la política subnacional siempre ha tenido un lugar relevante en la Argentina. Las carreras políticas nacionales se construyen en buena medida a nivel subnacional. El desequilibrio de poder entre el gobierno nacional y las provincias (Falleti, 2010) ayudó a acelerar la territorialización y la fragmentación del sistema de partidos y a fortalecer el poder de los liderazgos locales (Leiras, 2007). El caso de la CABA es particularmente paradigmático al respecto. Se trata del distrito con mayor PBI per cápita del país, así como su centro político, económico y cultural (Pírez, 1994). En este sentido, la política porteña, tanto en las instituciones formales como en las calles, tiende a funcionar como caja de resonancia de la política nacional.

Desde su federalización, Buenos Aires estaba bajo la autoridad del gobierno nacional, que designaba al intendente, pero tenía un Concejo Deliberante elegido por voto popular (Landau, 2014). En general, el voto porteño se orientó a fuerzas políticas distintas a las que eran mayoritarias a nivel nacional. Así, después de 1946, “la Capital” se convirtió en el bastión antiperonista más importante y también en el principal apoyo de casi todas las terceras fuerzas políticas.⁵ Al mismo tiempo, no solo el electorado porteño tendió a apoyar fuerzas nuevas y no mayoritarias, sino que también tiene lealtades políticas débiles (De Luca *et al.*, 2002; Abal Medina, 2009).

⁵ Ello explica que entre el 25 y el 50% del voto de la UCeDe y AR proviniera de Buenos Aires (De Luca *et al.*, 2002). Por este motivo, el votante de Buenos Aires suele ser calificado como “sofisticado”, aunque esta caracterización es algo discutible (Sartori, 2003).

En 1993, con el fin de obtener el apoyo de la UCR para intentar su reelección, Menem acordó una agenda de reforma constitucional que incluía un particular estatus de autonomía para la capital argentina. Así, en 1994, la CABA adquirió el derecho de redactar su propia Constitución, elegir su jefe de Gobierno y establecer el cronograma y el sistema electoral. En 1996, Fernando de la Rúa, tradicional dirigente de la UCR, se convirtió en el primer jefe de Gobierno. Unos meses más tarde, la UCR y el FREPASO formaron la ALIANZA, que obtuvo una amplia victoria en las elecciones legislativas de 1997 y ganó la presidencia en 1999. Sin embargo, el agotamiento del programa económico y la debilidad política del gobierno de De la Rúa condujeron rápidamente a la profundización de la crisis de representación partidaria que venía madurando desde mediados de los años noventa, y más tarde a la disolución de la ALIANZA. Las elecciones legislativas de octubre 2001, primero, y las movilizaciones que se sucedieron algunos meses más tarde pusieron en escena la amplitud de la distancia entre la ciudadanía y la así llamada “clase política” (Pereyra *et al.*, 2013).

Sin embargo, la crisis de representación no afectó de la misma manera a todos los actores; a nivel nacional, la familia peronista fue significativamente menos conmovida que la no peronista (Torre, 2003). Al mismo tiempo, tuvo diferentes intensidades en los distintos distritos y la CABA fue, sin duda, la más afectada (Bril Mascarenhas, 2007), en parte porque la crisis del peronismo porteño precedía a la crisis general (Levitsky, 2005). Podemos decir, así, que el hecho de que, en sus comienzos, PRO se orientara a la contienda electoral subnacional en la CABA favoreció su desarrollo: allí era más amplio el espacio para la entrada de un nuevo actor que ocupase el papel que la ciudadanía ya no confiaba a los partidos tradicionales ni a las fuerzas políticas más nuevas surgidas en la década de 1990.

Nuevo partido y partido de lo nuevo

El impacto de la crisis de los partidos a nivel local ayuda a explicar por qué PRO encontró cuadros políticos disponibles para ser reclutados en un emprendimiento nuevo y de futuro todavía incierto. Pero, además, la crisis es el marco que le permitió a PRO optar por presentarse no solo como un nuevo partido, sino también como un “partido de lo nuevo”. Veamos. Por un lado, como señalamos, la estructura de oportunidades políticas favorable fue claramente aprovechada por una élite dirigente (en el sentido de Aldrich, 1995) que decidió

privilegiar el escenario local, en el que la crisis partidaria era más profunda. Dicha opción le permitió al nuevo partido moverse con cierta comodidad en el espacio político delineado por el entrecruzamiento de dos clivajes, en el sentido de Lipset y Rokkan (1967): el establecido entre la izquierda y la derecha y el que separa la política alta de la baja (ver figura 1.1). Pero, por otro lado, la apuesta de fundar un nuevo partido en un momento de crisis permitió que PRO se presentase como un “partido de lo nuevo”, es decir, como un actor que entra en el territorio ocupado por los partidos establecidos para disputar un espacio propio a partir de ofrecer, más que una nueva orientación, un cambio en las formas de hacer política (Sikk, 2012).

Para clarificar la idea de “partido de lo nuevo”, resulta útil compararlo con otros tipos de nuevos partidos. Basándose en trabajos previos de Rochon (1985), Lucardie (2000) estableció una tipología en la que diferenció los emprendimientos políticos nuevos como “voceros” de una demanda puntual desatendida o no resuelta por los partidos mayoritarios (como el Partido de la Marihuana en Estados Unidos), “profetas” capaces de articular una nueva ideología o doctrina general más o menos sistemática a partir de un conjunto de demandas (como el Partido Verde en Alemania), “purificadores” de una ideología tradicional que –supuestamente– estaría siendo traicionada por los partidos establecidos (como el Socialismo de la Paz de Holanda) y “personalistas”, es decir, máquinas electorales al servicio exclusivo de los intereses de un líder (como Forza Italia en sus comienzos). Más adelante, Sikk (2012) mostró que había casos de nuevos partidos pragmáticos que intentaban ocupar un espacio en el que ya existían actores relevantes, pero que no eran estrictamente personalistas (como el caso de Res Publica en Estonia) o lo eran solo de forma débil o intermitente (como Nueva Era en Letonia). Identificó este tipo de partidos (al que, creemos, pertenece PRO) simplemente como partidos de lo nuevo:

... los partidos de lo nuevo no intentan salvar una ideología (como lo hacen los [partidos] purificadores) pero también se diferencian de los [partidos] voceros en que están dispuestos a luchar por un territorio que ya se encuentra ocupado en términos ideológicos. En otras palabras, los partidos de lo nuevo pueden concebirse como purificadores débiles, ya que solo procuran cambiar las formas de hacer política más que el contenido, o como voceros fuertes, ya que poseen un amplio set de políticas [que quieren implementar] y se adentran en el territorio ocupado por los partidos establecidos (Sikk, 2012: 467).

Cuadro 1.1. Tipología de nuevos partidos

		Se intenta ocupar un espacio en el que ya existe al menos un partido político relevante	
		Sí (partido renovador)	No (partido novedoso)
La identidad se basa en la motivación ideológica (tiene o aspira a tener una doctrina sistemática)	Sí (partido ideológico)	Partido purificador UCR antipersonalista (1924-1943)	Partido profeta MODIN (1993-2010)
	No (partido pragmático)	Partido “de lo nuevo” PRO (2003-)	Partido vocero Partido Blanco de los Jubilados (1985-)

Fuente: Elaboración propia a partir de Lucardie (2000) y Sikk (2012).

Tal como se aprecia en el cuadro 1.1, en el que introdujimos algunos ejemplos para facilitar la comprensión, los voceros y los profetas se presentan como actores que vienen a llenar una suerte de “vacío” que no está ocupado por las fuerzas políticas establecidas, mientras que los purificadores y los partidos de lo nuevo apuestan a una renovación del elenco político, pero no necesariamente a impulsar ideas novedosas. Por otra parte, los purificadores y los profetas se caracterizan por ser ideológicos e incluso doctrinarios, mientras que los voceros y los partidos de lo nuevo se presentan como fuerzas pragmáticas.⁶ Así, PRO se caracteriza por ser una fuerza que espera representar una renovación de la política sin tener una doctrina sistemática como agenda: lo que ofrece es una nueva forma de “hacer política” vinculada con la gestión y la administración (ver más adelante la sección “Problema de desarrollo”). Al mismo tiempo, buscó insertarse en un espacio político en el que los actores presentes en el momento de su nacimiento se encontraban atravesando una crisis profunda. Ello le permitió, al menos durante los primeros años, moverse con cierta fluidez entre el hemisferio bajo y el alto de la política argentina y apostar a debilitar el clivaje izquierda/derecha (ver la sección “Republicanismo local y populismo nacional”).

Poder y administración

En 2003, después del triunfo del Frente para la Victoria (FPV) de Néstor Kirchner, el candidato presidencial peronista que parecía más cercano a la centro-izquierda, Macri anunció su candidatura para jefe de Gobierno de la CABA. Su campaña presentó al PRO como un actor nuevo que pretendía

⁶ Obviamente, se trata de tipos ideales. En la práctica, la distinción entre los cuatro tipos se torna más difusa por la propia dinámica política. Un grupo político puede surgir como vocero y transformarse en profeta o comenzar como purificador y mutar en partido de lo nuevo.

reemplazar a las organizaciones rechazadas por la ciudadanía en diciembre de 2001. La propuesta apuntaba a un enfoque gestor o administrativo de la política, que era resaltado por medio de la presentación pública de los distintos equipos técnicos que se habían formado en la Fundación Creer y Crecer.

El enfoque gestor de PRO parece haber sido exitoso a nivel electoral, pero también hay que señalar que ha sido fundamental para la construcción del partido a partir de componentes heterogéneos (técnicos y profesionales sin experiencia política y militantes, cuadros y líderes de la UCR, el PJ y de los partidos liberal-conservadores que se acercaron al proyecto de PRO desde sus comienzos). Con el fin de aglutinar a los disímiles actores disponibles como resultado de la crisis de representación partidaria⁷ y presentarse –al mismo tiempo– como un nuevo tipo de organización, el partido de Macri rechazó abiertamente la división tradicional entre izquierda y derecha y propuso, en su lugar, un enfoque que diferenciaba entre la “gestión PRO” (nueva, cercana, eficaz y honesta), de un lado, y “la política” (vieja, lejana, ineficiente y corrupta), del otro (PRO, 2011: 30).⁸ De este modo, el discurso de la gestión y la transparencia le permitió al PRO replantear el debate político en sus propios términos y de manera independiente de las posiciones políticas derechistas de muchos de sus miembros (Gallo, 2008a).⁹ Más tarde agregaría un componente de promoción de valores posmateriales (como la ecología), que le permitirían conectar con electorados de clases medias-altas que no eran tradicionalmente afines a las ideas de derecha.

⁷ Esta aglutinación fue posible por el accionar de las instituciones encargadas reglamentar las elecciones en la CABA, que permitieron la presentación de “colectoras”, es decir, listas de distintas organizaciones partidarias con candidatos propios para una categoría (en este caso la de legisladores de la ciudad), pero que compartían los mismos candidatos en otra categoría (la de jefe y vicejefe de gobierno). De este modo, se consiguió que distintos sectores que apoyaban a Macri como candidato a jefe de Gobierno (radicales, peronistas, liberales, conservadores, independientes) se reuniesen en lugar de enfrentarse por sus diferencias. En este mismo sentido, también debe ser señalado el hecho de que –por disposición de Aníbal Ibarra, entonces jefe de gobierno– las elecciones para la CABA fueron realizadas de forma separada de las elecciones nacionales. Sobre la laxitud de las instituciones electorales argentinas, ver Mustapic (2013).

⁸ Como muestra Carlos Forment (2007) en su análisis del uso del lenguaje y la cultura del fútbol en la campaña de 2003 en CABA, Macri sintetizaba estas cualidades en el “Modelo Boca”, es decir, en una estilización de su presidencia al frente del club, que pasaba por entonces por una etapa de importantes éxitos futbolísticos. El éxito, la buena administración y la rentabilidad de la empresa caracterizaban el modelo.

⁹ La construcción de una gramática de la gestión y la transparencia que hace de la ciudad un espacio sin conflicto puede ser también leída a la luz de la tradición de gobierno municipal de Buenos Aires. Cf. al respecto Gorelick, 1994; Landau 2015.

Llegar para quedarse

Los años formativos del partido están hechos de fronteras partidarias imprecisas y porosas. En tiempos de fluidez política, los primeros apoyos del campo partidario más o menos estables obtenidos por la incipiente empresa política macrista provinieron, por un lado, del personal político de la derecha tradicional, quienes rápidamente vieron en el empresario una oportunidad para reconstruir un espacio vacante luego de la crisis de AR, el partido fundado por Domingo Cavallo tras su disputa con el peronismo menemista, y del definitivo ocaso de la UCeDe.¹⁰ Como sostiene un diputado nacional proveniente de ese espacio, que ingresó a la actividad en los años ochenta:

Me acuerdo bien que fue antes de la hecatombe, de la renuncia de De La Rúa. Y ahí tuve una reunión con él [Macri], con amigos míos de la política... [...] no solamente del Partido Demócrata, alguna gente de UPAU, que era la agrupación universitaria nuestra... Hicimos unas reuniones para juntar gente para hacer alguna cosa con Macri y ahí volví.

¿Qué fue lo que le atrajo de Macri en ese momento?

Yo lo conocía, pero no mucho. Yo creo que la cosa está de ir por el poder. Se me ocurre. Sí, me parece. Era un tipo atractivo, era un tipo abierto. Era un tipo que quería hacer una acción seria. No era un testimonial, digamos. Y bueno... ahí empezó.

Por otro lado, en esos meses de acumulación originaria ya había dirigentes peronistas que veían en Macri una posible renovación de un PJ desmembrado. El último líder indiscutido y con capacidad de articular los diferentes grupos internos había sido Carlos Grosso, quien debió abandonar su cargo de jefe de Gobierno (entonces intendente) a comienzos de los años noventa por denuncias de corrupción (Levitsky, 2005). En las elecciones para jefe de Gobierno de la Ciudad de 2000, el PJ había obtenido menos del 2% de los votos. Como recuerda el dirigente proveniente de las fuerzas tradicionales de derecha que acabamos de mencionar:

Macri tenía dos jefes políticos, armadores políticos, que eran dos peronistas, Juampi Schiavi, el actual secretario de transporte [se refiere a Juan Pablo Schiavi, quien luego de separarse de PRO se vinculó al FPV y asumió cargos en el gobierno nacional], y un tipo que no me acuerdo, se llamaba Carignano, el Gringo Carignano [se refiere a Rubén Carignano, dirigente

¹⁰ Sobre la entrada a PRO de antiguos dirigentes de la UCeDe, ver el capítulo 5 de este volumen.

del PJ de Santa Fe cercano a Carlos Reutemann]. *Un tipo muy inteligente, conocido del peronismo... y bueno, de alguna manera eso era. Después se incorporaron algunos sectores más independientes, que venían de otro lado, como Marquitos Peña [Marcos Peña] y Gabriela Michetti y nosotros teníamos un grupito centrista, éramos medio minoritarios dentro del esquema ese y radicales no había. Después apareció medio por la ventana Vanossi y ahí bueno... pero hubo bastantes dudas de si no actuar dentro del peronismo, era un grupo filoperonista, diría yo.*

Sin embargo, con la decisión de fundar un nuevo partido, en lugar de ser Macri un candidato de renovación del peronismo en crisis, sería una parte del desmembrado peronismo porteño el que terminaría por formar parte de PRO. Esto se terminó de definir a comienzos de 2003, cuando Daniel Scioli, que parecía ser el candidato peronista con mayores posibilidades, fue designado candidato a vicepresidente de Néstor Kirchner; el PJ se encontraba nuevamente en una situación de orfandad. En ese contexto, una buena parte de sus dirigentes cerró un acuerdo con el PRO. En este sentido, es ilustrativo el recuerdo de un cuadro de PRO proveniente del peronismo, que se inició en la actividad en los años ochenta:

En el año 2003 nosotros [...] habíamos ganado [en elecciones internas] con Scioli y Alicia Pierini la candidatura a jefe de Gobierno y vice. Cuando [...] Daniel Scioli acepta la posibilidad de ser candidato a vicepresidente [en la fórmula encabezada por Néstor Kirchner], nosotros nos quedamos sin la candidatura a jefe de Gobierno y con la necesidad de crear una nueva figura para la disputa electoral. Ante esa opción vimos como muy fuerte a Mauricio Macri y empezamos a tener conversaciones. En la lista de Macri ya había sectores del peronismo [...] y es [con ellos] que tenemos mayor trato. Hay otro sector del peronismo que arregla por otro lado. Pero nosotros constituimos una alianza con Compromiso para el Cambio [PRO].

Los apoyos macristas fueron divididos aquella vez en cuatro listas, en tres de las cuales los diferentes grupos peronistas lograron colocar candidatos. Lo que comenzó siendo un asunto de supervivencia organizativa terminó por convertirse en un vínculo político estable, aunque esa construcción fue lenta. Todavía en 2007, el primer gabinete del gobierno de PRO en la Ciudad no contaba con ningún ministro de origen peronista (ver cuadro 1.3 más adelante). En 2011 muchos de los dirigentes pertenecientes a esta tradición permanecían

afiliados al PJ.¹¹ Sin embargo, tanto el éxito electoral de PRO en la ciudad de Buenos Aires como la creciente apertura de espacios de gestión en el gobierno municipal solidificaron las relaciones.

El éxito electoral y la posibilidad de obtener espacios de poder también sedujeron a grupos de dirigentes radicales. La UCR había entrado en una fuerte crisis luego de la caída del gobierno de Fernando de la Rúa, en diciembre de 2001. En 2003, en las presidenciales, su candidato había obtenido poco más del 2% de los votos. Por otro lado, el partido seguía dominado por los dirigentes de los años de Raúl Alfonsín y las oportunidades de crecimiento político para las generaciones más jóvenes eran reducidas, aún más por las bajas expectativas de lograr elegir un número considerable de legisladores. Buena parte del radicalismo decidió mantenerse cerca del jefe de Gobierno Aníbal Ibarra, con quien habían llegado al gobierno de la Ciudad en 2000 en el marco de la ALIANZA. Otro grupo preferiría seguir el camino de la consolidación identitaria y apoyar una candidatura propia, que no tuvo mejor suerte que la corrida en las presidenciales. En tanto, reproduciendo la alianza que ya existía en el club Boca Juniors, un sector, en buena parte liderado por Daniel Angelici, se incorporó a las listas de PRO. Eran los primeros representantes de un éxodo que aumentó con los años y que terminó por producir un fuerte desembarco de dirigentes intermedios radicales en el espacio macrista. Como explicó uno de los entrevistados que comenzó su carrera en la UCR e ingresó a la actividad política en los años noventa:

[Los años posteriores a la crisis de 2001] *fueron una época terrible... no teníamos muy claro qué hacer [...]. Unos amigos del PJ, que conocíamos de la militancia y ya estaban con Macri, nos convocaron justo antes de la elección de 2003 para la Jefatura de Gobierno. Teníamos muchas dudas, muchos prejuicios, porque entonces Mauricio [Macri] estaba vinculado a la derecha más recalcitrante del país, esa derecha militar, conservadora, de lo peor... Además, nosotros veníamos de la militancia antimenesista. Pero accedimos a conversar con él. Nos explicó su proyecto de cambio, nos dijo que él no tenía esa idea que le endilgaban, que de hecho se definía como desarrollista, y nos pidió que siguiéramos conversando sobre el marco de políticas públicas que podíamos compartir. Así empezamos a trabajar juntos.*

Este testimonio es representativo de los de otros dirigentes de distintos partidos que, por diferentes razones, se encontraron “huérfanos” a comien-

¹¹ Los datos sobre los cuadros dirigentes de PRO provienen de la encuesta por cuestionario que realizamos en la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) en 2011.

zos del siglo XXI. Para ellos, la posibilidad de sumarse a PRO representó una auténtica oportunidad de mantenerse en la política y avanzar en sus carreras. Así, Macri pudo sumar partes heterogéneas de distintas fuerzas políticas que habían quedado sin liderazgos políticos claros de un modo que no hubiera sido sencillo en el escenario nacional, en el que la fragmentación no impidió que los líderes identificados con los partidos tradicionales retuvieran un importante caudal de votos (Torre, 2003).

Para poder amalgamar los elementos heterogéneos con los que se fue constituyendo PRO, fue fundamental que el partido se presentase como una fuerza que encarnaba una nueva forma de hacer política más que como un actor con una ideología determinada o como el representante de una demanda puntual. Para eso fue importante la movilización, por parte de Macri y de su grupo más cercano, de recursos expresivos externos a la actividad política. Al mismo tiempo, el énfasis en el hacer gestor permitía evitar grandes definiciones ideológicas. En este sentido, PRO se fundó con el objetivo de tomar a su cargo la gestión ejecutiva de forma inmediata. De este modo, se diferenció claramente de anteriores partidos de centro-derecha, como la UCeDe, que se inclinaron por una estrategia de crecimiento gradual enfocada en la plataforma legislativa y en una suerte de labor educativa en el intento de mostrar a los ciudadanos los beneficios de la doctrina neoliberal (Gibson, 1996a). Pese a ello, en 2003, si bien la lista de legisladores porteños de PRO resultó ganadora, en la segunda vuelta electoral, Macri perdió como jefe de Gobierno, en buena medida porque el presidente electo Néstor Kirchner apoyó abiertamente la candidatura de Ibarra. Esto puso a los cuadros de PRO ante una situación inesperada que, a la postre, resultó clave.¹² Como primera minoría legislativa, el nuevo partido se vio obligado a encarar con seriedad su fortalecimiento interno, un proceso

¹² Un secretario de gobierno que ingresó a la política en los años noventa, pero que no tenía militancia partidaria sostuvo: “[2003] fue difícil, no solo porque todo era nuevo, sino porque nos habíamos preparado para acompañar la gestión de Mauricio [Macri], no para ser la oposición de [Aníbal] Ibarra”. Por otro lado, un ministro de la CABA de extracción peronista: “En la campaña de 2003 yo trabajaba pegado a Mauricio [Macri], básicamente. Y era parte del equipo de la campaña que coordinaba [Juan Pablo] Schiavi [...] fue una campaña muy larga porque duró como siete meses y fue muy duro perder. La verdad fue una sensación bárbara, perdíamos y a la vez quedábamos como único espacio de los legisladores que teníamos que hacernos cargo un poco de todo. No nos habíamos preparado mentalmente para perder. Pero hoy en día creo que fue muy bueno haber perdido. Fue muy útil, muy positivo”.

que no resultó sencillo porque comenzaron a aflorar distintas fracturas en el partido, tanto políticas como generacionales.¹³

Un partido heterogéneo: la diversidad interna de PRO

De modo distinto a otros partidos nuevos que se componen de desprendimientos de fuerzas políticas anteriores o que crecen alrededor de una idea unificadora, PRO está formado a partir de retazos disímiles. Como aseguró una diputada de origen radical entrevistada en nuestro estudio, en PRO “hay lugar para todos, no importa de dónde vengan”.

Efectivamente, en PRO conviven antiguos militantes de diferentes partidos políticos, profesionales recién llegados al mundo de la política y cuadros empresariales que se desempeñan en la gestión pública como un escalón más en el desarrollo de sus carreras corporativas. Cada uno de estos grupos tiene una visión política propia. Así, PRO, a diferencia de otros partidos de centro-derecha argentinos como la UCeDe, no se presenta como una fuerza doctrinaria, con una ideología clara o un proyecto de país claramente delineado. Un diputado nacional formado en las redes de pensamiento neoliberales y que ingresó a la política en los años noventa afirmó al respecto:

Personalmente yo comulgo con muchas ideas del liberalismo [...]. Creo que si se pudieran implementar algunas de las ideas de [el economista austriaco Ludwig von] Mises podríamos tener un país realmente mejor... [Pero] esto no es la UCeDe. Acá no estamos por ideología, sino para ofrecer una alternativa de poder.¹⁴

En parte como consecuencia del rechazo a adoptar un ideario más o menos sistemático y claro, y también a diferencia de lo que había sido la UCeDe, PRO se muestra como un partido heterogéneo, en el que líderes con una ideología muy definida comparten espacios con cuadros de perfil más pragmático. En este sentido, puede afirmarse que PRO se presenta como un partido político posideológico.¹⁵

¹³ Sobre la importancia de la variable generacional para comprender la composición de los cuadros políticos de PRO, ver el capítulo 3.

¹⁴ En un sentido similar, un secretario de gobierno que se considera más cercano a las ideas progresistas, que ingresó a la actividad política en los años noventa, sostuvo: “Nunca fuimos [ideológicos]... y con el tiempo se va demostrando que no marcamos una agenda ideológica”.

¹⁵ Ver el capítulo 4.

En las campañas electorales que encaró PRO, las diferentes facciones que componen el partido jugaron roles distintos. Asimismo, los cambiantes marcos de alianzas y estrategias ensayados por el líder partidario fueron recibidos de distinta manera por cada uno de los grupos. Sin embargo, parece claro que, con el correr del tiempo y en parte gracias a lo que se suele llamar “el calor del poder”, la unidad partidaria logró mantenerse en pie y la diversidad interna comenzó a percibirse, al menos desde dentro de PRO, como un elemento positivo: la heterogeneidad que sus opositores señalaban como “rejunte” fue reenmarcada bajo el concepto de “diversidad”, lo que permitió poner en primer plano elementos de identidad partidaria posmateriales fundamentales para que PRO no viera reducido su margen de acción en el doble espacio político argentino.

Las facciones del partido

Como ya hemos descripto, PRO se compone de una combinación de piezas preexistentes. Esta heterogeneidad puede ser organizada en cinco facciones que se disputan el favor del líder y procuran afianzar espacios de poder propios.

La primera de ellas, a la que llamamos la *facción de derecha*, fue formada por algunos partidos menores de origen conservador popular o federalista (como el Partido Demócrata de Buenos Aires, PDBA), algunos partidos liberales en declive (como AR) y partidos conservadores de escasa envergadura (como el Partido Nacionalista Constitucional, PNC), así como por algunos ex dirigentes de la UCeDe y líderes del liberalismo de Buenos Aires que habían desempeñado papeles importantes en la última dictadura militar, como el actual auditor de la CABA, Santiago de Estrada. A esta facción también pertenecen algunos actores importantes de origen conservador, como el líder de la bancada de PRO en la cámara de diputados, Federico Pinedo, y algunos cuadros formados en las ideas neoliberales, como el ministro de Desarrollo Francisco Cabrera. Aquí interesa resaltar dos cuestiones sobre esta facción. Primero, que está atravesada por distintas fracturas internas, una de las cuales enfrenta a aquellos que quieren que PRO tenga una doctrina política más clara (como la que tienen o tenían sus partidos de origen) y a los que aceptan el perfil pragmático de su nueva agrupación.¹⁶ En segundo lugar, merece subrayarse que esta facción le permitió

¹⁶ Cuando le preguntamos a un legislador con convicciones ideológicas neoliberales acerca de lo que debería hacer PRO en el futuro próximo, respondió: “tiene que ser más claro ideológicamente, algo como lo que planteaba López Murphy, pero menos cerrado”. Sin embargo, otro de nuestros entrevistados, un diputado que se reconoce como perteneciente a la derecha conservadora, señaló: “a nosotros los conservadores eso de la discusión ideológica mucho no nos interesa”. La

a PRO tejer sus primeros marcos de alianzas políticas fuera de la ciudad de Buenos Aires ya que sus miembros gestionaron conversaciones y acuerdos con varios partidos o núcleos de militantes de partidos conservadores populares de distintas provincias.

El segundo grupo está formado en su mayoría por jóvenes profesionales llegados desde fundaciones, *think tanks* y organizaciones no gubernamentales vinculadas a la investigación y la promoción de políticas públicas y sociales. A este grupo lo denominamos la *facción de las ONG* y está compuesto principalmente por personas que son recién llegadas a la política o que tienen un recorrido político no ligado a los partidos, como la legisladora Carmen Polledo. Entre ellos es notable el peso de los ex miembros del Grupo Sophia, el *think tank* que fundó el jefe de gabinete porteño Horacio Rodríguez Larreta en los años noventa. Buena parte de los miembros de esta facción fue educada en colegios católicos y estudió carreras de grado en ciencias sociales en universidades privadas, tanto laicas como confesionales. Su participación en la política se relaciona muchas veces con una suerte de vocación de servicio público que viven de manera similar a experiencias que tuvieron como trabajadores pro bono, voluntarios sociales o misioneros laicos.¹⁷ Muchos de ellos tienen roles importantes en el gabinete, sobre todo en las áreas vinculadas al desarrollo social, como la actual vicejefa de Gobierno María Eugenia Vidal, o a tareas de gestión, como el secretario general del Gobierno de la CABA Marcos Peña.

La tercera facción, a la que llamamos la *facción de los empresarios*, congrega a dirigentes que provienen del mundo corporativo. Se trata de un grupo de composición muy homogénea y con ideas y discursos muy similares entre sí. Se caracterizan por tener una sólida experiencia en puestos técnicos y financieros y por sus estrechos vínculos con el líder de PRO. La mayoría de sus miembros son ex empleados *senior* de SOCMA (como Héctor Grindetti y Daniel Chaín) y muchos ya habían acompañado a Macri cuando era presidente del club Boca

tensión entre un sector de inclinación doctrinaria y otro pragmático se mantuvo en el tiempo, pero puede sostenerse que el segundo fue ganando espacios de forma sensible.

¹⁷ Como ejemplo, una legisladora que no había participado en la política hasta su entrada a PRO comentó: “No voy a decir que esto [la política] es lo mismo que hacía antes [el trabajo voluntario en organizaciones de tipo religioso], pero sí diría que lo hago por las mismas razones”. Otra funcionaria que se sumó a PRO a partir de su vínculo laboral con un *think tank* comentó, en cambio: “[Antes de entrar a PRO] yo trabajaba en temas relacionados con lo social y con el tema de menores de edad. Temas con los que sigo aún de algún modo [...]. Y así también entré al PRO, digamos, como voluntaria, trabajando, armando proyectos para el área social, digamos, en el 2003”.

Juniors (como Andrés Ibarra). Aunque algunos consideran que han experimentado un cambio de vida a partir de su trabajo político, otros perciben su labor en el Gobierno de la CABA como un escalón más en su carrera profesional o empresarial y no pretenden continuar en la política si Macri no necesitara más sus servicios.¹⁸ En todo caso, resulta notable que casi todos los entrevistados de esta facción aseguran haber vivido de forma más o menos traumática su incorporación al mundo de la política y la gestión pública porque sus nuevas obligaciones les resultaban (al menos al principio) demasiado ajenas a su forma habitual de trabajar.¹⁹

El cuarto grupo, al que llamamos la *facción radical* agrupa a individuos (o grupos pequeños) provenientes de la UCR. En general, se trata de políticos con experiencia que ocupaban la segunda fila en su partido de origen cuando fueron invitados a sumarse a PRO (es el caso, por ejemplo, del diputado Cristian Gribaudo y del ministro Héctor Lombardi). Algunos de ellos ya habían trabajado en el Gobierno de la CABA y habían sido desplazados en 2003, cuando Aníbal Ibarra procuró una base de apoyo más abierta hacia el peronismo. Sin embargo, también están presentes dirigentes radicales con peso propio y manejo de redes territoriales, que se habían vinculado a Macri cuando este estaba dedicado al negocio del fútbol, como Daniel Angelici (que actualmente es presidente del Club Boca Juniors).²⁰

¹⁸ Un secretario de gobierno que antes de vincularse a la política se desempeñaba en un alto cargo en una empresa privada expresó así la conversión que experimentó: “Si años atrás me decían que iba a terminar acá no lo creía. Pero ahora siento que esta es mi tarea: ya soy un político... No lo puedo creer, pero esa es la verdad”. Por su parte, un subsecretario que proviene de la línea gerencial de una corporación empresarial sostuvo: “dentro de algunos años me gustaría tener actividades más libres. Una parte de mi vida tendría una orientación a este tema público o solidario. Pero me gustaría dejar [la política] y hacer otras cosas”.

¹⁹ Así, uno de los miembros de esta facción explicó: “Las dos cosas más importantes del paso de lo privado a lo público son que uno va aprendiendo la necesidad de buscar consensos y que se acostumbra a la exposición permanente... En la actividad privada uno tiene un jefe, un accionista, un director: más que eso, no ve. En la política, uno tiene que buscar el consenso de los propios y de los externos, porque las cosas no son o blanco o negro; hay que ir promediando, y eso lleva trabajo. Además, está el tema de la exposición pública. En la actividad privada llega el fin de semana y difícilmente alguien que te cruce en la calle te pregunte sobre el trabajo. En la política vas caminando por el barrio y te preguntan. Y a eso cuesta acostumbrarse”.

²⁰ Un funcionario del gobierno de PRO de militancia radical narró el ingreso de sus correligionarios a PRO de este modo: “El problema que teníamos era el crecimiento del peronismo [...] se empieza a acotar el margen de decisión del propio Aníbal [Ibarra] porque lo empiezan a condicionar más. Entonces ahí, Aníbal ya empieza a tener algunos problemas para repartir algunos naipes y el partido [radical] además tiene problemas para ponerse en valor [...]. Y ahí

El quinto y último grupo, al que llamamos la *facción peronista*, se compone mayormente por miembros del PJ porteño que, como vimos, en 2003 se vieron ante una situación muy difícil: su candidato en el distrito, Daniel Scioli, había sido elegido por Néstor Kirchner como compañero de fórmula para la campaña presidencial. Al mismo tiempo, para la CABA, Kirchner favoreció una alianza de centro-izquierda que los obligaba a relegar sus aspiraciones. Así, y dado que las encuestas mostraban que Macri tenía chances reales de ganar las elecciones en la CABA, la oferta de integrar las filas de PRO parecía sumamente ventajosa. Este grupo, en el que se destacan las figuras de Diego Santilli y Cristian Ritondo, aportó a PRO vínculos fuertes con el electorado de las zonas más populares de la CABA, donde venían manteniendo un importante trabajo territorial.

Las cinco facciones no funcionan de la misma manera. Tres de ellas (la peronista, la radical y la derechista) se comportan como facciones partidarias *stricto sensu*. Los otros dos grupos, en cambio, pueden ser pensados como facciones debido a su cohesión interna en términos sociológicos y culturales, pero no siempre funcionan de la manera cooperativa o competitiva esperada (Sartori, 2003: 95 y ss.). Además, la facción de los empresarios y la de las ONG son tan parecidas entre sí como diferentes de las otras tres. Ambas están formadas mayoritariamente por cuadros con escaso *background* político; ambas disponen de cuadros que han alcanzado puestos muy destacados gracias su *expertise* técnica y/o su cercanía personal con el líder y ambas son las que están más profundamente involucrados en el partido PRO.²¹

La heterogénea conformación del partido también funciona como una especie de división del trabajo. Cada facción tiene diferentes puestos. Los cuadros con extensas carreras políticas se encargan de la administración política en el Gobierno de la CABA (principalmente los derechistas), despliegan labores legislativas (principalmente los radicales) y desarrollan trabajo político de base en tiempos de campaña (principalmente los peronistas). Por otra parte, los cuadros con menor experiencia política trabajan en ministerios dedicados a la cuestión social (sobre todo la facción de las ONG) y a la administración de las finanzas, tanto del partido como de la CABA (sobre todo la facción de los empresarios).

La heterogeneidad de las facciones que componen PRO requiere que se proceda con cuidado al analizar la ideología de este partido. Según nuestro

un grupo decide sumarse al macrismo [...] el que hace el desembarco en el macrismo es Daniel [Angelici], que es un empresario muy poderoso y ya lo conocía a Macri”.

²¹ En efecto, mientras que la gran mayoría de los integrantes de las facciones de los empresarios y de las ONG son afiliados a PRO, muchos radicales, peronistas y derechistas mantienen su afiliación partidaria original.

estudio, diferentes facciones tienen ideas disímiles sobre muchos temas (ver la tabla 1.1).

En términos culturales, las facciones peronista, derechista y de los empresarios están más cercanas de las ideas de derecha, definidas como aquellas que perciben las desigualdades sociales y económicas como hechos naturales o fatalidades cuyo intento de resolución podría ser pernicioso o incluso peligroso emprender.²² Los miembros de estas tres facciones son los que están menos de acuerdo con la intervención del Estado para reducir las diferencias sociales y, a su vez, los que más acuerdan con la idea de que el mercado es el mejor mecanismo de asignación de recursos y los que defienden el enfoque de que las políticas públicas de salud y educación deberían estar orientada solamente a las personas que no pueden adquirir esos servicios por sus propios medios en el mercado.

Por su parte, la facción radical tiene posiciones más cercanas a la centro-izquierda. Los radicales están de acuerdo con discutir una ley sobre la legalización del aborto, no apoyan la postura de que en materia de derechos humanos “es necesario mirar hacia adelante y no hacia atrás” (como suelen sostener los sectores que simpatizan con el desempeño de los militares durante el llamado Proceso de Reorganización Nacional) y están en desacuerdo con la idea de adoptar medidas más estrictas para controlar la llegada de inmigrantes. Los radicales de PRO también muestran un amplio acuerdo con la opinión de que el Estado debe intervenir en la economía para reducir las desigualdades y son los que menos apoyan la idea de que el mercado es el mejor mecanismo de asignación de recursos. Al mismo tiempo, junto con los peronistas, son los que menos acuerdan con la idea de que el poder de los sindicatos argentinos tiene que reducirse.

Por último, cabe notar que la facción de las ONG parece particularmente interesante porque marca el tono de la ideología de PRO en general. Las respuestas de los integrantes de este grupo se acercan a la media del total de la muestra. La proximidad de los miembros de esta facción con las ideas del catolicismo social hace que la facción de las ONG presente una destacable combinación de valores. Por un lado, son conservadores respecto a cuestiones éticas y culturales (se muestran mayoritariamente contrarios a la discusión de una norma que legalice el aborto) y en aspectos sociopolíticos (apoyan la reducción del poder de los sindicatos en la política). Sin embargo, al mismo tiempo, son quienes

²² Esta definición es discutible, pero tiene la virtud de agrupar al mismo tiempo a los defensores del ideario neoliberal como a los que postulan una perspectiva conservadora en el sentido tradicional. Al respecto, cf., por ejemplo, Von Hayek (1989) y Kristol (1986). Sobre PRO y las ideas de derecha, ver el capítulo 4 y Morresi y Vommaro (2014).

están menos de acuerdo con la idea de “mirar hacia adelante” en materia de derechos humanos y defienden la intervención del Estado en materia económica.

Tabla 1.1. Heterogeneidad de los cuadros de PRO (en porcentaje)

Cuestión \ Facción	Todas	Empre- sarios	ONG	Derecha	Radical	Peronista
Debe controlarse más y mejor la llegada de inmigrantes	76,9	80,0	76,9	80,0	63,7	100
En cuestiones de derechos humanos, deber mirarse adelante, no hacia atrás	61,5	77,7	33,3	80,0	57,1	72,8
Es necesario debatir la legalización del aborto	42,3	44,4	40,0	30,0	71,5	36,4
El Estado debe intervenir para reducir las desigualdades	76,9	80,0	77,0	60,0	100	72,8
El mercado es el mejor y más eficaz mecanismo de distribución	57,5	66,7	46,7	80,0	42,1	54,6
La educación y la salud pública deben dirigirse solo a los más pobres	38,5	22,2	33,3	60,0	28,6	45,4
Es necesario reducir el poder de los sindicatos en la Argentina	59,6	77,8	73,3	60,0	42,9	36,4
Es necesario controlar la protesta social	92,3	100	93,4	90,0	71,4	100
Se considera a sí mismo a la derecha del centro espectro político	42,3	77,3	20,0	70,0	14,3	36,4
Rechaza la clasificación izquierda/derecha	13,5	0,0	26,7	0,0	28,6	9,0

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la encuesta realizada a cuadros de PRO (2011).

La diversidad ideológica entre las facciones de PRO sugiere que el partido oscila entre el pragmatismo –especialmente en su papel de administrador–, que es claramente predominante, y posiciones más doctrinarias, vinculadas con el liberalismo-conservador y el neoliberalismo argentino.²³ Al mismo tiempo, y debido a que PRO intenta construir para sí una identidad política “más allá de

²³ Al respecto, ver el capítulo 4.

la izquierda y la derecha”, sus dirigentes llevan adelante una serie de operaciones de resignificación de sus posturas a partir de proponer líneas de demarcación distintas de las de la derecha tradicional. En este sentido, deben leerse ciertas dicotomías propuestas por PRO, como “Los ciudadanos contra los políticos”, “Buenos Aires contra el gobierno nacional” que tuvieron un papel importante en el crecimiento electoral del partido.

El rol del líder

Cuando el partido PRO era apenas un proyecto, el liderazgo de Macri era cuestionado no solo por quienes se oponían a él, sino que también resultaba enigmático para parte de su propia tropa. Algunas de las personas que entrevistamos comentaron sus tempranos reparos hacia la figura de Macri.

Yo no lo soportaba, me parecía que era un desastre; remachista, porque eras mujer te miraba con desconfianza; entraba y no te saludaba... Yo siempre decía que laboraba con fulano y no para Macri (dirigente de origen radical que ingresó a la actividad en los años noventa).

La verdad es que al comienzo no le veíamos uñas para guitarrero... a veces, todavía hoy me pregunto cómo hace, con el pantalón gris y la camisa celeste de colectivero... así no se entra a un barrio, pienso, pero, bueno, a lo mejor por lo de Boca, qué sé yo, el asunto es que el tipo algo tiene (dirigente de origen peronista que ingresó a la política en los años ochenta).

Aunque para el observador externo el liderazgo de Macri pueda parecer poco comprensible, para los dirigentes de PRO está claramente relacionado con la capacidad del jefe de Gobierno de contener a los diversos sectores que conforman el partido y mostrar flexibilidad.²⁴

Cuando hablás con él te das cuenta que le gusta escuchar. La gente que no lo conoce piensa que es autoritario, pero es todo lo contrario. Cuando te habla no es para bajarte línea, sino para plantearte una duda, para ponerte un objetivo, para aclarar un punto (dirigente de origen radical que ingresó a la política en los años noventa).

Siempre te escucha, es cero dogmático, eso lo reconozco desde el primer día. Es un tipo que es súper-esponja... es alguien que aprende permanentemente (dirigente de trayectoria en ONG que ingresó a la política en los años noventa).

²⁴ Para un tratamiento más extenso del rol del líder de PRO, ver el capítulo 2.

Para los cuadros de PRO, la idea de una dirigencia ideológica y doctrinaria resulta anacrónica; para ellos, la flexibilidad de su líder es un valor positivo que se combina perfectamente con el pragmatismo y la heterogeneidad interna del partido. Desde esta perspectiva, el líder, más que definir ideas, dirigir o cumplir el rol de tomador de decisiones, funciona como un “armonizador”, alguien capaz de escuchar todos los puntos de vista, combinar algunos de ellos e implementarlos de un modo tal que parezca que todos han colaborado en la definición del camino.

El estilo del liderazgo de PRO se nota, por ejemplo, en la selección de candidatos, que –según los testimonios recogidos– es producto de la decisión del líder y un reducido grupo de colaboradores. Como relató uno de nuestros entrevistados:

A mí me gustaría permanecer en esta oficina, pero Mauricio [Macri] ya me avisó que es mejor presentar mi candidatura para otra posición [...]. A mí ni se me ocurriría hacer otra cosa que eso [que me mandan] (dirigente de origen empresario que ingresó a la actividad política en los años dos mil).

Entre los cuadros de PRO, el estilo personalista de liderazgo ha sido naturalizado. Se acepta sin más que solo Macri controla la distribución de cargos y funciones en virtud de su evaluación personal sobre la lealtad, la amistad, la capacidad, el merecimiento, la representatividad o lo bien o mal que cada dirigente mida en los estudios de imagen.

También resulta necesario subrayar que la dirección personalista está combinada con un bajo nivel de institucionalidad (Mattina, 2012a). Durante los primeros diez años de existencia de PRO, el líder no ha permitido que las diferentes fracciones disputen por medio de elecciones internas o de las Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO). Solo en 2015, y debido a la negativa a resignar sus aspiraciones por parte de una de las precandidatas con mayor imagen positiva, Macri autorizó la competencia interna, aunque muchos observadores señalaron que lo hizo a regañadientes (Rumeau, 2014). En este mismo sentido, es notoria la ausencia de ámbitos para que los dirigentes discutan en forma abierta y horizontal sus diferencias. Al respecto, un secretario de gobierno nos comentó:

Las decisiones importantes las toma un pequeño comité, formado por [Mauricio] Macri, [Horacio] Rodríguez Larreta, Marquitos [Marcos Peña] y [Jaime] Durán Barba... nosotros podemos dar opiniones, pero deciden ellos [...]. Los congresos partidarios no existen [...] pero ojo que tampoco existen en

otros partidos (dirigente proveniente de la derecha que ingresó a la política en los años ochenta).

Otros testimonios describen una conformación distinta de la “mesa chica” de PRO, pero en general se coincide en la visión de que quienes lideran el partido carecen de las herramientas o de la voluntad para instaurar mecanismos transparentes y abiertos de participación y de discusión con carácter institucional y sistemático. No obstante ello, no parece claro que PRO pueda ser clasificado como un partido personalista (Rochon, 1985) por dos razones. En primer lugar, a pesar de la preponderancia del líder, PRO se caracteriza por su heterogeneidad interna, lo que contrasta con las máquinas electorales al servicio de un individuo. En segundo término, a pesar de su carácter pragmático, PRO ha dado algunos pasos en el sentido de darse una mayor institucionalidad (ver “Problema de desarrollo”) y ha mostrado esfuerzos claros para construir una identidad independiente del líder (Devoto, 2014).

El crecimiento electoral

Desde que se fundó PRO, sus dirigentes rechazaron la idea de que el partido pudiese resignarse a un rol testimonial. Por el contrario, su objetivo fue obtener acceso inmediato al poder municipal para que este sirviese como base sólida para emprender desde allí el camino al Poder Ejecutivo Nacional. Probablemente, el objetivo de ganar elecciones rápidamente fue el primer aspecto compartido entre los diferentes grupos.²⁵

La campaña de PRO en 2003 estuvo enmarcada en términos que ya habían sido utilizados por fuerzas liberal-conservadoras, como “eficiencia” y “economía seria”. También se utilizaron tópicos que apuntaban a cuestiones morales, como “corrupción cero” y “costo político”. Pero PRO también se aventuró en una nueva veta de sensibilidad social incluyendo en el discurso de sus candidatos expresiones como “seguridad social universal” e “integración social”, que en la Argentina poscrisis eran lugares comunes que atravesaban todo el espectro político.

El discurso de PRO estuvo dirigido no solo a los tradicionales votantes de la derecha, sino también a toda la clase media, especialmente a aquella que se sentía indignada por la ausencia de respuestas de las élites políticas. La

²⁵ Obviamente, este es un aspecto comúnmente compartido en las organizaciones partidarias. Sin embargo, no fue ese el caso de experiencias anteriores de la centro-derecha argentina que optaron por caminos no electorales.

presentación pública del partido como un nuevo jugador se relacionaba con al carácter de *outsider* de su líder, su publicitado desdén por los “políticos” y su rechazo al uso de la maquinaria política. A pesar de esta estrategia, el peso de notorios líderes asociados con la “vieja política” en las listas de PRO y el peso de los vínculos de Macri con el gobierno de Menem provocaron un rechazo muy firme de PRO en buena parte del electorado porteño. Así, el peronismo y la centro-izquierda lograron imponer la identificación de PRO con el gobierno de Menem, lo que contribuyó a la derrota de Macri entre la pequeña burguesía progresista.

A pesar de haber ganado más votos en la primera ronda que el candidato de la centro-izquierda (37,55 contra 33,54%), Macri fue superado en la segunda vuelta (53,5 contra 46,5%). Cuando reconoció su derrota, el líder de PRO sostuvo: “No aceptamos ser confinados a las etiquetas ideológicas que hoy no tienen sentido. Somos una fuerza plural y abierta”.²⁶ Pero lo cierto es que en 2003 esta identidad plural estaba todavía en construcción como lo muestra el hecho de que los candidatos a diputados porteños que apoyaban a Macri iban en cuatro listas distintas. A pesar de la derrota, PRO ganó 18 escaños (de un total de 60) en la Legislatura de la CABA, a los que habría que sumar seis de sus aliados no oficiales de Recrear para el Crecimiento (Recrear). De este modo, con puestos efectivos para ocupar, PRO comenzó un proceso lento pero sistemático para institucionalizar el partido y atraer a nuevos miembros.

De acuerdo con un estudio basado en una regresión ecológica, el partido de Macri había heredado votos de la UCeDe y AR (Alessandro, 2009). Sin embargo, el mismo estudio muestra que, desde el momento de su debut, el partido de Macri también atrajo votos de la UCR y el PJ. De hecho, PRO, como AR antes que él y a diferencia de los partidos tradicionales de derecha en la Argentina, no es una organización antiperonista y, por esa razón, pudo disfrutar de un electorado potencial más grande que sus antecesores.

En la primera vuelta de 2003, Macri reconstruyó electoralmente una alianza social que ya había tenido éxito en la década de 1990: la del menemismo. En efecto, PRO logró ganar, al mismo tiempo, en los distritos más ricos y en algunos de los más pobres de la CABA. Sin embargo, en esas elecciones, Macri fue derrotado en los numéricamente importantes circuitos electorales de clase media. En la segunda ronda, Macri logró mantener el control de los barrios ricos del norte, pero fue derrotado en los suburbios del sur (con

²⁶ *Página/12*, 15/9/2003.

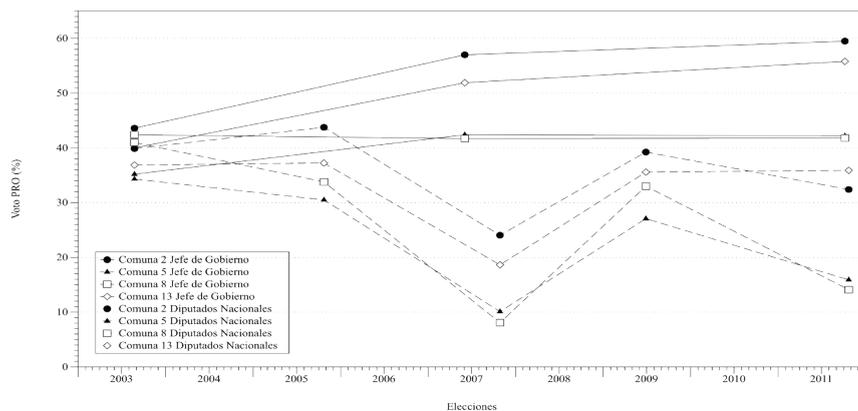
la excepción –lógica y esperable– de La Boca). El estudio de los resultados a nivel de circuitos electorales permite notar que, en junio 2003, la cercanía de PRO al peronismo impidió que Macri obtuviera muchos de los votos que unos meses antes se habían inclinado por Ricardo López Murphy, el ex ministro de la ALIANZA que, con el partido Recrear, había obtenido el tercer lugar en las elecciones presidenciales con un discurso neoliberal, pero claramente antiperonista.

Para entender mejor el crecimiento electoral de PRO a partir de 2003, nos centraremos brevemente en la evolución de su desempeño en la primera vuelta de las elecciones para jefe de Gobierno y diputados nacionales entre 2003 y 2011 en cuatro comunas (los distritos en que se divide la CABA desde la reforma administrativa de 2008). Los municipios que hemos elegido como muestra divergen social y geográficamente. La Comuna 2 es un distrito rico en el norte de la CABA y es una fortaleza tradicional del voto de la centro-derecha. La Comuna 13 es un área de clase media alta, es una zona tradicionalmente identificada con el voto no peronista y aportó una porción importante de los votos a las fuerzas progresistas en los años noventa. La Comuna 5 es una típica zona de clase media porteña y tradicionalmente es no peronista. Por último, la Comuna 8, ubicada en el sur de la ciudad, incluye los barrios más pobres de CABA, en los que la política territorial y las relaciones “cara a cara” juegan un papel importante.

Observando los números incluidos en la figura 1.2, pueden extraerse algunas conclusiones. En primer lugar, el principal aumento en el flujo de votos PRO se produce entre las elecciones de 2003 y 2007. En las elecciones de 2011, sin embargo, PRO consigue mantener la mayoría de los votos conquistados cuatro años antes, sobre todo entre las clases media y baja, pero no logra un incremento destacable. Por lo tanto, en la estrategia electoral de 2007 debe encontrarse la coyuntura crítica de éxito electoral PRO (enseguida volvemos sobre ello). En segundo lugar, PRO logra posicionarse muy pronto como la opción electoral en los barrios de clase alta, tradicionales votantes de los partidos de la derecha, pero que tenían (en 2003) otras opciones a las que recurrir. En tercer lugar, en 2007, PRO atrajo una alta proporción de los votos de clase media alta, que durante los años noventa se había inclinado por opciones de centro-izquierda. En cuarto lugar, el voto de los habitantes de los barrios de clase media creció considerablemente entre 2003 y 2007, pero cayó ligeramente en 2011. En quinto lugar, el porcentaje de voto PRO en los barrios pobres del sur fue el único que no creció a lo largo de este ciclo.

En sexto lugar, se observa una diferencia notable entre el voto para jefe de Gobierno de la CABA y la votación para diputados nacionales, que es sensiblemente inferior y volátil, probablemente debido a la falta de candidatos presidenciales de PRO en 2007 y 2011.

Figura 1.2. Votos PRO 2003-2011



Fuente: Elaboración propia a partir de datos del Ministerio del Interior y Transporte. En 2003, PRO es “Compromiso para el Cambio” (en listas legislativas se computan las fuerzas que apoyaron a Macri para jefe de Gobierno). Antes de 2008, se toma la sección electoral 19 para la Comuna 2, las secciones 8 y 9 para la Comuna 5, la sección 22 para la Comuna 8 y la sección 16 para la Comuna 13.

Así, aunque PRO conquistó un electorado heterogéneo (gracias a su capacidad de capturar votos en sectores tradicionalmente esquivos a los partidos de derecha), consiguió más apoyo electoral en los distritos ricos y su voto fue constante en las elecciones ejecutivas, pero volátil en las legislativas, sobre todo cuando los comicios coincidieron con las campañas presidenciales.²⁷ Estas características parecen indicar la presencia de algunas dificultades de PRO para convertirse en una fuerza política a nivel nacional (ver “Republicanism local y populismo nacional”).

En 2005, Mauricio Macri presentó su candidatura a diputado nacional por la CABA y forjó una alianza oficial con Recrear. Así nació la Alianza Propuesta Republicana, que más tarde se conocería como PRO. En estas elecciones,

²⁷ En las elecciones para diputados nacionales, la CABA no tiene potestad para modificar el cronograma electoral.

ganó con un 34% de los votos, obtuvo seis bancas en el Congreso y sumó 13 legisladores en la CABA.

Entre 2005 y 2007, la estrategia se concentró en construir una posible alianza amplia de centro-derecha que incluía a López Murphy y Jorge Sobisch, el gobernador de la provincia de Neuquén por el Movimiento Popular Neuquino (MPN). Este intento de ampliar el espacio fue resistido internamente por la facción peronista, que señaló a López Murphy como un límite infranqueable (Rodríguez, 2005).²⁸ Sin embargo, la facción de derecha se mostró muy firme en andar ese camino y puso en claro que no solo se necesitaba a Recrear para reforzar a PRO en la CABA, sino que ese era el único modo de avanzar en un entramado electoral viable en vista a los siguientes comicios presidenciales.

En abril de 2007, una manifestación de docentes patagónicos derivó en una salvaje represión y el asesinato de un activista sindical. El fresco recuerdo de las represiones policiales en 2001 y 2002 y el rechazo social convencieron a Macri a romper la alianza con el MPN, dejar de lado sus aspiraciones presidenciales y volver a candidatearse como jefe de Gobierno de la CABA. Ese mismo año, aunque Cristina Fernández de Kirchner del FPV ganó a nivel nacional, PRO logró una aplastante victoria en las elecciones de la CABA (que fueron realizadas antes que las presidenciales). PRO también consiguió el tercer lugar en la provincia de Buenos Aires (donde estaba aliado con la centro-derecha peronista encabezada por Francisco de Narváez). En la CABA, PRO obtuvo el 45% de votos en la primera vuelta y el 61% en la segunda.

Estas victorias fueron, al menos parcialmente, el resultado de un cambio hacia el centro del espectro político. La compañera de fórmula de Macri en 2007 fue Gabriela Michetti, quien proporcionó un aura de sensibilidad social y un tono más progresista a la candidatura del ex empresario. Al mismo tiempo, algunas figuras tradicionales de la derecha pasaron a un segundo plano durante la campaña y el discurso político perdió en parte el tono gerencial y neoliberal que había tenido en 2003 (Gallo, 2008a). En este sentido, los diferentes candidatos de PRO siguieron las instrucciones del encargado de la campaña, el especialista Jaime Durán Barba, quien sugirió rechazar fuertemente cualquier identificación ideológica y resaltar la imagen de “novedad” del partido.

²⁸ En su carta de renuncia a PRO, Juan Pablo Schiavi –uno de los fundadores del partido junto con Mauricio Macri– explicó que la alianza con López Murphy le resultaba inaceptable por cuestiones ideológicas: “Mi pensamiento es conocido: nacimos como una fuerza alternativa con la intención de representar a todos los argentinos y no solo a los que abracen el ideario de la centroderecha” (citado en Rodríguez, 2005).

El rechazo de una identidad ideológica clara y la resistencia de Macri a respaldar la candidatura de López Murphy al Senado Nacional produjeron agrias discusiones en la flamante alianza PRO y, finalmente, una ruptura. Tras el triunfo de PRO, el liderazgo de López Murphy en Recrear fue disputado entre aquellos que querían mantener un partido independiente y los que querían fusionarse con el gobierno de Macri; la última fracción ganó y, en 2009, se completó la unificación partidaria.

Mientras que en 2003 Macri demostró cierta simpatía con el nuevo gobierno de Néstor Kirchner y en 2005 hizo una caracterización ambigua de él, en 2007 el líder PRO tomó el lugar de oposición al populismo. Frente a la candidatura a jefe de Gobierno del ministro de Educación del Gobierno nacional, Daniel Filmus, Macri apareció como el principal opositor y también como un garante de la autonomía local contra una supuesta colonización por parte del Gobierno nacional. Por otro lado, la campaña PRO adquirió una identidad fuerte y sistemática. Se adoptó el amarillo como el color del partido y se lanzó una campaña publicitaria compuesta por anuncios que hacían hincapié en el carácter propositivo del partido a través de lemas breves, asociados con la política como gestión y la promoción de la intervención estatal, lo que ayudó a PRO a alejarse del perfil derechista que le adjudicaban sus críticos.

A diferencia de lo sucedido en las elecciones de 2003, en 2007 PRO consiguió ganar en los barrios de clase media y así logró conformar una base electoral heterogénea que combinaba sectores sociales e ideológicos: clases altas, medias altas, medias y bajas; sectores peronistas y no peronistas; votos que tradicionalmente se dirigían al progresismo y votos que históricamente se inclinaban a la derecha se unieron en su apoyo a Macri. En cierto sentido, puede sostenerse que esta heterogeneidad electoral se corresponde con la diversidad interna del propio partido.

Una muestra de esta diversidad es el modo en que se organiza la división del trabajo en PRO es su primer gabinete de gobierno, formado por una combinación desigual entre políticos tradicionales y profesionales y técnicos recién llegados a la función pública. En efecto, en el cuadro 1.2 se percibe que las facciones más representadas son la de las ONG y la de los empresarios. Además, es notable la importante cuota de poder de la facción de derecha, pese a no ser la más importante cuantitativamente. También resulta llamativa la presencia de solo un ministro de la facción radical y la ausencia de miembros de la facción peronista. Así, puede decirse que el primer gabinete de PRO en la CABA privilegió a los cuadros que gozaban de la confianza personal del líder y que

forman parte del *core* partidario. Dentro del partido, se los suele llamar “PRO puros” para dar cuenta de su fundamental afinidad con los valores partidarios y de su compromiso total con la vida interna.²⁹

Cuadro 1.2. El primer gabinete PRO de Gobierno de la CABA

Ministro	Área	Facción	Experiencia política previa en área similar
Horacio Rodríguez Larreta	Jefe de Gabinete	ONG	Sí
Néstor Grindetti	Finanzas	Empresarios	No
Guillermo Montenegro	Seguridad y Justicia	ONG	Sí
Jorge Lemus	Salud	ONG	Sí
Mariano Narodowsky (reemplazado en 2009 por Esteban Bullrich, de la facción de derecha)	Educación	ONG	Sí
Daniel Chaín	Desarrollo Urbano	Empresarios	No
Hernán Lombardi	Cultura y Turismo	Radical	Sí
Esteban Bullrich (reemplazado en 2008 por María Eugenia Vidal, de la facción de las ONG)	Desarrollo Social	Derecha	Sí
Francisco Cabrera	Desarrollo Económico	Derecha	Sí
Juan Pablo Piccardo (reemplazado en 2009 por Diego Santilli, de la facción peronista)	Medio Ambiente y Espacio Público	Empresarios	No
Marcos Peña	Secretario General	ONG	No

Fuente: Elaboración propia a partir de datos oficiales del Gobierno de CABA.

Los dos primeros años del gobierno de PRO en la CABA mostraron algunas de las limitaciones de la agenda de reforma del partido liderado por Macri. La fortaleza de los sindicatos de los empleados municipales, que rechazaron las nuevas políticas de PRO; la mala relación con el Poder Ejecutivo Nacional, que retaceó su apoyo a la gestión; la inexperiencia de los cuadros macristas para enfrentar una pesada burocracia y la feroz oposición de los partidos de centro-izquierda en la CABA permitieron solo avances graduales y lentos. Indignado, Macri se quejó ante la prensa sobre la “máquina de impedir del populismo” y comenzó una confrontación directa con el FPV.

²⁹ Sobre este punto, ver el capítulo 3.

Como parte del plan de oponerse más directamente al gobierno nacional, Macri retomó su alianza con De Narváez y se creó el sello Unión PRO para presentar candidatos en la provincia de Buenos Aires, espacio de predominio histórico del peronismo. Las elecciones de 2009 mostraron los resultados mixtos de esta estrategia. Por un lado, De Narváez ganó en la provincia de Buenos Aires (con 34,7% de los votos) a pesar de que el ex presidente Néstor Kirchner era el primer candidato del FPV.³⁰ Por otra parte, la ex vicejefa de Gobierno, Gabriela Michetti, que encabezó la lista de diputados nacionales de PRO en la CABA, ganó por un margen bastante menor al esperado (consiguió el 31,9% de los votos cuando se esperaba, si no repetir, al menos acercarse a los números obtenidos en 2007).

En las elecciones de 2011, frente al notorio crecimiento de opiniones positivas sobre la figura de la presidente Fernández de Kirchner en las encuestas preelectorales, Macri bajó una vez más el nivel de enfrentamiento con el gobierno nacional. En lugar de presentarse como candidato a presidente, tal como había anunciado en diversas ocasiones, volvió a postularse como jefe de Gobierno de la CABA. Otra vez, su compañera de fórmula fue una mujer, María Eugenia Vidal, ex ministra de Desarrollo Social, que parecía cumplir el mismo rol que Michetti en 2007, el de humanizar al líder. La apuesta fue exitosa: Macri fue reelegido con un 65% de los votos en el *ballottage* (46% en la primera vuelta).

La estrategia posmaterial

Durante el período 2007-2011, PRO logró importantes avances en su replanteo de los clivajes políticos, en parte ayudado por las circunstancias y en parte como fruto de decisiones deliberadas de cambiar la agenda política. En efecto, durante esos años, su discurso no estuvo centrado en cuestiones redistributivas relacionadas más directamente con la clásica división izquierda/derecha. Solo en la elección de 2009 se aventuró, sobre el tramo final de la campaña, en el camino de la confrontación en el eje alto/bajo (y, como vimos, obtuvo resultados mixtos). En cambio, el tono general del partido buscó centrarse en temas dominantes en el debate público con los que tradicionalmente las fuerzas de derecha lidiaron más cómodamente que las fuerzas progresistas, como la

³⁰ Las razones del triunfo de Unión-PRO pueden ser analizadas desde diversos ángulos, pero no debería obviarse el hecho de que la llamada “crisis del campo” y el desaceleramiento económico que se produjo en 2009 fueron factores determinantes de la mala performance del FPV (ver Aronskind y Vommaro, 2010).

seguridad,³¹ así como en valores posmateriales considerados claves para poder dotar a la fuerza de una identidad que fuera “más allá de la izquierda y la derecha”. Ambas estrategias le permitieron contener su diversidad interna y, a la vez, ganar en proyección hacia nuevos electorados. En este último sentido, las dos principales tácticas de reenmarcamento (*reframe*, en los términos de Campbell, 2001) del debate político fueron concentrar la atención sobre el aumento de la delincuencia y presentar la idea de una nueva política pública orientada a la ecología con el objetivo de identificar la gestión de PRO con la idea de la CABA como “ciudad verde”.

A poco de nacer, PRO se vio en medio de intensos debates y manifestaciones públicas en materia de seguridad, originadas en un sonado caso de secuestro seguido de muerte.³² Así, desde las elecciones de 2005, Macri incluyó el “combate a la inseguridad” como uno de sus principales temas de campaña. Con el fin de subrayar su compromiso con la seguridad pública, en 2009 PRO creó la Policía Metropolitana de la CABA. Aunque esta era una vieja propuesta de varios partidos, el PRO justificó su decisión como el fruto lógico ante la ausencia de respuestas del gobierno nacional frente al avance de la delincuencia.³³ Así, la decisión de crear una policía propia fue presentada a través de un reenmarcamiento en términos de ciudad autónoma responsable versus gobierno populista nacional.

Por otra parte, desde que obtuvo la jefatura de gobierno de la CABA, PRO promovió políticas públicas vinculadas a la ecología, una posición tradicionalmente propia de los partidos posmateriales (Inglehart, 1977). En primer lugar, se dedicó a la construcción de senderos exclusivos para bicicletas (bicisendas), una iniciativa que se complementó con la implementación de servicios de préstamos de bicicletas a los residentes de la CABA y con planes de financiación para la

³¹ Los partidos de derecha y centro-derecha han concentrado buena parte de sus esfuerzos en esta temática, particularmente en los países cuyos sistemas políticos han sufrido experiencias similares al colapso que tuvo lugar en la CABA (Meléndez, 2014).

³² Se trata de lo que se dio en llamar el “caso Blumberg”, ocurrido en abril de 2004, que movilizó a buena parte de la sociedad argentina en apoyo de modificaciones legales para aumentar las penas a los delincuentes. En principio, el presidente Néstor Kirchner se mostró favorable a endurecer la legislación, pero, poco a poco, el FPV se fue moviendo en un sentido contrario y comenzó a denunciar a los políticos proclives a la “mano dura”. Al respecto, ver Martínez (2013).

³³ La creación de la Policía Metropolitana fue objeto de un largo debate que giró sobre todo en torno a si el gobierno nacional debía o no girar los fondos que destinaba a la Policía Federal (que hasta entonces tenía jurisdicción exclusiva en la CABA). Aunque durante un tiempo Macri insistió en que solo crearía un cuerpo policial si el gobierno transfería los fondos necesarios, finalmente optó por fundar la Policía Metropolitana con un porcentaje del presupuesto municipal.

compra de rodados por medio del Banco de la Ciudad de Buenos Aires. Esta política fue muy criticada al comienzo de la gestión pues contrastaba en cierto modo con la ausencia de construcción de trenes subterráneos, que había sido prometida en la campaña electoral.³⁴ Sin embargo, muy rápidamente se reveló exitosa, especialmente entre los jóvenes.³⁵

Más adelante, PRO lanzó una serie de campañas publicitarias para fomentar el reciclaje de residuos y hacer hincapié en la recuperación y protección de espacios verdes en la ciudad. La primera de estas políticas aún está en vías de ser implementada de modo completo (ya que, hasta el momento, la separación de residuos que puede hacer el ciudadano no es respetada por las empresas recolectoras y los sistemas supletorios con cooperativas de reciclaje no están presentes en todos los barrios de la ciudad). Pero la segunda nos parece particularmente interesante porque en ella se conjugan la idea de Buenos Aires como ciudad verde, la defensa del espacio público y la acción de las fuerzas policiales porteñas (que son las encargadas de desalojar por la fuerza los diversos parques públicos que habían sido colonizados por sectores carentes y precarizados a partir de la crisis de 2001).³⁶ En este último sentido, el apoyo de la población al accionar de la Policía Metropolitana es una muestra clara del éxito de PRO en identificar su gestión con el acceso universal al espacio verde y las prácticas ecológicas.

De este modo, pensamos que sería plausible sostener que el caso de PRO muestra, en consonancia con lo señalado por algunos especialistas en el caso europeo (Willey, 1998; Kitschelt y McGann, 1997), que los valores posmateriales no son exclusivos de lo que se ha dado en llamar la “nueva izquierda”, sino que también están presentes en los partidos de la “nueva derecha”, incluso en su versión no extrema ni nacionalista. Al mismo tiempo, estos valores posmateriales tienen cierta relación con el clivaje alto/bajo señalado por Ostiguy, aunque no tengan una correlación directa con ellos, al tiempo que son claramente compatibles y conjugables con las identidades posideológicas (Pessoa, 2003).

³⁴ En este sentido, PRO adjudicó la culpa de su incumplimiento a la falta de colaboración del Gobierno nacional, que se habría negado por motivos políticos a garantizar los préstamos internacionales que la CABA debía tomar para emprender las obras.

³⁵ Según uno de nuestros entrevistados de la facción peronista, que se oponía personalmente al peso dado a la iniciativa: “[De todos modos, como] las encuestas nos dan que a los pibes les parece bárbaro [que el gobierno haya dispuesto las bicisendas] me parece muy bien”.

³⁶ Sin embargo, debe señalarse que una parte de los sectores que habían ocupado los espacios públicos en una situación de extrema necesidad habían sido desplazados por grupos organizados con claros fines de obtener una renta a partir de su ocupación.

Problema de desarrollo

Si bien la decisión de PRO de mantener una política de “puertas abiertas” para el ingreso de cuadros y militantes con orígenes y trayectorias diversos ha resultado ventajosa en el momento fundacional y ha apuntalado el crecimiento electoral en la CABA, se trata de un rasgo que puede ser analizado como una dificultad político-institucional. En efecto, en el mediano plazo, la porosidad de las fronteras partidarias (entendible y hasta cierto punto necesaria en tanto se trata de una fuerza política nueva que intenta captar adherentes de distintas procedencias y recorridos variados) parece conspirar contra el objetivo de ofrecer una alternativa de poder consistente y plausible a nivel nacional.

Con respecto a la porosidad de PRO, debe recordarse que en la Argentina afiliarse a un partido político no resulta un trámite engorroso ni implica realizar un aporte financiero como sucede en otros países. Sin embargo, los partidos no tradicionales no suelen tener un número elevado de afiliados. En 2011, PRO tenía 7930 afiliados, un número apenas menor que el que había alcanzado el centroizquierdista Frente Grande durante los años noventa. Justamente por ello resulta llamativo que, según se desprende de nuestro estudio, apenas el 40% de los cuadros dirigentes de PRO haya completado su afiliación al partido.

En la mitad de los casos (de los no afiliados) se trata de personas que comenzaron su vida política en PRO y que nunca se han afiliado a un partido.³⁷ Algunos de ellos, sobre todo en la facción de derecha, no se han afiliado a PRO porque se sienten integrantes de sus partidos de origen y no miembros de un nuevo partido. En este sentido, debe distinguirse a los que tienen planeado adherir a PRO en caso de que su organización de origen decidiera finalizar su alianza con la fuerza liderada por Macri y los que aseguran que su lealtad está ante todo con su partido original y no con PRO.³⁸ Otros mantienen sus afiliaciones casi de modo nostálgico, pero aclaran que su compromiso con PRO es muy alto.³⁹ Pero también están los cuadros políticos que no quieren renunciar

³⁷ Una legisladora comentó al respecto: “No me afilié, pero creo que lo voy a hacer [...] la verdad es que ya debería haberlo hecho, pero nunca tengo tiempo”. Sin embargo, lo único que se requiere para la afiliación es llenar una ficha con datos personales. En muy pocas ocasiones, la Justicia Electoral llama a las personas para que corroboren su firma.

³⁸ En este sentido, un secretario de gobierno comentó: “Yo creo que mi lugar es acá, pero soy un hombre del [partido] y si mi partido decidiese que no debo estar aquí, yo debería irme”. Otro funcionario, en cambio, sostuvo: “Si [mi partido] decidiera romper con Mauricio [Macri], creo que me quedaría acá [en el partido PRO]”.

³⁹ Una legisladora le quitó importancia al asunto del siguiente modo: “No me desafilié de [mi partido], nadie me lo pidió [...] me daría pena”.

a sus agrupaciones de origen por motivos pragmáticos, porque no tienen claro si van a continuar perteneciendo a PRO.⁴⁰ Estos casos permiten vislumbrar el bajo costo de entrada al nuevo partido, la baja demanda de compromiso exigida y la no sanción a los políticos que usan PRO como espacio de refugio o de crecimiento propio.

Por otro lado, los cuadros que sí están formalmente dentro del partido se dividen entre aquellos que formaron parte del núcleo fundador (poco más de la mitad de los afiliados) y los que se sumaron en 2009, el año que PRO decidió lanzar una campaña con vistas convertirse en una fuerza nacional (un 20% de la muestra). Sin embargo, también debe considerarse a quienes se habían afiliado a Recrear y quedaron en PRO como producto de la fusión partidaria y los que se afiliaron en el momento de tomar posesión de un cargo.

En este sentido, puede sostenerse que, fuera del núcleo fundador en el que tenían mayor presencia las facciones de las ONG y de los empresarios, para las capas sucesivas que se fueron sumando al partido —en particular para los miembros de las facciones peronista y radical—, el ingreso a PRO no implicó una formalización del vínculo ni una entrega “total” al nuevo colectivo. Así, la labilidad organizativa de PRO se asocia, al menos como hipótesis, a su laxitud ideológica, lo que aleja a este partido de la derecha tradicional argentina (Gibson, 1996a). En todo caso, queda claro que este rasgo conlleva una relación con el partido que, en términos generales, diverge de las organizaciones que demandan una “entrega total” de sus miembros, como es el caso de los partidos de cuadros de izquierda (Pennetier y Pudal, 1996) o de algunas fuerzas de extrema derecha en Europa, que favorecen carreras militantes desviadas del *mainstream* y crean espacios políticos que sirven como refugios cerrados (Lafont, 2001). En cambio, las características de no compromiso de los cuadros de PRO parecen acercarlo al modelo “profesional-electoral” (Panebianco, 1990). Sin embargo, tal caracterización no alcanza a aprehender la especificidad organizativa, social e ideológica de PRO. En este sentido, podría observarse la misma cuestión desde otro ángulo y vincular a PRO al modelo de “partido cartel” (Katz y Mair, 1995; 2009) o, mejor aún, al modelo de “partido estratárquico de redes”, que se caracteriza por estar estructurado en torno a un liderazgo que controla los principales recursos organizativos y monopoliza las redes territoriales y profesionales (Scherlis, 2009).

⁴⁰ Un funcionario sostuvo: “Yo soy de [un partido]. Ahora estoy acá, pero no sé si voy a seguir estando el año que viene, dentro de dos o de tres”.

En todo caso, el carácter poroso de las fronteras partidarias junto con las dificultades para instalar PRO en distintas provincias (un tema sobre el que ofrecemos unas breves reflexiones en la próxima sección) y la baja institucionalización del partido (Mattina, 2012a) llevan a poner en primer plano ciertos interrogantes. La laxitud de las relaciones de PRO con algunos de sus cuadros provenientes de otras fuerzas políticas igualmente porosas (como el peronismo) ¿llevará al tránsito más o menos libre entre ambos espacios por parte de un conjunto de dirigentes que actuarán como líberos o las fronteras partidarias se volverán más sólidas en la medida en que PRO trascienda el escenario subnacional y se presente como un competidor serio al Gobierno nacional?

Republicanismo local y populismo nacional

En este capítulo pasamos revista a las dificultades que la centro-derecha atravesó durante el siglo xx para convertirse en una alternativa de poder por la vía partidaria. Luego, y a la luz de esa tradición, analizamos la formación del partido PRO en el contexto de la crisis de 2001 y 2002, que en el caso de la CABA alcanzó el grado de un colapso del sistema de partidos que facilitó una estructura de oportunidad para el surgimiento de una nueva fuerza política. También mostramos que, desde sus comienzos, PRO se organizó como un partido heterogéneo y pragmático con vocación de poder y para ello adoptó una estrategia de “partido de lo nuevo”.

Por otra parte, identificamos las principales facciones que lo componen, que van de la derecha clásica al peronismo y el radicalismo, y de los cuadros de extensa actuación en política a los nuevos ingresantes del mundo de las ONG y de la empresa, que dan cuenta del medio partidario de PRO (en el sentido de Sawicki, 2011). Vimos que las ideas políticas de estas facciones son relativamente cercanas en términos políticos y económicos, aunque heterogéneas en términos culturales. La división del trabajo que opera en PRO así como el desigual involucramiento en la vida partidaria muestran que “los nuevos” son quienes más cerca parecen estar de constituir la coalición dirigente partidaria, al tiempo que representan la mayor parte de los cuadros técnicos que nutren la gestión en la CABA. La presentación del líder como *outsider* de la política, por un lado, y como empresario exitoso, por el otro, le permitió mostrar al nuevo partido como una fuerza que venía a traer moralización y eficiencia a la política en un contexto en el que los partidos sufrían gran desprestigio en una parte de la ciudadanía de CABA.

Asimismo, mostramos que PRO se presentó como una fuerza “de gestión”. Para conseguir ese objetivo y definir su identidad (tanto de cara al electorado como hacia las facciones que componen el partido), su dirigencia privilegió el discurso sobre cuestiones de seguridad reenmarcado en términos de eficiencia y enfatizó algunos valores posmateriales vinculados a la ecología. Esta agenda le permitió al nuevo partido evitar centrarse en el discurso económico y atraer votantes no peronistas que en los años noventa habían apoyado a fuerzas de centro-izquierda. De este modo, la coalición electoral encabezada por Macri redefinió sus rasgos identitarios y marcos de alianzas originales (que la emparentaban al discurso neoliberal y a la alianza entre sectores populares y alto-medio altos que caracterizó al menemismo), y logró seducir a sectores medios que hasta entonces se habían mostrado esquivos a las propuestas de centro-derecha. También señalamos que, a medida que PRO fue consolidando su ascenso en el espacio político bidimensional cartografiado por Pierre Ostiguy (2009), dejó de crecer electoralmente en los sectores populares, pero continuó haciéndolo en las capas medias y medias altas.

Antes de concluir, y sin pretender caer en predicciones sobre el futuro, quisiéramos reflexionar sobre el modo en que PRO se ubica en el espacio político argentino y sus chances para continuar expandiéndose desde el nivel local al nacional.

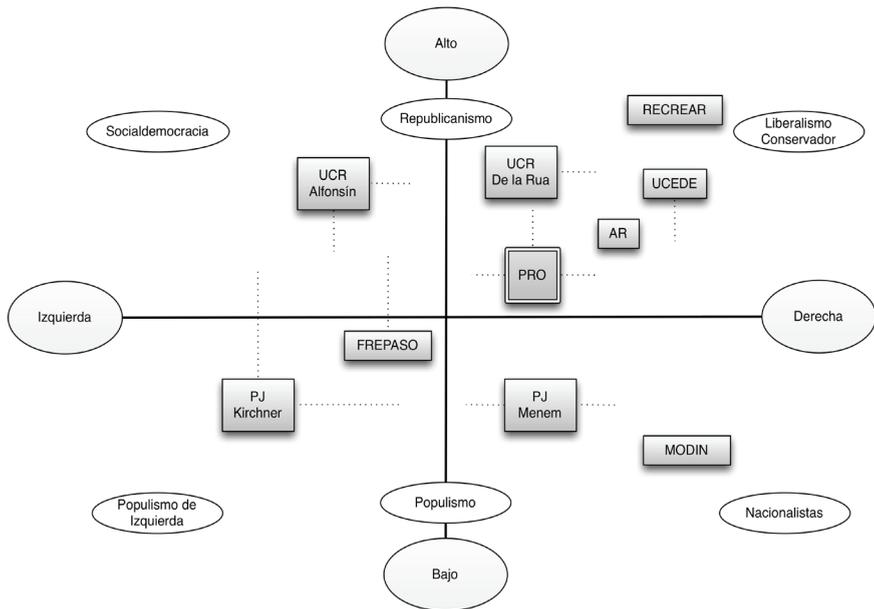
Como vimos, PRO se autodefinió, en buena medida, aunque con diferente intensidad en cada elección, en oposición al Gobierno nacional. En este sentido, la unificación del espacio peronista que inició el FPV después de 2003 (Alessandro, 2009) representó un desafío. Aunque Néstor Kirchner había representado, según Ostiguy (2009), el cuadrante izquierdo-alto en 2003, el abandono de la estrategia de transversalidad y la búsqueda de un acercamiento con el peronismo clásico (en su versión *evitista*) hizo retornar al FPV al hemisferio bajo del espectro político argentino. Consecuentemente, sobre todo a partir de 2009, PRO subió en la escala alto/bajo (al menos en sentido discursivo) y se postuló como fuerza en abierta oposición al peronismo nacional. Como la CABA es el distrito con la mayor proporción de voto en el hemisferio alto, ocupar ese espacio parece suficiente para ganar las elecciones locales.

Sin embargo, debido a la importancia del electorado bajo en el interior de la Argentina, la intención de convertirse en una alternativa a nivel nacional ha llevado a PRO a disputar una porción del electorado peronista. Indudablemente, la existencia de grupos peronistas dentro del partido y las alianzas con líderes identificados con el populismo contribuyen a hacer plausible este objetivo. Sin

embargo, la confrontación con el Gobierno nacional basada en la defensa de principios republicanos tiende a distanciar el partido de Macri del hemisferio bajo y acercarlo a posturas institucionalistas de fuerte raigambre en las fuerzas no peronistas.⁴¹

Así, puede decirse que, en virtud de sus aspiraciones a convertirse en una fuerza mayoritaria y de alcance nacional, PRO está jugando un doble juego: pretende ir más allá de la izquierda y la derecha y, al mismo tiempo, procura sobrepasar el clivaje alto/bajo (ver figura 1.3). El futuro de esta estrategia parece, al menos por ahora, incierto porque dos de los factores que permitieron el éxito de PRO en la CABA no parecen estar presentes fuera de ese distrito.

Figura 1.3. PRO en el espacio político argentino



Fuente: Elaboración propia a partir de Ostiguy (2009).

⁴¹ Un secretario de gobierno de la facción de las ONG sostuvo: “Creo que [la] confrontación con el Gobierno nacional se generó en torno a una imagen [...] no es [un problema] ideológico ni mucho menos, puede ser una discusión de valores o de visión del país, de distintas cosas, pero puede ser una puja personal también”. En el mismo sentido, un subsecretario de la facción peronista afirmó: “El asunto es que hay que alejarse [del PJ], pero no tanto [...] porque [sin el voto peronista] no ganamos”.

Por un lado, el electorado de la CABA es peculiar: es tradicionalmente no peronista, está identificado con el hemisferio alto de la política, tiene ingresos mayores que los de la media nacional y tiene, además, una perspectiva cosmopolita y una relación de proximidad –pero no de dependencia– con los servicios públicos y el Estado (Pérez, 1994). Sin embargo, fuera de la CABA, los distintos perfiles de votantes se han inclinado por partidos tradicionales que han mostrado su eficacia representativa incluso en el período posterior a 2001.

Por otro lado, como argumentamos, la crisis de los partidos, que fue particularmente profunda en la CABA (Bril Mascarenhas, 2007), abrió una oportunidad para el surgimiento de una fuerza política que reclutase cuadros “en disponibilidad”. Sin embargo, la situación fuera de la CABA parece ser diferente porque el peronismo sigue siendo fuerte en el interior del país y el radicalismo mantiene su histórico enraizamiento social (Levitsky y Murillo, 2008). Así, aunque PRO ha intentado reunir en su seno a líderes en varios distritos y establecer un amplio marco de alianzas, hasta ahora solo ha podido reclutar algunas celebridades mediáticas, hacer crecer moderadamente la proyección de algunas figuras propias y acercarse a algunos intendentes de extracción radical. Y aunque ha sellado alianzas electorales con algunos dirigentes de peso, solo consiguió incorporar a PRO a representantes de la derecha tradicional.

Pese a todo, al mismo tiempo que hay factores que oscurecen el panorama para PRO, ciertos resultados parecerían augurarle buenas perspectivas. En 2011, Cristina Fernández de Kirchner fue reelegida por el 54% de los argentinos, pero, el mismo año, PRO obtuvo un sorprendente 64% en la CABA, ganó la intendencia de Vicente López (un importante suburbio adyacente a la CABA) y obtuvo el segundo lugar en las elecciones para gobernador de las provincias de Santa Fe y Salta. Desde entonces, PRO ha buscado nuevas estrategias de alianzas que le permitan mantener su perfil de seducción de voto alto en los grandes centros urbanos y, al mismo tiempo, cortejar al voto bajo de derecha en el interior del país.⁴² De este modo, aunque la consolidación a nivel nacional y la estrategia de crecimiento centrífugo continúan siendo asignaturas pendientes, parece no ser una misión imposible.

⁴² Esta es, nos parece, una de las lecturas que hacen posible comprender que, durante 2015, PRO avanzara en la conformación de alianzas electorales con el (así llamado) “peronismo disidente” (es decir, peronistas no kirchneristas), la Coalición Cívica y la UCR.

Capítulo 2

De “Macri” a “Mauricio”

Una aproximación a los mecanismos de constitución pública del liderazgo político en la Argentina contemporánea*

Gabriela Mattina

Mauricio Macri constituye hoy en día una figura de liderazgo cuya relevancia y visibilidad en la escena porteña y nacional son difícilmente ignoradas: sin dudas, es posible considerarlo un *insider* del juego político. El actual jefe de Gobierno porteño ha constituido su liderazgo en dos arenas de capital importancia: la partidaria y la mediática. En cuanto a la primera, ha desarrollado un trabajo permanente de legitimación interna de su figura y arbitrado en los diferendos entre las diversas tendencias y facciones del partido –de hecho, se ha reservado un creciente poder decisorio en lo relativo a la definición de alianzas partidarias y selección de candidatos (Mattina, 2012a; Mattina y López, 2013)–. Respecto a la segunda arena, Macri dispone de una destacada presencia en medios de comunicación de diversas orientaciones –en los que se ha erigido como uno de los principales líderes opositores al Gobierno nacional.

No obstante, la imagen de Macri no remite a ninguna cualidad esencial de su persona: por el contrario, es producto de un proceso inacabado y polifónico de construcción pública, consistente en la interacción conflictiva de diversas imágenes orientadas a legitimar o deslegitimar su figura, proyectadas en una

* Plasmamos aquí avances de investigación correspondientes a nuestra tesis doctoral, financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Agradecemos los valiosos comentarios que Gabriel Vommaro y Damián Corral realizaron a una versión previa de este texto.

trama histórica específica por el propio Macri, sus sucesivos adversarios públicos, medios de comunicación, periodistas y consultores de opinión pública.¹ El presente capítulo pretende dar cuenta del desarrollo de dicho proceso durante el período comprendido entre el acceso de Macri a la presidencia del club de fútbol Boca Juniors en 1995 y su llegada a la Jefatura de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en 2007. En otras palabras, mostraremos aquí el modo en que Macri ha puesto en juego públicamente sus recursos simbólicos para construirse como personalidad representativa.

La problemática expuesta ha sido abordada mediante una estrategia metodológica cualitativa, consistente en el relevamiento y análisis del material correspondiente a las campañas en las que Macri se presentó como candidato en el período analizado (a jefe de Gobierno porteño en 2003 y 2007 y a diputado nacional en 2005) y de las apariciones de su figura en medios gráficos² —específicamente los periódicos *Página/12*, *Clarín* y *La Nación*— entre 1995 y 2007.

Algunas nociones teóricas sobre la construcción pública del liderazgo político

A lo largo del presente capítulo entenderemos a los líderes políticos como aquellos que buscan el reconocimiento de sus representados y toman decisiones políticas de las que deben responsabilizarse (Weber 1998; 2006; Novaro, 2000). El marco en el cual los líderes se constituyen e interactúan es el del *campo político*, definido como un espacio de competencia entre agentes por posiciones de poder; tanto de tipo simbólico —que permite imponer un principio de división legítima del mundo social y movilizar grupos en función de él— como objetivo o público (Bourdieu, 1982; 1996). Con el propósito de imponerse en dicha competencia —arbitrada por un número históricamente creciente de electores—, los agentes ponen en juego y procuran acumular *capital político*, es decir, recursos simbólicos de crédito fundados en la creencia o reconocimiento del que estos líderes son objeto. De hecho, la labilidad inherente a dicho capital —en tanto es dependiente de la confianza subjetiva depositada en los agentes políticos— obliga a una labor continua para su conservación y reproducción en el marco de coyunturas específicas. Es decir, los emprendedores políticos desarrollan un

¹ Es pertinente mencionar que hemos ubicado el foco de nuestro trabajo en la interacción de las definiciones provistas por políticos y periodistas gráficos.

² No obstante, complementaremos nuestros argumentos con referencias a participaciones televisivas que consideramos particularmente significativas.

trabajo representativo permanente, entendido como apropiación de la palabra de un grupo que es producido en la misma relación de representación. Dicho trabajo implica poner en juego públicamente una adecuada *presentación de sí* con el fin de construir y legitimar una posición de enunciación: siguiendo a Goffman (1961), los líderes políticos desempeñan un rol a la hora de mostrar su persona y su actividad frente a otros y desarrollan una serie de prácticas cuyo objeto es el de guiar y controlar las impresiones proyectadas.³

Ahora bien, la lucha entre agentes por el derecho de actuar y hablar en nombre de los profanos siempre se despliega como competencia: en este marco, la imagen de los agentes interesados solo adopta un sentido de modo relacional a través de un juego de oposiciones y distinciones (Bourdieu, 1982; 1996). En consecuencia, podría afirmarse que el liderazgo no solo tiene un carácter construido, sino que dicha construcción constituye un proceso colectivo, resultante de la interacción conflictiva de una multiplicidad no coordinada de imágenes proyectadas por dirigentes políticos, periodistas y expertos en opinión pública. Dichos actores integran un espacio específico, el de la comunicación política, en el cual se invisten de legitimidades distintivas para expresarse sobre política –la de la elección, en el caso de los políticos; la de la información, en el caso de los periodistas; y la de la comunicación, en el caso de los expertos en opinión pública– y orientan su comportamiento en función de lógicas y preocupaciones contradictorias (Wolton, 1998a; 1998b; Vommaro, 2008a). En este contexto, la identidad de los actores políticos –marca simbólica por la cual se diferencian de sus pares– es construida y redefinida permanentemente en sus diversas instancias de publicación. Por lo tanto, no puede atribuirse a los actores políticos una identidad única e inmutable, sino un conjunto de identidades creadas en la relación entre sus instancias biográficas y su presentación de sí (Collovald, 1988).

La constitución de este espacio de comunicación política en la Argentina se remonta a la vuelta de la democracia en 1983 (Vommaro, 2008b) y se ha acentuado a partir de los años noventa al calor de la mediatización de la política, proceso por el cual los medios argentinos abandonaron su rol periférico de cobertura de luchas intra- e interpartidarias para convertirse en el *locus* central de las disputas políticas (Landi, 1992). Estos cambios han incidido, por lo

³ Pese a que el trabajo de este autor se enfoca en las características de la presentación de sí en las interacciones cotidianas sostenidas cara a cara, las herramientas interpretativas que provee resultan sumamente útiles y sugerentes para el análisis de la presentación de la persona del líder en el campo político *in extenso*, tenga esta lugar a través de apariciones en medios de comunicación audiovisuales o a través del contacto personal con otros dirigentes, militantes y ciudadanos.

tanto, en las condiciones de ejercicio de la profesión política: actualmente la diferenciación pública entre líderes –frente a la cual el electorado se comporta de modo crecientemente reactivo– opera bajo el modo de un *careo de imágenes* que, pese a su actual carácter nebuloso, son portadoras de contenidos políticos (Manin, 1998). Es necesario señalar, además, que la tendencia a la mediatización de la política ha sido mucho más pronunciada en la ciudad de Buenos Aires, único distrito en el que Macri ha competido hasta el momento: el espacio de la comunicación política porteño se yuxtapone con aquel nacional, en tanto allí residen el Gobierno nacional –en relación con el cual suelen registrarse manifestaciones en las calles porteñas– y los principales medios de comunicación nacionales –consumidos masivamente por los porteños y en parte dedicados a cubrir detalladamente acontecimientos ocurridos en la ciudad (Mauro, 2011; Bril Mascarenhas, 2007).

Las etapas de la construcción mediática del liderazgo de Mauricio Macri: una multiplicidad de imágenes en disputa

En el presente apartado daremos cuenta de las diversas imágenes atribuidas a Macri y su relación a lo largo del tiempo mediante la delimitación de cuatro etapas en las que se despliega la presentación de su figura: como presidente de Boca (1995-2001), recién llegado a la política (2002-2003), referente opositor (2004-2006) y, por último, vecino de la ciudad (2007). Esta periodización coincide parcialmente con el acceso de Macri a distintas posiciones institucionales, pero no se define en función de estas, sino de los quiebres y desplazamientos advertidos en cinco nudos temáticos que reenvían a la trayectoria que Macri recorrió con anterioridad a su incursión en la competencia electoral: 1) su profesión; 2) su posición socioeconómica; 3) sus preferencias ideológicas; 4) su relación con identidades políticas tradicionales; y 5) sus lazos familiares.⁴ En términos generales, Macri procuraba *poner en valor* su trayectoria previa en todo lo relativo al primer y segundo eje destacando la complementariedad de sus roles públicos de empresario, presidente xeneize y político. No obstante, con el fin de contrarrestar la acción deslegitimante que medios críticos, como *Página/12*, el espectro ibarrista y sobre todo el kirchnerista desarrollaban en lo referente al tercer, cuarto y quinto eje –a la cual contribuían, también, los *faux pas* comunicacionales macristas–, Macri ha empleado una estrategia de

⁴ No todos los ejes resultaron objeto de disputa en cada una de las etapas distinguidas. Además, aquellos que han sido contingentemente activados pueden diferir en centralidad de una etapa a otra.

invisibilización y desplazamiento. Los principales diarios –incluso *La Nación*, el más afín a su figura– no se hicieron eco de ella automáticamente pues en ocasiones privilegiaban sus propios esquemas de intelección del escenario político y conservaban una posición de desconfianza que los erigía en fiscalizadores de los representantes políticos. Asimismo, Macri también ha recurrido a una estrategia de *desestigmatización* al reconvertir los rasgos atribuidos en forma peyorativa a su persona en cualidades valoradas positivamente.

Se ha privilegiado el análisis del material contenido en *Clarín*,⁵ *La Nación*⁶ y *Página/12*⁷ debido a la masividad de su tirada, su relevancia pública durante el período analizado y la heterogeneidad de sus perfiles en lo referido a su orientación ideológica, temas de agenda privilegiados y tipo de público al que se dirigen.⁸ En relación con este último punto, si bien actualmente los mayores periódicos ya no mantienen un vínculo estructural con los partidos políticos

⁵ El nacimiento de *Clarín* tuvo lugar en 1945, en el marco de expansión de la participación política generada al calor del naciente peronismo. También denominado “el Gran Diario Argentino”, se ha caracterizado por dirigirse a un público amplio mediante la diversificación de temas y la utilización de un lenguaje más bien llano. La gravitación de este diario resulta innegable si se pondera su masiva difusión –su tirada se ubica en una cómoda primera posición en el nivel nacional (IVC, 2015)–, sus dimensiones en cuanto empresa y su consecuente capacidad de fijación de agenda pública (Casermeiro de Pereson, 2004; Becerra y Mastrini, 2009) desde una perspectiva más bien fluctuante (Sivak, 2013).

⁶ El matutino *La Nación* fue fundado por Bartolomé Mitre en 1870, en los albores del régimen político oligárquico que gobernó la Argentina hasta entrado el siglo xx. Este periódico ha expresado históricamente el pensamiento liberal conservador sin que su afinidad con los sectores tradicionales se tradujese mecánicamente en una identificación total con sus intereses y posturas (Sidicaro, 1993; 1997). Pese a su adaptación a las transformaciones de las clases dominantes, es posible afirmar que *La Nación* –segundo diario en su tirada nacional (IVC, 2015)– continúa presentando un discurso fuertemente pedagógico y ubicado en sintonía con el “arriba social”.

⁷ Los difíciles años posteriores a la reinstalación del régimen democrático en la Argentina constituyeron el contexto de nacimiento del periódico *Página/12*. Creado por Jorge Lanata y Ernesto Tiffenberg en 1987, el diario se destaca por su perfil progresista afín a los sectores político-intelectuales de izquierda, plasmado, además, en un discurso de carácter innovador e irreverente que no se posiciona como enunciador objetivo o pedagógico, sino que establece una relación cómplice y simétrica con sus lectores (Pedrazzini, 2007; Valdetaro, 2003).

⁸ No concederemos a las fuentes periodísticas seleccionadas un tratamiento esquematizado y reificado, sino que procuraremos dar cuenta, al menos en términos generales, de sus heterogeneidades internas. En otras palabras, nos referiremos a las tendencias más salientes de cada medio, aunque también aludiremos individualmente a periodistas en virtud de la disonancia o representatividad de sus artículos respecto de las tendencias mayoritarias del periódico para el cual escriben. No obstante, un análisis exhaustivo de las lógicas profesionales que han animado el funcionamiento de estos medios durante el período aquí abarcado excede el objetivo de este capítulo.

(Manin, 1998), es evidente que retoman demandas, iniciativas y reclamos de los sectores sociopolíticos con los que se perciben afines.

El presidente de Boca (1995-2001)

La llegada de Mauricio Macri a la presidencia del club Boca Juniors –cargo que ejerció sostenidamente entre 1995 y 2007 (y brevemente en 2008)– marcó un antes y un después en su trayectoria personal. Anteriormente, la imagen de Macri se encontraba indisolublemente ligada a la de su padre Franco, cabeza del poderoso Grupo Macri-SOCMA –en el marco del cual Mauricio, su heredero, se desempeñaba en la presidencia de la automotriz Sevel–. En contraste, el ingreso de Macri hijo a Boca –resistido por su padre– le habilitó una plataforma individual de mayor visibilidad que aquella de la cual disponía en su actividad empresarial y le permitió comenzar a forjar una legitimidad vinculada a atributos personales, reforzados por el ciclo de triunfos futbolísticos obtenidos por Boca a partir de 1998.

¿Presidente o hincha? (1995-1998)

Durante este período, los conflictos en torno a la definición de la imagen de Macri se organizaron sobre todo en relación con la aptitud del entonces presidente de Sevel para desempeñarse como cabeza de un club de fútbol (eje 1), la eventual contradicción entre su fortuna y la pretensión de representar a los hinchas del plebeyo Boca (eje 2) y, en menor medida, la similitud potencial de su liderazgo con el de Menem (eje 4).

Eje 1. Profesión: Todos los periódicos consultados definían a Macri por su actividad empresarial, aunque *Clarín* y *La Nación* lo hacían favorablemente. El primero le atribuía un estilo propio y lo presentaba como opinión autorizada en asuntos de política comercial (4/12/1995; 18/10/1997), mientras que el segundo destacaba su juventud y su formación (4/12/1995; 5/12/1995). *Página12*, por su parte, enmarcaba la figura de Macri en una crítica social más amplia al definirlo como el “joven heredero de uno de los cinco grupos económicos más poderosos del país” (3/12/1995).

Al arribar a la presidencia de Boca Juniors, Macri acuñó un modelo discursivo “de llegada” (Sigal y Verón, 2003) cuyos elementos reeditaría al incursionar posteriormente en política: la exterioridad de su figura al ámbito futbolístico y a Boca, en particular, era significada positivamente. De hecho, durante su campaña, Macri se presentó a sí mismo como una figura *nueva* cuya perma-

nencia en Boca no se extendería por más de seis años, en consonancia con las banderas del “recambio, la rotación y la renovación” (*La Nación*, 2/12/1995).⁹ Asimismo, Macri se construía como una figura orientada por una fuerte vocación de servicio que lo impulsaba a entregar altruistamente una porción de su vida a Boca arriesgando al mismo tiempo el prestigio y el patrimonio acumulados durante su actividad empresarial (*Clarín*, 2/12/95; *La Nación*, 7/7/1997; *Página/12*, 18/1/1997). Además, la campaña por la presidencia xeneize fue el primer escenario en el que Macri ensayó la frontera retórica conflicto/consenso que luego se consolidaría en las declaraciones públicas que realizó como político profesional: sus adversarios no solo eran calificados como ineficientes en la administración financiera del club y en la obtención de resultados deportivos favorables, sino también como figuras confrontativas –impresión que resultó reforzada por *Clarín* (4/12/1995) y *La Nación* (4/12/1995).

Durante sus primeros años en el club, Macri debió afirmar su nueva condición de dirigente de fútbol¹⁰ contraponiéndose a las caracterizaciones adversas que de su figura realizaban actores ya establecidos en el mundo futbolístico –ya fuesen agrupaciones o figuras opositoras dentro del club, dirigentes de otros clubes y del suyo propio, autoridades de la AFA, directores técnicos y jugadores de renombre–. Dichas imágenes referían a su incompetencia para la gestión de un club de fútbol, su incapacidad para vincularse con otros actores del mundo futbolístico desde un lugar dirigencial y, por último, a la extrapolación de hábitos y concepciones empresariales y verticalistas a un mundo orientado por otras lógicas y jerarquías (*Clarín*, 18/2/1996; 24/2/1996; 18/6/1996; 19/2/1997; 11/12/1997; 19/3/1998; 1/4/1998; *La Nación*, 28/6/1997; 15/12/1997). Frente a estas definiciones de su persona, Macri procuraba adueñarse de las etiquetas estigmatizantes de las que era objeto y reconvertirlas en atributos positivos, así como también reiteraba su negativa a polemizar argumentando que dicha

⁹ *La Nación* y *Clarín* se hicieron eco de la idea de cambio proyectada por Macri durante su campaña y presentaron una visión favorable sobre su victoria (*Clarín*, 23/11/1995; 5/12/1995; *La Nación*, 4/12/1995; 5/12/1995; 8/12/1995; 11/12/1995; 13/12/1995). En esta misma línea, el propio Carlos Menem declaraba: “El triunfo de Mauricio Macri en las elecciones de Boca le da un impulso renovador al fútbol, algo que le hacía falta” (*Página/12*, 5/12/1995). Incluso *Página/12*, diario que tenía una postura más crítica hacia la figura de Macri, anunciaba una “Escoba nueva en Boca” (14/12/1995).

¹⁰ De hecho, a meses de asumir en su cargo, Macri renunció –al menos formalmente– a la presidencia de Sevel argumentando que su trabajo en Boca le exigía una dedicación de tiempo completo.

actitud no resultaría constructiva para el club (*Clarín*, 7/1/1997; 19/2/1997).¹¹ No obstante, durante el período, Macri enunció reiteradamente su posición de jerarquía frente a los jugadores y su voluntad de llevar orden a Boca (*La Nación*, 21/4/1996; 28/7/1996; 2/10/1997; 17/12/1997; *Clarín*, 5/9/1996; 20/3/1997; *Página/12*, 14/12/1995; 9/3/1996).

Durante el período analizado, *Clarín* fue el medio que más páginas le dedicó a Macri, a quien se presentaba tramitando exitosamente sus credenciales de dirigente futbolístico. Los artículos de este diario no olvidaban remarcar el cargo que Macri ocupaba, le atribuían a este último cualidades personales positivas para el desempeño de dicha función –retratándolo como un dirigente seguro, comprometido, trabajador, con sentido de iniciativa y capacidad de resolución de conflictos–¹² y subrayaban desde un principio el éxito de las medidas adoptadas durante su gestión en el club (7/6/1996; 14/9/1996; 7/1/1997; 5/1/1998; 6/2/1998; 9/4/1998; 18/6/1998; 17/11/1998).

Asimismo, *La Nación* se refería a Macri como “el presidente”, “el flamante titular” de Boca –aunque de modo menos reiterativo que *Clarín*– y, en ocasiones, “el ingeniero” –nuevamente seleccionando su título universitario como criterio de denominación, pues este sería, presumiblemente, un atributo valorado por los lectores del matutino, orientado al “arriba social” (Sidicaro, 1993; 1997)–. El periódico caracterizó la personalidad de Macri y las medidas adoptadas durante su gestión de un modo tan positivo como *Clarín* (1/2/1996; 2/5/1996; 13/8/1996; 14/12/1996; 17/1/1997; 27/1/1997; 1/4/1998; 13/7/1998; 14/8/1998; 13/11/1998; 20/12/1998).¹³

En contraste, *Página/12* dedicaba reducida atención a los acontecimientos de Boca y, por consiguiente, a la figura de Macri, cuyas iniciativas y dotes de gestor resultaban escasamente mencionadas en sus páginas: no obstante, ello obedecía, en parte, al exiguuo peso que la sección deportiva reviste en el conjunto del diario, cuyo perfil se orienta a información política y cultural. Los artículos

¹¹ Ejemplo de ello es el apodo de “Cartonero Báez” con el que Maradona se refería a Macri: según este último, dicho sobrenombre no se asociaba a la tacañería, sino a una firme austeridad en pos de la conservación de las cuentas xeneizes (*La Nación*, 21/4/1996).

¹² En el programa televisivo *El primero de la semana* (1996), Daniel Hadad comentó: “Reconozco que la faceta de paciencia que tiene [Macri] es nueva para mí”.

¹³ No obstante, la insatisfacción en torno al rendimiento deportivo de Boca, que se prolongaría hasta fines de 1998, también fue retratada en las páginas de este periódico (13/9/1996; 20/8/1997; 23/4/1998). En este sentido, *La Nación* revelaba una mayor heterogeneidad de perspectivas sobre la figura de Macri que *Clarín*, aunque sus críticas no solían establecerse en términos mordaces y siempre demarcaban una diferencia entre el derrotero del club en el aspecto futbolístico y en el aspecto empresarial.

publicados en este diario retrataban a Macri como una figura contradictoria, en la que convivían diversas identidades: la del dirigente futbolístico y la del empresario heredero de SOCMA, la del dedicado presidente de Boca y la de un aspirante a la Presidencia de la Nación (18/1/1997). *Página/12* retrataba a Macri como una figura tacaña y discriminadora, cuyo estilo empresarial estadounidense se reflejaba en la gestión del club, valorada negativamente en términos generales (15/12/1995; 24/12/1995). Asimismo, este diario daba cuenta más acabada de los límites de la autoridad que Macri construía en Boca al relatar los condicionamientos de los que era objeto y los disensos internos y externos suscitados por sus iniciativas (31/8/1996; 20/10/1996; 16/2/1997; 11/5/1998).

Eje 2. Posición socioeconómica: Durante el período de campaña por la presidencia de Boca, los tres periódicos analizados escenificaban las pugnas en torno al grado de compatibilidad entre el abultado patrimonio de Macri y sus pretensiones de representación de los humildes hinchas boquenses. Por ejemplo, los entonces dirigentes del club, Heller y Alegre, afirmaban que Macri no era “un verdadero bostero”, sino “solo un empresario acaudalado” (*Página/12*, 3/12/1995). *Página/12* presentaba una posición igualmente crítica respecto de la figura de Macri, cuya victoria supondría para el diario abrirle crédito “al desembarco del poder político y económico” (3/12/1995).¹⁴ Por su parte, Macri reiteraba que no pretendía adueñarse del club, sino que este pertenecía a sus socios: de hecho, se esforzó por atribuir una connotación positiva a su fortuna, la cual constituiría una indudable garantía de su honestidad y sincero interés por Boca (*Clarín*, 2/12/95). Además, si bien se reconocía a sí mismo como un hincha rico y poderoso, señalaba que el sentimiento boquense constituía “un gran paraguas” bajo el cual se encontraban “peronistas y radicales, católicos, evangelistas y judíos, blancos y negros” y afirmaba que “la magia de Boca hace que seamos ante todo siempre bosteros” (*La Nación*, 4/12/1995). De hecho, su llegada a Boca le aportó a Macri un costado popular al capital de celebridad (Matichescu y Protsyk, 2011) con el que ya contaba, especialmente operativo entre las clases altas. Esta nueva “sensibilidad” encontraba eco en *Clarín*

¹⁴ De hecho, la pertenencia de Macri a los sectores privilegiados de la Argentina continuaba siendo un atributo fuertemente presente en su imagen, ya fuese en la construcción que de ella hacían los diarios consultados –pueden rastrearse referencias a su pudiente lugar de residencia en Barrio Parque, los coquetos lugares de descanso, tales como Punta del Este y Aspen, y la vida de lujos que se le atribuía– como en los marcadores sociales, no siempre intencionales, rastreables en las declaraciones brindadas por Macri y el contexto en que estas se brindaban (*Clarín*, 9/1/1997; 13/2/1998; 19/2/1998; *La Nación*, 2/1/1996; 11/1/1996; 26/5/1996; 14/9/1996; *Página/12*, 18/1/1997).

(15/2/1996; 19/6/1996; 20/6/1996; 14/9/1996) y *La Nación* (13/8/1998; 15/11/1998; 30/11/1998). Acorde a Gallo (2008a), el paso de Macri por Boca supuso la articulación confusa de la identificación futbolística de los hinchas con la adhesión a la persona de su presidente.

Eje 3. Preferencias ideológicas: Lejos de escapar a todo tipo de definiciones públicas potencialmente polémicas, Macri manifestaba posiciones socialmente conservadoras e históricamente asociadas al pensamiento de derecha, recogidas hábilmente por los periodistas de *Página/12* ante el candor de su entrevistado: “[La homosexualidad] es una enfermedad [...]. Es una desviación no deseada [...]. ¿Usted festejaría que su hijo fuera homosexual? Por favor. El mundo nos ha hecho para que nos juntemos con una mujer [...].” (*Página/12*, 18/1/1997). De hecho, las declaraciones arrojadas por Macri al ser interrogado sobre cuestiones políticas demostraban su exterioridad al campo y su absoluto franqueo de los consensos sobre lo públicamente decible en política argentina: “Yo digo: aunque la gente tenga poco, gasta lo que puede para ver a sus ídolos en un partido de fútbol. Ya que no tiene pan, por lo menos tiene circo” (*La Nación*, 28/7/1996). “Nunca entendí los temas de soberanía en un país tan grande como el nuestro [...]. Las Islas Malvinas serían un fuerte déficit adicional para la Argentina” (*Página/12*, 18/1/1997; *La Nación*, 20/1/1997).

Eje 4. Relación con identidades políticas tradicionales: Durante esta etapa, *Clarín*, *La Nación* y *Página/12* personificaban los vínculos políticos de Macri en la figura del entonces presidente Carlos Menem –respecto del cual este último diario mantenía una posición altamente crítica–. *Clarín* no dudaba en resaltar que Macri era un “declarado menemista” y “defensor del modelo económico del Gobierno” (5/12/1995), así como *La Nación* destacaba la amistad entre Franco Macri y Menem, gracias a la cual Mauricio Macri se habría acercado al club Boca Juniors (5/12/1995). Por su parte, *Página/12* sostenía que Macri emergía “como un representante de la Nueva Argentina: joven, privada, exitosa y primermundista”, todas ellas características adscriptas al menemismo, con el cual compartía además una destructiva tendencia a la acumulación personalista de poder (3/12/1995; 24/12/1995; 30/1/1998). Estas percepciones reafirmaban el carácter contrainformativo del diario fundado por Jorge Lanata y Ernesto Tiffenberg, el cual reivindicaba el valor de lo público y la defensa de la soberanía nacional –ideas que se consideraban negadas en la figura de Macri.

Eje 5. Lazos familiares: Hasta su ingreso a Boca, el capital predominante del que disponía Macri era aquel de tipo familiar, es decir, vinculado a la transferencia padre-hijo de preferencias políticas, redes, reputación, clientela y conexiones

con posibles fuentes de financiamiento, entre otros recursos (Joignant, 2012; Joignant *et al.*, 2012). Ello suponía identificar públicamente a Macri como heredero de una serie de activos materiales y simbólicos en cuya acumulación no había jugado papel alguno. En ocasiones, *Clarín* contribuía a emancipar públicamente los méritos de Macri de aquellos de su padre. A partir de 1995, los artículos centrados en Macri padre y Macri hijo dejaron de compartir la misma sección en el diario: mientras Franco continuaba apareciendo habitualmente en la sección Economía, Mauricio comenzaba a hacer lo propio en Deportes, que resultaba la más profusa de los tres periódicos aquí analizados. Pese a ello, la asociación entre ambas figuras todavía era fuertemente operativa en el espacio público: Mauricio asistía a fiestas junto con su padre, realizaba declaraciones desde la residencia de este –quien se encontraba presente en muchas de estas entrevistas e incluso se validaba como interlocutor para anunciar o clarificar noticias sobre su hijo– y en ocasiones se lo retrataba como un mero portavoz de la voluntad de Franco en el club (*La Nación*, 2/1/1996; 10/3/1998; 20/12/1998; *Página/12*, 18/1/1997; *Clarín*, 6/2/1996; 7/2/1996).

Dirigente futbolístico consolidado, ¿futuro político? (1999-2001)

En el curso de esta etapa, los éxitos futbolísticos xeneizes tendieron a acallar las disputas en torno a la aptitud de Macri para el ejercicio de la presidencia de Boca y la compatibilidad de su patrimonio con dicho cargo (eje 2). En todo caso, se debatía tímidamente la autenticidad de su interés en la actividad política (eje 1), en la cual Macri mostraba intenciones de incursionar prescindiendo del padrinazgo de Menem (eje 4).

Eje 1. Profesión: Durante este período, Macri dejó de presentarse como un empresario que incursionaba temporariamente en el terreno del fútbol. Luego de la victoria en el torneo Apertura, comenzó a ponderar públicamente la posibilidad de presentarse a su reelección considerando su puesto de presidente no solamente como la ocupación que más tiempo le demandaba, sino también como aquella que lo definía en términos profesionales. En esta etapa se disiparon las escasas críticas de *Clarín* y *La Nación* a las capacidades de Macri como dirigente futbolístico. *Clarín* retrataba a Macri como uno de los actores presentes en las victorias xeneizes y el posterior decisor ante las ofertas de clubes extranjeros por los jugadores de su codiciado plantel (30/11/1998; 2/12/1998; 17/12/1998). Las diversas perspectivas internas de *La Nación* resultaron homogeneizadas en una ponderación de Macri como “piloto de tormentas”, que el propio presidente de Boca reforzaba en sus declaraciones (*La Nación*, 2/9/1997;

2/10/1997; 20/12/1998; 20/12/2000). No obstante, *Página/12* realizaba una notable operación de borradura de la imagen de Macri: todo el mérito de la obtención de los campeonatos era atribuible, según este periódico, al director técnico Carlos Bianchi y al plantel, quienes mantenían una tensa relación con el presidente del club (30/11/1998; 2/12/1998; 22/1/1999; 20/10/1999).

Asimismo, pese a optar por ser reelecto en la presidencia de Boca, durante esta etapa, Macri comenzó a intensificar sus tímidos coqueteos previos con la política reajustando a ella su modelo discursivo de llegada al fútbol: Macri afirmaba –de modo crecientemente explícito– su voluntad de ingresar a la política y dedicarse a ella de modo temporario –es decir, no completamente profesionalizado– con el fin de realizar lo que ya había denominado anteriormente como su “vocación de servicio” (*Clarín*, 22/2/1999; *La Nación*, 24/11/2001). Según los criterios de King (2002), Macri se revelaba como un *outsider* tanto en términos sociales –dado que su actividad se centraba en el sector privado y carecía de experiencia política profesional– como tácticos –pues elegía presentar su lejanía al campo político como elemento diferenciador privilegiado de cara a un electorado potencial cuya identificación procuraba suscitar–. Sus primeras apariciones en sondeos preelectorales daban cuenta de que tanto expertos en opinión pública como diversos dirigentes políticos comenzaban a considerarlo como una figura portadora de un potencial político nada desdeñable (*Clarín*, 22/12/1998; 24/12/1998; *Analogías*, enero de 2000). Por su parte, *Clarín* coadyuvó a resaltar la seriedad de las intenciones de Macri recordando la antigüedad de estas y haciendo verosímil una potencial reconversión de este dirigente a la política mediante la mostración de los preparativos tendientes a ella (por ejemplo, la conformación de un equipo de trabajo y la diferenciación espacial entre su oficina en Sevel y su oficina en su nueva fundación) (15/9/2001). Asimismo, los artículos de *La Nación* (7/12/1998) destacaban la inclinación por “el hacer” con la cual Macri se describía a sí mismo. De hecho, el trasfondo empresarial de Macri era valorado positivamente por *La Nación* y *Clarín*, cuyos lectores, en el primer caso, podían presentar una cercanía sociopolítica efectiva con el perfil de Macri y, en el segundo, una identificación aspiracional con su figura. Por el contrario, *Página/12* continuaba poniendo en cuestión el interés genuino de Macri por la actividad política y se instalaba en la sospecha de confluencia entre los grandes grupos económicos y el Estado, en firme oposición a un patrón de carreras políticas que se había acentuado durante la década menemista (8/11/1999).

Eje 3. Preferencias ideológicas: Las declaraciones públicas de Macri empezaron a exceder la interpelación a los socios del club y la alusión a asuntos futbolísticos para dirigirse también a la totalidad de los argentinos y referir a la situación del país –aunque con alusiones vagas y esquemáticas a la necesidad de un ordenamiento nacional, análogo a aquel instrumentado en el club (*Clarín*, 19/7/1999; *La Nación*, 24/11/2001)–. Dichas intervenciones públicas incluían cada vez más frecuentemente definiciones sobre temas políticos y sociales –proporcionadas por Macri en respuesta a sus entrevistadores– que en los años posteriores sufrirían modificaciones, algunas de ellas sustanciales. Por una parte, Macri se dispuso espontáneamente a autopositionarse como “un tipo conservador y pragmático” y afirmó: “Me ubico ideológicamente en la centroderecha” (declaraciones en el programa televisivo *La guerra y la paz* reproducidas en *Clarín*, 15/8/2000). En consonancia con ello, Macri reiteró su postura de fuerte rechazo a las minorías sexuales, la cual no resultó exenta de críticas: “Preferiría que no hubiese ningún homosexual en Boca porque, obviamente, rompería los esquemas de convivencia” (*La Nación*, 20/12/1998).

Eje 4. Relación con identidades políticas tradicionales: Por otra parte, el entonces presidente de Boca comenzó a ser consultado más asiduamente por sus inclinaciones político-partidarias, las cuales consistían hasta esa fecha en un fuerte apoyo público a la administración de Carlos Menem¹⁵ –a cuya re-reelección, sin embargo, se opuso (*Página/12*, 18/1/1997; *La Nación*, 26/1/1997)–. La exitosa construcción de cierta popularidad asociada a las conquistas futbolísticas del club convertía a Macri en un atractivo candidato para el justicialismo, que durante los años noventa intensificó su estrategia de auspiciar *outsiders* incluyéndolos en sus listas o designándolos en carteras ministeriales. Estas figuras ponían a disposición de la estructura partidaria su propio capital de popularidad, con el cual se procuraba compensar el desprestigio en el que la dirigencia política se veía sumida. En consecuencia, Macri recibió múltiples ofrecimientos por parte de sectores del peronismo cercanos a Menem y Duhalde.¹⁶ Estos contactos con el justicialismo trajeron aparejadas redefiniciones contrapuestas sobre la identidad política a la que adscribía Macri: el propio Menem, sus colaboradores y *Clarín*

¹⁵ Macri sostenía: “Quien no se da cuenta de la transformación de la Argentina a partir de Menem, es un miope” (*La Nación*, 2/2/1997); “Va a ser uno de los grandes presidentes de la Argentina” (*La Nación*, 7/7/1997).

¹⁶ Por ejemplo, las candidaturas a jefe de Gobierno por el PJ porteño –a fines de 1998–, diputado nacional por el PJ misionero –en septiembre de 1999–, senador nacional por el PJ porteño o el ofrecimiento de cargos no electivos –como la Cancillería–, en caso de que Duhalde ganase las elecciones presidenciales de 1999.

(23/12/1998) procuraban acercarlo al peronismo en cuanto tradición y al PJ y/o la UCeDe en cuanto referencias partidarias.¹⁷ De hecho, el por entonces presidente boquense confesaba cierta afinidad con el peronismo ante una eventual vinculación electoral con este (*Clarín*, 25/1/2000) y admitía su simpatía por figuras específicas como Ramón Puerta, Álvaro Alsogaray y Carlos Menem (*La Nación*, 20/12/1998). Sin embargo, Macri prefería definirse públicamente recurriendo a la categoría del “independiente” (*Clarín*, 24/12/1998) que ya circulaba en el espacio de la comunicación política en estrecha asociación con un carácter racional y crítico del voto (Vommaro, 2008a). En este sentido, *La Nación* (25/1/2001) presentaba a Macri como una figura dispuesta a concertar una alianza con el peronismo, aunque asentándose en una estructura política propia que le permitiese prescindir del padrinzago potencialmente contraproducente de Carlos Menem. Por su parte, *Página/12* se limitaba a denunciar la cercanía entre Macri y la tan rechazada figura de Menem (8/11/1999).

Macri, el recién llegado (2002-2003)

El estallido de diciembre de 2001 superpuso a las transformaciones recientes del vínculo representativo una crisis de autoridad política que solo se recompondría con el acceso de Néstor Kirchner a la Presidencia de la Nación en 2003. El fuerte rechazo ciudadano a las élites figuradas en la “clase política” se constataba electoralmente en el denominado “voto bronce” y no electoralmente, en la proliferación de movilizaciones callejeras –tales como marchas, cacerolazos, asambleas barriales y piquetes– y en la fuerte desconfianza hacia políticos y partidos registrada en estudios de opinión. De hecho, los periodistas hacían propios estos reclamos ciudadanos reafirmando como figuras representativas en competencia con los políticos (Rosanvallon, 2007).

Entre 2001 y 2003 se desplegó una tan conflictiva como fluida escena que incentivaba el accionar de *outsiders* tácticos, es decir, figuras que se (re)producían públicamente como representantes de la “nueva política”. Asimismo, se abría una ventana de oportunidad para reconfigurar el vínculo entre *outsiders* sociales y partidos: mientras antes los primeros solían ser auspiciados por las estructuras plenamente conformadas de los segundos, en 2002 y 2003 concurrían a estos *outsiders* numerosos fragmentos de partidos tradicionales en disponibilidad que

¹⁷ El propio Menem señaló: “Mauricio Macri es un exitoso presidente de Boca Juniors, y para nadie es un secreto que participa del ideario político peronista” (*Clarín*, 6/11/99); “Mauricio es una excelente persona, un gran dirigente y quiere al PJ. Es un hombre que está con la gente, con el pueblo y un valioso empresario” (*Clarín*, 17/1/2001; *La Nación*, 17/1/2001).

habilitaban la construcción de nuevas fuerzas políticas aglutinadas en torno a sus figuras (Vommaro y Morresi, 2014; Mattina, 2012a). El caso de Macri no sería la excepción pues la incierta escena política abierta por la crisis de 2001 entrañaría un quiebre en el modo en el que proyectaba su carrera política: obturada la posibilidad de postularse como *outsider* auspiciado por la estructura del PJ, se delineaba la necesidad de ensayar la conformación de una fuerza política propia.

Es justamente en este contexto en el que Macri se lanzó oficialmente a la política, en principio evaluando la posibilidad de postularse en la elección presidencial de 2003 —por ofrecimiento del entonces presidente Eduardo Duhalde— para luego decidir abruptamente presentarse como *challenger* de Aníbal Ibarra en la elección a jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) que tuvo lugar pocos meses después y concurrió con comicios legislativos tanto en el nivel nacional como local.¹⁸

La reconversión de Macri a la política entrañó una fuerte problematización de su condición de *outsider* de dicha actividad y sus aptitudes para desempeñarse en ella (eje 1). Asimismo, los esfuerzos de desideologización y desmenemización/despejotización de su figura emprendidos por Macri no encontrarían eco en el resto de los actores del espacio de la comunicación política (ejes 3 y 4). Por el contrario, el tímido intento de corrimiento del marco familiar paterno por parte de Macri sí comenzaría a surtir efecto en los diarios de mayor tirada, esto es, *Clarín* y *La Nación* (eje 5).

Eje 1. Profesión: Durante esta etapa, Macri procuraba instalarse públicamente como una figura que llegaba a la política para quedarse. De hecho, luego del *ballottage* aseguró que ya había dejado de ocuparse de los negocios familiares, por lo tanto ya no se definía como empresario (*Clarín*, 16/9/2003).¹⁹ En todo

¹⁸ En un principio, los sondeos preelectorales considerarían a Macri como candidato a la presidencia —con una baja pero creciente intención de voto: de 4,5% a 7% (CEOP, marzo y mayo 2002), siendo el favorito del espacio de centroderecha (CEOP, mayo 2002)—, pero a partir de octubre de 2002 lo medirían como candidato a la Jefatura de Gobierno. Todas las encuestas y medios de comunicación consultados contribuyeron a instalar un escenario de polarización entre Ibarra y Macri anticipando una segunda vuelta. Mientras las encuestadoras en ese momento más afines a Macri (como Equis, cuyos trabajos eran publicados frecuentemente en *Clarín*) lo exhibían como ganador cómodo en la primera vuelta y vaticinaban un empate técnico ante un posible *ballottage*, aquellas afines a Ibarra y muy difundidas en *Página/12* (como las de OPSM) presentaban a este último candidato progresando hasta incluso ganar la primera vuelta y obtener un cómodo triunfo en la segunda.

¹⁹ Por su parte, los artículos de *Clarín* presentaban heterogeneidades en torno a la vigencia de dicha condición (27/7/2003; 21/8/2003). Los artículos de *La Nación* solían destacar la

caso, Macri continuaba readaptando al nuevo contexto su modelo discursivo de llegada. Se presentaba a sí mismo como “el único, después del ‘que se vayan todos’, nuevo en la política” (declaraciones de Macri en el programa *A dos voces*, 30/7/2003) y poseedor del coraje suficiente para arriesgar el capital simbólico de prestigio acumulado en otros ámbitos e involucrarse en política sin necesidad de vivir *de* dicha actividad (*La Nación*, 1/8/2002; discurso posterior a la primera vuelta de la elección a jefe de Gobierno de la CABA, 24/8/2003; debate en Canal 7, 4/9/2003). Su llegada a la política era descrita “como un esfuerzo, como un sacrificio por servir al bien común: un *Compromiso para el Cambio*” (Mauro, 2011: 9), tal como se llamaba el nuevo partido. La legitimación de la figura de Macri no se asentaba solo en los éxitos obtenidos en otros ámbitos —el empresarial y sobre todo el futbolístico—, sino también en su propia condición de *outsider* como tal, la cual acarreaba una nueva forma de hacer política, vinculada a las banderas de la transparencia —que lo diferenciaban de las prácticas corruptas y parasitarias de los partidos tradicionales (Mauro, 2011)—, al contacto directo con “la gente”, “los vecinos” y —en menor medida— los “ciudadanos”;²⁰ la eficacia de la gestión (“Pasión por Hacer” era uno de los lemas de su campaña en 2003) y un predicamento no confrontativo sino propositivo (*Clarín*, 25/8/2003; 26/8/2003; *La Nación*, 25/8/2003; 12/9/2003). En consecuencia, al no formular una crítica a la política como tal —sino a sus prácticas efectivamente existentes— y al recuperar una noción gestionaria y consensualista de esta, el discurso de Macri no resultaba en espíritu antipolítico sino más bien pospolítico (Mouffe, 2007) o posdemocrático (Rancière, 1996), lo cual se acentuaría con el correr del tiempo. Si lo político refiere a la irreductibilidad del conflicto, Macri emplazaba sus apelaciones en una antropología positiva, abogaba por la trascendencia de las obsoletas divisiones partidarias e ideológicas —tal como se advertirá en el derrotero del eje 3, escapaba a posicionarse públicamente tanto en la división izquierda/derecha como en el tradicional clivaje peronismo/anti-peronismo, que componen el doble espectro de la política argentina (Ostiguy,

yuxtaposición estratégica de ocupaciones en la figura de Macri (28/4/2002; 3/6/2002). Por último, los artículos de *Página/12* y las opiniones de políticos establecidos tendían a reforzar su imagen de empresario orientado por meras lógicas capitalistas (24/1/2002; 26/2/2002; 4/3/2002; 28/6/2002; 15/7/2002; 16/7/2002; 24/7/2002).

²⁰ Estos constituían el colectivo de identificación en algunos de los discursos de Macri, quien era, entonces, “un ciudadano más” (*Clarín*, 26/2/2003). No obstante, la categoría local de “vecinos” y la apelación a la “gente” —disponible desde los ochenta como reemplazo de la históricamente hegemónica categoría de “pueblo” (Vommaro, 2008a; 2008b)— ocuparían un lugar central en el discurso macrista en etapas posteriores.

2009)– y, en términos generales, proponía superar los antagonismos mediante el diálogo –pues estos resultaban reducidos a meras diferencias en el abordaje de los problemas, siempre pasibles de ser solucionados por el saber técnico.

El potencial lanzamiento de Macri a la política suscitaba diversas interpretaciones sobre su carácter de *outsider* y las fuentes externas de legitimación de su figura. Aníbal Ibarra y numerosos periodistas de *Página/12* entendían la actividad empresarial previa de Macri como un ejercicio de la política “en las sombras” (13/7/2002; 24/8/2003; 21/9/2003). Asimismo, cuestionaban la fama y el éxito empresarial como fuentes de legitimación política (*Página 12*, 9/8/2003; 18/8/2003; 15/9/2003; *Clarín*, 24/3/2003; 13/4/2003). A la inversa, reconocían ocasionalmente a Macri como un *outsider* al asimilarlo a figuras impopulares como Silvio Berlusconi o Alberto Fujimori (*Clarín*, 5/7/2003; 17/9/2003; *Página/12*, 26/2/2002; 4/3/2002; 9/3/2002). Mientras tanto, *La Nación* y *Clarín* tendían a apearse a una definición más restrictiva y procedimental que entendía la política en asociación con la competencia electoral: en este sentido, Macri era nuevo en esta actividad.

Sobre la base de su exterioridad al campo político, Macri buscaba construirse públicamente como un político *elegible* suscitando “la percepción por los otros de ciertas cualidades y recursos sociales escasos” que sustentan “el sentimiento subjetivo de poder y deber representar a los otros y de actuar en su nombre” (Offerlé, 2011b: 92). Con este objetivo, Macri quería delinarse como un dirigente concededor de los asuntos políticos, experimentado en el armado y liderazgo de equipos que conjugasen saberes especializados, dueño de una personalidad deseable para la actividad política –en cuanto figura proactiva, organizada, poco personalista, firme mas no confrontativa– y hábil para el establecimiento de vínculos con otros hombres políticos en la Argentina y el exterior (*La Nación*, 19/2/2002; 1/6/2002; 1/8/2002; 10/11/2002; 24/4/2003; 28/6/2003; 1/8/2003; 10/9/2003; *Clarín*, 27/2/2002; 12/4/2002; 5/8/2002; 14/3/2003; 9/7/2003; *Página/12*, 24/6/2002; 23/1/2003). En términos generales, los artículos publicados por *La Nación* eran los que sistemáticamente validaban la seriedad de las intenciones de Macri y sus nuevas competencias.²¹ Por su parte, los artículos de *Página/12*, así como también el propio Aníbal Ibarra y dirigentes de su riñón, describían a Macri como una persona contradictoria y carente de los conocimientos necesarios para desempeñarse en el gobierno

²¹ Empero, tanto *Clarín* como *La Nación* también reconocían las deficiencias en la profesionalización política de Macri, por ejemplo, sus dificultades para superar sus problemas de dicción y ampliar sus escasos “recursos retóricos” (*Clarín*, 25/8/2003; 4/9/2003; 6/9/2003; *La Nación*, 25/8/2003; 11/9/2003; 12/9/2003).

(*Clarín*, 28/8/2002; 12/7/2003; 5/9/2003; *La Nación*, 15/9/2003; *Página/12*, 4/3/2002; 13/7/2002; 22/9/2002).

Eje 3. Preferencias ideológicas: Durante este período, las declaraciones públicas de Macri emprendían un camino explícito de desideologización: “hablar de izquierdas y de derechas es propio del pasado, prefiero identificarme como independiente”, “Nuestra fuerza siempre ha sido un espacio plural donde no hemos tomado examen ideológico a nadie [...]” (*Clarín*, 7/7/2002; 22/5/2003). El intento de deshacerse de la adscripción ideológica de derecha respondía a la necesidad de captar a la porción más amplia posible del electorado porteño. Ahora bien, Macri no optó por ubicarse en el centro del espectro político, sino que se emplazó en una identidad posideológica que sostuvo a lo largo del tiempo. Dicha posición entiende la ideología como una expresión de singularidad y particularismo incompatible con el interés general (Gallo, 2008a).

No obstante, las declaraciones realizadas por el propio Macri al inicio de su campaña –tales como aquellas en las que caracterizaba a los cartoneros como delincuentes y que fueron blanco de abundantes críticas por parte de sus competidores (*La Nación*, 27/8/2002)– y el escaso o nulo control del escenario en el que algunas de sus apariciones tenían lugar (Goffman, 1961)²² reforzaron la percepción de Macri como una figura de centroderecha o derecha, la cual resultaba predominante entre los expertos en opinión pública (declaraciones de Roberto Fraga a *Clarín*, 24/2/2002; encuesta CEOP, mayo 2002) y en la totalidad de los medios periodísticos consultados. Ahora bien, *Clarín* y *La Nación* procuraban inteligibilizar el escenario político pos-2001 mediante la organización de los nuevos actores y partidos en dos polos, frente a los cuales estos diarios adoptarían una posición equidistante. Por lo tanto, entendían que la adscripción de centroderecha era tan democráticamente legítima como su contrapeso, la centroizquierda (*Clarín*, 8/3/2002; 7/7/2002; 11/4/2003; 15/8/2003; 15/9/2003; *La Nación*, 18/2/2002; 14/7/2002). Por el contrario, la mayoría de los periodistas de *Página/12* y Aníbal Ibarra asociaban la adscripción de derecha a la defensa de los negocios privados de los sectores más concentrados del *establishment* económico, posibilitada por la connivencia con el mene-

²² Por ejemplo, el inesperado contrapunto televisivo en el programa *Almorzando con Mirtha Legrand* (21/8/2003) frente al entonces presidente venezolano Hugo Chávez, que lo ubicaba forzosamente en una incómoda posición. Luego de granjearse hábilmente la simpatía de la anfitriona e invitados de la mesa, Chávez destacó sus diferencias políticas con Macri: “No voy a caer en la tentación de un debate contigo [...]. Veo que tenemos visiones muy distintas [...]. Yo tengo una visión –;sabes qué?– muy social del problema. [...] El problema de la inseguridad no lo vas a arreglar con veinte mil policías”.

mismo y la dictadura militar (*Página/12*, 2/3/2002; 28/6/2002; 29/12/2002; 21/4/2003; 29/7/2003; *La Nación*, 25/8/2003; 4/9/2003; *Clarín*, 29/7/2003).

Eje 4. Relación con identidades políticas tradicionales: Como se explicitó en el punto anterior, Macri continuaba presentándose como un independiente, aunque abierto a la posibilidad de vincularse electoralmente con el PJ (*La Nación*, 28/4/2002), como finalmente ocurrió tras el drenaje de candidatos porteños de este último. No obstante, Macri proseguía su desmarcamiento de la figura de Menem, cuyo ciclo político consideraba cumplido y a quien se había arrepentido de apoyar en la elección presidencial de 1995 (*La Nación*, 1/8/2002; *Página/12*, 15/7/2002 y declaraciones en Rock and Pop, citadas en *La Nación*, 16/8/2003 y *Clarín*, 17/8/2003). En un principio, los artículos de *La Nación* entendían la candidatura de Macri como la de una figura popular no peronista que podría satisfacer la demanda social de *lo nuevo* en el marco del justicialismo (18/2/2002; 14/7/2002). Posteriormente, mientras algunos artículos del diario retrataban a Macri como el único candidato del PJ porteño, otros consideraban más bien que este último resolvía sus disputas internas dividiendo sus apoyos entre dos candidatos no peronistas: Ibarra y Macri (25/6/2003; 26/6/2003). Asimismo, los escritos publicados en *Página/12* vinculaban frecuentemente a Macri con figuras como Duhalde y Menem, con especial énfasis en su relación con este último –Macri era calificado como un “huevito de la serpiente menemista” y líder del “macrimenemismo” (13/7/2002; 16/3/2003; 25/8/2003)–. Ahora bien, los análisis de *Clarín* firmados por Ana Gerschenson tomaban nota de la disparidad en los modos en los que Macri mostraba su incómoda asociación con el peronismo y sus referentes (29/6/2003).

Eje 5. Lazos familiares: Tras la crisis de 2001 se produjo una significativa depreciación de la reputación asociada al vasto capital familiar con el que Macri contaba. Dicho recurso no resultaba públicamente rentable en el nuevo contexto. En consecuencia, la vinculación de Macri con el grupo empresario familiar resultó blanco frecuente de críticas y rechazo, visibles no solo en las declaraciones de sus competidores en el campo político, sino también en los dictados de los sondeos de opinión pública (*Página/12*, 4/3/2002; 13/7/2002). En consecuencia, Macri alternó intentos de reivindicación de la reputación de su padre frente a lo que consideraba prejuicios y agravios (*Clarín*, 11/11/2002; 28/8/2003; *La Nación*, 27/8/2002; 21/8/2003) con corrimientos de su marco familiar previo, reiterando que él era el candidato y no su padre; optando por desplazar el foco hacia su hijo Francisco; evitando nombrar a Franco Macri cuando no se lo consultaba por él y estableciendo una separación respecto de este

último, tanto en términos espaciales como profesionales (*Página 12*, 18/8/2003; *La Nación*, 1/8/2002). Mientras *Página 12* –en las plumas de Sandra Russo y Juan Pablo Feinmann– reiteraba las referencias a la filiación del candidato, “un hombre cuyo apellido lo come, lo presenta, lo delinea, lo alimenta y lo define” (15/9/2003; 24/8/2003) y aludía a la influencia decisiva que Franco Macri había ejercido sobre la orientación profesional de su hijo (18/7/2002; 10/8/2003), algunos artículos de *Clarín* y *La Nación* comenzaban a abonar la estrategia comunicacional macrista destacando las dificultades en la relación que Macri hijo mantenía con Macri padre y la necesidad del primero de apartarse del segundo prohibiéndole hacer declaraciones sobre su carrera política o presenciar actos de campaña (*Clarín*, 21/8/2003; *La Nación*, 10/8/2003; 25/8/2003).

Sin dudas, es posible observar la articulación de varios de los ejes mencionados en el transcurso de la campaña por la Jefatura de Gobierno porteña en 2003. Según Mauro (2011), Macri e Ibarra se presentaban en defensa de lo público, que había resultado degradado y apropiado por la vieja política. Macri argumentaba que esta última abundaba en grandes promesas y discursos, pero no impulsaba una administración eficiente de la cosa pública que resolviese “los problemas de la gente”. De este modo, reconvertía una falencia en virtud al describirse como alguien que privilegiaba los hechos a las palabras (declaraciones en el programa televisivo *A dos voces*, 13/8/2003). Según Macri, los políticos antepusieron su interés particular al bien común perpetuando así prácticas corruptas que drenaban las arcas estatales. Frente a esta situación, se hacía necesario privilegiar lo público y recuperar el rol del Estado como administrador eficaz (*La Nación*, 9/3/2003). Vale mencionar que, en este punto, Macri retomaba con fuerza elementos de las apelaciones anticorrupción que el FREPASO había popularizado como eje discursivo opositor a fines de la década del noventa (Corral, 2011; 2014). En este marco argumentativo, Macri encadenó demandas de seguridad de corte más tradicional con otras vinculadas a la recuperación del degradado espacio público (Mauro, 2011). Asimismo, invitaba a los porteños a superar los “prejuicios” circulantes en torno a su figura y procuraba desmarcarse de la imagen de “cuco privatizador” que se le imputaba (*La Nación*, 5/7/2003; 10/8/2003; *Clarín*, 26/8/2003) con spots que lo retrataban como defensor de la educación y salud públicas y que mostraban su preocupación por la emergencia social (por ejemplo, un temprano afiche de campaña rezaba: “Recuperemos juntos Buenos Aires solidaria”).²³

²³ Vale mencionar, no obstante, que el deficiente control de las redes partidarias que comenzaban a aglutinarse en torno a la figura de Macri se reflejó en la descoordinación de la campaña, que

Por el contrario, Ibarra se presentaba como una versión renovada de sí mismo y procuraba deslegitimar la figura de Macri mediante su caracterización como el representante de un contramodelo privatista, culpable de “haber hecho negocios con el menemismo y haber formado parte de un sistema donde él se enriqueció, cuando la Argentina se empobrecía” (*La Nación*, 5/7/2003; 6/9/2003; *Clarín*, 13/4/2003; *Página/12*, 23/2/2003).²⁴ Incluso el propio matrimonio Kirchner –cuyo apoyo, o al menos prescindencia, Macri había solicitado activamente– enunciaría incipientemente lo que luego se convirtió en uno de los pilares de su definición del macrismo al asociarlo con un pasado noventista indeseable.²⁵

El opositor (2004-2006)

El período analizado resultó central en lo relativo a la constitución del liderazgo partidario de Macri y su escenificación pública, pues este se vio obligado a arbitrar en los conflictos que desgarraron su bloque legislativo hasta fines de 2005. Asimismo, el contorno del macrismo porteño comenzaba a fijarse con mayor claridad a partir de la largamente negociada alianza Propuesta Republicana (PRO) establecida con Recrear –partido fundado por Ricardo López Murphy– para las elecciones de ese año.²⁶ Debe mencionarse la incidencia

presentaba una estética poco uniforme y un tanto anticuada, a la vez que incluyó un acto multitudinario de clausura en el estadio de Obras que parecía asociarse a prácticas políticas preritarias y contradecía la priorización del contacto directo escenificado en otros espacios de campaña, tales como las caminatas. No obstante, en ocasiones, estas últimas no acercaban a los vecinos al Macri-político sino al Macri-celebridad, tal como se verificaba en los frecuentes pedidos de autógrafos que fueron desapareciendo gradualmente en campañas posteriores (*Clarín*, 19/8/2003; 1/9/2003; 6/9/2003).

²⁴ En esta misma línea se expresaron otros competidores al cargo de jefe de Gobierno, tales como Gustavo Béliz, Luis Zamora y Patricia Bullrich, aunque en algunos casos estos incluían a Ibarra como corresponsable de las relaciones de corrupción entre el sector público y el privado (*Clarín*, 25/3/2003; 30/3/2003; *La Nación*, 23/3/2003; *Página/12*, 16/3/2003; 30/3/2003; 7/4/2003; 5/6/2003).

²⁵ La entonces senadora Cristina Fernández manifestaba: “Y si en la gestión de un intendente de mi partido, que todos saben quién es, hubo tanta corrupción, fue porque alguien pagaba las coimas. [...] La Argentina decidió que al pasado no vuelve. Espero que lo mismo suceda en la ciudad”. Por su parte, Néstor Kirchner afirmaba: “Cuando escucho hablar de movilidad social ascendente a algunos que fueron personeros económicos de la década del ’90, realmente me causa asombro y poca credibilidad” (*La Nación*, 20/8/2003; 26/8/2003).

²⁶ Durante este período, las encuestas publicadas en los medios consultados vaticinaban el triunfo de Macri en la elección –incluida aquella de la nueva consultora Poliarquía, que

de la reinstalación de la problemática de la inseguridad en la agenda pública de todos los representantes políticos a raíz de las movilizaciones e iniciativas ciudadanas convocadas por el tan influyente como fugaz líder de opinión Juan Carlos Blumberg –cuyo hijo fue secuestrado y asesinado en marzo de 2004– y que tuvieron su epicentro en la ciudad de Buenos Aires. No obstante, el hecho que modificó completamente el panorama político de la ciudad fue el incendio del local bailable República de Cromañón, acontecido en diciembre de 2004. Dicho episodio dejó un saldo de 194 víctimas fatales y desencadenó una fuerte crisis en la coalición gobernante porteña, que culminaría en un proceso de juicio político contra Aníbal Ibarra, quien fue considerado por la Legislatura responsable político de la tragedia –como resultado de la presión cohesionada de los grupos de familiares de las víctimas y a contramano de las tendencias reflejadas en los sondeos de opinión pública (Mauro y Montero, 2006)–, destituido en marzo de 2006 y reemplazado por su vicejefe, Jorge Telerman.

Los dos sombreros (2004-mediados de 2005)

Durante esta etapa, los focos problemáticos centrales en la construcción de la imagen de Macri eran, precisamente, su doble condición de presidente de Boca y líder opositor, así como también la capacidad de disciplinamiento de sus redes partidarias –específicamente su bloque legislativo (eje 1)–. Se registraban, además, cambios en las operaciones de identificación de su figura en lo relativo a su posicionamiento ideológico (eje 3) –pues diarios como *La Nación* desplazaron a Macri de la derecha al centro del espectro político– y su filiación familiar (eje 5) –ya que todos los diarios consultados favorecían la separación de Mauricio Macri de su padre–. Por otra parte, la estrategia de despejotización impulsada por Macri sería menos disputada públicamente que la de desmenemización (eje 4).

Eje 1. Profesión: Luego de las elecciones de 2003, Macri se encontraba en una incómoda posición “de espera” (Offerlé, 2011) puesto que no contaba con un mandato electivo sobre la base del cual continuar construyéndose como líder político. De hecho, la situación cobraba mayor complejidad: si bien Macri había reafirmado públicamente su vocación política –mostrándose dispuesto a ocupar un puesto legislativo, pese a esgrimir que su preferencia era, en principio, ejecutiva (*Clarín*, 16/9/2003; 4/11/2003; *Página/12*, 16/9/2003)–, también era de público conocimiento que no dedicaba la totalidad de su tiempo a esta actividad

registraba un crecimiento de la figura del entonces presidente de Boca desde agosto de 2005–. Excepcionalmente, Analogías, Römer y CEOP –encuestadora muy difundida en *Clarín*– daban ganadora a Carrió en la contienda electoral.

ya que continuaba a cargo de la presidencia de Boca –lo cual, por una parte, le ofrecía una plataforma desde la cual amplificar su presencia en los medios de comunicación y legitimar su figura sobre la base de una gestión en ejercicio, pero, por la otra, denotaba públicamente su incompleta profesionalización pues no vivía ni “de” ni “para” la política–.²⁷ Aun así, si bien los tres periódicos analizados arrojaban dudas sobre la capacidad de Macri para conducir tanto su bloque legislativo como el resto de su partido, reconocían en él a un potencial político profesional (*Clarín*, 15/9/2003; 16/9/2003; 4/1/2004; *La Nación*, 15/9/2003; *Página/12*, 15/9/2003; 21/9/2003).²⁸ De hecho, Macri proseguiría la frecuente mostración, en *Clarín* y *La Nación*, de saberes y prácticas que podían funcionar como indicadores de su nueva condición de líder político: se le solicitaba opinión sobre las administraciones de Ibarra y Kirchner, participaba en encuentros académicos sobre cuestiones políticas, destacaba la expansión de CpC en la provincia de Buenos Aires y entablaba contactos con otros dirigentes locales y nacionales con miras al establecimiento de alianzas –las cuales eran calificadas por *Página/12* como “sociedades anónimas” (*Clarín*, 18/3/2004; 18/4/2004; 1/9/2004; 7/9/2004; *La Nación*, 24/10/2003; 3/4/2004; 27/5/2004; 6/7/2004; 10/10/2004; *Página/12*, 9/3/2014; 19/4/2004).

Asimismo, durante esta etapa, Macri buscaba perfilarse como un líder opositor pivotando entre los niveles local y nacional. En el nivel local, Macri construía su figura de dirigente productivo y próximo a la gente, capaz de liderar una oposición que controlase la administración de Ibarra –quien era caracterizado como un gestor ineficiente, corrupto y alejado de las experiencias cotidianas de los vecinos (*La Nación*, 12/3/2004; 1/10/2004; *Página/12*, 29/6/2004)–, pero en el nivel nacional la contraposición con el gobierno de Kirchner devendría el exterior más relevante frente al cual Macri definía sus propios rasgos: mientras el entonces presidente mantenía un estilo confrontativo, autoritario, prolífico en discursos y proclive a la revisión inútil del pasado, Macri se presentaba como un líder consensualista, con capacidad de escucha, inclinado a la acción y orientado hacia el futuro (*Clarín*, 8/1/2004; 3/8/2005; *La Nación*, 12/3/2004; 2/11/2004; *Página/12*, 5/6/2004). Por su parte, Kir-

²⁷ De hecho, pese a que Macri ya no se autodefinía como empresario, su derrota electoral prolongó el uso de dicho término por los medios consultados (*Clarín*, 17/9/2003; 5/10/2003).

²⁸ Los artículos publicados en *Clarín* y *La Nación* comenzaban a denominarlo en clave política refiriéndose a él como “líder” o “dirigente” de Compromiso para el Cambio (*Clarín*, 14/1/2004; 18/3/2004; 4/5/2004; *La Nación*, 23/5/2004; 26/7/2004; 27/10/2004; 2/2/2005). Por el contrario, la mayoría de los periodistas de *Página/12* evitaba cuidadosamente referirse a Macri como “líder” o incluso “dirigente” (9/1/2004; 18/2/2004; 2/3/2004; 12/5/2004; 25/5/2004).

chner se ocuparía de incluir a Macri entre sus contradestinatarios discursivos predilectos al referirse a negocios turbios que el grupo empresarial integrado por este último mantuvo con el Estado durante la década de los noventa (*La Nación*, 8/9/2004; *Página/12*, 5/6/2004). Asimismo, los artículos publicados en *Clarín* y *La Nación* abonaban la imagen de Macri como opositor: de hecho, hasta *Página/12* terminó por hacer lo propio (*Clarín*, 5/6/2004; 21/3/2005; *La Nación*, 8/10/2003; 19/3/2004; 5/6/2004; 8/8/2004; 19/12/2004; *Página/12*, 15/3/2004; 25/5/2004; 5/6/2004).

Vale mencionar, además, que la alta visibilidad de la figura de Macri beneficiaba y perjudicaba por igual su acumulación de un capital propiamente político –de tipo oligárquico, es decir, vinculado a la adquisición de saberes y destrezas en el marco de cargos partidarios de primera línea (Joignant, 2012; Joignant *et al.*, 2012)–; 2004 abría una nueva etapa para la exhibición de la capacidad de conducción partidaria que Macri procuraba construir. Si bien *Clarín* y *La Nación* consagraban algunas de sus páginas a la incipiente expansión de CpC al territorio bonaerense, a las alianzas con partidos provinciales y a la coalición con Recrear en el frente opositor Propuesta Republicana, otros textos remarcaban la debilidad de la estructura política macrista (*La Nación*, 24/9/2004; 30/10/2004; 28/12/2004; 21/5/2005; *Clarín*, 24/5/2005; 24/8/2005; 30/8/2005). De hecho, Macri contaba con un grupo de legisladores porteños tan heterogéneo como escasamente disciplinado, cuyas tensiones tomaron pronto un carácter público. En dicho contexto se visibilizó la división del bloque macrista en dos grandes grupos –el de los jóvenes “Festilindo” y los experimentados “Nogaró”– y se produjeron desprendimientos del grupo en bloques unipersonales y –en algunos casos– posteriores migraciones al kirchnerismo,²⁹ de los cuales todos los medios consultados tomaron nota.³⁰ De hecho, el juicio político iniciado a Ibarra –como consecuencia de la presión ejercida por los familiares de las víctimas de Cromañón– puso a la Legislatura porteña en el foco mediático y visibilizó, de ese modo, la deficiente cohesión del bloque macrista (*Clarín*, 30/1/2005; 31/1/2005). Mientras algunas notas de *Clarín* (1/2/2005) mencionaban los esfuerzos de Macri por mantener a su grupo legislativo aglutinado, otras, tales

²⁹ De este modo, el macrismo perdía al Chango Farías Gómez, Helio Rebot –quien se reincorporaría años más tarde a sus filas–, Jorge Mercado y Sandra Bergenfeld.

³⁰ Artículos de *La Nación* se preguntaban, incluso, si los problemas en el bloque no introducían un interrogante sobre el estilo de liderazgo “empresarial” de Macri (17/2/2004; 25/3/2004; 12/8/2004). Por su parte, los textos de *Página/12* afirmaban que Macri dispensaba una actitud indiferente a las tensiones de su bloque, calificado humorísticamente como “una bolsa de gatos” (19/8/2004; 31/8/2004; 6/2/2005).

como una firmada por Eduardo Van der Kooy (2/2/2005), se mostraban inusualmente críticas frente a Macri, de quien se consideraba que no solo fallaba en liderar la oposición, sino que con su impericia demostraba no haber completado su profesionalización política. Pocos meses antes, Macri había asegurado que su liderazgo instauraría un bloque compacto (*Clarín*, 16/9/2003), pero luego se vería obligado a retrabajar su imagen de conductor de equipos a raíz de la publicidad de los desmembramientos descriptos.³¹

Eje 3. Preferencias ideológicas: Macri continuaba absteniéndose de definirse en el espectro izquierda-derecha al afirmar que los problemas de la Argentina y la ciudad no tenían un carácter ideológico, sino que respondían a la ausencia de gestión: “No son problemas de progresismo sí, neoliberalismo no; izquierda sí, derecha no; peronismo sí, antiperonismo no” (*La Nación*, 24/7/2005). De todos modos, los medios consultados continuaban interpretando la posición de Macri en términos de derecha e izquierda, aunque con algunos reacomodamientos ya que *La Nación* lo desplazó repentina y masivamente al centro mostrándolo como un líder moderado –ergo, más legítimo desde la óptica del matutino (26/1/2004; 25/6/2004; 7/9/2004; 15/12/2004; 24/5/2005).³²

Eje 4. Relación con identidades políticas tradicionales: Macri expresaba su simpatía por dirigentes y consignas peronistas (*La Nación*, 15/8/2004), se hacía presente en algunos actos de campaña enmarcados en dicha simbología (*La Nación*, 7/12/2004) y afirmaba encontrarse trabajando por la construcción de un frente plural que englobase a todos los sectores políticos, incluyendo el peronismo. No obstante, rechazaba ser identificado o asimilado mediante “artilugios de campaña” a la expresión partidaria tradicional de esta identidad, el PJ, o al menemismo (*La Nación*, 4/4/2004; *Clarín*, 21/8/2005). En los diarios analizados, la estrategia de despejotización resultaba más exitosa que la de

³¹ Aunque en un principio declaraba no reconocer los sobrenombres adoptados por los subgrupos de su bloque legislativo y argumentaba que el oficialismo también se encontraba dividido en la Legislatura, luego pasó a enmarcar positivamente las diferencias en su bloque incorporando un recurso discursivo que más adelante aparecería recurrentemente en su presentación de sí: la aceptación de la pluralidad.

³² Mientras tanto, la mayoría de los artículos de *Clarín* seguía ubicando a Macri en la centroderecha del escenario político (8/3/2004; 24/5/2004; 3/7/2004; 10/9/2004; 1/11/2004; 1/1/2005) y las notas de *Página/12* continuarían ubicando a quien denominaban “Maurizio” Macri en la derecha o centroderecha (1/3/2004; 25/5/2004; 6/2/2005; 24/4/2005). Este último diario enfatizaba, por ejemplo, el carácter represivo del proyecto de Código Contravencional motorizado por CpC en la Legislatura o la posición de Macri a favor de la militarización de la seguridad interior (18/2/2004; 17/7/2004; 1/11/2004).

desmenemización: con sus matices, *Clarín*, *La Nación* y *Página/12* continuaban vinculando a Macri con Menem –y también con Duhalde.³³

Eje 5. Lazos familiares: Macri continuaba oscilando entre una reivindicación de su padre –en cuanto empresario dador de empleo y estafado por los políticos– y una separación de su figura al reiterar que quien se candidateaba para un cargo público era él pese a los esfuerzos del “aparato político” para difundir lo contrario (*La Nación*, 24/7/2005). Además, el propio Franco Macri había adoptado públicamente una postura de apoyo al gobierno kirchnerista frente a la cual Macri se declaró indiferente (*La Nación*, 2/11/2004). Por su parte, los textos de *Clarín* y *La Nación* manifestaban comprender los costos indeseados que el candidato debía enfrentar estoicamente por pertenecer a la familia Macri: de este modo, proceder de una familia poderosa no se retrataba como una ventaja, sino como un *handicap* cuya superación probaba el temperamento que Macri podía ofrecer como líder político (*Clarín*, 4/4/2001; *La Nación*, 24/7/2005). Curiosamente, las vinculaciones directas de la imagen del candidato con la reputación de su familia presentes en *Página 12* mermaron durante este período no electoral.

¿Legislador nacional o gestor local? (mediados de 2005-2006)

Si bien durante esta etapa comenzaba a consolidarse públicamente la imagen de Macri como líder político, se cuestionaban las coordenadas de dicho liderazgo: ¿acaso se erigía en un referente local o nacional, de carácter ejecutivo o legislativo? Además, se contraponían diversas interpretaciones sobre su modo particular de habitar su nuevo rol de diputado nacional (eje 1). Asimismo, vale mencionar que el discurso kirchnerista reactivó las discusiones en torno a la filiación familiar de Macri (eje 5) y reactualizó el vínculo entre este y Menem (eje 4). Sorprendentemente, las preferencias ideológicas de Macri no resultaron una temática central en la pugna por la definición de su figura durante el período (eje 3).

Eje 1. Profesión: Fuertemente golpeado por la crisis gubernamental desatada por la tragedia de Cromañón, el ibarrismo decidió no presentar listas para la

³³ De hecho, tanto *Clarín* como *La Nación* relataban que Menem y Duhalde eran quienes se habían acercado a Macri en distintos momentos de su carrera, y no al revés (*Clarín*, 4/1/2004; 26/3/2004; *La Nación*, 15/9/2004), mientras que *Página/12* reiteraba las alusiones a los vínculos –de connivencia en el pasado y de cooperación política en el presente– entre Macri y el menemismo, a la vez que mostraba a Macri y Duhalde igualmente interesados en establecer acuerdos en el territorio bonaerense (15/3/2004; 20/10/2004; 26/6/2005).

contienda electoral de 2005. Por lo tanto, se configuró un escenario tripartito en el que Rafael Bielsa (Frente para la Victoria) y Elisa Carrió (Afirmación para una República Igualitaria) resultaron los principales competidores de Macri en la compulsa.³⁴

Macri continuaba caracterizándose como un líder no confrontativo, alejado de la demagogia de las palabras, concentrado en las posibilidades de la gestión (*La Nación*, 24/9/2005) y propositivo: el mantra “esto es PRO” servía doblemente para dar cuenta de dicha característica y como instalación de la marca partidaria (Lupu, 2013), reforzada además por su nuevo logo –un signo de “play” que evocaba capacidad de iniciativa y orientación hacia el futuro– y la homogenización cromática del material de campaña en un novedoso y pregnante color amarillo.³⁵

Asimismo, el perfil de político ejecutivo orientado a los problemas de gestión local que Macri se esmeraba en forjar entraba en colisión con el tipo de cargo legislativo nacional para el cual se presentaba, contradicción que no pasó desapercibida para los medios consultados (*La Nación*, 12/10/2004; *Página/12*, 10/8/2004; *Clarín*, 3/10/2005). Con el fin de rectificar esta incómoda posición, Macri aclaraba que su vocación política se orientaba a las tareas ejecutivas, pero que la definición de su candidatura legislativa respondía a la voluntad de la convención partidaria de CpC celebrada a fines de 2004 (*La Nación*, 24/10/2004; 7/11/2004). Además, sin abandonar las referencias a temáticas nacionales, el candidato impulsó una municipalización de sus ejes de campaña. Sus actividades preelectorales más resonantes se enfocaban en problemáticas de la administración local resultado de un “Estado ausente” (*Clarín*, 21/8/2005), tales como la contaminación urbana, las desigualdades entre el norte y el sur

³⁴ Mientras el primero presentaba la elección como un plebiscito del gobierno kirchnerista y apelaba al complejo discursivo ibarrista (Mauro y Montero, 2006: 286) calificando a Macri como un “indeseable” y un “embustero sin escrúpulos”, acusándolo de haber realizado negocios infames con el sector público y representar a la “derecha rancia” (*Clarín*, 31/8/2005; 21/9/2005), la segunda –cuya campaña se centraba en una idea de “contrato moral”– también lo asociaba a la corrupción de los años noventa al calificarlo de “contrabandista”, así como también ponía en duda la capacidad de trabajo legislativo del candidato. De hecho, la chaqueña rechazaba a Macri por constituir un mero “liderazgo fashion de éxito en los negocios” (*La Nación*, 26/9/2005; *Clarín*, 14/9/2005).

³⁵ Los artículos de *Clarín* y *La Nación* destacaban el estilo “medido” pero “desacartonado” del candidato y lo atribuían a la intervención de publicistas y expertos en marketing político –tales como los prestigiosos Jaime Durán Barba y Ernesto Savaglio–, a cuyos consejos se mostraba permeable, sin que ello fuese percibido negativamente por los diarios en cuestión (*Clarín*, 4/9/2005; *La Nación*, 30/10/2005).

de la ciudad, la conservación de los espacios verdes y el estado de las calles (de ahí el inmortalizado “salto al bache”, un hallazgo del marketing electoral). No obstante, un tema saliente de su campaña trascendía el espacio local: el de la seguridad, tratado transversalmente por dirigentes de todo el arco político por iniciativa de Juan Carlos Blumberg –a quien Macri ofrecería candidatearse a gobernador bonaerense en agosto de 2006 como parte del armado electoral de 2007–.³⁶ En la agenda macrista de campaña, dicho tópico aparecía tanto en su versión más tradicional –plasmada en un spot que denunciaba la laxitud del sistema de excarcelaciones– como en aquella vinculada a la recuperación del espacio público –idea ya activada en la campaña de 2003–. El reclamo de orden público –resignificado como valor democrático– y el consecuente rechazo de sus alteraciones por parte de grupos piqueteros se insertaban en ambos planos (*Clarín*, 4/7/2005; 24/8/2005; 21/9/2005; *La Nación*, 31/8/2005).

Frente a la victoria obtenida por Macri en las elecciones de 2005, los análisis de todos los medios consultados le concedían un lugar central en la oposición al Gobierno nacional (*Clarín*, 24/10/2005; *La Nación*, 25/10/2005; 30/10/2005; 24/12/2005; *Página/12*, 30/5/2006). Además, durante 2006 Macri otorgaría igual peso público a ambos niveles de su liderazgo, el local –posicionándose como vencedor indiscutido en todo el territorio porteño, beneficiado estratégicamente por la crisis del ibarrismo– y el nacional –procurando mostrar su capacidad de construir una coalición alternativa a aquella gobernante y polemizando con el entonces presidente Kirchner, a quien continuaba criticando por su accionar confrontativo y violento (*Página/12*, 28/12/2005).

El acceso de Macri a su primer cargo público electivo supuso cambios en el tratamiento que los medios consultados otorgaban a su figura: por una parte, comenzaban previsiblemente a llamarlo “diputado” (*Clarín*, 25/10/2005; 27/10/2005; *La Nación*, 24/10/2005), pero también continuaban denominándolo “líder” (*Clarín*, 12/11/2005; *La Nación*, 30/10/2005; *Página/12*, 29/10/2005; 19/10/2006). Empero, el indiferente desempeño de Macri en su

³⁶ Es interesante destacar que Blumberg no irrumpía como un mero *outsider* de la escena política, sino del espacio público, al venir “desde un afuera que es el ámbito de la familia y lo privado” y que oficiaba como dispositivo de identificación y legitimación de su figura (Mauro y Slipak, 2005: 8). Su discurso compartía con el de Macri tanto la equivalencia entre política y politiquería como la superación de la frontera izquierda/derecha, todos ellos elementos ajenos a los intereses de “la gente”. No obstante, mientras Macri se presentaba a sí mismo como un *outsider* que llegaba a la política para quedarse y llamaría a la ciudadanía a hacer lo propio, la imagen de ciudadano-gente que legitimaba y visibilizaba a Juan Carlos Blumberg era, a la vez, el mismo elemento que le impediría institucionalizar su vínculo con “la gente” sin perder popularidad.

nuevo rol legislativo sería cuestionado por sus contendientes políticos: dicha crítica había resultado involuntariamente alimentada por el propio Macri, quien ya se había anticipado a resolver la tensión provocada por el solapamiento de su nuevo rol y la presidencia de Boca argumentando que podía desempeñarse como un “diputado *part-time*” (*Página/12*, 29/7/2005). Posteriormente, las críticas serían matizadas y resignificadas por sus diputados, quienes señalaban que Macri no toleraba las sesiones maratónicas debido a su condición de político no tradicional (*La Nación*, 24/12/2005): en otras palabras, su modo de habitar el rol en cuestión también era construido como una novedad política.

Cabe mencionar, además, que la capacidad de liderazgo de Macri sobre su propio partido en construcción resultó públicamente puesta en tela de juicio en 2005 con la difusión de nuevas defecciones en sus grupos legislativos –las de Florencia Polimeni y Lorenzo Borocotó–.³⁷ No obstante, es pertinente señalar que las perspectivas electorales favorables abiertas a Macri de cara a 2007 como consecuencia de la crisis de la coalición local gobernante, el creciente control sobre la selección de candidatos que comenzaría a ejercer como líder partidario y, finalmente, la condena social a comportamientos de transfuguismo político coadyuvaron a solidificar los alineamientos legislativos del macrismo en la ciudad.

Eje 3. Preferencias ideológicas: Tanto en lo referido a este aspecto como a su vínculo con las identidades políticas tradicionales, Macri proseguía su empresa de borramiento de adscripciones previas, esta vez re proyectando hacia algunos de sus contrincantes estas mismas características: por ejemplo, mientras en 2003 había acusado a Ibarra de desarrollar prácticas propias del régimen nazi, en 2005 hizo lo propio con la figura de Bielsa, a quien vinculó con las dictaduras militares argentina y chilena (*Clarín*, 20/9/2005; 11/10/2005). Cabe reiterar el valor positivo otorgado por las apelaciones electorales macristas al Estado en cuanto agente reasignador de recursos, contrapuesto a la defensa de los agentes privados y la libertad de mercado usualmente asociada a la figura de Macri en cuanto empresario de orientación neoliberal. No obstante, no se

³⁷ Macri disputaba la interpretación de este último episodio para que no fuese visto como signo de sus problemas de liderazgo –consistentes en un deficiente control sobre la composición de las listas electorales y la disciplina de su bloque legislativo–, sino más bien como un lamentable rebrote de la vieja política auspiciado por el presidente Kirchner, situación de la cual Macri no era sino una víctima sorprendida en su buena fe (carta abierta de Macri publicada en *La Nación*, 24/11/2005). Por su parte, los artículos de *La Nación* presentaban diversas interpretaciones sobre la responsabilidad última de Macri por estos episodios en cuanto decisor privilegiado en su partido (11/11/2005; 12/11/2005).

registran grandes modificaciones en el modo en el que los medios consultados trataban a la figura de Macri en lo referido a sus preferencias ideológicas (*La Nación*, 5/8/2005; 25/10/2005; *Clarín*, 5/10/2005; 2/11/2005; *Página/12*, 6/10/2005; 3/9/2006).

Eje 4. Relación con identidades políticas tradicionales: En sintonía con el eje anterior, Macri continuaba su desmarcación del menemismo retomando aquellos elementos de la trayectoria de sus contrincantes –específicamente, Bielsa– que los asociaban a dicha administración (*Clarín*, 20/9/2005; 11/10/2005). Asimismo, mientras *Clarín* y *La Nación* comenzaban progresivamente a liberar a la figura de Macri de la pesada herencia menemista aludiendo cada vez menos a los vínculos entre ambos dirigentes, los artículos de *Página/12* y las declaraciones de figuras rivales a Macri –tales como Bielsa y Kirchner– no dudaban en mantener esta filiación asociando su figura al ruinoso pasado de los noventa, contra el cual se constituían identitariamente. *Página/12* definió a Macri como un “menemista reconvertido” y el entonces presidente Kirchner señaló: “Les quiero pedir a los capitalinos que tengan memoria. Así como durante tantos años votaron incondicionalmente a De la Rúa, Menem, a Erman González, a Olivera, ahora no voten a los descendientes de ellos” (*Página/12*, 27/10/2005; *Clarín*, 19/10/2005).

Eje 5. Lazos familiares: Macri continuó evitando referirse a su padre durante la campaña electoral de 2005 y prácticamente tampoco se registraban artículos en *Clarín* o *La Nación* que así lo hiciesen. Solo al ser consultado por el apoyo brindado por su padre al Gobierno, Macri afirmaba no coincidir en la visión política de su progenitor (*Página/12*, 29/5/2006). De hecho, las referencias a la vida familiar del candidato aludirían más bien a la discreta separación de su esposa Isabel Menditeguy, hecha pública luego de su elección como diputado nacional (*La Nación*, 19/12/2005; *Clarín*, 30/12/2005; *Página/12*, 7/12/2005). Por el contrario, los artículos de *Página/12* reinsertaban al flamante diputado en su trama familiar utilizando el recurso de la biografía, en la que ocupaban un lugar central los negocios realizados por el grupo Macri durante la dictadura militar y, sobre todo, la década menemista (24/10/2005).³⁸ Cabe mencionar, por otra parte, que en los meses posteriores a las elecciones, los medios consultados comenzaron a mencionar al candidato por su nombre de pila, Mauricio, atendiendo a la estrategia de comunicación política implementada por este último para humanizar su figura, acercarla al electorado y evitar las asociaciones

³⁸ No obstante, también se señalaban las desavenencias políticas entre padre e hijo (29/5/2006; 30/5/2006).

que conllevaba su apellido paterno –aunque los artículos de *Página/12* entremillaban el nombre denunciando así la impostura que dicha denominación representaba (27/10/2005; 3/9/2006).

Mauricio, vecino de la ciudad (2007)

Tras evaluar sus posibilidades electorales en el nivel local y nacional –dilema que dividía a su fuerza entre quienes deseaban su consolidación en la ciudad y quienes pugnan por una candidatura presidencial de Macri–, este se inclinó por brindar un tibio apoyo a la postulación presidencial de López Murphy y candidatearse a la Jefatura de Gobierno de la ciudad en las elecciones de 2007. En esta contienda le tocó enfrentar a Daniel Filmus –ministro de Educación del Gobierno nacional, cuya candidatura era impulsada por el presidente Kirchner– y al jefe de Gobierno interino Jorge Telerman –quien pretendía legitimarse electoralmente en su cargo y cuya postulación contaba con heterogéneos apoyos de sectores kirchneristas y opositores–. Finalmente, Macri triunfó en el *ballottage* con Filmus con un 61% de votos; accedió así a la Jefatura de Gobierno de la ciudad –cargo que ocupa hasta el año 2015–³⁹ y abrió un extenso período en el que el kirchnerismo se consolidaría como el exterior frente al cual se reflejaba especularmente la imagen de Macri en cuanto líder político.⁴⁰ Según Sznaider (2015), a partir de dicho momento, el Gobierno nacional y su par porteño se han enfrentado complementariamente, contraponiendo épica y causa a *performance* y resultados; comunicación pasional a comunicación emotiva; la construcción de un adversario a un democratismo higiénico; un discurso constatativo que vincula pasado y presente a un discurso descriptivo que vincula presente y futuro, entre otros elementos.

Asimismo, conforme la división kirchnerismo/antikirchnerismo devenía un clivaje de creciente centralidad en la escena política nacional, esta polarización también progresaría en las agendas de los medios de comunicación aquí relevados y cristalizaría posteriormente con la dispar cobertura brindada al

³⁹ La mayoría de las encuestas preelectorales aseguraba el triunfo de Macri en la primera vuelta electoral, aunque algunas diferían en torno a quién obtendría el segundo lugar en los comicios. Posteriormente, todas las encuestas coincidieron en predecir el abultado triunfo de Macri en la segunda vuelta electoral.

⁴⁰ De hecho, artículos de *La Nación* se dedicaban a ponderar las diferencias entre el modo de conducción de Macri y el de Kirchner y presentaban al primero como líder de la oposición al segundo (18/6/2007; 15/6/2007; 25/6/2007), al igual que los de *Clarín* (17/2/2007; 4/6/2007; 5/6/2007) e incluso los de *Página/12* luego del triunfo de Macri en 2007 (25/6/2007).

conflicto del campo en 2008. El claro alineamiento de *Página12* con la galaxia kirchnerista y la ubicación de *La Nación* y *Clarín* en la posición contraria –sobre todo en el último caso– se traslucirían en las intervenciones que estos periódicos realizaron durante la campaña porteña de 2007.

Durante este período no se problematizó la condición de líder opositor atribuida por la mayor parte de los actores del espacio de la comunicación política a la figura de Macri (eje 1). Por el contrario, los principales ejes de disputa de esta etapa serían la asociación de Macri a la derecha y el menemismo (ejes 3 y 4) impulsada por el dispositivo discursivo kirchnerista. Paradójicamente, una desinteligencia comunicacional de la propia campaña macrista reactivó eventualmente la posición social acomodada de Macri como un foco de discusión (eje 2).

Eje 1. Profesión: Luego de su victoria electoral de 2005 y la consolidación de su oposición al kirchnerismo, la imagen de Macri en cuanto líder se encontraba instalada en todos los medios consultados –incluso en aquellos que en años anteriores habían resistido denodadamente a la utilización de dicha etiqueta en este caso particular.⁴¹

Al igual que en 2003, Macri procuró hacer verosímil su liderazgo instalando su partido como marca y mostrando la anteposición de las ideas a sus ambiciones personales (“El PRO es una idea. Y una idea no son cuatro años ni un cargo”, señalaba el candidato en uno de sus spots). Asimismo, Macri imprimía un creciente énfasis en la transmisión de sentimientos de proximidad entre su figura y los vecinos de la ciudad, objetivo al cual contribuyeron la utilización de su nombre de pila, Mauricio; la selección de Gabriela Michetti como candidata a vicejefa de Gobierno –cuyo perfil suavizaba metonímicamente la imagen del candidato y descontracturaba sus intervenciones (Mauro, 2009)–; la utilización de un lenguaje positivo, joven e informal en el material de campaña –“Estaría bueno Buenos Aires (con Mauricio y Gabriela)”, rezaba el más conocido lema preelectoral–; la proliferación de actos de campaña no tradicionales; la creciente y cuidada exposición de algunos aspectos de la vida privada del candidato;⁴² y –aunque parezca banal– el rejuvenecimiento de su apariencia, marcado por la

⁴¹ Todos los periódicos consultados se referían a Macri como el “líder”, “dirigente” o “jefe” del PRO (*La Nación*, 9/5/2007; *Clarín*, 25/2/2007); incluso *Página12* empleó la denominación de “líder”, aunque alternándola con aquella de “empresario” con el fin de reactivar la tensión entre ambos roles (5/2/2007; 20/2/2007; 25/2/2007; 4/3/2007).

⁴² Los artículos de *La Nación* se interesaban en captar al “Macri íntimo” yendo a la búsqueda de “algunas confesiones que lo definen como hombre, más allá del candidato” (9/5/2007; 13/5/2007).

desaparición gradual de su bigote. Asimismo, Macri continuaba presentándose como figura de la nueva política –aunque, como es evidente, ya no constituía un *outsider* social, sino que se posicionaba como un *outsider* táctico, pues ya contaba con cierta experiencia incluso traducida en una función institucional, su banca legislativa– y mantenía su retórica de defensa de la gestión y la propositividad –en este sentido, su campaña se caracterizó por la mostración de propuestas–.⁴³ Por su parte, Kirchner cuestionaba este aspecto de la presentación de Macri al denunciarlo como una impostura aconsejada por sus asesores de imagen que revelaba una concepción simplista de los problemas (discurso en Coronel Suárez, 8/6/2007) contraria a la ética de la responsabilidad característica de todo político. Asimismo, Macri ponía el acento en el voto como un acto de libertad, en contraste con quienes persistían en la confrontación.

Eje 2. Posición socioeconómica: La campaña se inició con un polémico *faux pas* de Mauricio Macri durante el lanzamiento de su candidatura, realizado en un basural de Villa Lugano que operaba como símbolo de las deficiencias de la gestión porteña. La foto difundida luego de la actividad retrataba a un prolijo Mauricio Macri que pronunciaba su discurso sobre una tarima, junto a una niña descalza. No obstante, la impresión proyectada escapó al control del equipo del candidato, quien debió pedir disculpas públicas ante las críticas recibidas en torno a uno de los aspectos de su imagen que hacía años procuraba reconfigurar: su condición social. *Página/12* aludió a la burda utilización de una niña pobre en campaña, la “torpeza expresiva” con la que Macri lo hizo y el modo en el que tanto esta puesta en escena como su discurso mostraron “su hilván tilingo” (3/3/2007; 4/3/2007). Asimismo, el propio Kirchner condenó la utilización de una niña en campaña (*Clarín*, 1/3/2007). Por su parte, *La Nación* tendió a exculpar a Macri ofreciendo sus páginas para detallar las explicaciones que este brindaba sobre el hecho y destacando la extensión de este tipo de prácticas a dirigentes de todo el arco político (28/2/2007; 3/3/2007). Si bien *Clarín* expuso una posición parecida, apuntó a la desinteligencia cometida por el equipo de campaña del entonces diputado Macri (3/3/2007).

Eje 3. Preferencias ideológicas: La crisis de la administración porteña precedente supuso la erosión de la polaridad ideológica como principio de diferenciación de los actores en la escena política porteña: el vaciamiento tendencial del significante “progresismo” permitió desligarlo de una discursividad de centro-izquierda para vincularlo a la gestión y la eficiencia transideológicas

⁴³ De hecho, el multitudinario acto de cierre de campaña de 2003 contrastó con la actividad final de 2007: una maratón de 24 horas de propuestas.

(Mauro, 2011). En esta línea, es posible advertir, en la presentación que Macri realizaba de sí, una apropiación sistemática de dicho término, la evasión deliberada de las distinciones ideológicas tradicionales y el intento menos exitoso de escenificar una profunda sensibilidad social. Es destacable la adecuación final entre la pretensión macrista de trascender la división izquierda-derecha y la borrada de los calificativos asociados a esta en los artículos de *La Nación*, diario en el que también se destacaban las similitudes en las propuestas de todos los candidatos a la Jefatura de Gobierno local (26/3/2007). Por su parte, *Clarín* se refería “al centroderecha” con menor frecuencia que en etapas anteriores y al hacerlo continuaba significándolo como un espacio natural en la democracia (15/2/2007; 15/5/2007). Por el contrario, el kirchnerismo y el periódico *Página/12* –crecientemente alineado con el oficialismo nacional– continuaban asociando a Macri a la derecha.⁴⁴

Eje 4. Relación con identidades políticas tradicionales: La campaña de 2007 mostraría el progresivo agotamiento de las frecuentes vinculaciones públicas de Macri con referentes peronistas en los relatos de *La Nación*, en los que escaseaban las alusiones a sus reuniones con referentes del PJ (26/2/2007). No obstante, *Clarín* continuaba destacando los contactos y coincidencias entre Macri y referentes peronistas como Duhalde, Puerta y Sobisch, aunque señalaba que las conexiones con el menemismo resultaban transversales a dirigentes de todo el arco político (4/2/2007; 12/2/2007; 15/3/2007; 16/3/2007; 7/6/2007). No obstante, las asociaciones de su figura al menemismo, motorizadas por el kirchnerismo y también escenificadas en *Página/12* –en sintonía con campañas anteriores–, movilizaban a Macri a tomar distancia del ex presidente no solamente en términos políticos, sino también afectivos (*Clarín*, 1/3/2007; *Página/12*, 31/5/2007; 7/6/2007; *La Nación*, 8/6/2007).

Eje 5. Lazos familiares: Respecto a su pertenencia familiar, Macri adoptaba una posición crecientemente crítica hacia las tendencias políticas de su padre (*La Nación*, 3/3/2007). De hecho, la estrategia de distanciamiento de su familia de origen confluyó con la intención de mostrarse como una figura próxima utilizando su nombre de pila. Frente a dicho tratamiento, el kirchnerismo proponía un ejercicio de memoria que resituase al candidato del PRO en su historia familiar y lo deslegitimase en virtud de ella: la frase “Mauricio (que) es Macri” se reiteraba en declaraciones de actores de la galaxia kirchnerista y sus afiches

⁴⁴ Kirchner lo definía como “el hombre de la derecha farandulística” y Filmus afirmaba que la ciudad no sería entregada “a la derecha” (*La Nación*, 23/2/2007; 4/6/2007). Por otra parte, los artículos de *Página/12* aludían a “la derecha” y periodistas como Verbitsky advertían contra la victoria del “PROcesismo” (18/3/2007; 4/6/2007).

de campaña (*La Nación*, 5/6/2007; 28/6/2007). Ello se enlazaba con la asociación de Macri a un pasado extranjerizante y empobrecedor, que formaba parte del discurso fundacional kirchnerista (Ollier, 2010): según Néstor Kirchner, en la elección porteña se enfrentaban “dos visiones distintas de país: nosotros creemos en el trabajo y en los industriales nacionales. Otros, en cambio creen en otros modelos que ya mostraron su fracaso en el país” (*Clarín*, 14/6/2007). Por su parte, los artículos de *La Nación* contribuían a la separación de Macri y su padre –al destacarse la poca frecuencia de su contacto y al otorgarse a este vínculo un lugar residual en la biografía “política” de Macri– y al desplazamiento del foco familiar –centrándose en sus hijos y la mala fortuna del candidato en las relaciones de pareja (9/5/2007; 17/5/2007)–. *Clarín* conservaba ciertas ambivalencias en este aspecto pues en ocasiones acentuaba el borramiento del vínculo entre Mauricio y Franco Macri –el cual resultaba omitido en algunas de las biografías del candidato publicadas en virtud de las elecciones–, pero en otras oportunidades consideraba a Franco Macri como una voz autorizada para dar cuenta del futuro político de su hijo (3/6/2007; 24/6/2007). En sintonía con etapas anteriores, *Página/12* dejó de aludir directamente a Franco Macri como figura deslegitimadora de la de su primogénito.

Reflexiones finales: perspectivas e interrogantes

Este capítulo se ha propuesto recorrer las etapas por las cuales Mauricio Macri y los agentes con los que interactuó en el espacio de la comunicación política coconstruyeron conflictivamente su imagen de líder político entre 1995 y 2007. Dedicaremos esta sección final a exponer un conjunto de interpretaciones preliminares sobre la construcción pública del liderazgo de Macri luego de su elección como jefe de Gobierno y, por último, desarrollar nuestras reflexiones finales sobre la problemática abordada.

El período analizado en este capítulo se cierra con la elección de Mauricio Macri como jefe de Gobierno de la ciudad, la cual inaugura un ciclo sostenido de consolidación electoral del PRO en dicho distrito, revalidada por la reelección de Macri en 2011. Ello supuso, entonces, la puesta en práctica de nuevos mecanismos de definición pública de su imagen en cuanto líder en el espacio de la comunicación política. A continuación anticiparemos algunas interpretaciones preliminares para ser profundizadas en trabajos futuros.

En principio, el período pos-2007 pone crecientemente de manifiesto que la imagen de Macri como líder resulta inescindible de su contraposición con su exterior constitutivo predominante, el kirchnerismo. Posteriormente, el nuevo jefe de Gobierno consolidaría su calidad de líder opositor en el nivel nacional, cristalizada en todos los medios analizados y escenificada sobre todo en períodos no electorales –durante los cuales transcurrirían incontables enfrentamientos con el Gobierno nacional por el traspaso o retiro de competencias a la ciudad en las áreas policial, de transporte público y justicia, entre otras–. Por el contrario, en los períodos electorales, Macri procuraba explicitar menos su contraposición con el kirchnerismo, aunque la modalidad de localización de su liderazgo en elecciones como la de 2011 –en cuanto defensor de la autonomía porteña–⁴⁵ suponía una inevitable e implícita dimensión de contraste con el Gobierno nacional. Asimismo, cabe mencionar la profundización del sentido de proximidad atribuido a la figura de Macri en su doble rol de jefe de Gobierno –que “timbreaba” sorpresivamente a los residentes de barrios de casas bajas y aludía a las historias particulares de los vecinos cuya vida cotidiana fue transformada por su administración– y candidato PRO –al mostrarse en su comunicación de campaña entablando diálogos con vecinos de toda condición social.

En términos generales, es posible afirmar que, durante el primer gobierno de Macri, las pugnas por la definición de su imagen girarían en torno a dos aspectos: su aptitud para desempeñarse como jefe de Gobierno, puesta en duda por los numerosos escándalos y retrocesos en decisiones públicas adoptadas durante su gestión –tales como aquellos suscitados por el caso de las escuchas telefónicas– (eje 1) y su orientación ideológica, visible para muchos en diversas políticas conservadoras adoptadas o sugeridas durante su gobierno.⁴⁶

Durante el segundo mandato de Macri, si bien sus medidas como jefe de Gobierno no dejarían de ser debatidas (eje 1), la orientación ideológica de muchas de ellas –tales como la represión de las manifestaciones en el Hospital

⁴⁵ De hecho, la fusión entre la figura de Macri y la de los intereses del distrito fue precedida por la mixtura comunicacional entre el PRO y el Gobierno de la ciudad a partir de la extensión del color amarillo a la publicidad oficial y la identificación pública del gobierno local con el lema “Haciendo Buenos Aires” –que concentra múltiples componentes del ideario PRO, tales como la gestión y la “pasión por hacer”–, entre otras operaciones.

⁴⁶ Algunas de ellas han sido el accionar de la Unidad de Control del Espacio Público (UCEP), el intento de adquisición de armas Taser para equipar a la Policía Metropolitana, el nombramiento de funcionarios asociados a la última dictadura militar, la represión de la toma del Parque Indoamericano y la inacción de Macri (interpretada como oposición) ante las trabas judiciales al matrimonio entre personas del mismo sexo en la ciudad (eje 3) (Mattina, 2012b).

Borda— continuaría siendo fuertemente cuestionada, incluso en medios altamente afines a figuras de la oposición como *Clarín* y *TN*. En consecuencia, el discurso de Macri reforzaría sus vectores de sensibilidad social y sus referencias a valores posmateriales, tales como la ecología. Ello se articularía con una intensificación de los esfuerzos de humanización de su figura al dotarla de un vínculo apolítico con el mundo de la espiritualidad (eje 3). Vale mencionar que el ascendente de Macri sobre sus redes partidarias tomó estado público: mientras que en 2004 abundaban las críticas periodísticas a su incapacidad de disciplinamiento legislativo, durante su segundo período de gobierno, diarios como *Página/12* cuestionaron su excesivo control sobre el bloque PRO porteño (eje 1). Asimismo, durante su segundo gobierno, Macri reforzó su condición de líder plural y positivo.⁴⁷ Por otra parte, en este período se completa el movimiento de borramiento de la identidad familiar previa portada por Macri y la rentabilización del vínculo con su actual mujer, Juliana Awada, y su hija menor, Antonia. De este modo, se consolida el pasaje de un polo familiar identificado con el poder a otro asociado a la emotividad, el cual no solo contribuye a suavizar la figura de Macri, sino que también se engarza con la reciente centralidad que las alusiones a la felicidad y los sueños adquirieron en el repertorio del PRO (eje 5).

Cabe preguntarse: ¿qué concepción de la actividad política anima la construcción pública del liderazgo de Mauricio Macri? Nos aventuramos a señalar que, lejos de interpretar la política como una vocación que lo constituye a lo largo de su vida, Macri la entiende como una instancia de una carrera más amplia, caracterizada por la ocupación de espacios de poder altamente visibles. En términos formales, Macri se desempeñó como empresario del *holding* familiar a partir de 1980, presidente de Boca entre 1995 y 2007 —también durante un breve lapso en 2008, como producto de una decisión judicial— y dirigente político desde 2005 —ya sea como diputado nacional o jefe de Gobierno porteño—. No obstante, en términos prácticos, esta multiposicionalidad ha sido aún más intensa: a modo de ejemplo, Macri ya había comenzado a habitar su rol de dirigente político mucho antes de acceder a su primer cargo electivo. La construcción del liderazgo de Macri, tanto en la arena partidaria como en la

⁴⁷ El lema de la campaña 2011, “sos bienvenido” —que formula una invitación abierta a vecinos de toda condición social y política— y la transformación policromática del material PRO operan en el primer sentido, mientras que la alegre puesta en escena de sus actividades de campaña y la antropología optimista registrada en sus declaraciones públicas lo hacen en el segundo.

mediática, se apoyó en recursos materiales y simbólicos correspondientes a estas múltiples posiciones. Sin embargo, el despliegue diacrónico de la presentación de sí ofrecida por Macri no debe ser interpretado en términos teleológicos, pues podría sostenerse que la tan fluida como problemática coyuntura abierta por la crisis de 2001 ejerció sobre dicha presentación un efecto mixto de potenciación y complejización. Por una parte, el solapamiento de roles desempeñados por Macri era pasible de ser capitalizado en un contexto de desvalorización de la política y sus representantes tradicionales: acreditar un exitoso trasfondo profesional ajeno a dicha actividad se presentaba como una ventaja nada despreciable. A ello responden los mecanismos de *puesta en valor* de la exterioridad de Macri a la política y su experiencia como gestor, características asociadas a la solución de los efectos de la crisis. Pero, por otra parte, Macri debería replantear otros aspectos de su presentación pública incompatibles con la devaluación de las identidades políticas tradicionales y las transformaciones que se impondrían en la opinión pública en torno al rol del Estado y el empresariado. Muchos de los mecanismos de *invisibilización y desplazamiento* ya descriptos se orientan en este sentido desligando la figura de Macri de elementos usualmente entendidos como causas de la crisis: resultaba imperativo que Macri se distanciase públicamente del peronismo –especialmente de su expresión partidaria, el PJ, y sus dirigentes más cuestionados, Menem y Duhalde–, de las concepciones neoliberales sobre la relación Estado-mercado y de su poderoso padre Franco –considerado un referente ineludible de la “patria contratista”.

Ahora bien, los mecanismos mencionados se han puesto en juego en un contexto conflictivo en el que, en principio, se escenificó una contraposición entre actores establecidos y la figura de Macri como “recién llegado” –ya sea al mundo futbolístico o político– para luego delimitarse otras líneas de diferenciación que devendrían medulares en la definición de la figura de Macri como líder político, contrapuesta al estilo de liderazgo kirchnerista: Macri encarnaría el consenso, la acción, la humildad, la pluralidad horizontal, la proximidad con la gente; en pocas palabras, la *nueva política*; frente a Néstor Kirchner, que representaría el conflicto, el relato, el orgullo, el aislamiento verticalista, la desconexión con la gente, esto es, la *vieja política*.

Asimismo, cabría examinar el siguiente interrogante: ¿por qué incluso medios como *La Nación*, cuyos artículos ofrecían la mayor cobertura de la figura de Macri y se revelaban altamente afines a la imagen que este proyectaba, en ocasiones persistían en definirlo utilizando categorías que Macri se empeñaba en rechazar? En términos generales, tanto los heterogéneos posicionamientos

de los medios consultados en torno a los nudos temáticos apuntados, como los desajustes entre la presentación de sí impulsada por Macri y aquellas representaciones de su figura circulantes en dichos periódicos, permiten cuestionar el carácter directo que se suele atribuir al vínculo que líderes y ciudadanos establecen en el espacio de la comunicación política. Indudablemente, dicho lazo se encuentra mediado por la conflictiva relación entre dos campos, el periodístico y el político, que se influyen mutuamente, pero que, a la vez, reafirman su autonomía sobre la base de intereses y lógicas diferenciados.

Capítulo 3

Contribución a una sociología política de los partidos

Los mundos sociales de pertenencia y las generaciones políticas de PRO

Gabriel Vommaro

Spot corporativo: elementos para una sociología política de PRO

A la altura de Diagonal Norte, dos jóvenes en monociclo se preparan para avanzar por la calle Florida, se entrecruzan y combinan en movimientos preparados, mientras otras cuatro personas muestran sus destrezas con las clavos. Malabares acompañados por tambores de batucada indican que el acto de inauguración de la remodelación de la peatonal, en el contexto de la campaña por las elecciones legislativas de 2013, está por comenzar. Banderines amarillos y globos amarillos y verdes atraviesan la calle desde allí y hasta Marcelo T. de Alvear, donde terminará el recorrido. En el punto de largada, se dispusieron también sombrillas multicolor que llevan el lema “La Ciudad nos une”. Algunas de las sombrillas cubren mesas en las que algunos militantes –ellos prefieren llamarse “voluntarios”– organizan los materiales que van a distribuir entre los presentes. Se trata de medialunas y pequeños envases plásticos con tutucas. Algunos llevan pecheras con la leyenda “Hagamos equipo. PRO”. De a poco llegan los funcionarios del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, así como buena parte de los integrantes de

las listas electorales del partido *in office*: la diputada nacional Silvia Majdalani, entonces candidata a la reelección –con estudios en la Universidad de Belgrano (UB) y en la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), militante menemista en los años noventa, empresaria–,¹ el secretario de Transporte del Gobierno de la Ciudad, Guillermo Dietrich –graduado en Economía en la Universidad Católica Argentina (UCA), empresario de transporte, sin militancia política previa a ser designado funcionario en 2009–,² Victoria Roldán Méndez, entonces presidenta de los Jóvenes PRO y candidata a legisladora por la Ciudad –licenciada en Ciencias Políticas por la UCA, hija de empresarios, militante de la juventud partidaria desde 2006–, el ministro de Espacio Público Diego Santilli, entonces candidato a senador nacional –contador público por la Universidad de Buenos Aires (UBA), dirigente peronista cercano al menemismo, hijo de un empresario y dirigente peronista, inició su actividad política en los años ochenta–,³ la legisladora Carmen Polledo, candidata a renovar su cargo –presidenta

¹ Dice en su página web, al presentarse: “Soy Silvia Cristina Majdalani, nací en la Ciudad de Buenos Aires y me formé en un hogar con valores y esperanza. Mi padre nació en Beyrouth, Líbano, y mi madre es hija de libaneses. Tengo dos hermanas, Mónica y Gabriela. Estoy casada y tengo tres hijos, Agustina, Valeria y Francisco, y cuatro nietos varones. Creo en la familia como base de la sociedad. Los afectos son lo más importante en la vida, todo lo demás va y viene” (<http://silviamajdalani.com/mi-historia/>, consultado el 13/4/2015).

² Así comienza su presentación en su página web: “Existen pocas cosas en la vida que me sorprendan más que el poder de superación que tenemos las personas. La especie humana es un claro ejemplo de evolución a cada una de sus limitaciones, de forma tal que ha logrado un nivel de desarrollo, imposible imaginar siquiera 200 años atrás.

“Pero esta superación que observamos en la especie, no siempre la vemos en los individuos. Por lo contrario, la vida nos tienta continuamente a dejarnos llevar por lo que pasa en vez de ser nosotros mismos los encargados de generar eso que puede pasar. Es la diferencia entre esperar que venga una ola o crear una propia. Yo me inclino por crear olas. Aunque sea tentador irse acomodando al *statu quo*, mi experiencia me ha llevado a descubrir que no existe mayor satisfacción que la de construir olas, capaces de llevarnos a alcanzar los objetivos deseados, en todos los ámbitos de mi vida” (<http://www.guillodietrich.com/bio/>, consultado el 13/4/2015).

³ Dice en su web: “nacido en la Ciudad de Buenos Aires el 6 de Abril de 1967, obtuvo a los 23 años de edad su título de Contador Público Nacional en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

“Tiene tres hijos, Nicanor, Teo César y Tonio. Completó su formación en los Estados Unidos realizando estudios de Marketing en la Universidad de Berkeley, y de Mercados de Futuros y Opciones en el Instituto de Industrias Futuras en la ciudad de Washington” (<http://www.diegosantilli.com/quien-soy/>, consultado el 13/4/2015).

de la Fundación COAS, de filantropía en el área de salud pública, hasta 2009, cuando ingresó a la legislatura de la Ciudad.⁴

Camarógrafos y fotógrafos registran el clima alegre y las escenas cuidadas que definen el paisaje. Pronto llega el jefe de Gobierno, Mauricio Macri, en una camioneta gris. Desciende y, sonriente, se presta a la mirada de cámaras y filmadoras, pero no hace declaraciones. Su estilo elegante sport marca el tono de la mayor parte de los candidatos y funcionarios presentes. Prolijo pero casual, como los viernes en una gran corporación. Todo está listo para que comience la recorrida. El contingente es encabezado por camarógrafos y fotógrafos, que caminan marcha atrás para captar de frente la primera fila de la columna: Macri, casi siempre flanqueado por Diego Santilli a su derecha, Victoria Roldán Méndez a su izquierda y su asistente personal, muy cerca. Detrás van los demás candidatos y funcionarios, junto a unas 150 personas que acompañan el cortejo, entre militantes y otros asistentes.

A poco de andar percibimos que todos los aspectos de la recorrida se encuentran planificados en detalle: el manejo de los tiempos –se alternan caminata y paradas cortas para observar espectáculos callejeros que, en su mayor parte, forman parte de la organización del evento y no se extienden más de cinco minutos–, la distribución de los participantes en el espacio –la columna siempre mantiene el mismo orden y cada dos cuerdas cambia de mano de Florida–, la gestualidad y la actitud de los candidatos –siempre festivos, prestos al baile y a saludar a comerciantes y transeúntes– parece proceder de la planificación de una publicidad institucional, o de un spot corporativo.

Cuando Macri se detiene a saludar a un vendedor de diarios y se saca una foto con él, en su puesto, la murga, los malabaristas y los monociclistas avanzan mientras reciben un aplauso del público. Sin música de fondo, el paso de la caminata se acelera hasta llegar a la siguiente parada, donde los mismos jóvenes, sumados a un grupo de baile, inician una coreografía de hip hop, en algunos casos caracterizados con el uniforme típico de diferentes personajes urbanos –policía, cocinera, mesero–. Primero, el cortejo forma un círculo alrededor de los bailarines. Luego, por iniciativa de Macri, algunos se suman a la coreografía, que parecen conocer. Todo sucede en

⁴ En la web de PRO, se presenta del siguiente modo: “Soy una mujer con vocación de servicio, espíritu solidario y pasión por vivir la política como una construcción para lograr el bien común. Elijo trabajar en equipo, buscar la excelencia y compartir valores humanísticos, enraizados en la confianza, la libertad, la ética y el respeto. Dedicué gran parte mi vida activa a trabajar desde el tercer sector, focalizando mi accionar en el campo de la salud” (http://innovateordie.com.ar/carmen/?page_id=44, consultado el 13/4/2015).

unos breves minutos, tras los cuales los bailarines reciben el aplauso de los presentes, vuelven a tocar percusión y se dispersan para adelantarse a la siguiente parada. En el trayecto hasta Marcelo T. de Alvear hay pasos de *breakdance*, de tango electrónico, coreografía de música electrónica. En todos los casos se repite la mecánica: círculo de los presentes alrededor del espectáculo, que rompe Macri para ensayar algunos pasos de baile, y luego aplausos y a seguir. Algunas chicas con gorros del Gobierno de la Ciudad reparten tutucas y globos amarillos. Se suman algunos dirigentes y funcionarios que no habían podido llegar al inicio del recorrido.

Al llegar a Marcelo T. de Alvear, es el momento de los discursos. Ninguno dura más de unos minutos, las palabras clave son “equipo”, “gestión”, “gracias”, y menciones a dirigentes y funcionarios por su nombre de pila, o hasta por su sobrenombre. El primero es Santilli; luego toma la palabra el presidente de la Asociación de Amigos de la Calle Florida, quien termina su discurso, emocionado, con la entrega de una placa de reconocimiento “al amigo Patricio, el funcionario encargado de las obras de renovación de la peatonal”; el motivo se revela unos segundos después, cuando lee la leyenda de la placa en voz alta: “La Asociación de Amigos de la Calle Florida al Sr. Subdirector de Uso del Espacio Público de la Ciudad de Buenos Aires, Patricio Di Stéfano, en agradecimiento por el exitoso desalojo de los vendedores ilegales de la peatonal Florida”. Aplausos. Cierra el acto Macri, quien bromea sobre la emoción de su predecesor en la palabra y luego explica el sentido de las reformas emprendidas: “claramente el espacio público lo tenemos que disfrutar nosotros, con tranquilidad, en armonía, con alegría, con respeto, con seguridad, y para eso estamos trabajando [...]. Muchas gracias a todo el equipo que trabajó como siempre y a seguir para adelante”. Nuevos aplausos. Luego de hablar con la prensa, Macri se retira discretamente; y el acto concluye (Observación de campo, 28/9/2013; agradezco a Gabriela Mattina por su colaboración en este trabajo).

En la descripción de este evento puede aprehenderse tanto el tipo de dirigentes que forman Propuesta Republicana (PRO) –los recursos con los que cuentan, sus recorridos políticos– como los formatos de acción y de presentación pública dominantes en él. En este capítulo analizamos estos rasgos de PRO y de sus cuadros en relación con dos tipos de factores sociopolíticos que, sostenemos, nos ayudan a comprender el repertorio, por hablar como Charles Tilly, de acciones y performances públicas de ese partido más allá de la suposición de que se trata, solo, de envasadas estéticas construidas por expertos en marketing. Si no puede excluirse el hecho de que PRO construya sus

presentaciones públicas de acuerdo con cuidados patrones de la mercadotecnia, estos no alcanzan a explicar el hecho de que la vida interna del partido esté regida por un repertorio similar. Nos interesamos, entonces, por un lado, en los diferentes espacios sociales de los que, sostenemos, se nutre de militantes y cuadros políticos, valores, visiones del mundo y modos de acción y percepción del mundo: lo que llamamos mundos sociales de pertenencia del partido. Por otro lado, en las diferentes capas históricas de los cuadros del partido, relacionadas con su ingreso a la actividad política, que define diferentes generaciones políticas. En el primer caso, hacemos referencia al anclaje social del partido en el presente; en el segundo, a su historicidad.

Nacido en el contexto de la crisis social y económica de 2001 y 2002, es decir, del agotamiento del programa de convertibilidad instaurado en 1991, así como de las movilizaciones que impugnaban a la “clase política” embanderadas en el polisémico lema “que se vayan todos”, PRO fue creado por un pequeño grupo de dirigentes políticos y de expertos reunidos en la Fundación Creer y Crecer, alrededor de los empresarios Francisco de Narváez y Mauricio Macri, como empresa de moralización y de eficientización de la política argentina. Como hemos mostrado en otra parte,⁵ el nuevo partido combina el reclutamiento de dirigentes políticos de larga data, disponibles luego del debilitamiento de las principales fuerzas partidarias de la ciudad de Buenos Aires, así como nuevos ingresantes a la actividad, provenientes del mundo de los negocios y del mundo de las ONG y los centros de *expertise*. Es precisamente este tipo de dirigentes, que respondieron al “llamado” de Macri a “meterse en política”, como sostiene el líder del partido en sus declaraciones públicas cada vez que interpela a sus interlocutores en busca de compromiso con su partido, el que constituye el *core* partidario de PRO, tanto por el tipo de valores defendidos en su presentación pública –un partido “nuevo” de cuadros “nuevos”– como por el lugar que estos actores ocupan en la vida partidaria.

La importancia de los valores, visiones del mundo y del acervo de prácticas que estos nuevos ingresantes aportan al partido puede verse también en el tipo de reclutamiento de candidatos y jóvenes militantes que realiza PRO. En cuanto a los primeros, los valores de “éxito” y de “emprendedorismo” aparecen como centrales en las justificaciones públicas de las razones por las que PRO sostiene a sus nuevos candidatos (Vommaro, 2014). El reclutamiento de jóvenes militantes, en tanto, tiende a seguir la lógica del voluntariado y privilegia a los estudiantes universitarios provenientes de universidades privadas y, dentro de

⁵ Cf. Vommaro y Morresi (2014) así como el capítulo 1 de este volumen.

ese universo, mayoritariamente de las confesionales.⁶ De modo que, tanto en la diversidad de historias políticas de sus cuadros como en su anclaje social, el PRO se muestra como un caso propicio para estudiar el modo en que un partido se conforma a partir de sus vínculos con diferentes mundos sociales y con tipos de sociabilidad y socialización política diversos.

Para mostrar esta conexión, nos valemos de algunas herramientas del análisis sociopolítico que permiten aprehender esa vinculación del mundo partidario –la vida organizacional, las ceremonias de su reproducción, las reglas formales e informales que lo ordenan– con otro tipo de espacios y de experiencias sociales que, aunque no forman parte estrictamente de los límites institucionales de un partido, contribuyen a explicar su vida interna y su presentación pública. La sociología política francesa, a partir de los trabajos de Frédéric Sawicki (2011), acuñó la noción de entorno partidario. Esta hace referencia, precisamente, a “la porosidad de las fronteras entre los partidos políticos y su entorno social”. En virtud de este hecho, el autor sostiene, primero, que “existe así un continuo de relaciones entre dirigentes, militantes, adherentes, simpatizantes y electores”, es decir que las jerarquías partidarias deben ser analizadas sin desconocer que están hechas también de vínculos informales entre las personas aparentemente más cercanas y las aparentemente más alejadas del *core* organizacional; segundo, y en consecuencia, que “el partido descansa en redes relacionales que se entrecruzan, que son basadas en valores o intereses compartidos, y alimentadas mediante interacciones en diversos lugares de sociabilidad más o menos formales: asociaciones, sindicatos, cooperativas, mutuales, cafés...” (2011: 43). Este entorno partidario funciona, así, como una “cantera” para reclutar militantes y dirigentes, pero también como un espacio de construcción de complicidades culturales basadas en “valores o intereses compartidos” fundados en una sociabilidad común. En nuestro trabajo agregamos una dimensión más a la noción de entornos partidarios, la del modo en que esa complicidad cultural nutre al partido de elementos que conforman su *ethos* político, es decir, su repertorio dominante de prácticas, visiones del mundo y formas de dar cuenta de él en discursos y presentaciones públicas. Aquí hablaremos de mundos sociales de pertenencia y mostraremos cómo estos constituyen recursos para la acción política: proveen discursos y visiones del mundo; son también espacios de reclutamiento y en ellos se asienta parte de la conexión social de los partidos.

⁶ Cf. Al respecto Vommaro (2014); Fidanza y Vommaro (2014); Vommaro *et al.* (2015), así como el capítulo 6 de este volumen.

Formado a partir de la articulación de retazos partidarios, así como de la combinación de políticos de larga data con nuevos ingresantes a la actividad, el caso de PRO nos permite, además, indagar la importancia de estos mundos sociales de pertenencia en las diferentes generaciones o cohortes políticas que lo componen. Socializadas en diferentes momentos del campo político, ingresan a un mundo de prácticas en el que los saberes y destrezas valorados están conectados con un cierto estado del campo. Pensemos, por ejemplo, en la importancia de la destreza para aparecer en los medios –dar bien en cámara, poder hablar políticamente en los tiempos televisivos–. Asimismo, los recursos pueden ser validados de manera diferente en cada momento histórico: ser reconocido por el partido, tener un pasado militante, tener un saber técnico, ser popular por éxitos deportivos o en el mundo del espectáculo, en fin, cada uno de esos “activos” que un individuo político puede movilizar no será igualmente valorado en estadios diferentes de la vida política.⁷ Lo mismo sucede con las diferentes visiones del mundo: cada tiempo histórico construye su propio sentido común político, y este impacta de manera diferencial en actores que tienen ya una actividad política previa que en los nuevos ingresantes. Por último, los saberes y destrezas valorados en cada momento histórico, en las diferentes organizaciones y espacios geográficos, también se relacionan con los espacios en los que se despliega, de manera privilegiada, la política: los actores incorporan, en

⁷ Recientemente, en la sociología argentina se han producido nuevos aportes sobre el modo en que diferentes recursos, saberes y destrezas pueden ser reconocidos en la actividad política. Los trabajos sobre los diferentes ministerios (Gené, 2012; Heredia *et al.*, 2012; Perelmiter, 2012) muestran que las destrezas de los actores que son reclutados y que transitan con éxito las distintas carteras de gobierno son disímiles, tanto si pensamos en términos sincrónicos como diacrónicos. En el primer caso, estas investigaciones dan cuenta de que las destrezas que son valoradas –por los pares y por la organización– y permiten realizar recorridos más o menos exitosos en ellas varían del Ministerio de Economía –en el que el saber técnico tiende a primar– al del Interior –en el que un saber-hacer de los acuerdos y consensos políticos parece imponerse–, y que eso da cuenta de un tipo específico de organización en que tiene lugar dicha actividad, tanto como de la configuración política y moral que regula su desempeño. En el segundo caso, estos saberes y destrezas valorados en cada organización cambian también a lo largo del tiempo y dan cuenta de transformaciones de las conducciones –por ejemplo, en el Ministerio de Desarrollo Social se produjo un desplazamiento de economistas y sociólogos por parte de trabajadores sociales a partir del cambio de autoridades en 2003–, así como de otras más globales en el campo del poder que impactan directamente en los ministerios (el ascenso de los economistas como fenómeno global). La cuestión se complejiza aún más si pensamos que el campo político de países federales y de gran diversidad interna como la Argentina no es homogéneo y que en algunos distritos, como ha sido estudiado para el caso de Santiago del Estero (Ortiz de Rozas, 2013), es un saber de “resolución de problemas” el que prima por sobre destrezas valoradas en otros distritos del país.

relación con diferentes momentos históricos de ingreso al campo, una mayor cercanía con los sets televisivos, con las caminatas, con las mesas en las calles, con los actos masivos.

En las páginas que siguen procederemos de la siguiente manera. Primero, nos ocuparemos de definir el modo en que PRO se vincula con los mundos sociales de los negocios y del voluntariado profesionalizado y en qué sentido eso influye en las prácticas y discursos partidarios, así como en el vínculo de los cuadros y militantes del partido con la actividad política. Segundo, trabajaremos sobre cómo esos mundos sociales tienen diferente peso en las cohortes que conforman las élites del partido, nos ocuparemos de caracterizar a estas cohortes en relación con sus experiencias políticas, laborales y educativas, y haremos algunos comentarios acerca de su participación diferencial en la conformación y la mantención de la intensidad de la vida interna de PRO. Por último, desarrollaremos las conclusiones de este texto a partir de la pregunta acerca de las posibles implicancias de nuestro trabajo para una sociología política de los partidos en la Argentina.

Los mundos sociales de pertenencia y sus *ethos* políticos

¿De qué hablamos cuando hablamos de mundos sociales de pertenencia? Digamos, en primer lugar, que no hacemos referencia, al menos directamente, a una pertenencia de clase, en el sentido clásico del término. Los trabajos de sociología, una de cuyas referencias son las investigaciones de Pierre Bourdieu (1972; 1980), han mostrado que ciertas condiciones de vida comunes generan esquemas de percepción y acción comunes en los individuos que las comparten, y que estos esquemas, los *habitus*, tienden a funcionar en la práctica como un ajuste de las expectativas a las posibilidades objetivas de los individuos en el mundo social. Esto supone, además, que el *habitus* expresa esa posición social, lo hace cuerpo y espíritu, formas de actuar, de hablar, gustos. Los políticos son también, desde luego, actores sociales, inscriptos en el mundo social por tanto, y su *habitus* puede ser remitido a una posición en ese mundo. Sin embargo, y más allá de las críticas que esta concepción demasiado determinista de la vida social ha tenido,⁸ la sociología política ha mostrado que la autonomía relativa del campo político no permite deducir un *habitus* político de un *habitus* social. Y esto, entre otras cosas, porque el ingreso al mundo político supone la entrada a otro campo de lucha en el que las posiciones de los actores no se desprenden directamente de las posiciones en el campo social. Digamos, por ejemplo, que en el campo político,

⁸ Citemos, por ejemplo, los aportes de Bernard Lahire (2004).

buena parte de la distribución de las posiciones dominantes se realiza en virtud del combate electoral, o al menos se termina de hacer efectiva en este combate, y que aquí, al menos en los sistemas políticos basados en la elección popular, la posición social no garantiza el éxito, y esto por varias razones, pero mencionemos solo que el voto no siempre corresponde, directamente, a lógicas sociales (Offerlé, 1999). La cuestión se complejiza aún más cuando pensamos en la cuestión de las profesiones. Hay profesiones que dominan la actividad política, que funcionan como puertas de ingreso a ella. Como señaló Max Weber, el derecho se convirtió en la profesión dominante desde fines del siglo XIX y durante buena parte del siglo XX. Luego, progresivamente, se produjo el “ascenso de los economistas” (Markoff y Montecinos, 1994; Dezalay y Garth, 2002). En el caso de PRO, según la encuesta que realizamos a sus cuadros, el porcentaje de abogados constituye la categoría modal (27%), aunque los egresados de carreras sociales (19%) y de economía y gestión (15%) tienen también un lugar importante en las capas superiores del partido. La suma de estas proporciones da cuenta, no obstante, de una cierta dispersión de las profesiones de los cuadros de PRO.⁹

Tampoco, entonces, al hablar de mundos sociales de pertenencia, queremos aludir a la formación profesional de los cuadros y los militantes del partido como efecto del pasado sobre el presente. En cambio, nos interesará el medio social profesional en cuanto red de sociabilidad actualizada en el presente: participación en asociaciones profesionales, en redes de contactos vinculadas con un medio de negocios o con un ámbito de trabajo. Nos interesa un abogado inserto en el mundo de las asociaciones del derecho, como muestra el capítulo 5 de este volumen respecto de los antiguos dirigentes de la UPAU que ingresaron a PRO en sus años formativos. Sin duda, tener una participación en el Colegio Público de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires es un recurso para hacer valer en el partido como lo hacen, en especial, algunos miembros de la facción radical y de la facción de derecha.¹⁰ Pero esto no es en cuanto abogados, sino en virtud de su inmersión en la sociabilidad de ciertos espacios comerciales y profesionales vinculados con el derecho –estudios, organizaciones académicas, etcétera–. En este sentido, no es

⁹ Deberíamos agregar otro factor que vuelve a complejizar la importancia heurística que pueden tener los orígenes profesionales para comprender el tipo de reclutamiento de un partido: el hecho de que la significación social, así como la función específica de las profesiones, cambie a lo largo del tiempo. Como señala Michel Offerlé (1999), no se puede así homologar sin más un abogado de fines del siglo XIX a uno de fines del siglo XX. Recientemente, Codato *et al.* (2014) realizaron un interesante aporte para tomar en cuenta, en el análisis empírico, esta variación histórica.

¹⁰ Describimos las diferentes facciones de PRO en el capítulo 1, así como en Morresi y Vommaro (2014) y Vommaro y Morresi (2014). Más adelante, haremos algunas anotaciones sobre el punto.

en el mundo del derecho que estos cuadros de PRO se insertan, sino en ciertas redes jurídicas que les proveen contactos, credenciales y formatos discursivos.¹¹

Si los mundos sociales de pertenencia se relacionan con el *background* social, tanto con la posición de clase como con los mundos profesionales, es en virtud de su realidad *actual*. En este sentido, estudiar la conexión de una organización con diversos mundos sociales permite repertoriar esquemas interpretativos y visiones del mundo dominantes, así como su complicidad con ciertas porciones del mundo social. Al mismo tiempo, estos mundos sociales refieren a una dimensión más específica: a nivel individual, a las posiciones ocupadas por los actores como recursos. Por hablar como Boltanski, a la multiposicionalidad. Los sectores dominantes ocupan más posiciones. A nivel agregado, las redes de relaciones son también recursos organizacionales. Proveen actores, pero también gramáticas sociales, juegos de lenguaje, tipos de sociabilidad y de ritualidades que conectan con valores y formas de ser de diferentes grupos.

Frédéric Sawicki (1997) ha llamado la atención sobre la importancia de estudiar, en tiempos de debilitamiento de las estructuras organizativas de los partidos, y de fuerte interpenetración entre las fuerzas políticas y el Estado (lo que Richard Katz y Peter Mair llaman el “partido cartel”), lo que define como “entorno partidario”, es decir, el medio social en el que está implantado un partido. Estos entornos, que llamamos aquí mundos sociales de pertenencia, proveen también recursos que puede movilizar una organización política. Se trata de recursos simbólicos (imágenes, estéticas) y morales (valores, imaginarios) que crean complicidades –marcos interpretativos comunes– con militantes y electores; al mismo tiempo, proveen ciertos repertorios de acción, formatos de escenas y roles para ser performados –el *team leader*, el empresario exitoso, el voluntario desinteresado–, inteligibles en relación con esos mundos sociales, pero que luego se transforman en modos de acción pública comunicables y comunicados a una audiencia más vasta.

En el caso de los militantes y dirigentes del partido, las visiones del mundo y los repertorios de acción forman parte de un *ethos* político que caracteriza al partido, o al menos a los actores que forman parte del núcleo –el *core*– partidario. Este *ethos* permite así comprender esa complicidad no siempre explicitada, pero explicitable, que une a los cuadros y militantes partidarios y que los hace sentirse, cuando participan de actividades de la organización, como en casa. Desde luego que en toda fuerza política que trasciende la lógica homogénea

¹¹ Para un análisis del modo en que las redes jurídicas conforman ciertos lenguajes y espacios de sociabilidad comunes, remitimos a los trabajos de Virginia Vecchioli (2012) sobre los abogados de derechos humanos y a la investigación de Sebastián Pereyra (2013) sobre los expertos en lucha contra la corrupción.

de la secta política o del grupo doctrinario, como es el caso de PRO, este *ethos* convive con otros, movilizados por dirigentes y militantes partidarios que, por su inserción en otros mundos sociales, o por su trayectoria política anterior, están desplazados, por así decirlo, respecto del núcleo partidario. En el siguiente punto veremos que, en buena parte, la posesión de este *ethos* está relacionada con la pertenencia generacional de los cuadros del partido. La relación entre una organización partidaria y los diferentes *ethos* que movilizan sus miembros puede ser pensada, en términos espaciales, del mismo modo que Bourdieu analizaba la relación entre las personas más cercanas o más alejadas de las posiciones dominantes en un determinado campo social. Para Bourdieu, son los actores mejor “adaptados” a los modos de visión y división del mundo dominantes en un espacio social quienes tienden a tener mayor interés en la reproducción del estado de cosas que rige en ese espacio.¹² En nuestra concepción, este ajuste al modo en que el partido organiza sus modos de acción y al modo en que promueve ciertos valores o repertorios de acción no debe ser pensado como *illusio*, como lo hacía Bourdieu, es decir como un ajuste inconsciente, sino que forma parte de los vínculos reflexivos –al menos en potencia, es decir, si es requerido por la interacción– que los militantes y dirigentes mantienen con la organización. En definitiva, este “sentirse cómodo” que muchos de los entrevistados manifestaron en nuestras conversaciones expresa un ajuste no siempre verbalizado, muchas veces corporal antes que discursivo, pero que, como comprobamos, puede ser puesto en palabras ante un requerimiento del interlocutor.

Emprendedores y voluntarios: el *ethos* político de PRO

Lejos de la idea de un mero “producto publicitario”, entonces, proponemos entender los repertorios de acción y de discurso, así como los formatos de las ceremonias y rituales internos y preparados para ser publicitados, en relación con los mundos sociales de pertenencia en los que PRO se inserta. Este partido se construye como grupo político enraizado en el mundo empresario, por un lado, y en el mundo del voluntariado, por el otro. De allí toma los formatos de rituales partidarios (los actos tienen mucho de la fiesta de fin de año de una gran corporación en la que el *team manager* les habla a sus empleados sobre los éxitos cosechados y los objetivos a alcanzar), valores morales (la entrega de sí en actividades voluntarias; la importancia del éxito emprendedor), modos de ver el mundo

¹² Cf. por ejemplo, el capítulo 5 de *Razones prácticas* (Bourdieu, 1997): “¿Es posible un acto desinteresado?”.

(la positividad, el cuidado de sí, que lo ha vinculado, por ejemplo, con las llamadas nuevas espiritualidades). En este sentido, el disfrute en el *hacer*, “Haciendo Buenos Aires”, es una forma de emprendedorismo que gobierna buena parte de la estética y la moral partidaria. Ese *hacer* es, al mismo tiempo, festivo: el uso de globos, de banderines de colores, de coreografías festivas (el *flashmob*), de cotillón de casamiento o de pelucas y disfraces se liga precisamente a esta celebración de la vida plácida en una ciudad estetizada, sin violencia ni conflicto.¹³ De ese modo, el PRO sortea, desde hace tiempo, definiciones ideológicas tajantes como las que tenían los partidos de derecha tradicionales. Más allá de la izquierda y la derecha, busca posicionarse como un partido que mira hacia adelante.

Al mismo tiempo, en relación con esta inserción en sus mundos sociales de pertenencia podemos pensar la relación que las diferentes facciones que componen el partido mantienen con este. Como se señala en el capítulo 1 de este volumen, que escribimos con Sergio Daniel Morresi, hemos identificado cinco facciones dentro de PRO: la de los dirigentes provenientes de la derecha tradicional, la peronista, la radical, la de los cuadros empresarios y la de los profesionales provenientes del mundo de los *think tanks* y las ONG. Estos grupos se organizan, en los tres primeros casos, por afinidades ideológicas y tradiciones partidarias comunes; en los dos últimos, por compartir ese *ethos*, relacionado con visiones comunes del mundo, de la actividad política y su propia posición dentro de esa actividad. Así, mientras las tres primeras tienden a actuar como facciones en el sentido clásico, es decir que construyen formas de coordinación para disputar el poder y lograr mejores posiciones dentro del partido, en el caso de las dos últimas, los altos grados de cohesión sociocultural no se traducen necesariamente en estrategias políticas comunes. Argumentamos aquí que son las facciones de los cuadros empresarios y de los profesionales y miembros del mundo de las ONG, así como la de los dirigentes de la derecha tradicional argentina —a excepción de aquellos que permanecieron en una posición que podríamos llamar más doctrinaria, que los mantiene en los márgenes del partido— quienes constituyen el *core* partidario en cuanto a su afinidad con ese *ethos* que acabamos de enunciar. Así, no es llamativo que sean los miembros de estas tres facciones quienes contribuyeron más activamente a la construcción del partido¹⁴ y quienes

¹³ La construcción de una gramática de la celebración, que escapa por otra parte a los conflictos de la polis, se vincula también con la tradición del discurso de gobierno municipalista en la CABA, que la concebía como un espacio no conflictivo y, al límite, no político. Cf. al respecto Landau (2015).

¹⁴ Todavía en 2012, entre las autoridades partidarias de PRO, la mayoría pertenecía a las dos facciones de recién llegados a la política, y quienes provenían de fuerzas políticas tradicionales formaban parte de la facción de derecha (Federico Pinedo, Juan Curutchet, Esteban Bullrich).

se encuentran más comprometidos con su vida interna, al menos en lo que a su afiliación al partido respecta: para tomar los comportamientos extremos, mientras que el 80% de los cuadros provenientes del mundo de las ONG están afiliados a PRO, en el caso de los radicales este porcentaje es del 14,3% (ver tabla 3.1).

Al mismo tiempo, las facciones de los profesionales que provienen del mundo de las ONG y los cuadros empresarios son quienes tienen familiaridad menos fuerte con la política (ver tabla 3.1), medida en relación tanto con la socialización política familiar –preguntamos si alguno de sus padres tenía o no alguna actividad política– como con la participación política previa al ingreso a PRO. Esta menor intensidad de la familiaridad con la política los acerca también al modo en que el partido construye su imagen pública como organización que favorece que actores exitosos del mundo privado y de la llamada sociedad civil se “metan” en política para volver la actividad más eficiente y más transparente. De alguna manera, definirse como políticos en relación con sus cualidades emprendedoras –del hacer gestor– o voluntarias –de solidaridad y entrega de sí hacia los otros sociales– les permite movilizar los recursos de los que son portadores y compensar su falta de experiencia política y de saber-hacer en este terreno con esas competencias y principios morales positivamente valorados por PRO.

Tabla 3.1. Las facciones de PRO y el *ethos* partidario (en porcentaje)

Facción	Derecha	Radicales	Peronistas	Empresarios	ONG
Total de la muestra	19,2	13,5	21,2	17,3	28,8
Afiliación a PRO	70,0	14,3	45,5	66,7	80,0
Practicante religioso	37,5	-	33,3	50,0	50,0
Familiaridad fuerte con la política*	50,0	57,1	63,6	33,3	6,7
Educación universitaria confesional	22,2	-	11,1	33,3	23,1
Educación secundaria confesional	55,6	-	30,0	66,7	-
Educación primaria confesional	66,7	16,7	11,1	50,0	16,7
Participa de actividades de voluntariado	50,0	57,1	81,8	66,7	73,3

* Definimos la familiaridad fuerte con la política como la cualidad de quienes tienen, a la vez, un contacto con la actividad a través de al menos alguno de sus padres y una experiencia de participación política anterior a PRO en cualquier tipo de partido o agrupación política.

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la encuesta realizada a cuadros de PRO (2011).

Para comprender esta relación entre PRO y sus mundos sociales de pertenencia, así como el modo en que estos últimos *hacen* a la vida partidaria y sus rituales, proponemos distinguir al menos cuatro dimensiones en las que operan estos mundos sociales de pertenencia: primero, en el reclutamiento de cuadros dirigentes y de militantes partidarios; segundo, en el establecimiento de los criterios de selección de candidatos; tercero, en la definición de los formatos de los rituales y ceremonias partidarias, tanto las internas como las públicas, en muchos casos hechas para ser mediatizadas; cuarto, en el establecimiento del vínculo con los electores a través de visiones del mundo que crean complejidades culturales. A continuación desarrollamos cada una de estas dimensiones.

El reclutamiento de cuadros dirigentes y de militantes partidarios

En la literatura sobre reclutamiento político en los sistemas democráticos se ha destacado el rol fundamental que cumplen los partidos al respecto (Best y Cotta, 2000; Gaxie, 1980; Siavelis y Morgenstern, 2008). Las dos instancias principales de ingreso a la política y de asignación de un rol político específico (legislativo, ejecutivo) a los ingresantes suponen complejas operaciones que tienen lugar en el interior de los partidos. Algunos de estos trabajos, en consonancia con el punto de vista que aquí desarrollamos, sostienen que en estas operaciones influyen, a la vez, factores institucionales (los marcos legales del sistema de partidos, del sistema electoral, etcétera), ideológicos y de afinidad sociocultural de la organización partidaria con cierto medio social y con cierto electorado (Siavelis y Morgenstern, 2008). Así, dentro de la vasta literatura sobre el tema, se ha destacado –desde los trabajos clásicos (Czudnowski, 1972; Eulau y Koff, 1962; Gaxie, 1980) hasta los más actuales (Siavelis y Morgenstern, 2008)– el peso de variables como los orígenes sociales del personal político, su socialización educativa y su pertenencia de género. Asimismo, el estudio de las carreras políticas y de las lógicas de reclutamiento de candidatos en la Argentina (Jones, 2004; Lodola, 2009) ha aportado una variación de escalas que incorpora la dimensión subnacional.

Al mismo tiempo, una vez que el partido se ha puesto en funcionamiento, la consolidación de facciones partidarias constituye un fuerte condicionamiento del reclutamiento político (Sartori, 1976; Morgenstern, 2001), fenómeno que ha sido identificado en casos como el argentino, en especial para el caso del peronismo (Levitsky, 2005). En efecto, estos grupos internos organizan y canalizan la llegada de nuevos miembros al partido, y la incorporación de dirigentes valorados positivamente por su implantación social y su capacidad de movilizar

personas y/o recursos, así como de *outsiders* reconocidos por su popularidad o por sus saberes técnicos, forma parte de las estrategias de construcción de poder tanto hacia dentro como hacia fuera de la organización. Pero no solo la lógica de las facciones impone sus condicionamientos al modo de reclutamiento y de pertenencia de los grupos dirigentes en el interior de un partido. También debe tomarse en cuenta el hecho de que los partidos son también instituciones, es decir, marcos reguladores de la acción de las personas que participan en ellas y que proveen ciertas reglas de acción y de pensamiento que funcionan como posibilitadoras tanto como constreñidoras de las acciones individuales y facciosas. La literatura anglosajona (March y Olsen, 1984) y, más recientemente, la francesa (Lagroye y Offerlé, 2010) han señalado, a través de diferentes investigaciones empíricas y consideraciones conceptuales, la importancia de las instituciones para comprender el comportamiento de los actores; los cuadros dirigentes, aun cuando tengan mayor poder que otros actores institucionales para influir sobre las definiciones de los marcos normativos y sobre las reglas, no son una excepción.

La construcción de este *ethos* partidario en relación con ciertos mundos sociales de pertenencia le permite a PRO definir los repertorios de participación legítimos, es decir que habilitan a construir con éxito una cierta “carrera” dentro del partido. En las entrevistas con dirigentes y militantes, y en las observaciones de actividades partidarias, surgieron dos palabras claves al respecto: voluntariado y emprendedorismo.

La experiencia en el mundo del voluntariado católico o en ONG profesionalizadas está en la base de buena parte de las motivaciones para participar en PRO de dirigentes y militantes sin participación partidaria previa. De hecho, en las entrevistas, estos actores perciben su paso por el mundo asociativo como un antecedente de su inserción militante. Si la competencia solidaria, el ayudar al otro, es un aprendizaje social, este forma parte de la experiencia de quienes estudiaron en colegios católicos y participaron en misiones, por ejemplo, es decir, en actividades solidarias organizadas por instituciones católicas, en general en barrios populares de los suburbios de Buenos Aires o en zonas rurales del noreste y noroeste del país. En la encuesta que realizamos a los cuadros de PRO, vimos que, aunque en su mayoría (70%) cursaron estudios en universidades públicas, en especial en la Universidad de Buenos Aires, en tanto el 20% lo hizo en universidades privadas confesionales y solo el 10% en universidades privadas no confesionales, en la experiencia educativa primaria (50%) y secundaria (44,7%), el peso de la educación privada es mayor, en especial en el

caso de los establecimientos confesionales (31,8% y 29,8% respectivamente), lo que permite establecer la relación de los cuadros partidarios con el universo cultural de la formación católica. El peso de la educación en establecimientos privados y confesionales es mayor en las tres facciones que identificamos como más claramente afines al *ethos* político de PRO del mismo modo que la autodefinición en términos de religiosos practicantes. Por último, son también estas dos facciones, junto con la de los peronistas, aquellas cuyos miembros declaran en mayor proporción haber realizado actividades de voluntariado recientemente (ver tabla 3.1).

La centralidad del voluntariado como valor partidario puede verse también en el tipo de carreras militantes que el partido favorece, en especial entre sus nuevos ingresantes. La rama juvenil del partido, los Jóvenes PRO –analizada en detalle en el capítulo 6 de este volumen–, tiene entre sus principales actividades la realización de jornadas solidarias los días sábados para permitir que quienes trabajan y estudian en la semana puedan participar (Fidanza y Vommaro, 2014). En el encuentro nacional de Jóvenes PRO de 2009, por ejemplo, solo dos paneles acompañaron los discursos de los líderes partidarios y uno de ellos presentó las acciones solidarias de la rama juvenil durante ese año. Aunque no contamos con datos estadísticos que apoyen nuestra afirmación, las entrevistas realizadas a jóvenes militantes a lo largo de nuestra investigación dan cuenta de la importancia de las universidades privadas, y en especial de las confesionales de sectores medios altos, como la Universidad Católica Argentina (UCA), como espacios de reclutamiento partidario. En la UCA, la actividad solidaria forma parte de la sociabilidad de los estudiantes, como en las escuelas secundarias confesionales. Así, podemos decir que las actividades solidarias que organiza la juventud de PRO se encuentran adaptadas a la experiencia de esos jóvenes, se conectan con esas competencias misioneras y llaman a esa vocación de realización en la ayuda a los otros sociales. La ONG que la activista social Margarita Barrientos tiene desde mediados de los años noventa en el barrio Los Piletones, en Villa Soldati, es un lugar privilegiado para llevar a cabo este don de sí. Precisamente, Barrientos concibe su actividad social en consonancia con los valores de la filantropía (Vommaro *et al.*, 2015), y así, con base en donaciones, organiza el comedor comunitario y una serie de prestaciones sociales –atención médica y odontológica, guardería infantil, biblioteca– que conformaron su Fundación, construida siguiendo principios de acción del voluntariado y el mundo caritativo, distantes de los modos de movilización de una buena parte

de los movimientos sociales barriales en la Argentina, que centran una porción de sus energías en las demandas al Estado (Svampa y Pereyra, 2003).¹⁵

Más allá del Día del Niño, cuando suelen llevar regalos, también realizan actividades recreativas en otros momentos del año. Como sostuvo un dirigente de la rama juvenil, a partir de 2011 electo legislador porteño (egresado de la carrera de Derecho de la UCA): “Vamos para pasar el día con ellos, no solo para llevarles algo, sino también para compartir”.

Para comprender cómo se conciben estas jornadas solidarias al estilo de las misiones, se pueden ver las diferentes páginas de Facebook de las secciones locales de Jóvenes PRO.

Los Jóvenes PRO de Quilmes realizaron una jornada solidaria en el día de la Navidad. Llevaron a Papá Noel, que asistió acompañado de muchos regalos para repartir entre los niños que festejaban las fiestas en la parroquia. Se conversó con el párroco sobre las necesidades del hogar, y se asumió el compromiso de seguir trabajando juntos por las necesidades del barrio Los Eucaliptos, barrio en el que se sitúa la parroquia.

También los cuadros de mayor edad del partido saludan estas actividades, como el presidente del PRO Misiones, Jorge Ratier, quien definió tras una jornada solidaria en un geriátrico:

El modelo de país que alentamos considera fundamental que la juventud participe, se instruya y goce de buena salud. En este sentido, la práctica de deportes y las acciones solidarias, son aspectos centrales en la formación de los jóvenes (<http://misionesparatodos.com/la-juventud-del-pro-realizo-una-jornada-solidaria-para-un-albergue-de-ancianos/>, consultado el 9/4/2015).

El 4 de octubre, al celebrarse el Día del Voluntariado, los Jóvenes PRO de Hurlingham –provincia de Buenos Aires– escribieron en su Facebook:

Hoy es el Día del Voluntariado, el día de los que ayudan a una idea o una causa sin que nadie los obligue, sin esperar nada a cambio, sin condiciones. De alguna manera es el día de los que creen, los que tienen confianza, los que están dispuestos, los que tienen fe en los demás y sienten que tienen

¹⁵ Aunque su relación con el Estado de la ciudad es muy estrecha, tanto en términos políticos como de ayuda económica, y esto desde tiempos de Ibarra, en el enmarcamiento de sus actividades que realiza Margarita Barrientos se pone de relieve, en cambio, el trabajo voluntario y el rol de las donaciones privadas para garantizar el desarrollo de la *obra* y la puesta en marcha de nuevos *proyectos*.

un rol que desempeñar para cambiar el rumbo de las cosas. Hoy estuvimos con el PRO en más de 250 localidades. Eso fue posible porque miles de personas nos ayudaron voluntariamente a contar en las plazas y las calles nuestro sueño de algo mejor (nuestro sueño es su sueño). ¡Feliz día a cada uno de los voluntarios!

El voluntariado representa así una virtud moral para los jóvenes macristas. Señaliza el camino para la obtención de reconocimiento dentro de la agrupación. Una forma de *cursus honorum* de la militancia macrista.

El caso de Pedro Robledo, un joven que ganó notoriedad pública luego de ser agredido por su orientación sexual en una fiesta en San Isidro, permite ver cómo esta jerarquía se vuelve transparente de cara los nuevos ingresantes, al tiempo que son quienes tienen una socialización afín a ella quienes parecen más inclinados a sentirse interpelados favorablemente por ella. Robledo ya era militante de PRO antes de eso. Había llegado seducido por la imagen de hacedor de Macri y de su vicejefa de gobierno, María Eugenia Vidal, que pertenece a la facción de profesionales del mundo de las ONG y tiene formación católica. Trabajaba como empleado en el Ministerio de Desarrollo Urbano, a cargo de Francisco Cabrera, perteneciente a la facción de dirigentes de derecha. Llegó a él a través de una amiga de su hija: “en San Isidro nos conocemos todos”, nos dijo en una entrevista. Luego de la denuncia pública de la golpiza de la que fue víctima, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner invitó a Robledo a la Casa Rosada y le ofreció su apoyo. Pronto, Macri recibió al militante y le ofreció un nuevo cargo en el gobierno, vinculado, precisamente, con la promoción de la diversidad. Robledo creó el programa Chau Tabú, que trabaja en educación y en sensibilización de los derechos sexuales y reproductivos y se convirtió en su director. En poco tiempo, así, el joven tuvo una oficina en el edificio del Gobierno de la Ciudad, con empleados a su cargo. Es también coordinador del Área de Diversidad e Inclusión de la Fundación Pensar. ¿Cómo construir una carrera política a partir de este ascenso inesperado? Como relata en la entrevista que realizamos, Robledo supo enseguida que tenía que bajar al terreno para legitimar su nueva posición, en especial frente a la rama juvenil del partido, que lo miraba con recelo. Creó, entonces, una ONG, Pensar el Camino. Con los voluntarios que logró reclutar, realiza desde entonces trabajo social en diferentes barrios de la zona norte. De ese modo, apuntala, además, el trabajo político de los candidatos que PRO intenta construir en esos distritos.

En 2014, y en preparación de las elecciones de 2015, el partido inició una campaña de inscripción de voluntarios, a los que comenzó a encomendarles

tareas proselitistas bajo el lema “Voluntarios del cambio”: globos, banderines, sombrillas y mesas en las esquinas dan vida a esta donación de tiempo que los activistas, en su mayoría jóvenes, realizan al “meterse en política”.

El ingreso a PRO de militantes sociales pertenecientes a los sectores populares también tiende a seguir estos principios (Vommaro, 2014). Eso no quiere decir, desde luego, que el PRO no tenga cierta base en algunos barrios populares, asentamientos y villas de emergencia, resultado de relaciones más o menos clásicas de movilización y de intercambio en las que el activismo político se articula con el *trabajo social*, y en el que las políticas sociales de asistencia tienen un rol de importancia para obtener apoyos políticos. El vínculo con algunos grupos peronistas de raigambre conservadora popular de la zona sur, como señalamos, sumado a la relación con *referentes* populares disponibles para nuevas alianzas políticas luego de la crisis del ibarrismo, constituye una parte de los apoyos populares de PRO. Sin embargo, su *core* partidario está en otra parte así como el *ethos* que prefiere favorecer —e inculcar— en sus militantes.

En cuanto a la dimensión emprendedora, el *hacer* se encuentra en el corazón de los valores que PRO presenta como sus rasgos característicos, pero también de sus regulaciones morales internas. La ética gestonaria es un llamado a la acción y al compromiso político de cuadros que provienen del mundo de la empresa. En efecto, en el caso de los dirigentes provenientes del mundo empresario, el ingreso a PRO se da, en la mayor parte, a partir del ofrecimiento de un cargo ejecutivo, y la obtención de ese cargo está en el origen de su decisión de “meterse en política”. Muchas veces, el propio *team leader*, Mauricio Macri, es quien realiza ese ofrecimiento. En las entrevistas realizadas, la aceptación de la oferta de Macri era narrada como motivada por deseos de cambio personal y de “ayudar” socialmente —percepción compatible con la mirada católica de la “misión”—, pero sobre todo de colaboración con el líder, quien es el que conecta a las personas, arma los equipos y ordena las acciones de todos en pos del proyecto político de PRO, hasta ahora fuertemente ligado a su propia suerte como candidato.¹⁶

Esta ética gestonaria interpela exitosamente a jóvenes profesionales o futuros profesionales que ven en la actividad política, definida tal como lo

¹⁶ Veamos la definición que da Luc Boltanski de las personas que logran “grandeza” en la ciudad por proyectos: “el grande en la ciudad por proyectos es entonces también quien es capaz de comprometer a los otros, porque es en virtud de que inspira confianza que su *visión* produce entusiasmo. Tiene las cualidades para liderar un equipo que no dirige de manera autoritaria, como lo hace un jefe jerárquico, sino escuchando a los otros, con tolerancia y respetando las diferencias” (2006: 26).

hace PRO, un espacio de aprendizaje y de puesta en práctica de competencias adquiridas en el mundo de la empresa, o bien en formaciones universitarias destinadas a proveer de personal a ese mundo. Un joven dirigente universitario de PRO, estudiante de Derecho en la UBA y miembro de la facción de derecha, afirma haber sido interpelado por la lógica del hacer que el partido performaba públicamente:

... más que nada, la lógica de trabajo del hacer, el pragmatismo, eso es lo que más me llamó. Discutamos política, políticas públicas, lo que vos quieras, pero mientras hagamos, gestionemos. Tenemos ahora, más allá de la discusión, la plata de la gente, de los contribuyentes. Tenemos este presupuesto, este crédito fiscal. Emplémoslo bien. Usémoslo para facilitar de alguna manera la vida de la gente. Eso es lo que me llamó de entrada. Esto. Pum, entré.

En consonancia con este *ethos* emprendedor, en otro trabajo (Vommaro *et al.*, 2015) observamos que los miembros de Jóvenes PRO dedican mucha energía a su especialización como cuadros (cualidades relacionales como la oratoria, liderazgo, planificación estratégica) y a la producción de trabajos que puedan tener una intervención pública en los temas de la agenda política del día. Muchos trabajan a la vez como asesores de legisladores o en la Fundación Pensar —el *think tank* del partido—, donde aprenden a escribir con rapidez trabajos de perfil técnico para sentar posición en la coyuntura. Esta forma de participación no requiere presencia física, lo cual la vuelve compatible con la vida ocupada de los estudiantes universitarios o los nóveles profesionales. Recordó un dirigente de Jóvenes PRO sobre sus inicios en la agrupación:

Generaba ocho, diez papers distintos... En ese momento, el período que arranca en el 2003, éramos oposición. Entonces mi aporte consistía en llegar a mi casa a la noche, después de laburar, sentarme en la compu y generar algo. Porque lo presencial se me hacía más difícil.

La entrega física en las actividades de voluntariado despliega las cualidades morales de los nuevos militantes; la producción escrita, a distancia, revela su capacidad técnica.

El modo en que un dirigente de jóvenes PRO de la etapa fundadora, luego legislador por la ciudad (abogado por la Universidad del Salvador, diplomado en Contratos del Estado e Infraestructura Pública por la Universidad Austral y del Programa Estratégico de Marketing de la Business School del Instituto Argentino de la Empresa), ingresó a Jóvenes PRO ilustra esta relación con el

mundo de la empresa. Según nuestros entrevistados, se convirtió en el método distintivo del reclutamiento: la entrevista de admisión. Como en una empresa o en una ONG, los referentes del espacio juvenil reciben en su página web, o en la cuenta de Facebook u otras redes sociales, los pedidos los jóvenes que quieren participar. En su gran mayoría estudian en la UCA o la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT), aunque también hay quienes llegan desde otras casas de estudio. Un gran porcentaje proviene de las carreras de Derecho, Ciencia Política o Relaciones Internacionales, y el resto de Economía y Administración. En la entrevista se les pregunta por sus habilidades, su experiencia laboral, sus estudios, sus motivaciones para ingresar al partido, su disponibilidad horaria: con base en sus respuestas, se les otorga una tarea. Con el tiempo, si el joven ha trabajado con constancia, se le dan nuevas responsabilidades. Con el *hacer*, la gestión, en el centro de la identidad partidaria, tal capacidad permite ascensos. El mismo dirigente a quien nos referimos recién definió el espacio como “un lugar de oportunidades” y “muy *meritocrático*”.

Los criterios de selección de candidatos

La valorización del emprendedorismo como cualidad social de una persona que, al *meterse en política*, la dotaría de recursos para actuar de acuerdo con los principios que guían la acción de PRO (virtudes sociales y morales traducibles en virtud política) puede verse en el tipo de reclutamiento que el partido realiza, con intensidad variable según la coyuntura y según las estrategias de alianza de cada elección, tanto para conformar sus listas en la ciudad de Buenos Aires como para avanzar en la difícil tarea de construir una implantación nacional sin correr el riesgo de ser absorbido por estructuras tradicionales, como las del peronismo o de los partidos conservadores provinciales. Veamos dos ejemplos de candidatos que Macri ha presentado públicamente a lo largo de 2014 para garantizar la presencia de PRO en todos los distritos de cara a las elecciones presidenciales de 2015. Sobre Facundo Garretón, fundador y titular de la firma Invertir Online, hijo del empresario Luis Garretón, titular de la Bolsa de Comercio tucumana, afirmó:

Garretón es uno de esos tucumanos emprendedores, que a los 18 años empezó con un amigo a poner la primer proveedora de Internet, y de ahí llegó a estar en el foro económico mundial, donde fue elegido entre los 150 jóvenes líderes comprometidos a mejorar las condiciones del mundo [...]. No improvisamos ni ponemos a nuestros amigos que invitamos a

comer asados. En los cargos públicos tiene que haber gente capacitada para resolver los problemas de la gente.¹⁷

De Jorge Gronda, médico “de sensibilidad social”, como se presentaba entonces en los medios locales, decía Macri: “está ayudando a construir la propuesta del PRO para los jujeños, él tiene un espíritu emprendedor y se tiene fe y va a transformar a Jujuy en un protagonista de esta Argentina”.¹⁸ El emprendedorismo también es una forma de entrega de sí, del tiempo y del esfuerzo, para ayudar a los otros, tanto en actividades de voluntariado en barrios populares –bajo esta forma, como vimos, PRO concibe el trabajo territorial y la organización de sus energías militantes– como en el mismo servicio público que significa, desde la visión de los cuadros de PRO, el hecho de abandonar el mundo privado para “meterse en política”. La idea de resignar ingresos para hacer algo por los demás está muy presente en las entrevistas que realizamos con los legisladores y funcionarios de la ciudad de Buenos Aires. Este enmarcamiento de las actividades en términos de don de sí, así como el fomento de un *ethos* del emprendedorismo social, vinculado al voluntariado, son compatibles, como señalamos, con los orígenes católicos de buena parte de los jóvenes que ingresan al partido, así como con la experiencia de ayuda social que realizan colegios secundarios de clases medias-altas.

La condición de emprendedores exitosos de buena parte de estos candidatos que PRO incorpora en sus listas, muchas veces en los primeros lugares, se vincula también con el hecho de que su relación con la política es, siempre, transitoria. Como veremos más adelante, se trata de un *proyecto* cuyo horizonte es culminar en el mediano plazo para continuar una vida emprendedora más allá de la política. Está en el *ethos* del individuo emprendedor. El compromiso es posible, precisamente, porque PRO ofrece un espacio de desarrollo personal a la vez que de despliegue de las cualidades de ayuda al otro a las que recién aludimos, que realzan moralmente a la persona que las despliega como alguien solidario, caritativo, que piensa en el prójimo. Desde luego, como veremos también, existen las conversiones políticas, es decir, los nuevos cuadros que, una vez ingresados a PRO, experimentan un cambio en su proyecto de vida y sienten el llamado político como una actividad permanente. También, desde luego, el reclutamiento de estos nuevos políticos no invalida el hecho de que, junto con ellos, PRO está hecho, como hemos mostrado en otra parte (Vommaro y Morresi, 2014), de políticos de larga data tanto como de recién

¹⁷ Programa radial *Los primeros*, 15/8/2014.

¹⁸ “El PRO apuesta al ‘cambio’ político”, *El Tribuno*, 24/8/2014.

llegados. Pero lo que tratamos de mostrar en este trabajo es que, precisamente, son estos recién llegados los que portan el signo distintivo del partido que se propuso renovar el centro-derecha.

Los formatos de los rituales y ceremonias partidarias, tanto las internas como las públicas, en muchos casos hechas para ser mediatizadas

Los actos y reuniones políticas son momentos de construcción de un grupo, de definición de sus contornos en el espacio público y de objetivación de su peso, basado en la cantidad de personas movilizadas (Offerlé, 2005). También son una ocasión para definir el modo en que el grupo desea definirse hacia adentro, así como en el que pretende ser visto y percibido por el público, y en especial, en nuestro tiempo, por los profesionales del comentario político y los medios de comunicación (Champagne, 1984). Durante las campañas electorales, cuando crece la frecuencia de los rituales de encuentro de la militancia de PRO con sus dirigentes, así como la intensidad emotiva que vincula a ambos grupos, los eventos dan cuenta de esta inserción de PRO en mundos sociales, *a priori*, ajenos al campo político y anclados en cambio en los mundos de pertenencia de los que PRO participa.

Así, por ejemplo, el 24 de octubre de 2013, en el cierre de campaña de las elecciones legislativas nacionales y locales, el partido organizó un acto muy breve e informal en el Puente Pacífico, en el barrio de Palermo. Las demás listas políticas de peso habían elegido escenarios más tradicionales de la política, así como formatos rituales propios de ese mundo: UNEN, la alianza que entonces unía a radicales, socialistas y otras fuerzas de centro y centro-izquierda, cerró su campaña en el Palacio San Miguel, en un acto en el que los candidatos fueron presentados por una locutora; el Frente para la Victoria, en tanto, lo hizo en la Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo con discursos pronunciados desde un atril. En la esquina de la Avenida Santa Fe y la Avenida Intendente Bullrich no hay marcas políticas, no hay memoria histórica de otras movilizaciones. Se trata, en cambio, de una esquina visible de la ciudad, ubicada en un barrio de clases medias-altas, pero al mismo tiempo de gran circulación por ser nudo de transportes de todo tipo. Además, la zona está asociada con dos políticas que PRO ha publicitado como marcas de su gestión: una de las cabeceras del Metrobús que une Puente Pacífico con Liniers y una estación de alquiler de bicicletas del sistema de *bicing* público retomado por Macri de la gestión anterior, y ciertamente potenciado hasta volverlo una bandera. Allí, los

discursos son breves (los candidatos evitan hablar más de diez minutos), el carácter festivo todo lo domina, en consonancia con los eventos que el PRO había realizado a lo largo de toda la campaña. Hay un espacio vallado con algunas sillas de plástico negras ubicadas entre una estación saludable y el ciclerero (que forma parte del Plan de Movilidad Sustentable), los cuales se entremezclan con los globos y carteles multicolores con la leyenda “Juntos se puede”. A los costados del espacio vallado se encuentran los parlantes, que amplifican una progresión de temas de rock y pop nacional que formaron parte del cancionero de la campaña de PRO aquel año, entre ellos *Ciudad mágica*, del grupo Tan Biónica. Cerca del vallado se ubicaron periodistas, fotógrafos y camarógrafos: el acto está hecho, ante todo, para ser difundido por los medios. Militantes reparten boletas entre los presentes y entre los transeúntes. A veces se refugian en una sombrilla multicolor con la consigna “La Ciudad nos une”, de la campaña de 2011. Algunos de ellos llevan los volantes y boletas en bolsas ecológicas del programa BA Verde. Después de los discursos, los militantes sueltan globos en una acción que se replica en otras –más pequeñas– realizadas en mesas de campaña ubicadas a lo largo de la avenida Santa Fe. Con el cancionero otra vez en los parlantes, los militantes comienzan a bailar. Michetti canta al micrófono. También cantan otros dirigentes de PRO. Santilli grita “¡Gracias totales!”, emulando la frase de Gustavo Cerati. Luego vuelve a sonar *Ciudad mágica*. Por fin, dirigentes y candidatos parten –sin Macri– en dos autos antiguos y un bus *double-decker* estilo inglés a recorrer otros sectores de la ciudad, especialmente el barrio de Caballito, uno de los de tradición radical conquistados por PRO a partir de 2007 (Observación de campo, 24/10/2013).

El vínculo con los electores a través de visiones del mundo que crean complicidades culturales

El vínculo con los electores a través de visiones del mundo no debe entenderse como un vínculo *programático*.¹⁹ Es decir que los valores que PRO toma del

¹⁹ La ciencia política ha intentado distinguir claramente entre bienes programáticos y bienes no programáticos para clasificar las relaciones de los ciudadanos-electores con los partidos. Sin embargo, estas distinciones, que sirven para dar cuenta de relaciones políticas desviadas, como las clientelares, no permiten dar cuenta de la hibridez de las relaciones políticas: en el caso de los militantes de PRO, por ejemplo, su relación con el partido está muchas veces atravesada por la circulación de bienes de origen público (empleos temporales o permanentes, becas, programas sociales). Sin embargo, reducir estas relaciones al interés en los objetos intercambiados sin tomar en cuenta los modos que toman las relaciones, la producción de moralidades y sentimientos que

mundo de la empresa y del mundo del voluntariado, y que forman ese *ethos* emprendedor al que nos referimos en este capítulo, no forman siempre un *programa* político, en el sentido de un conjunto articulado de principios que se ordenan lógicamente y secuencialmente. En cambio, permiten crear cierto tipo de *complicidades* que podríamos llamar culturales, o de sensibilidad, analizadas por Pierre Bourdieu en su trabajo sobre la construcción de los criterios sociales del gusto, y que no necesariamente deben expresarse en un lenguaje político, ni siquiera en un lenguaje oral.

Por un lado, su eficacia reside precisamente en su conexión, diríamos, inmediata con la experiencia social de los electores, de modo que el no pasar por el tamiz del lenguaje político es, en cierta forma, parte de su potencia. Se relaciona también con actitudes corporales (una *hexis*, en términos de Bourdieu), con preparación de decorados (en términos de Goffman), con modos de vestirse o de *performar* un mundo cultural común o un mundo cultural al que se aspira, más que con un discurso.

Por otro lado, su fortaleza radica precisamente en la capacidad de movilizar valores no estrictamente políticos o, al menos hasta que PRO ingresó en el espacio político argentino, no movilizados como tales por los actores establecidos, que conectan con experiencias sociales de grupos que, en cierta medida, no ven en la actividad política un espacio de realización personal. No nos referimos aquí a las élites económicas, habituadas a la vida público-política y al cabildeo, sino a las clases medias latas insertas en el mundo económico cuya conexión con lo público se da, mayormente, a través de “acciones solidarias” que no son vistas por ellos mismos como prácticas políticas. Al hablarles un lenguaje de gestión y de éxito, por ejemplo, o de entrega de sí y desinterés del voluntariado, el PRO construye puentes con una experiencia social o cultural que atrae militantes –para quienes el llamado a “meterse en política” resulta exitoso.

Mediante esa movilización de visiones del mundo construidas con base en principios “exteriores” a la política, PRO construye también puentes para acercarse a diferentes electorados con los que el partido mantiene una relación privilegiada y que constituyen, como señala E. Gibson en su estudio sobre la UCeDe (1990; 1996a), sus “votantes fundamentales”. Aquí el tipo de ceremonias públicas del partido analizadas en el punto anterior también se vuelve, en cierta forma, parte del *programa*. Las mesas instaladas en esquinas de los barrios

tienen lugar en ellas, las visiones del mundo compartidas que hacen posible que ese intercambio se mantenga en el tiempo y produzca lealtades, sería perder de vista lo central del compromiso militante. Para una crítica de la distinción entre bienes programáticos y bienes clientelistas, cf. Vommaro y Quirós (2011) y Combes y Vommaro (2012).

son, sin duda, un típico recurso de la política a nivel municipal. Constituyen un modo de acercarse a los vecinos que no necesariamente están interesados en la vida política o no lo están de modo permanente. Como vimos en el punto anterior, así como en la narración que inaugura este texto, en el caso de PRO, las mesas en la vía pública están teñidas del espíritu político partidario: banderines multicolores y sombrillas llamativas forman parte del cuidado extremo de la imagen partidaria, pero también de un modo de acercamiento a los ciudadanos, lo mismo que la distribución de globos que busca hacerlos parte de la fiesta. Tutucas en lugar de volantes constituye, en cierta medida, un lenguaje político que busca complicidad con un electorado que se siente lejos de la “politización” que realizan, por ejemplo, el peronismo kirchnerista o los partidos de izquierda.

Al mismo tiempo, la centralidad de la fiesta emprendedora como programa partidario también genera tensiones en el interior del partido. En nuestro trabajo de campo, asistimos a una reunión entre militantes juveniles e importantes dirigentes del partido en la que esta tensión entre definiciones ideológicas claras e ideología difusa y flexible se puso en evidencia, y dio cuenta de que produce, en algunos casos, ciertos desacuerdos.

Una reunión de jóvenes PRO en la que debían hablar el dirigente del partido creador de la rama juvenil y su principal referente, y el presidente del PRO a nivel nacional. Llegaron como una hora tarde, y la impaciencia era grande.

Hay jóvenes de entre 17 y 30 años, aproximadamente. En su mayoría de clase media alta, pero hay algunos jóvenes de sectores populares que luego no dejarán de hacer notar su diferencia social con la mayor parte de los presentes. En un partido de clases medias altas, ser del sur de la ciudad puede pasar por un principio de distinción que, a la vez, permita a los jóvenes de clases medias altas confirmar su pluralidad social (y su *entre soi* como una forma de aproximación social válida) y a los de sectores populares encontrar un lugar que no sea la pura caridad en la que parece confinarse a los pobres en la militancia PRO.

Los dos dirigentes hacen sus presentaciones, en no más de 20 minutos cada uno.

El referente de los jóvenes PRO es claro cuando habla, coloquial y seguro, tiene solo algunos años más que muchos de los presentes, pero parece mucho más grande. Habla de la ideología del partido. Ese es el tema: cómo encontrar cohesión en un partido tan heterogéneo como PRO.

Dice: “Somos el primer partido del siglo XXI. Todos los partidos en Argentina son del siglo XX. Izquierda-derecha, conservadurismo-liberalismo, son categorías del siglo XX. No permitamos que nos lleven al pasado. Somos el partido del siglo XXI. Cuando nos quieran hacer elegir entre esas categorías nos están proponiendo un tipo de elección que nosotros no queremos hacer”.

Alguien pregunta si al menos no podrían reivindicar el liberalismo del siglo XIX. Otro, qué debe decir cuando en su escuela secundaria tildan a Macri de “facho”. La respuesta es siempre la misma: “no son categorías que nos representen, nosotros no tenemos que entrar en ese juego. Somos el primer partido del siglo XXI” (Observación de campo, 31/7/2012).

Antes de esa reunión había circulado un documento partidario redactado por algunos de los principales dirigentes de PRO sobre la misma cuestión: ¿cuál es la ideología de PRO? El documento se llama *Nuestra idea* y está firmado por Gabriela Michetti, Federico Pinedo, Alejandro Rozitchner, Francisco Cabrera, Miguel Braun, Iván Petrella y Federico Suárez, “entre otros”. Se presenta del siguiente modo:

Este documento es la suma, síntesis o encastrado de varios otros documentos escritos con el objetivo de hacer claras y explícitas las ideas fundamentales del PRO. La idea no es formular un argumento electoral, sino esclarecer la visión del mundo que nos junta e impulsa (p. 1).

Se dice: “Queremos ser el partido político del siglo XXI”, y también que:

Nuestra identidad tiene tres dimensiones:

- la cercanía (la empatía, mirar la realidad desde el punto de vista del otro, determina desde dónde hacemos política),
- la positividad (el hacer transformador, el para qué hacemos política)
- el futuro (la dimensión temporal o la visión).

La visión del mundo de PRO, entonces, expresa eso que PRO prefiere no plasmar en una ideología y que conecta con su *ethos* partidario. Primero: la voluntad de poder como punto de partida. Así, se afirma: “Somos un grupo que tiene vocación de gobernar la Argentina y para lograrlo necesitamos hacer explícita nuestra propuesta política y su trasfondo, nuestra forma de ver las cosas” (p. 1). Segundo: del futuro como motor: “Nuestro desarrollo y nuestro trabajo pertenecen al siglo XXI. Elegimos hacer política en el siglo XXI. Todas las otras opciones políticas pertenecen al siglo XX. Su universo de ideas es de otra

época. Eligen vivir y hacer política en el siglo xx. Nuestras diferencias no son ideológicas, son cronológicas” (p. 1). Tercero: la cercanía como forma de verdad:

En el siglo xxi la política se hace dialogando, de una persona a otra, sin gritar, escuchando al otro. Hoy todos somos alguien, somos equivalentes. Estoy cerca tuyo, entiendo lo que te pasa, siento lo que sentís.

La cercanía la tenemos que producir en todos los terrenos, no solo en la relación con el otro. Es sobre todo cercanía a la verdad, tomado en el plano carnal de la autenticidad. Cercanía es mirar al mundo real y no situarse en la distancia de unas ideas dudosas.

Cuarto: la positividad:

La positividad define la forma en la que encaramos la vida. Nos despertamos a la mañana pensando en lo que vamos a hacer, no en lo que va a pasar. Sentimos atracción por el presente [...]. Algunos se despiertan con ganas de buscar culpables para sus males, otros se despiertan con ganas de buscarles soluciones.

Sería fácil contrastar este documento interno con los grandes programas partidarios elaborados por las fuerzas políticas a lo largo del siglo xx, tanto en la Argentina como en otras latitudes. Sin embargo, precisamente en virtud de la conexión de PRO con el mundo emprendedor, podemos entender el documento como una suerte de programa, que interpela una sensibilidad histórica forjada en la vida cotidiana y alimentada por buena parte de la literatura de autoayuda que ha proliferado en las últimas décadas, y que ha tenido gran impacto en la Argentina. Del mismo modo que los nuevos libros de *management* son, para Boltanski y Chiapello (2002), modos de producción de un nuevo tipo de principios de justicia asociados a la “ciudad por proyecto”, que forma individuos flexibles y adaptados a la nueva empresa capitalista, los libros de autoayuda proveen marcos interpretativos para la experiencia individual en el mundo de la empresa. Quisiéramos referirnos brevemente al libro *¿Quién se ha llevado mi queso?*,²⁰ traducido y editado en España y que fue, muy pronto, *best-seller* en la Argentina. El libro, que se propone orientar a las personas en tiempos de cambio,²¹ en una suerte de *coaching* de amplio espectro, construye un escenario en el que dos ratones, Kif y Kof, se encuentran sometidos a una situación límite cuando descubren que se

²⁰ Spencer Johnson, *¿Quién se ha llevado mi queso?*, Barcelona, Urano, 2000.

²¹ Los momentos de cambios son, como sostiene Boltanski, aquellos en los que “se rebela la grandeza de las personas” en la ciudad por proyectos que domina, como ideal, el nuevo espíritu del capitalismo (2006: 27).

acabó el queso en la quesería Q, en la que vivían. Entonces, deben decidir qué hacer. Repasemos la situación y sus posiciones:

Reaccionan ante lo que ocurre. Nosotros somos personitas, somos especiales. Tendríamos que ser capaces de dar con la solución. Además, merecemos mejor suerte que ellos. Esto no debería ocurrirnos, y si nos ocurre, al menos tendríamos que recibir una compensación.

—¿Por qué tendríamos que recibir una compensación? —quiso saber Kof.

—Porque tenemos derecho.

—¿Derecho a qué? —preguntó Kof.

—Tenemos derecho a nuestro queso.

—¿Por qué? —insistió Kof.

—Porque este problema no lo hemos causado nosotros —respondió Kif—. Alguien ha provocado esta situación y nosotros tenemos que sacar algún provecho de ella.

—Tal vez sería mejor no analizar tanto la situación. Lo que deberíamos hacer es ponernos en marcha de inmediato y buscar queso nuevo —sugirió Kof.

—Oh, no —repuso Kif—. Voy a llegar al fondo de todo esto.

Mientras Kif y Kof seguían discutiendo lo que debían hacer, Oli y Corri ya se habían puesto en marcha y habían recorrido muchos pasillos buscando queso en todas las centrales queseras que encontraban en su camino.

Kif quiere seguir los pasos de Oli y de Corri: dejar atrás la queja y *emprender*, ir hacia delante para conseguir más queso. Así parecen presentarse los dirigentes de PRO: despreocupados de las causas del pasado, van en busca de su objetivo hacia adelante. Mirar, entonces, hacia el futuro: “El futuro que queremos señalar tiene que ver con el presente positivo [...]. El futuro se simboliza en nuestros hijos”.

Así como antes aparecía la verdad, ahora lo hace la familia. El estado civil y paternidad y maternidad parecen ser valores fundamentales para los dirigentes de PRO. Eso puede verse con claridad en su presentación pública. En efecto, al observar sistemáticamente el modo en que se presentan en sus páginas y blogs los dirigentes de PRO, se advierte que todos comienzan por eso: estado civil y cantidad de hijos. Luego la profesión, la experiencia política, etcétera. En otros partidos esto no se da del mismo modo.

Al mismo tiempo, y en quinto lugar, el documento interno que venimos citando se refiere a un valor central de ese espíritu emprendedor: la positividad. Ya vimos que, como proponía Kif, los dirigentes de PRO sostienen una mirada

positiva y no reivindicativa. También, como Kif, proponen mirar hacia el futuro y no ser “cautivos de un tiempo ya vivido” (p. 3).

Mira, Kif, no entiendes lo que pasa. Yo tampoco quería verlo, pero ahora me doy cuenta de que ya no nos devolverán aquel queso. Ese queso pertenece al pasado y ha llegado la hora de encontrar uno nuevo.

No queremos sugerir que el PRO es un conjunto de ratones que buscan su nuevo queso, sino que existe una afinidad de sentido entre la ideología propuesta por PRO y la cosmología de la autoayuda del éxito individual, que es, a la vez, profundamente espiritual (defiende valores tradicionales como la familia) y radicalmente antiolecionista. Comprender esta afinidad nos permite, por un lado, encontrar la productividad del discurso de PRO y, por otro lado, no pensar este discurso como vacío, a diferencia de las verdaderas ideologías, sino como una forma del discurso ideológico particularmente adaptado a ciertos principios de relación con el mundo que han sido interiorizados por los lectores de estos materiales de autoayuda.²²

Estos diferentes componentes del *ethos* partidario le permiten a PRO, así, construir una ciudad emprendedora, no atravesada por los conflictos de la polis. Una ciudad por proyectos, como sostienen Boltanski y Chiapello (2002) acerca de los principios de justicia que definen la “grandeza” en el nuevo capitalismo. De hecho, para los autores, esta ciudad por proyectos está formada por organizaciones flexibles, organizadas por un *leader* a su *equipo* en función de las necesidades de la competencia y de la satisfacción de los clientes (en este caso, ciudadanos). En esta ciudad, además, la actividad es un valor supremo, como lo es para PRO la lógica del “hacer”: “Haciendo Buenos Aires”, dice uno de los slogans principales de la publicidad de gobierno. El *ethos* político de PRO se traslada a sus políticas públicas en la ciudad de Buenos Aires en una celebración de la vida plácida basada en el éxito del hacer. “Juntos podemos”, dice un slogan partidario. Al mismo tiempo, en el hacer partidario, así como en buena parte de las políticas públicas, lo público es una prolongación del mundo privado, formato compatible con un partido que quiere atraer a los grupos sociales menos politizados y que confía en los recién llegados a la política los resortes de su vida interna (como dijimos, son los cuadros que provienen del mundo de la empresa y de las ONG los que ocupan los principales puestos en el partido). Buena parte de las políticas públicas llevadas a cabo en la ciudad de Buenos Aires se vinculan con este enmarcamiento, en términos goffmanianos.

²² Remitimos al trabajo de Pablo Semán (2006) sobre la relación entre autoayuda y teología de la prosperidad.

La construcción de un sello asociado a la ecología (“Buenos Aires Verde”), al uso de transportes no contaminantes, al reciclaje de basura, las ferias de comidas orgánicas, construyen una estética del cuidado propia, al mismo tiempo, del electorado de clases medias y medias altas, que es el *core* electoral de PRO desde que el partido logró penetrar definitivamente en las comunas en las que hasta 2007 dominaba el voto de origen radical.²³ El no compromiso con el pasado, la reivindicación de un mundo sin conflictos, por otra parte, al contrastar con el enmarcamiento político de la discursividad kirchnerista, contribuyó a la conquista de un electorado mayoritariamente contrario a las opciones peronistas.

Las generaciones políticas y la fábrica partidaria

Un camino complementario para asir el modo en que los partidos se insertan en tramas sociohistóricas que los superan es el de la historicidad de su reclutamiento político. En el caso de PRO, por tratarse de un partido nuevo que, desde su origen, combinó políticos de larga data con nuevos ingresantes a la actividad, esta dimensión generacional se revela de importancia para comprender las particularidades de sus cuadros políticos. Argumentaremos aquí que en el reclutamiento de nuevos ingresantes a la actividad, en especial entre 2002 y 2007, provenientes del mundo de las ONG profesionalizadas y del mundo empresario, en especial el corporativo, PRO encontró los actores que serían portadores del *ethos* políticos construido en el partido. La variable generacional es entendida no en relación con el segmento etario que puede agrupar a las personas en virtud de su experiencia histórica, sino a la antigüedad en la actividad política. Así, las generaciones políticas pueden pensarse en relación con las condiciones de ingreso y de formación de los individuos en el seno de una institución o de una agrupación. Esta funciona, por un lado, como instancia de socialización (Cartier y Spire, 2011: 12), pero, por otro lado, es producida por los ingresantes en virtud del bagaje de experiencias y del tipo de recursos (educativos, económicos, de prestigio) que traen, y que fueron adquiridos en espacios sociales y culturales históricamente determinados.

²³ Como mostramos en el capítulo 1, al analizar el voto de PRO en la ciudad de Buenos Aires, se observa que, desde 2003, los porcentajes en las comunas del sur, las más populares, se mantienen más o menos estables, en tanto que en las comunas del norte y oeste de la ciudad, en las que habitan los sectores medios-altos y medios establecidos, es donde el macrismo más creció. Se trata precisamente del corazón del voto no peronista en la ciudad, identificado históricamente con el radicalismo.

La cuestión de las generaciones es un objeto clásico de la sociología y la ciencia política. Ya el trabajo clásico de Mannheim (1993) tuvo la virtud de distinguir el sentido usual del término generación de su significación sociológica fundamental. Para el autor, una generación en sentido estricto es aquella que tiene cierta unidad de sentido, es decir que no comparte solo una cierta “antigüedad” de vida, sino también cierta manera de vivir su tiempo. Para pensar en la conformación de una generación existen, en este sentido, las mismas dificultades que tuvo el marxismo clásico para concebir el pasaje de una “clase en sí” a una “clase para sí” (Mauger, 2009). Para aprehender estas diferencias, Mannheim estableció una serie de distinciones conceptuales en torno a la idea de generación: “la posición generacional (*Generationslagerung*) no puede equipararse con la ‘conexión generacional’ (*Generationszusammenhang*). La conexión generacional es más determinante que la mera posición generacional, de la misma forma que la mera situación de clase no puede equipararse a una clase que se autoconstituye” (1993: 221). Para asir el grado mayor de conexión generacional en torno a un actuar común, una unidad de valores y de prácticas, Mannheim habló de “unidad de generación”: “La unidad generacional es, por tanto, una adhesión mucho más concreta que la que establece la mera conexión generacional” (223). De este modo, pueden existir diversas unidades generacionales en una generación. Estas unidades generacionales pueden verse como actores colectivos; son las que, en general, protagonizan el conflicto entre los “jóvenes” y los “viejos” en una determinada organización. Los trabajos de Mannheim han abierto todo un campo de indagaciones, y diversas investigaciones, algunas ya clásicas, se ocuparon de estudiar la existencia de generaciones en relación con sus grados de cohesión, el peso de experiencias políticas comunes (Jennings, 2002; Tessler *et al.*, 2004), la existencia de valores políticos (Rintala, 1963; Jennings *et al.*, 2009) y características sociales, laborales o educativas compartidas (Mauger, 2009; Biland, 2011) respecto de otras generaciones y las diferencias y conflictos intergeneracionales (Eisenstadt, 1956; Gusfield, 1957).

En nuestro trabajo, construimos la variable generación en relación con el ingreso a la actividad política de modo que su delimitación no necesariamente coincide con las cohortes etarias. Sin embargo, el modo en que puede pensarse una generación política tiene algunos puntos en común con la cuestión de las generaciones en general (Cartier y Spire, 2011), y en especial con la dialéctica de las instituciones, es decir, con la relación entre lo que traen los individuos y ponen en juego al ingresar a ella, y lo que esta hace con sus miembros en el

proceso de socialización (Whittier, 1997). Una generación política, así, puede pensarse en relación con las siguientes dimensiones.

Primero, la antigüedad en la vida política: es quizá el sentido más evidente de la variable generacional. Si asumimos que los actores siguieron participando políticamente con más o menos continuidad desde su entrada en la actividad, puede pensarse que esta antigüedad se traduce en “experiencia política”, y que el tipo de experiencia política que se tiene condiciona la visión y el dominio del juego, así como el tipo de recursos que se movilizan para conquistar mejores posiciones. Hay aquí una dimensión organizacional, que tiene que ver con el modo en que las diferentes generaciones se incorporan en una institución pre-existente, que puede ser más o menos receptiva a los recién llegados (Whittier, 1997; Cartier y Spire, 2011). Así, esta dimensión se relaciona también con la lucha entre establecidos y recién llegados, para pensar en los términos de Norbert Elías. Sin embargo, en el caso de organizaciones nuevas como PRO, en las que las diferentes generaciones políticas pueden haber ingresado de manera más o menos simultánea, la relación entre ellas no tiene que ver con posiciones jerárquicas desiguales, sino con el establecimiento de una división del trabajo que se relaciona más bien con grados variables de implicación con el partido y con diferentes dominios de saberes prácticos vinculados a la actividad política.

Segundo, la socialización general: se relaciona con las trayectorias educativas, profesionales, laborales, etcétera, que pueden compartirse con una generación o con una “unidad generacional” en virtud de ciertos rasgos dominantes del sistema educativo (tipo de establecimientos dominantes, tipo de orientaciones de estudios dominantes, etcétera), del mercado de trabajo (tipos de contrato laboral dominantes, tasa de desempleo en el momento de ingreso al mercado, tipos de inserción laboral), etcétera, en un momento histórico determinado. Aquí la generación política se complementa con el concepto de generación en términos etarios, pero también puede estar fuertemente correlacionada con variables como clase social y género.

Tercero, la socialización político-institucional: se trata del bagaje institucional que se tiene. Se relaciona con los espacios de participación y pertenencia más allá del partido. Esta dimensión influye en el tipo de relación que se establece con la nueva institución de pertenencia. Así, en la Argentina, en cada período histórico han variado los espacios de participación política: de los sindicatos y centros de estudiantes a los partidos políticos, de estos a las ONG y las fundaciones, los modos de compromiso político han seguido un curso

relacionado, por un lado, con el ascenso y la crisis de los partidos políticos nacional-populares y de las organizaciones corporativas asociadas a la Argentina peronista y, por otro lado, con la aparición, en diferentes momentos históricos, de espacios de participación alternativos, como las agrupaciones estudiantiles, los movimientos sociales o las ONG.²⁴

Cuarto, la socialización política general: refiere a los acontecimientos que marcan una época y su efecto en el ingreso de las personas a la política. Esto influye en el modo en que se relacionan con la actividad en general y se trata de la dimensión más directamente relacionada con los valores que defiende cada generación, más allá de pertenencias a campos ideológicos que podemos definir en relación con los dos ejes que construyó Ostiguy (2009) para el caso argentino: la oposición entre izquierda y derecha y entre “lo alto” y “lo bajo” en política, clivaje asociado a la distinción peronismo-antiperonismo, aunque no superpuesto con esta. En efecto, sin tomar los “grandes acontecimientos” como coyunturas definitorias *per se* (Cartier y Spire, 2011), nos basamos en los estudios que mostraron que algunos procesos históricos producen efectos generacionales durables (Tessler *et al.*, 2004).

Para nuestro análisis descriptivo de la base de datos surgida de la encuesta a cuadros de PRO, operacionalizamos esta variable a partir del año en que cada entrevistado comenzó a realizar alguna actividad política.²⁵ Construimos generaciones políticas con el momento en que los cuadros estudiados ingresan a una actividad que los preexiste y a la que, por otra parte, se adaptan al tiempo que le imprimen sus modos de politización. En el cuestionario se preguntó por “lo que usted entiende por política” para indagar –justamente– sobre la realización de actividades no directamente relacionadas con la política partidaria, y a partir de allí se definió el año de ingreso. Luego, se construyeron cortes temporales definidos en relación con dos criterios: en primer lugar, que fueran suficientemente extensos temporalmente como para constituir momentos formativos en la socialización de las personas, tal como lo son las generaciones en sentido amplio; en segundo lugar, se buscó que estos cortes coincidieran con acontecimientos importantes de la vida política argentina que, a la manera

²⁴ De hecho, Jennings ha mostrado la importancia de un tipo de socialización protestataria estudiantil en Estados Unidos como variable explicativa de comportamientos políticos que atraviesan generaciones. Los individuos que pasaron por él comparten ciertos rasgos ideológicos, adquiridos en esa experiencia de juventud, que los distinguen de sus coetáneos (Jennings, 2002).

²⁵ Se trata de un indicador simple que da cuenta de una variable compleja. En el curso de nuestra investigación, esperamos poder construir un índice de generaciones políticas que dé cuenta de las dimensiones ya señaladas.

de las *critical junctures* (Key, 1955; Lipset y Rokkan, 1967; Collier y Collier, 1991), funcionaran como puntos de inflexión en la historia política y en las biografías individuales. Así, definimos cuatro generaciones políticas, socializadas en contextos diferentes: la primera, en los años de la “Argentina peronista” y del modelo de acumulación por sustitución de importaciones (hasta 1981); la segunda, que se inicia con la transición democrática, y coincide con la crisis del Estado de bienestar *à la* Argentina (1982-1989); la tercera, la de los años de las reformas del Estado y del consenso neoliberal (1990-2000); la cuarta, por fin, la que ingresa durante y después de la crisis económica, social y política que vivió el país en 2001-2002, y que se incorpora a la actividad con el debilitamiento de la hegemonía neoliberal (2001 hasta la actualidad).

Las cuatro generaciones políticas que conforman PRO son analizadas en virtud de cuatro dimensiones: su socialización educativa, su socialización política anterior a la entrada al partido, su relación con el partido y con la política desde el ingreso a este, y sus posiciones políticas.

En términos generales, la generación que mayor peso porcentual tiene entre los cuadros de PRO del universo encuestado es la que ingresó a la política en los años de la transición democrática (35%), seguida por los nuevos cuadros (23%) y por quienes ingresaron a la política en la década del noventa (21%); quienes ingresaron a la política antes de 1982 representan el 19%. Que la edad política —el momento de ingreso a la actividad— no coincide necesariamente con la edad biológica de los cuadros estudiados es claro. En efecto, quienes ingresaron a la política en los años noventa son, en promedio, los dirigentes de menor edad del PRO, seguidos por los recién llegados. Estos nuevos ingresantes al campo político son en su mayoría personas de mediana edad, es decir que, a pesar de ser jóvenes políticamente, ya tienen un cierto recorrido profesional. Muchos de ellos provienen de la actividad empresaria privada, puesto que se trata en algunos casos de cuadros empresarios que decidieron, a partir del llamado de Macri en el contexto de la crisis de 2001 y 2002, “entrar en política”. El hecho de que provengan del mundo gerencial parece también consistente con el menor peso relativo que tiene en esta generación el porcentaje de mujeres.²⁶ Así, si bien en términos generales, como la mayor parte de los partidos argentinos, y contra la imagen innovadora que el PRO ha construido de sí, la composición de género del partido favorece ampliamente

²⁶ Según el International Business Report de la consultora Grant Thornton, las mujeres ocupan el 18% de los puestos directivos de las empresas en la Argentina, apenas por debajo del promedio de la región (23%).

a los hombres; esto es más pronunciado en dos generaciones políticas: los más jóvenes y quienes ingresaron en los años de la transición. Estas son las generaciones más eminentemente masculinas.

Socialización general de las generaciones de PRO

En cuanto a la socialización educativa de cada generación, dentro del marco general de elevado nivel de diplomas, quienes ingresaron a la política en los últimos años son los que tienen en mayor proporción el nivel de posgrado completo (el 58% de los ingresados a partir de 2001, contra el 40% de los más antiguos en política, ingresados a la actividad antes de 1982). También en esta nueva generación, el peso del paso por universidades públicas es menor (42%) y se destaca el peso de la formación en universidades privadas confesionales (42%). Así, son los recién llegados a la política quienes tienen estrategias de acumulación-reproducción de recursos socioculturales más afines a las clases altas. Por otro lado, cabe resaltar que la opción por la educación privada –en especial en establecimientos confesionales como la Universidad Católica Argentina– se produce en un contexto de segmentación del sistema educativo argentino ligado a dinámicas más amplias de producción y reproducción de las desigualdades sociales y culturales (Tiramonti y Ziegler, 2008). Estas dinámicas crean un *entre soi* de las clases superiores que les hace percibir y experimentar la política “desde arriba” (Haegel, 2009; Sidicaro, 1993). La socialización en espacios confesionales propios de estos sectores sociales es así uno de los rasgos distintivos de estos cuadros de PRO, y este rasgo permite pensar, por un lado, la mirada de la política como una “misión” que tienen algunos cuadros entrevistados. Por otro lado, la relación con lo popular, y en especial con los grupos sociales que habitan en barrios populares, en términos de voluntariado y de actividades “solidarias” de donación: donación de tiempo, de bienes, etcétera.²⁷

En cuanto al tipo de diplomas, a nivel general sobresa la alta proporción de títulos en ciencias sociales y humanas (22%), superada solo por los estudios de derecho (31%) y por encima de los estudios de economía y finanzas (20%). En el caso de los nuevos ingresantes, en cambio, el predominio de la formación en economía es notorio (50%, contra 25% de quienes ingresaron a la política

²⁷ Esta dimensión del discurso social de PRO ha sido identificada por Guillermina Tiramonti y Sandra Ziegler (2008) a propósito de la educación de las élites en la Argentina y su relación con los “otros sociales”. Para las autoras, la relación con estos “otros” se plantea en términos de “compasión” tanto como de aprendizaje de competencias emprendedoras y de caridad religiosa. El discurso social de PRO se acerca, en este caso, al de la caridad cristiana.

en los años ochenta), así como la disminución del peso de los diplomas en derecho (25% contra 44%), lo que recuerda la tesis de Yves Dezalay y Brian Garth (2002) sobre las transformaciones de las élites latinoamericanas y el “triumfo” de los economistas sobre los abogados en el manejo del Estado. En este caso, los economistas modernizadores, que vendrían a imponer su saber técnico sobre el saber generalista de los abogados, están representados por los recién llegados a la política. Entre quienes ingresaron a la actividad en los años noventa, así como entre quienes lo hicieron antes de 1981, es importante la formación en ciencias humanas y sociales (28% y 44%, respectivamente), en tanto que entre los primeros aparecen con cierta importancia los diplomas en administración y políticas públicas. Precisamente quienes ingresaron a la política en los años noventa, que en términos etarios son los “jóvenes PRO”, lo hicieron en parte a través del mundo de las fundaciones y ONG ligadas a las políticas públicas, como el Grupo Sophia, que reclutaron diplomados en ciencias sociales.

En la formación de posgrado, la especialización en economía, negocios y finanzas es, en términos generales, la más elevada (34% de quienes han realizado este tipo de formación), seguida por aquella ligada a la gestión pública (14%), en la que se han especializado las universidades privadas de élite en el país (Vommaro, 2010). Este tipo de diplomas tiene importancia entre las generaciones que ingresaron a la política antes de 2001, pero entre los recién llegados su predominio es mayor (71%).

Dotados de un alto capital cultural, así, en términos generales, los cuadros del PRO no son, en su mayoría —a excepción de su líder, huelga decirlo—, hijos de la gran burguesía, ni de familias aristocráticas, sino de familias de clases medias altas de la ciudad de Buenos Aires. Su distancia social y cultural respecto de la población del distrito en general no dista de ser un fenómeno global, que aleja a las élites de los electores y que rompe con la teoría de la representación política como espejo (Offerlé, 2011). Sin embargo, en cuanto a orígenes sociales y a socialización educativa, se puede establecer una diferencia entre los más antiguos y los recién llegados a la política: ciertamente, son estos últimos los que le dan al partido un cariz renovador, pero también los que más se acercan a los rasgos de las clases altas con las que se identificó tradicionalmente la derecha argentina (Gibson, 1996a). Estos cuadros tienen una relación que podríamos llamar de “ajenidad” con la política, pero compensan el menor grado de “capital político”²⁸ con la formación adquirida en casas de estudios de élite, que les otorga credenciales técnicas para “hacer política”. La diferencia de recursos entre

²⁸ Utilizamos este concepto en el sentido definido por Michel Offerlé (2011: 94-95).

generaciones explica, en parte, que en el seno del PRO pueda haber existido, en especial en los años formativos del partido, una tensión entre los cuadros nuevos y los viejos, o entre el “Grupo Festilindo” y el “Grupo Nogaró”, como se llamaban entre sí ambos espacios hacia el año 2003, cuando se produjeron conflictos en el seno del bloque de ese partido en la Legislatura de la ciudad de Buenos Aires.²⁹

Tabla 3.2. Características sociales y educativas por generación política

Ingreso	hasta 1981	1982-1989	1990-2000	2001 y más	Total
Total de la muestra (%)	19,20	34,60	21,20	23,10	100,00
Edad promedio (años)	57,00	44,88	42,90	47,83	47,52
Mujeres (%)	30,00	11,10	26,40	16,60	21,20
Estudios de posgrado completos (%)	40,00	55,60	45,50	58,30	51,90
Estudios universitarios en universidades privadas confesionales (%)	30,20	6,20	9,10	41,70	20,00
Militancia de alguno de sus padres (o de ambos) (%)	70,00	55,60	36,40	33,30	48,10

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la encuesta realizada a cuadros de PRO (2011)

La socialización político-institucional: diferentes entradas en política, diferentes relaciones con la organización

El 52% de los cuadros del PRO puede ser visto como primera generación de políticos, lo que implica que, para la otra mitad de la muestra, la actividad política es parte de la “herencia familiar” (padre, madre o ambos con participación política). Si a esto sumamos que, entre quienes tienen tradición política familiar, hay una gran parte de casos de participación asociativa (asociaciones de caridad, Club de Leones) y empresaria (cámaras sectoriales), la socialización partidaria no es mayoritaria entre los cuadros estudiados. Si comparamos las dos generaciones políticas extremas de nuestra muestra,

²⁹ Sobre este punto, cf. Vommaro y Morresi (2014).

como cabía esperar, la familiaridad temprana con la actividad es mayor entre los más antiguos (que ingresaron antes de 1982, en un 70% de los casos con alguno de sus padres o con ambos con participación política), que en el caso de los recién llegados (la proporción desciende a 33%), similar a lo que sucede con los ingresantes a la política en los años noventa (36% con actividad política de sus padres). Así, podemos decir que existe una proporción importante de herederos políticos entre los dirigentes políticos más antiguos, en tanto que los más recientes son también quienes guardan mayor distancia –en relación con su socialización familiar– con esta actividad. Hay, entonces, una distancia variable respecto de la política, que oscila entre quienes “respiraban política” en sus hogares y quienes “nunca se interesaron por la política”. Nuevamente, la idea de un partido de personas que “entran a la política”, por así decirlo, “desde afuera”, se revela como parcialmente falsa o, mejor, solo aplicable a una parte de la muestra. Lo nuevo de PRO, representado por su generación política más joven, aparece así como un atributo de una *parte* que se traslada al *todo*.

¿Qué implican estas diferentes relaciones de familiaridad con la política para los modos de entrada a la actividad? Contrariamente a la noción clásica de “carrera política”, que supone, en especial en su versión funcionalista, un recorrido más o menos preestablecido, en general en sentido ascendente, que va desde la militancia de base (estudiantil, barrial, etcétera) hasta la cúspide dirigencial, el estudio de los cuadros del PRO nos permite pensar en una pluralidad de formas de “entrar en política” y de “hacer carrera” –ahora en el sentido interaccionista que moviliza Olivier Fillieule (2001)– que remiten a diferentes trayectorias, desde el *cursus honorum* militante hasta la entrada “desde arriba” (Lévêque, 1996; Offerlé y Sawicki, 1996). Estas diferencias remiten también a formas diversas de aprendizaje y de interiorización del oficio político. Identificamos recorridos de estos dos tipos. El encuentro con Macri en una coyuntura propicia para la apertura del espacio político e institucional como la crisis de 2001 en la Argentina, en especial en la ciudad de Buenos Aires, constituye el elemento catalizador de las disposiciones a la participación de los recién llegados así como la amalgama entre “nuevos” y “viejos” políticos. En virtud de su rápido crecimiento electoral, el nuevo líder ofreció a ambos grupos oportunidades de acceso relativamente rápido a la “alta política” y a los cargos institucionales que la acompañan. Esto puede verse en que el 52% de la muestra obtuvo su primer cargo político electivo, de gestión o partidario a partir de la creación de PRO. En este sentido, para los dirigentes de larga data y de

media o baja jerarquía en sus partidos anteriores, la llegada al PRO representó una oportunidad de ascenso y de acceso a posiciones que no habían obtenido en sus antiguas organizaciones de pertenencia.³⁰

El ingreso a la política de los cuadros del partido analizado se da de tres formas fundamentales: por los canales de la política tradicional (ya sea a través de un partido o, como es habitual en los sectores medios altos, a través de organizaciones estudiantiles universitarias), a través de ONG y fundaciones o directamente a la gestión/partido PRO en la ciudad de Buenos Aires. En este último caso, se trata exclusivamente de los recién llegados, entre quienes el 67% lo hace a través del nuevo partido, en su mayoría antes del acceso a la gestión municipal (2007). Así, el ingreso por la vía partidaria no tiene el mismo valor en todas las generaciones: si en las más antiguas forma parte de una “carrera militante” clásica –que incluye, en el 44% de los ingresantes en los años ochenta, el pasaje por la política estudiantil–, en las más jóvenes, políticamente hablando, se da en el contexto de una carrera que combina militancia reciente con actividad profesional y de gestión, lo que sucede también en el caso de quienes ingresan a la política en los años noventa a través de una ONG o fundación.

A través de esta modalidad de entrada en política puede pensarse la relación entre actividad militante y actividad profesional de modo diferente a la definición clásica weberiana (vivir “de la política”) retomada por Offerlé (1999) como indicador fundamental de los límites de esa actividad: en este caso, no solo se vive *de* sino que además se vive “*en* la política”, es decir, en un espacio de tránsito que cobra sentido en una carrera que lo trasciende. La política aparece así como un punto de pasaje en la actividad profesional, legitimado, para los cuadros provenientes del mundo empresario, por el propio líder partidario, que “dio el salto” de la actividad empresaria a la política sin perder su estrecha relación con la primera. Entre los más nuevos en la política, con experiencia profesional y empresaria anterior, están quienes experimentan su ingreso al PRO como una conversión³¹ y quienes

³⁰ Así, una entrevistada, que ingresó a la política en los años noventa, afirmaba sobre su ingreso a la política: “yo empiezo de una manera súper top, porque hay gente que está treinta años, cuarenta años en un partido político y nunca accede a una banca, digo, a cualquier tipo de Legislatura, y la verdad es que es un trato casi privilegiado, solo posible en partidos nuevos. Imposible en el partido radical misógino, viejo, anquilosado que solo pone dirigentes barriales, dirigentes territoriales” (entrevista personal, 11/8/2011).

³¹ Un cuadro empresario que ingresó a la actividad después de 2001 afirma: “empecé a entrar, primero con un perfil altamente técnico y después en la medida que me fui metiendo, con,

lo ven más bien como un mojón en su carrera.³² Esta significación de la política puede verse también en la relación entre el ingreso a la actividad y la obtención del primer cargo: mientras que el 92% de los recién llegados obtiene un cargo al cabo de un año, el 40% de quienes ingresan a la política antes de 1982 accede a su primer cargo recién después de 1990, y el 44% de quienes entran en política en los años ochenta después de 2001. Cabe decir que el 42% de los recién llegados tuvo como primer cargo político un puesto jerárquico en el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

La relación con la política como un espacio de pasaje es compatible con el argumento que intentamos sostener respecto de la afinidad del *ethos* político del *core* de PRO con los principios morales y de justicia que guían lo que Luc Boltanski ha llamado la “ciudad por proyecto”. En efecto, como señala el autor, en este orden de legitimidades, el cambio de actividad es un horizonte inevitable de todo involucramiento. El programa vital se construye como una sucesión de proyectos y, por eso, la polivalencia, la actividad y la autonomía son tan centrales para los individuos que movilizan este “nuevo espíritu” (Boltanski, 2006). Sin embargo, lo transitorio de este involucramiento no implica un entusiasmo menguado, ni tampoco un desarraigo del proyecto actual, en pos de una mirada de largo plazo que enfoca siempre en “lo que sigue”. En cambio, quienes incorporan estos principios de grandeza, según el autor, “también saben ser locales” ya que “las acciones se encuentran siempre encastradas en la contingencia de una situación presente” (Boltanski, 2006: 25). De modo que, podríamos conjeturar, mientras el partido sea un *proyecto* coherente con esta búsqueda de movilidad y flexibilidad, a la vez que de participar de redes –ya hemos dicho que PRO es un partido que puede pensarse con la metáfora de la red–, el compromiso partidario de los nuevos ingresantes que no se reconvierten en políticos es completamente posible.

La diferencia en la manera de experimentar el vínculo con la política reaparece en el modo en que es experimentado el ingreso a PRO: si para la mayor parte de los recién llegados la entrada en esa organización es sinónimo de una transformación en su vida personal –en una parte considerable se trata

digamos, o sea, en este momento te diría que tengo más un perfil político” (entrevista personal, 20/9/2011).

³² Otro cuadro empresario, nuevo ingresante a la política, sostuvo en este sentido: “Intuí que se trataba de algo importante desde lo profesional, en definitiva mi aporte iba a ser desde lo profesional. Claramente nunca fui pensado, al menos en las primeras instancias y creo que tampoco en el día de hoy para resolver otras cuestiones que no tengan que ver con la gestión diaria” (entrevista personal, 11/10/2011).

del pasaje rápido de la actividad privada a la actividad política profesional—, para los dirigentes más antiguos constituye una posibilidad de crecimiento en la carrera, pero en mucho menor medida de crecimiento personal, puesto que se inscribe en un recorrido de largo aliento. Al preguntar por la importancia que han tenido razones de diverso tipo en el acercamiento al PRO, las ligadas a la sociabilidad (“tener un espacio de encuentro con gente que piensa como yo”) tienen mayor importancia para los recién llegados (el 59% le atribuye mucha importancia) que para los más antiguos (el 33% de quienes ingresaron a la política en los años ochenta se ubica en esa categoría). Las razones ligadas a la significación de ese ingreso en la vida personal (“voluntad de un cambio en la vida personal”) tienen una alta proporción de mucha o bastante importancia para los recién llegados (67%), en tanto que es menor para los más antiguos (33% para quienes ingresaron en los años ochenta); lo mismo sucede con las razones que tienen que ver con la adquisición de un saber asociado a la política (“deseo de aprender más sobre la política”): el 100% de los recién llegados le atribuye mucha o bastante importancia, contra el 61% de los más antiguos. En fin, la importancia del crecimiento en la carrera profesional, que tiene una valoración general elevada (56%), es un rasgo distintivo de quienes ingresaron a la política en los años noventa (73%) y en los ochenta (56%) y en segunda instancia de los recién llegados (50%) y de los más antiguos (40%).

Podemos ver, entonces, que existe una diferencia fundamental en el modo en que el ingreso al PRO interviene en las trayectorias políticas y sociales de sus cuadros y en la manera de experimentar este nuevo compromiso, lo que influye, sin duda, tanto en la relación con la actividad partidaria y de gestión como en los modos de implicación con el partido. En este sentido, al reinscribir la entrada al nuevo partido en el tiempo biográfico y social (Siméant, 2001), cobran sentido las diferentes maneras de “ser PRO”.

Si medimos el compromiso partidario en virtud de la afiliación formal al PRO —cabe aclarar que, en la Argentina, afiliarse a un partido político no implica obligatoriamente realizar un aporte financiero al este—, un 40% de los cuadros estudiados, al no estar afiliados, mantiene una cierta distancia con la organización, en tanto que la mitad de ellos (alrededor del 20% de la muestra) conserva su afiliación al partido político al que pertenecían antes de sumarse al PRO (con iguales proporciones de peronistas y radicales). Este rasgo da cuenta de que, tras la heterogeneidad de los cuadros estudiados, aparece una multipertenencia partidaria que permite vislumbrar el bajo costo de entrada

al nuevo partido, la baja capacidad de sanción a sus miembros –no demanda de ellos una entrega “total”, o si lo hace no tiene capacidad de sanción en caso de no cumplimiento– y los diferentes niveles de implicación de los cuadros dirigentes con el nuevo espacio político. El 52% de los afiliados a PRO lo hizo entre 2002 y 2003, es decir, en la etapa formativa del partido, y luego hay que esperar hasta 2009 (año en el que se produce una tentativa de transformar al PRO en una fuerza política nacional de cara a las elecciones presidenciales de 2011) para encontrar otro momento relativamente importante de afiliación (19% del total).

La labilidad de la relación con el partido no es, sin embargo, homogénea, y aquí también la variable generacional respecto de la actividad política permite establecer un criterio de clasificación interna: el 75% de los recién llegados se encuentra afiliado al PRO, contra el 50% de los cuadros formados en los años ochenta y el 30% de quienes ingresaron a la política antes de 1982. Para las generaciones políticas más antiguas, así, el ingreso al partido no implicó ni una formalización del vínculo ni una entrega “total” al nuevo colectivo. En el mismo sentido, la mayor parte de los antiguos dirigentes no afiliados al PRO sí están afiliados a otros partidos (86% en el caso de los más antiguos, 56% en el caso de los ingresantes en los años ochenta),³³ pero los recién llegados que no están afiliados al PRO tampoco tienen un vínculo formal con otro espacio partidario. Así, el partido está hecho de compromisos desiguales: los recién llegados son quienes menor distancia tienen respecto del PRO. En efecto, con menor capital político acumulado en virtud de su corta trayectoria, son quienes, políticamente, deben todo al partido y por tanto sirven a él de manera más devota.

Esto explicaría, además, que entre estos cuadros, solo el 25% tiene otra ocupación actualmente, contra el 72% de los cuadros socializados en los años ochenta, quienes, a la usanza de los dirigentes políticos tradicionales –en especial quienes tienen cargos legislativos–, destinan una parte de su tiempo a mantener sus estudios de abogados o sus puestos docentes universitarios (33% en cada caso), lo que los acerca a los cuadros multiposicionados que estudió Luc Boltanski (1973). En cambio, los nuevos cuadros PRO, en

³³ En virtud del conocimiento del carácter poroso de las fronteras partidarias en la Argentina y de la baja institucionalización general de las fuerzas políticas en América Latina (Freidenberg y Levitsky, 2007), cabe preguntarse si esta labilidad de la relación con el partido de antiguos dirigentes de otras fuerzas políticas igualmente informales, como el peronismo, llevará a la confusión de ambos espacios, es decir, a la absorción de uno en otro, o al tránsito más o menos libre entre ambos de parte de sus dirigentes.

virtud de haber abandonado una actividad económica en el mundo privado que requiere un compromiso de tiempo completo poco compatible con las actividades de gestión estatal, parecen ocupar menos posiciones de manera simultánea.

La relación de los recién llegados, a la vez de más alta proximidad con la gestión PRO y de distancia respecto de la actividad netamente partidaria, parece reproducirse en las funciones que cumplen dentro del entramado político-partidario y partidario-estatal que es este nuevo espacio político: el 66% tiene cargos ejecutivos (de gestión en lo económico y de infraestructura, principalmente), en tanto que el 33% restante tiene cargos legislativos municipales. En cambio, el 50% de quienes están en la actividad política desde los años ochenta desempeña tareas legislativas en el Congreso Nacional o en la Legislatura porteña. En el caso de quienes ingresaron a la actividad política en los años noventa (entre los que tienen un peso importante los que pasaron por formaciones en ciencias sociales, humanas y de administración pública, así como quienes ingresaron a la política a través de fundaciones) se destacan, junto con la importancia de quienes cumplen funciones plenamente político-legislativas (45%), quienes se desempeñan en áreas de gestión relacionadas con políticas sociales, derechos humanos y medio ambiente. Los nuevos cuadros, en definitiva, representan el núcleo duro de la impronta “de gestión” de PRO y controlan la administración de recursos antes que la construcción política de la fuerza.

En cuanto a las tareas desarrolladas en el partido, son los jóvenes profesionales socializados en los años noventa quienes cubren la mayor parte de los cargos partidarios, lo que los muestra más comprometidos con el partido como organización –son también ellos quienes tienen mayor proporción de afiliación al PRO en su etapa fundacional–, en tanto que quienes se socializaron políticamente en los años ochenta o antes ocupan menos espacios partidarios, pero quienes lo hacen alcanzan posiciones jerárquicas; los recién llegados, en tanto, con un compromiso con el partido mayor que los dirigentes antiguos, ocupan los puestos ligados a la recaudación y la administración de fondos (tesoreros, etcétera). Nuevamente, la división partidaria del trabajo parece reservar el manejo de los recursos financieros a los nuevos dirigentes, cuadros económicos cercanos a Macri, y el manejo de los recursos políticos a los dirigentes tradicionales. La generación socializada en los años noventa, en tanto, controla la dimensión “sensible” del partido y del gobierno al ocupar la mayor parte de los cargos ligados a políticas sociales y derechos humanos.

Tabla 3.3. Sociabilidad político-institucional por generación política (en porcentaje)

Ingreso	Hasta 1981	1982-1989	1990-2000	2001 y más	Total
Afiliación a PRO	30,0	50,0	90,9	75,0	59,6
Tiene otra ocupación	50,0	72,2	36,4	25,0	50,0
Personas cercanas que participan de otros partidos (una gran parte o algunas)	90,0	66,7	63,6	37,5	61,5
Obtención del primer cargo político después de 2001	25,0	44,4	54,5	91,7	51,9
Ingreso a la política a través de ONG y fundaciones	10,0	0,0	27,3	25,0	13,5
Ingreso a la política a través de la política estudiantil	50,0	44,0	9,1	0,0	26,9
El ingreso a PRO como un cambio en su vida personal (mucho o alguna importancia)	50,0	33,4	63,7	75,0	53,9
Ha participado con mucha o bastante frecuencia en la firma de petitorios	40,0	38,9	18,2	8,3	26,9
Ha participado con mucha o bastante frecuencia en tareas de voluntariado	50,0	50,0	81,8	91,7	67,3
Ha participado con mucha o bastante frecuencia en elecciones internas de un partido	70,0	61,1	18,2	33,3	46,1

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la encuesta realizada a cuadros de PRO (2011).

Las modalidades de participación política de los cuadros de PRO que comprenden pero a la vez exceden la actividad partidaria también permiten entender la naturaleza de su actividad. Entre los más antiguos, las prácticas clásicas de los dirigentes políticos, como la firma de petitorios, la participación en actos políticos y en elecciones internas de un partido son actividades más frecuentes que entre los recién llegados (22% entre los ingresantes en los años ochenta firman petitorios “muchas veces” contra ninguno de los nuevos; 72% de los primeros participan “muchas veces” en actos políticos contra 42% de los segundos; 39% de los antiguos dirigentes participó “muchas veces” en elecciones internas de un partido contra 17% de los nuevos cuadros). En contraposición, para los recién llegados es más habitual la participación en actividades de voluntariado (92% participó algunas o muchas veces contra el 50% de los más antiguos), prácticas afines con formas de participación política de no políticos, así como con la militancia en ONG y fundaciones; estas son actividades cercanas a la

sociabilidad de las universidades privadas confesionales, lo que explica que entre los cuadros socializados en los años noventa también tengan una frecuencia elevada (82% afirma haberla realizado entre muchas y algunas veces en los últimos años). Hacer política es, de este modo, algo diferente para las distintas generaciones que componen PRO. Así, un dirigente peronista que ingresó a la actividad en los años ochenta sostuvo, respecto de su relación práctica con la política: “Yo tengo un rol como... sigo teniendo mi relación. Yo sigo teniendo los locales partidarios, sigo siendo un tipo que atiende a todo el mundo, vos lo viste mientras me esperabas [...]. Yo todos los días vengo así, atendiendo gente: funcionario, persona común, el vecino con problemas” (entrevista personal, 27/10/2011). En cambio, para una joven profesional que entró a la política en los años noventa, su inserción en el partido se relaciona con “pensar dónde aporoto. Porque si lo pienso en los términos antiguos del viejo Partido Radical, al cual conocí, voy a fracasar dentro de la estructura del PRO. Ahora pensando una funcionalidad diferente, donde hay un aporte, una contribución, tengo más posibilidades de éxito [...]. Por ejemplo, bueno yo ahora decía voy a hacer una reunión con todos los comuneros, un día de trabajo, de taller, de experiencias, de participación... esas cosas a mí se me ocurren y tengo el lugar en el PRO para hacerlas” (11/8/2011). Así, las diferentes generaciones políticas, asociadas también a diferentes relaciones con la vida partidaria, están fuertemente relacionadas con el modo en que el partido organiza su división del trabajo.

Si tomamos en serio la idea de resituar los partidos políticos en los espacios de sociabilidad de sus miembros (Haegel, 2009; Zuckerman, 2005), en lugar de tratarlos como si fueran organizaciones desligadas de la sociedad de la que nacen, debemos preguntarnos por la manera en que el partido aparece entre sus cuadros como una actividad compartida con los mundos sociales de pertenencia. En todos los casos, podemos decir que un alto porcentaje de los cuadros del partido (90%) tiene al menos algunos amigos y personas cercanas que participan de ese espacio político. El hecho de que la participación en PRO de los dirigentes más antiguos se haya dado, en la mayor parte de los casos, en el marco de una estrategia colectiva, es decir, de grupos partidarios que se aliaron al partido naciente, influye en la relación entre los espacios de sociabilidad personales y el partido: los antiguos dirigentes tienen en mayor proporción una parte o la totalidad de sus amigos o personas cercanas en PRO (89%), en tanto que los recién llegados, que provienen de familias menos politizadas, tienen menos amigos y personas cercanas militando en el partido (75%). En cuanto a la participación del entorno social en otros partidos, si la proporción general de cuadros con al

menos algunos de sus amigos o personas cercanas militantes sigue siendo elevada (61%), aquí las diferencias entre generaciones políticas son aún más grandes y dan cuenta de esta distancia variable con la actividad política que tienen los cuadros estudiados. Así, entre los dirigentes socializados en los años ochenta, solo el 28% afirmó no tener ninguna persona cercana que participara en otro partido, pero esta proporción se eleva al 75% en el caso de los recién llegados. De este modo, vemos, nuevamente, que “entrar en política” es una opción individual para estos últimos, pero para los dirigentes más experimentados forma parte de una práctica social compartida con los grupos de pertenencia.

El enraizamiento social de los cuadros de PRO aparece también en relación con su participación en otros espacios de militancia no asociados a la política partidaria. Solo el 10% de los cuadros de PRO no participa o ha participado de algún movimiento o asociación civil. En cambio, quienes sí participan son miembros, en promedio, de al menos dos asociaciones. Del total de menciones, sobresale la membresía en centros de estudios (31%), explicada en su mayoría por la participación actual en la Fundación Pensar, *think tank* que sucede a la Fundación Creer y Crecer que dio nacimiento al partido. En segundo lugar, se ubica el trabajo en ONG o en fundaciones con fines sociales (20%) y la mención de la pasada militancia estudiantil (20%); por fin, también tiene un lugar destacado la participación en asociaciones profesionales y cámaras empresarias (14%). Así, por fuera de las fronteras partidarias –es decir, en el “medio partidario”– se encuentra una serie de asociaciones y fundaciones,³⁴ así como cámaras profesionales (en especial los colegios de abogados) y empresarias (en turismo, por ejemplo), en las que los cuadros de PRO tienen un rol activo. En esos espacios se nutren también de recursos políticos para devenir dirigentes más representativos, en algunos casos, pero también de recursos técnicos que revalidan en carácter de expertos. Aunque la participación en *think tanks* y fundaciones es alta en todas las generaciones de dirigentes, los cuadros socializados en los años ochenta tienen mayor participación en asociaciones profesionales –el peso de los abogados es aquí relevante– que los recién llegados, en tanto que estos últimos, que comparten patrones de comportamiento asociativo con los que ingresaron a la actividad en los años noventa, tienen proporcionalmente más inserción en el mundo de las ONG con fines sociales y en las asociaciones religiosas.

³⁴ En especial, las ya mencionadas Fundación Pensar, la antigua Creer y Crecer, el Grupo Sophia y el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC). Cf. Vommaro (2010).

La socialización política: ¿diferentes valores de cada generación?

La mayor cercanía de las generaciones políticamente más jóvenes con el mundo religioso, y en especial con la asociatividad católica (que ya aparecía en el mayor porcentaje de concurrencia a establecimientos educativos confesionales), reaparece al comparar las proporciones de creyentes entre los cuadros de PRO. En efecto, mientras el 100% de los cuadros formados en los años noventa y el 91% de los nuevos dirigentes se consideran creyentes, este porcentaje es del 61% en el caso de los políticos que ingresaron a la actividad en la transición democrática. Respecto de las posiciones ideológicas de los cuadros de PRO, cuando se pidió a los dirigentes encuestados que se posicionaran en una escala de 1 a 10, en la que 10 era la posición más a la derecha, el conjunto de los posicionamientos dio un promedio de 5,255319149. Conscientemente, los entrevistados eligieron situarse al centro y, en algunos casos, manifestaron su descontento con esta forma de clasificación ideológica, a la que asociaban con un esquema “antiguo”, del “pasado”. Este rechazo a la clasificación tradicional en el espectro político está en consonancia con la presentación de sí del partido y de sus dirigentes como “más allá de la izquierda y de la derecha”, es decir, como un partido que se define, en el hacer, como “de gestión”.

Más allá de la negativa al autoposicionamiento ideológico en el sentido clásico, que forma parte de los elementos para pensar el PRO, al diferenciar el promedio de posición numérica por generaciones se obtuvieron resultados significativos: mientras la generación socializada en los años noventa, que aparece, como vimos, en parte de sus miembros, como componente central del núcleo fundador de PRO, está más cerca del promedio total (5,272727273), las generaciones extremas –la más antigua en política (formada antes de la transición democrática y, en parte, compuesta por antiguos dirigentes de la derecha argentina) y la generación de los recién llegados– eligieron posicionarse, en promedio, más a la derecha (5,428571429 y 5,636363636, respectivamente). En cambio, la generación política más importante numéricamente dentro de PRO, la formada en los años ochenta, es la que tiene un promedio de autoposicionamiento ideológico más a la izquierda (4,944444444), lo que muestra sus diferencias con los cuadros más jóvenes del partido también en este punto. Ser PRO, así, también quiere decir cosas diferentes ideológicamente.³⁵

Las generaciones más jóvenes políticamente son más favorables a una intervención del Estado, del mismo modo que quienes ingresaron a la actividad antes de la crisis del Estado social a la argentina. En cambio, los que ingresaron

³⁵ Sobre las diferencias ideológicas en los partidos latinoamericanos, cf. Kitscheld *et al.*, (2010).

a la política en los años ochenta y en los años noventa, en años de crisis del Estado, primero, y de reforma, luego, apoyan menos esta idea. Esto es compatible con las opiniones respecto de la idea de que el mercado es el mejor asignador de recursos. Al contrario, las opiniones respecto de la necesidad de reducir el poder de los sindicatos en la política argentina son inversas, y no parecen recorrer el mismo camino de la lógica ideológica, sino que podrían relacionarse, justamente, con la socialización política de las diferentes generaciones: mientras que los más antiguos políticamente se han formado en un campo político con sindicatos fuertes, realidad que aceptan, los más jóvenes, de los años noventa hasta los dos mil, forjados en una Argentina de sindicatos debilitados, creen en una política menos corporativa, al menos en lo que respecta a las organizaciones de los trabajadores. Podemos decir, así, que las generaciones más jóvenes son portadoras de una ideología conservadora social, “una derecha sensible”, que cree en la intervención del Estado, aunque prefiere que los trabajadores organizados tengan un poder acotado. En cambio, las generaciones anteriores combinan ciertos principios –asociados al neoliberalismo– de un Estado menos interventor que deja paso a la regulación del mercado, pero al mismo tiempo tienen un cierto realismo político –también de matriz conservadora, quizá– que acepta el hecho de que los actores sociales se organizan para defender sus intereses.

Tabla 3.4. Posición ideológica por generación política

Ingreso	Hasta 1981	1982-1989	1990-2000	2001 y más	Total
Creencia religiosa (%)	70,0	61,1	100	91,7	76,9
Práctica religiosa (%)	14,3	36,4	45,5	54,5	40,0
Autoposicionamiento ideológico	5,428571429	4,944444444	5,272727273	5,636363636	5,255319149
Acuerdo con que el Estado debe reducir desigualdades (%)	80,0	66,7	54,5	83,3	70,6
Acuerdo con que el mercado mejor asignador de recursos (%)	70,0	50,0	63,6	58,3	58,8
Acuerdo con que se debe reducir el poder de los sindicatos (%)	50,0	44,4	72,7	83,3	60,8

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la encuesta realizada a cuadros de PRO (2011).

Palabras finales. Por una sociología política de los partidos

A pesar de los debates académicos que van en ese sentido, no parece haber evidencia conclusiva para sostener que, en las últimas décadas, los partidos hayan dejado de ser organizadores centrales de la competencia política, y mucho menos de la competencia electoral. Al mismo tiempo, los partidos se transformaron, se volvieron, muchas veces, organizaciones flexibles al servicio de un liderazgo –partidario o no, según los casos y las coyunturas– que promete o dio pruebas de asegurar votos, y por tanto la conquista de cargos. En eso, como dijimos, PRO se parece bastante a las demás fuerzas políticas del país. Esta centralidad institucional de los partidos, acentuada por la reforma política de 2009, convive con una relación fluctuante de los ciudadanos con estas organizaciones, y podría decirse que, a partir del “desencanto” de los años ochenta, con un compromiso creciente con espacios sociopolíticos por fuera de la vida partidaria. En este contexto, la cuestión de la movilización de ciudadanos-militantes, así como la de los electores-simpatizantes, se vuelve crucial. Así las cosas, mostramos que la conexión de PRO con ciertos mundos sociales de pertenencia permite una imbricación social del partido en espacios sociales en los que se nutre de militancia, visiones del mundo y un *ethos* político que moviliza maneras de actuar exteriores a la política. De este modo, logra canalizar y organiza fuerzas sociales que, en cierta medida, lo preexisten. Al mismo tiempo, la conexión con estos mundos de pertenencia permite comprender las destrezas lingüísticas y corporales más valoradas por el partido para crecer como cuadro político, así como los saberes y recursos organizativos necesarios para participar en la organización de las puestas en escena partidarias de manera exitosa.

Vimos que las dos facciones de nuevos ingresantes a la política, que representan alrededor del 50% de los cuadros políticos de PRO, son también las que ligán más orgánicamente al partido con esos mundos sociales. Desde luego, existe una relación que va de la tensión a la complementariedad con los cuadros políticos de larga data. Además, las fronteras son porosas: hay cuadros de larga data, en especial quienes provienen de la derecha o quienes se convirtieron a los principios neoliberales en los años noventa, tanto en el peronismo como en el radicalismo, que encuentran puntos de contacto más fácilmente con los nuevos dirigentes que los políticos de derecha ideológicos y militantes, o los dirigentes radicales y peronistas de tradición militante barrial. Aunque todos tienen un lugar en un partido en crecimiento, solo el camino que tome PRO en el futuro, así como los desafíos que aparezcan

en función de los resultados electorales que obtenga, le permitirán producir combinaciones entre el nuevo *ethos* político y el *ethos* militante tradicional que inclinen la balanza a favor de uno u otro polo. Lo que está claro es que, hasta el momento, la capacidad de PRO de renovar la centro-derecha argentina radicó en la destreza de sus líderes para articular viejos y nuevos políticos, a la vez que en poder hacer de su *core* un conjunto de principios prácticos, éticos y estéticos que conforman ese nuevo *ethos* político, capaz de conectar con la experiencia de vastos sectores sociales más allá de las ideologías políticas elaboradas. Ese atajo ideológico le permitió, como les había permitido a los partidos comunistas en Europa el atajo de la defensa de la dignidad obrera (Beaud y Pialoux, 1999), evitar definirse como un partido de centro-derecha en un país en el que ese espacio político no ha logrado en el último siglo construir opciones políticas mayoritarias.

En definitiva, en este trabajo se trató de dar cuenta del hecho de que PRO está anclado en el mundo de la empresa y los negocios, por un lado, y en el mundo del voluntariado y las ONG, por el otro, y que los valores, formas de sociabilidad (organización de los espacios de encuentro, de las ceremonias de celebración tanto en el interior de la organización como en el exterior) y de socialización (tipos de saberes, destrezas y competencias valoradas y fomentadas desde la organización) se nutren de esos mundos sociales. Este anclaje social enfatiza más el peso de los involucramientos presentes que el de la inercia de la historia. Así, trabajamos con una noción de socialización no determinista: por un lado, combina elementos del concepto de sociabilidad, es decir, de ámbitos de interacción más o menos regulados, con sus criterios morales y estéticos, que no pueden deducirse automáticamente de una noción clásica de clase; por otro lado, de anclajes sociales plurales, que no tienen garantizada su reproducción en el tiempo y que se reactualizan siempre en relación con una inserción plural de los individuos en el mundo social.

Inserto en estos mundos sociales de pertenencia, y capaz de atraer a nuevos ingresantes a la política compatibles con esos mundos, PRO se convirtió en el partido que mejor supo movilizar y organizar las energías militantes que existían en las clases medias altas desde los años noventa, que habían desertado mayormente del mundo de los partidos políticos para invertir energías, tiempos y horizontes de carreras personales tanto en el mundo de los negocios como en el del voluntariado y las ONG y fundaciones profesionalizantes.

Capítulo 4

“Acá somos todos democráticos”

El PRO y las relaciones entre la derecha y la democracia en Argentina

Sergio Daniel Morresi

Durante las entrevistas realizadas para el trabajo de campo en el que se basa este libro, una legisladora del partido Propuesta Republicana (PRO) se mostró indignada por las críticas que solía recibir de parte de sus colegas de otras fuerzas políticas: “¿Cómo van a decir que somos de derecha si acá somos todos democráticos?”, preguntó. Con ese interrogante, la dirigente ponía sobre la mesa de discusión un tema sobre el que merece la pena detenerse: el rol de la derecha política en la Argentina y el grado de novedad que representa PRO como una fuerza comprometida con la democracia.

En la Argentina, la derecha suele relacionarse con la tradición autoritaria (McGee Deutsch y Dolkart, 1993). Aunque a comienzos del siglo xx, una élite liberal-conservadora abrió el camino para el sufragio universal masculino, poco tiempo después, ese mismo grupo tuvo un rol fundamental en el asedio y el quiebre del sistema poliárquico. La apertura impulsada desde arriba había resultado demasiado amplia y abrupta para los sectores que hasta ese momento habían concentrado el poder. Como secuela, entre 1930 y 1983, los argentinos se vieron sometidos a dictaduras militares y a gobiernos que eran fruto de procesos electorales restringidos o amañados.

Hasta cierto punto, podría afirmarse que la debilidad de las instituciones republicanas, la recurrencia de los golpes de Estado y el uso sistemático de la violencia como herramienta semilegítima en la política argentina tuvieron su origen en la *debilidad electoral de la derecha* (Di Tella, 1971). Pero al mismo

tiempo (y sin que resultase contradictorio) sería posible sostener que la endeblez de los gobiernos civiles y su permeabilidad a las presiones de actores corporativos indicaría la *fortaleza material de la derecha* (Boron, 2000). El protagonismo de una derecha políticamente débil y económicamente fuerte es uno de los factores (aunque no el único) que ayudan a explicar la fragilidad del sistema democrático argentino durante buena parte del siglo pasado. Pero también plantea el interrogante acerca de qué factores influyeron para que, desde 1983 en adelante, la derecha tuviera una relación menos tensa con las formas democráticas. Una respuesta simplista se limitaría a sostener que la magnitud del poder fáctico de las élites terminó revelando que la estrategia golpista era costosa e innecesaria. En esta línea interpretativa, los líderes popularmente electos habrían aprendido la lección y aceptado la tutela de los grandes grupos económicos. Sin negar que esta visión apunta a algo cierto, cabe ensayar una perspectiva más compleja que no suponga como dato la existencia de una derecha monolítica y preclara que actúa de modo consciente en pos de sus intereses y tiene la capacidad de identificar los modos más eficientes de realizarlos. Así, para explicar la convivencia de la derecha con las formas democráticas, podría ser conveniente tomar un camino alternativo explorando la diversidad interna de la derecha y haciendo hincapié en sus transformaciones durante las últimas décadas.

Sin dudas, la aparición de un partido como PRO es una de las novedades para subrayar ya que –como se verá– sus cuadros dirigentes muestran un alto nivel de compromiso con el sistema democrático y se inclinan por procurar el poder por medios electorales. Se trataría, entonces, de una fuerza de derecha distinta de las que fueron usuales durante el siglo xx. Pero si PRO es realmente diferente a las históricas fuerzas de la derecha, podría preguntarse si corresponde sostener que se trata de un partido perteneciente a ese campo ideológico. En este sentido, hay que resaltar que varios de sus miembros objetan esta identificación y prefieren ubicarse a sí mismos como exponentes del centro político, mientras que otros afirman que las categorías izquierda y derecha son actualmente irrelevantes y no pueden ser aplicadas a PRO. En estas páginas se argumentará que PRO es un partido de la derecha, pero que su forma de serlo no es incompatible con las formas democráticas.

El capítulo está estructurado en tres partes. En primer lugar se discuten distintas definiciones de derecha, se argumenta la conveniencia de utilizar un enfoque histórico-político que muestre a la derecha como un campo ideológico plural y se aborda la tensión entre derecha y democracia en la Argentina. Luego se toma el caso de PRO para mostrar que –a pesar de la autoidentificación de sus

dirigentes— el partido se enmarca dentro del campo de la derecha. Finalmente, se explica por qué y en qué sentido PRO es un partido comprometido con la democracia y se discuten algunas de las implicancias que podría tener esto para la estabilidad del sistema democrático argentino.

Las derechas en la Argentina

El estudio de la derecha política encierra, entre otros desafíos, el de la nomenclatura. Al revisar la literatura, puede notarse que hay tres enfoques que procuran responder a la pregunta sobre qué es eso que llamamos derecha: el ideológico, el sociológico y el topológico. En esta sección se buscará mostrar que cada uno de ellos tiene ventajas y limitaciones y que —para el objeto de este capítulo, estudiar la relación entre derecha y democracia en la Argentina contemporánea— resulta conveniente combinarlos y enmarcarlos dentro de un abordaje histórico.

El enfoque ideológico

El enfoque ideológico consiste en la identificación de ciertas ideas y valores como distintivos del campo político que se intenta caracterizar. En este sentido, si bien se reconoce el origen contingente de la división entre derecha e izquierda, se tiende a ofrecer una perspectiva esencialista según la cual la derecha se caracteriza por ser eminentemente conservadora y, por lo tanto, naturalmente enfrentada a la izquierda, que aparece como la fuerza de la innovación. Esa era, por ejemplo, la postura del historiador argentino José Luis Romero (1970), que sostenía que la derecha latinoamericana se caracterizaba por oponerse a los procesos de modernización que ponían en riesgo el poder de las élites tradicionales.

A pesar de su potencia, esta perspectiva tiene una falla lógica: cuando las fuerzas del cambio llegan al poder, se convierten necesariamente en derechas. No solo el fascismo y el liberalismo serían de derecha, sino también la socialdemocracia y el comunismo. Quizá no sea del todo errado identificar derecha y poder, pero resulta poco operativo. Por eso, otros analistas ofrecieron definiciones más complejas. Así, Dino Cofrancesco (1986) sugiere que la derecha está orientada a percibir positivamente los lazos sociales, que tiende a naturalizar, mientras que la izquierda se inclina por cuestionar esas cristalizaciones. Otros estudiosos han sugerido que la derecha no se caracteriza por su conservadurismo, sino por su apego a otros valores, como la defensa del libre mercado (Downs,

1973; Bartolini y Mair, 2007). Sin embargo, otros análisis hacen hincapié en que la derecha es, sobre todo, una fuerza relacionada con las ideas de autoridad y orden (Minkenberg e Inglehart, 1989).

Apuntar a distintas perspectivas ideológicas ayuda a delinear el perfil de las derechas, pero estas tienen el problema de que no son siempre combinables. Por ejemplo, la comunidad jerárquica no se conjuga fácilmente con la competencia del *laissez faire*. Por otra parte, si en lugar de tomar una o dos ideas como propias de las derechas se pasa a tomar un conjunto de nociones como factores identitarios, se podría caer en una casuística poco útil.

Siguiendo una línea más parsimoniosa, Norberto Bobbio (1995) parece haber arribado a una definición operativa. El politólogo italiano sugiere que el modo más adecuado de identificar derecha e izquierda es centrarse a partir del enfoque de cada fuerza con respecto a la igualdad. Partiendo de los arquetipos de Rousseau y Nietzsche, Bobbio sostiene que, en tanto para la izquierda la igualdad es un ideal con valor absoluto que puede y debe ser procurado, para la derecha la igualdad tiene un valor relativo que debe ceder frente a la libertad y a la seguridad.

El enfoque sociológico

Para Bobbio, mientras la izquierda supone con optimismo que los hombres pueden transformarse a sí mismos para alcanzar una equidad emancipatoria, la derecha descansa en un pesimismo que subraya el carácter peligroso de los intentos deliberados de perseguir la igualdad (Hirschman, 1991). Sin embargo, la adjudicación de un carácter perverso a las políticas igualitaristas es propia de todas las ideologías de las clases dominantes (Marx, 1955). ¿No sería entonces mejor optar por un abordaje sociológico?

Desde una perspectiva sociológica clásica, las derechas son las fuerzas políticas que defienden los intereses de las clases superiores. Obviamente, eso no quiere decir que solo los estratos más altos sean de derecha ya que, muchas veces (sobre todo cuando imperan las condiciones de una poliarquía), las élites procuran, y muchas veces consiguen, el apoyo de otros sectores sociales para aumentar sus chances de triunfo. En este sentido, el carácter policlasista de los movimientos derechistas podría resultar problemático a la hora de realizar un estudio a menos que se escogiera un prisma de análisis que permitiera ver su complejidad. Una posible solución a la encerrona la propuso Edward Gibson en sus análisis de las derechas argentinas. De acuerdo con el politólogo estadounidense, para conocer el alineamiento de una fuerza política es necesario proceder a un estudio del estatus socioeconómico de sus “votantes fundamen-

tales” (aquellos electores que, independientemente de su número, tienen mayor capacidad para actuar políticamente e influir en la formación de la agenda). En este sentido, un partido es de derecha cuando sus votantes fundamentales pertenecen a la clase alta, incluso si el grueso de sus votos proviene de otros estratos. Así, “se puede concebir a los partidos de derecha como vehículos que permiten a las clases altas vincularse con otros sectores sociales de cara a un proyecto común” (Gibson, 1996b: 11).

Esta línea de trabajo ha resultado fundamental para la realización de estudios comparativos (Middlebrook, 2000), pero tiene algunos problemas. Por una parte, varios movimientos políticos han experimentado importantes cambios en sus votantes fundamentales en un lapso relativamente breve (es el caso del peronismo en la Argentina [Levitsky, 2005]). Por otro lado, una fuerza política puede contener distintos grupos de votantes fundamentales con intereses e ideas divergentes y dispuestos a pulsar internamente su dominio sobre la agenda (como sucedió en el partido demócrata estadounidense a mediados del siglo pasado [Aldrich, 1995]). Finalmente, atenerse a la propuesta de Gibson implica el riesgo de obviar que varios partidos de izquierda tienen votantes fundamentales provenientes de las clases medias y medias-altas, mientras que también hay partidos autoidentificados con la derecha cuyos votantes fundamentales no pertenecen a los estratos más altos.¹ Estos factores llevan a una disyuntiva: o se entra de lleno en las problemáticas aguas de las discusiones sobre la ideología y la falsa conciencia (por ejemplo, Žižek, 1994) o bien se complementa el enfoque sociológico con otros abordajes que permitan dar cuenta de los casos en los que la propuesta ideológica del partido no sea congruente con la pertenencia de clase de sus votantes fundamentales.

El enfoque espacial

El análisis topológico o espacial de la política es relacional y, en principio, antiesencialista. En lugar de adscribir *a priori* quién pertenece a la derecha o a la izquierda, supone un trabajo de investigación empírico sobre los agentes de una determinada sociedad en un momento dado. En este sentido, se tienen en cuenta la autoidentificación de los actores y otros criterios que resulten relevantes para la sociedad que se busca estudiar o que surjan de comparaciones

¹ En este sentido, se podrían tomar dos ejemplos del caso brasileño. El Partido Socialismo e Liberdade (PSOL, de izquierda) tiene hoy sus votantes fundamentales en la clase media-alta, mientras que el Partido de Reedificação da Ordem Nacional (PRONA, que se presenta como “nacionalista e integrista”) tuvo a sus votantes fundamentales entre la clase media-baja.

más amplias. Como insumos pueden usarse diversos elementos: encuestas de opinión (masivas, de élites partidarias o de especialistas), análisis discursivos de las plataformas partidarias, estudios sobre las redes sociales de los grupos dirigentes, patrones de votación en las cámaras legislativas, etcétera. En un segundo paso, a través de un procedimiento inductivo, se ordena a los actores en un gradiente de izquierda a derecha.

Aunque esta perspectiva analítica es estimulante, teóricamente robusta y ha producido trabajos de gran relevancia (Gabel y Huber, 2000; Klingemann *et al.*, 2001; Franzmann y Kaiser, 2006), su aplicación en América Latina no arroja resultados particularmente interesantes, al menos por el momento. En esta región, una de las fuentes principales de este enfoque (el análisis de textos partidarios) es prácticamente inexistente, en buena medida porque hay un acuerdo generalizado en la escasa relevancia que tienen (Levitsky y Murillo, 2005). Además, aunque las encuestas de opinión y los análisis de los especialistas (Coppedge, 2000; Colomer y Escatel, 2005) resultan una fuente de inestimable valor, los estudios realizados a partir de ellas no muestran diferencias relevantes con los trabajos realizados desde el enfoque ideológico: unos y otros parecen coincidir en que, para los países latinoamericanos, la divisoria de aguas entre izquierda y derecha se establecería respecto a la dicotomía entre Estado y mercado. Finalmente, debe resaltarse que –al estar concentrados en las últimas décadas– estos trabajos no permiten realizar análisis diacrónicos amplios.

El enfoque histórico

Al analizar ventajas y desventajas de los distintos abordajes empleados para estudiar la derecha, puede concluirse que el enfoque ideológico resulta preferible por ser suficientemente operativo. La definición de Bobbio en particular es un punto de partida robusto que refleja los hallazgos de los estudios contemporáneos y recoge las intuiciones clásicas. Sin embargo, cuando (como sucede en estas páginas) la meta es realizar un análisis sobre la derecha en un solo país, resulta interesante tomar la referencia del politólogo italiano para avanzar hacia una caracterización más compleja, que integre los tres enfoques, facilite las comparaciones históricas y permita distinguir entre diferentes formas de la derecha sin perder de vista los aspectos comunes (Freeden, 1996).

Partiendo de la noción de la derecha como ideología conservadora (presupuesta por Bobbio), podría caracterizársela como la posición política resultante de una serie de reacciones de quienes se encuentran en una posición más elevada a las innovaciones de carácter inclusivo propuestas en beneficio de aquellos

que están en un lugar más bajo.² Ejemplos de esta idea serían las respuestas negativas al surgimiento de la república moderna, a la expansión del sufragio, al crecimiento del socialismo, al establecimiento del Estado de bienestar, a la incorporación de sectores históricamente excluidos, etcétera (Eatwell y O’Sullivan, 1990). Esta serie de oposiciones potencialmente infinita puede reducirse por medio del análisis histórico a un conjunto delimitado (Ignazi, 2006). En este sentido, puede resultar útil recurrir al clásico análisis tripartito de las derechas francesas realizado por René Rémond (2007).

De acuerdo con Rémond, la primera de las derechas (en términos cronológicos) es *la derecha legitimista*, que nació como reacción a los impulsos modernizantes de la Revolución francesa y se caracteriza por añorar el pasado y buscar un regreso al orden perdido. El legitimismo también se caracteriza por suponer una antropología negativa y una teología positiva, lo que lo lleva hacia una concepción naturalista y jerárquica del orden social y a una perspectiva monista y autoritaria del poder.

Este tipo de derecha se hizo presente en la Argentina a fines de la década de 1920, cuando se hizo claro que la hegemonía del presidente radical Hipólito Yrigoyen no podía ser quebrada. A partir de entonces, fue destacándose en el campo de la derecha un sentimiento de frustración, que abrió el camino para el surgimiento de una derecha reaccionaria de tintes nacionalistas, xenófobos, clasistas, antiliberales y antidemocráticos (McGee Deutsch, 1993). Entre intelectuales y jóvenes de las clases altas y medias urbanas se propagaron críticas al régimen democrático: no se apuntaba apenas a una depuración de los mecanismos instalados por la Ley Sáenz Peña (que universalizaba el voto secreto y obligatorio de los adultos varones), sino a refundar la república para impedir el triunfo de la anarquía y la chusma (Tato, 2004). El papel de esta derecha ha sido menos protagónico que el que usualmente se supone, pero sus acciones (propaganda, atentados terroristas, operaciones parapoliciales, alianzas con las fuerzas armadas) resultaron cruciales para posibilitar los sucesivos golpes de Estado que jalonaron la historia argentina (McGee Deutsch, 2005).

La segunda familia distinguida por Rémond es *la derecha orleanista*, que tuvo su origen durante la “monarquía de Julio”, cuya agonía retratará Marx en su *18 Brumario*. Se caracteriza por pendular entre los valores liberales y conservadores que se ven reunidos alrededor de las nociones de moderación,

² Debe notarse que la identificación de la izquierda con lo bajo y la derecha con lo alto no solo está presente en una serie de metáforas del lenguaje cotidiano (Lakoff, 2006), sino que también era parte del cambio de eje que se dio históricamente durante la Revolución francesa.

seguridad y tradición. Justamente por ello, la derecha orleanista, aunque no aborrece los cambios sociales, los acepta solo de un modo gradual y tutelado mostrando escepticismo ante los avances de actores que trastocan el orden establecido desde abajo, pero aceptando las transformaciones de envergadura cuando son impulsadas desde arriba.

La derecha de tipo orleanista ha tenido una presencia constante y ambivalente en la Argentina: fueron las élites liberal-conservadoras las que restringieron el sufragio a fines del siglo XIX y también fueron ellas las que lo ampliaron. Al verse impedidas de retornar al poder por la vía electoral, apoyaron los golpes de Estado impulsados por la derecha reaccionaria, pero una vez en el poder, no dudaron en desembarazarse de sus aliados extremistas (Bohoslavsky y Morresi, 2011). Es importante notar que en el interior de esta familia pueden distinguirse dos ramas que quedaron más o menos claras luego del derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955: los federalistas y los liberales, dos grupos que —a pesar de compartir un ideario común— tenían intereses diferentes (Gibson, 1996a).

Los federalistas (también conocidos como conservadores populares o conservadores del interior) eran un grupo heterogéneo de partidos y liderazgos con alcance provincial que, en su mayoría, estaban enraizados en el movimiento conservador de comienzos del siglo XX. Dentro del federalismo convivían intereses materiales diversos y conflictivos entre sí, pues cada partido representaba a las fracciones de la burguesía más importantes de su distrito y no había una base doctrinaria que los uniera. Pese a ello, durante los períodos de gobiernos civiles, los federalistas formaron frentes electorales exitosos, como la Fuerza Federalista Popular, FUFEP. En los períodos dictatoriales (1955-1958, 1966-1973 y 1976-1983), los federalistas tuvieron llegada a los elencos militares, que vieron en ellos posibles herederos de sus gobiernos e incluso les permitieron mantener el poder en sus distritos (Morresi, 2010).

Los liberales no estaban distribuidos a lo largo de la geografía argentina, sino que se concentraban en Buenos Aires, donde, desde mediados de la década del cincuenta, procuraron dar forma política a los intereses agroexportadores y, más adelante, a los de la economía financiera y las industrias de capital intensivo. En contraste con los federalistas, los partidos liberales (como el Cívico Independiente, PCI) carecieron de relevancia electoral. Esto se debía a que la acción política de la burguesía porteña se canalizaba principalmente a través de contactos personales entre algunos de sus dirigentes políticos y cuadros profesionales con los partidos políticos mayoritarios o con los altos mandos militares (Morresi, 2010; 2011a).

Pese a sus diferencias, liberales y federalistas actuaron de modo similar y convergente durante el período posperonista. Si bien en teoría eran defensores del orden democrático, no dudaron en apoyar golpes de Estado o *putschs* palaciegos buscando insertar a sus dirigentes o cuadros técnicos en el gobierno nacional o en las administraciones provinciales. Practicaron, así, una suerte de “entrismo de derecha” que sirvió tanto a sus propios intereses como a los de las Fuerzas Armadas y que fue en desmedro de la capacidad de acción de los gobiernos democráticos.

La tercera familia de derecha identificada por Rémond —*la derecha bonapartista*— nació con el Segundo Imperio francés. Al igual que la derecha orleanista, la bonapartista tiene una visión positiva del progreso controlado desde arriba, pero —de manera similar a la legitimista— se vincula estrechamente con las formas autoritarias.³ Estos parecidos no opacan los rasgos familiares, como su hincapié en la movilización de masas con una perspectiva unicista (no pluralista) de las ideas de pueblo o nación y su aspiración a una identidad entre Estado y sociedad.

El prototipo de derecha bonapartista en el siglo xx es el *fascismo*. En la Argentina existieron grupos que adhirieron a esta ideología, pero tuvieron poca relevancia política excepto en períodos breves (McGee Deutsch, 2005). No obstante, eso no quiere decir que la derecha bonapartista entendida en un sentido más amplio (como de hecho lo hace Rémond, 2007) no haya tenido un rol destacado en la historia argentina. En este sentido, y aunque se trata de un fenómeno poco estudiado, resulta posible encuadrar dentro de la familia bonapartista argentina a ciertos sectores del peronismo⁴ que se desarrollaron (sobre todo —pero no exclusivamente— en el ámbito sindical) durante el exilio de Perón (1955-1973) y tuvieron su momento de mayor despliegue tras la muerte

³ Mientras para la derecha orleanista el autoritarismo aparece como un remedio coyuntural cuyo uso esporádico puede ser necesario, para las otras familias, las formas autoritarias son consustanciales y (en principio) perennes.

⁴ La amalgama entre ideas nacionalistas y políticas modernizantes unida a la vocación plebiscitaria, la implementación de políticas inclusivas controladas desde el Estado y ciertos coqueteos con el *fascismo* que se desarrollaron en el período 1945-1955 podrían llevar a considerar al peronismo *in toto* como una expresión de la derecha bonapartista (en los términos empleados por Rémond y sin pretensión de vincular el término con el debate suscitado entre el marxismo y la llamada “izquierda nacional”). En este sentido, el peronismo podría caracterizarse como un orden político semicompetitivo y no pluralista (Rouquié, 1978) o como una forma de autoritarismo de masas (Plotkin, 1993). Sin embargo, hay elementos que permiten poner en duda esa apreciación al considerar la cuestión desde una perspectiva enfocada no solo en los aspectos políticos, sino también en los sociológicos e ideológicos (De Ípola, 1989).

del líder en 1974 (Franco, 2011; Besoky, 2013; Zicolillo, 2013). A pesar de haber quedado eclipsados durante el autotitulado Proceso de Reorganización Nacional (PRN, 1976-1983), parte de esos sectores volvería a desempeñar un papel secundario durante la última década del siglo xx a través del Movimiento por la Dignidad y la Independencia (MODIN).⁵

El campo de la derecha

Otros autores han presentado versiones modificadas de la tipología de Rémond (por ejemplo, Eatwell y O’Sullivan, 1990). Sin embargo, la perspectiva original tiene ventajas: es parsimoniosa, permite dar cuenta de las principales formaciones conocidas hasta el momento (incluyendo versiones contemporáneas de las derechas como el extremismo reaccionario, el neoliberalismo y los populismos nacionalistas) y facilita la exploración de las diferencias en situaciones concretas. En todo caso, es claro que el hincapié en la perspectiva histórica muestra que las diferentes formas de la derecha no están aisladas unas de otras, sino que se superponen e interactúan, tanto de forma competitiva como colaborativa. En este sentido, las derechas aparecen como elementos constitutivos de un espacio, que luchan entre sí por el dominio, pero que son capaces de actuar de forma solidaria: el rechazo por lo externo es superior a las disidencias internas y permite la conformación de un campo con cierta autonomía.

El espacio de la derecha se conforma gracias al acervo y las capacidades de sus integrantes, pero no es equivalente a su suma aritmética: contiene un plus articulador que puede ser asimilado al resultado contingente, pero no casual, de operaciones discursivas de los actores que están dentro del radio del campo (Lakoff y Johnson, 2003). Ese plus está formado por una gramática común que puede caracterizarse como una red conceptual, una serie de conceptos que se definen mutuamente y que conforman un todo con coherencia interna que puede (o no) alcanzar la sistematicidad propia de las teorías. Una gramática no es una propuesta teórica, pero tampoco es una colección anárquica de definiciones; está construida alrededor de un eje o “mito fundante” que, a su vez, solo es posible

⁵ El MODIN es un partido nacionalista creado en 1991 que se caracterizó por una retórica contraria al neoliberalismo. Sus principales líderes se definían a sí mismos como “peronistas auténticos” en contraste con aquellos que se habían desviado hacia la izquierda o hacia el liberalismo (Fair, 2011). Durante un tiempo breve, el MODIN se erigió en la tercera fuerza política de la Argentina. Sin embargo, en 1994 selló un pacto con el peronismo en la provincia de Buenos Aires para permitir la reelección del gobernador Eduardo Duhalde. Luego de ello se debilitó y sus líderes se integraron al Partido Justicialista (PJ).

merced a la exclusión de uno o más conceptos que funcionan como “exterior constitutivo” (Laclau, 1996).⁶

En el caso argentino, es posible notar que el primer concepto expulsado (ya a comienzos del siglo xx) fue el de *populismo* (Morresi, 2011a). La noción de populismo es, como otros vocablos políticos, extremadamente polisémica (cf. Panizza, 2005; Aboy Carlés *et al.*, 2006). Sin embargo, el uso que le dieron los actores que irían a conformar la derecha liberal-conservadora argentina es claro: lo populista se vinculaba a las acciones sociales *masivas* que buscaban influir en la acción del Estado, sobre todo de aquellas acciones que procuraban otorgarle al aparato estatal un rol activo en el nivel socioeconómico. Más específicamente, se consideran políticas populistas las que están orientadas a *forzar* una redistribución sin respetar las formas legales y atropellando los derechos adquiridos (Benegas Lynch, 1989). Durante el siglo xx, la derecha liberal-conservadora y la reaccionaria usaron el término para referirse a todos los regímenes populares incluyendo no solo al peronismo clásico (que aparece como la máxima expresión de populismo), sino también al radicalismo e incluso a sectores militares moderados (Zinn, 1976). De este modo, *el rechazo por el populismo se transformó en un rechazo por la democracia de masas*, que en la gramática del campo de la derecha aparece como “kakistocracia”, “democracia socializante” o “régimen populista pseudo-democrático” (García Belsunce, 1982). En palabras de uno de los líderes de la familia liberal-conservadora:

En la democracia de masas el ciudadano medio es convocado periódicamente a decidir a través de su voto sobre asuntos que están fuera de su comprensión. Uno de estos, tal vez el más importante, es el de la naturaleza del orden económico. A su conocimiento no se llega por la vía de la experiencia diaria ni del saber vulgar; se requiere un estudio sistemático apoyado en el método científico... Someter [las] leyes económicas a la aprobación del ciudadano corriente equivale a pedirle que opine sobre la ley de gravedad (Alsogaray, 1976: 13).

⁶ Los mitos fundantes son ideas que procuran brindar una explicación de las acciones pasadas y justificar las elecciones presentes y los planes futuros. No importa si se asientan sobre datos empíricos o son producto de una ficción; su presencia basta para que tengan consecuencias materiales. Pero para que los mitos surjan y se conviertan en eje de la gramática de un campo, es necesario que los actores expulsen al menos un concepto que, transformado en anatema, sirva como frontera y punto de referencia. Solo cuando el campo cuenta con ese exterior constitutivo puede erigir su mito fundante, que aparece como el opuesto positivo de aquello que fue excluido.

La expulsión del populismo permitió erigir el mito fundante de *la república perdida*, una edad dorada (ubicada temporalmente en los tiempos del primer centenario) en la que la Argentina habría sido un país políticamente ordenado, socialmente armonioso y económicamente exitoso. Alrededor de ese mito se fue construyendo un lenguaje y conformando el entramado del campo de la derecha. A la visión plebeyista de una democracia popular, el campo de la derecha opuso la idea de una *república* formada por valores morales (el esfuerzo y la templanza opuestos a la desidia y al desenfreno), socio-religiosos (el orden de cuño cristiano contra el caos y la perversión de las jerarquías), filosófico-económicos (la responsabilidad de los individuos y la solidaridad de los más aventajados frente a la disolución del individuo en la masa y el conflicto clasista), geopolíticos (el Occidente enfrentado a la cercanía del populismo con las ideas socialistas), político-económicos (la propiedad privada que garantiza la libertad y valoriza el esfuerzo versus la falta de respeto por lo ajeno) y ético-políticos (la libertad negativa opuesta a una libertad positiva que desemboca en libertinaje). En la gramática del campo de la derecha, la democracia debía tener un lugar subordinado a los valores de la república y por ello la solución al “desgobierno populista” debía encontrarse en un doble mínimo:

... mínimas dimensiones del gobierno y mínima participación de los que eligen, reduciéndolos a los que voluntariamente deseen ejercer ese derecho, a los mayores de edad, a los que tengan 6° grado aprobado y a los partidos que no tengan como programa la manifiesta violación de la Constitución Nacional [como el peronismo y el comunismo] (Sánchez Sañudo, 1969: 84).

Al construirse contra el populismo, el campo de la derecha pudo incluir tanto a la familia orleanista (el liberalismo-conservador) como a la legitimista (la derecha reaccionaria). Sin embargo, las operaciones de exclusión y mitologización y el desarrollo de los lenguajes son procesos dinámicos, cambian en respuesta a las acciones del campo opuesto y como resultado de las disputas dentro del espacio propio. Así puede entenderse la transformación sufrida por el campo de la derecha a comienzos de la década de 1960, cuando –fruto de una nueva situación política en la que influyeron los ecos de la revolución cubana– se produjo la expulsión de otro concepto: el de *socialismo*. Esta exclusión provocó que el campo de la derecha se tornara más claramente antidemocrático al permitir la incorporación de sectores identificados con las ideas y las prácticas populistas (la derecha bonapartista).

Derechas y democracia en la Argentina

El enfoque histórico permite estudiar el campo de la derecha argentina como el fruto de la compleja interacción de fuerzas legitimistas (reaccionarias, clericalistas, nacionalistas), orleanistas (liberal-conservadoras, neoliberales) y bonapartistas (nacionalistas, peronistas de derecha). En otros estudios (Morresi, 2011a; 2013) se profundizó el análisis contextual de las alianzas realizadas por los distintos componentes del campo de la derecha en el siglo xx. Para los objetivos de este capítulo, resulta suficiente subrayar dos cuestiones sobre la tensión entre derechas y democracia.

En la Argentina, las derechas tuvieron una relación muy difícil con las formas democráticas. Efectivamente, si bien fueron las propias élites liberal-conservadoras las que ampliaron el juego político, también fueron ellas las que impulsaron la estrategia golpista de forma sistemática. A mediados del siglo xx, el recurso al golpe de Estado dejó incluso de tener un carácter excepcional abriendo las puertas a la participación cuasi regular de las fuerzas armadas en la política y el recurso de la violencia como instrumento legítimo para dirimir pugnas partidarias, luchas ideológicas y conflictos de intereses. En buena medida, el rechazo de la derecha liberal-conservadora a la democracia se explica por su manifiesta incapacidad para ofrecer alternativas electoralmente exitosas (Bohoslavsky y Morresi, 2011). Sin embargo, en el momento de considerar el campo de la derecha en general, también debe tenerse en cuenta la posición reaccionaria del nacionalismo, para el que la democracia liberal aparecía *a priori* como un sistema que debía ser superado. Por otra parte, durante los años del peronismo, si bien no se avanzó hacia el *fascismo* o el corporativismo, sí se implementaron políticas reñidas con el régimen poliárquico. En parte por ello, en el período posterior, amplios sectores sociales apoyaron tanto la opción por la democracia restringida como las salidas golpistas que eran impulsadas desde la derecha.

En 1983, luego del derrumbe de la última dictadura, la derecha mostró, si no un compromiso claro, al menos la decisión de participar activamente en el sistema democrático. En este cambio de actitud influyeron varios factores. Por un lado, la derecha nacionalista (tanto en su variante legitimista como en su vertiente bonapartista) se mostró agotada luego de la experiencia dictatorial, por lo que la fracción del campo de la derecha que más fuertemente impugnaba el sistema democrático dejó de ser relevante. Ello junto con el descrédito en el que cayeron las Fuerzas Armadas y las ideas de derecha en general volvieron extremadamente costosas las estrategias golpistas. Por otro lado, la derrota del

Partido Justicialista (PJ) en las urnas (en 1983) y la aceptación del neoliberalismo por parte de un presidente peronista (en 1989) mostraron que la derecha liberal-conservadora, que hasta entonces se había caracterizado por definirse a sí misma a partir de un antipopulismo acérrimo, podía convivir con el peronismo y hacer avanzar su agenda recurriendo a la táctica “entrista”. Finalmente, no debe dejar de considerarse que el declive de las políticas de izquierda durante el final del siglo xx, y el consecuente avance del neoliberalismo, fueron alicientes para que la derecha aceptara la democracia como “el único juego posible”.

Vale la pena detenerse en las estrategias políticas seguidas por los diferentes grupos que integraron el campo de la derecha durante el siglo xx. En la etapa del orden conservador (1880-1916), las derechas utilizaron la vía partidaria al poder, pero torcieron las instituciones demorrepublicanas en su propio beneficio. Al comienzo de la etapa siguiente, las derechas respetaron el juego democrático, pero ante la vigencia del radicalismo yrigoyenista, las fuerzas liberal-conservadoras se unieron a la derecha nacionalista para inaugurar el camino del golpismo. Durante los años treinta, la derecha liberal-conservadora se deshizo de sus aliados nacionalistas y volvió a practicar la manipulación de las instituciones de manera menos solapada y más violenta.

Con el golpe nacionalista de 1943 se abrió una etapa que instauró un nuevo clivaje en el mapa político argentino. La distinción entre el populismo y el republicanismo (o entre peronismo y antiperonismo)⁷ reconfiguró la sociedad argentina. Aunque algunos grupos de derecha se sumaron al peronismo, la mayoría de las fuerzas liberal-conservadoras intentó avanzar por la vía de una alianza electoral opositora que resultó infructuosa. Luego de ello, y ante el avance peronista sobre sus intereses económicos y sus valores político-culturales, volvió a aliarse con el nacionalismo para impulsar el camino de la violencia.

En la fase posterior a 1955, el campo de la derecha practicó tres estrategias: al golpismo y la restricción de las instituciones democráticas sumó el “entrismo”. Esta variante aseguraba una presencia de las ideas y los intereses de las élites dirigentes sin importar el partido o la facción gobernante y permitía establecer marcos de alianzas amplios que incluían a los distintos sectores en los que se dividió la derecha liberal-conservadora, a los partidos mayoritarios (como las fracciones de la UCR), a sectores militares y a grupos de presión.

En la etapa abierta en 1983, la derecha liberal-conservadora pareció inclinarse nuevamente hacia una estrategia partidaria; no obstante, y a pesar de

⁷ Sobre la idea de clivajes y la distinción entre el hemisferio peronista/populista y el antiperonista/antipopulista, ver el capítulo 1.

importantes avances electorales, durante los años noventa se volvió a optar por el entrismo. Esta opción (a diferencia del golpismo o del fraude) resulta compatible con las formas poliárquicas. Sin embargo, esta compatibilidad no implica un compromiso con la democracia como sí lo supone la estrategia partidaria-electoral, en la que el acceso al poder solo puede derivarse de la continuidad de los actos electorales. Justamente por ello, como se ve en la próxima sección, es auspicioso el surgimiento de un partido de derecha que apuesta a acceder al poder por la vía de los votos.

¿PRO es un partido de derecha?

Según se desprende de nuestro estudio de campo, los líderes de PRO no están de acuerdo en colocarse dentro del campo de la derecha. No obstante, las relaciones del partido con las redes de la derecha internacional y la pertenencia de sus votantes fundamentales lo sitúan en el hemisferio derecho de la política argentina. Por otra parte, las ideas y valores puestos en juego en las prácticas y los discursos de sus cuadros dirigentes hacen de PRO un partido heterogéneo y complejo que se acerca a las concepciones posideológicas, pero que también tiene lazos con las posturas neoliberales y conservadoras.

En esta sección vamos mostrar por qué pensamos que es plausible calificar a PRO como una fuerza del campo de la derecha sin que ello implique asimilarlo a las visiones extremistas o autoritarias que se desarrollaron en la Argentina en las décadas previas. Por ello podría parecer preferible calificar a PRO como una fuerza de centro-derecha y no simplemente de derecha. No obstante, en este capítulo, las expresiones "derecha" y "campo de la derecha" se utilizan del modo abarcativo y por ello se las emplea para calificar a PRO.

Ni izquierda ni derecha: el partido posideológico

De acuerdo con estudios comparativos, PRO se ubica en el espacio del centro a la derecha (por ejemplo, Sagar, 2009). La opinión de los expertos sobre PRO no debería ser desestimada porque se apoya en datos relevantes. En primer lugar, una parte importante de los "votantes fundamentales" de PRO (en el sentido de Gibson, 1996a) provienen de la base electoral de partidos orientados a la derecha, como Acción por la República (AR) y la Unión del Centro Democrático (UCeDe) (Alessandro, 2009). En segundo término, desde sus inicios buscó alianzas con partidos y dirigentes políticos que se identifican como pertenecientes al espacio de la derecha o la centro-derecha, como la UCeDe,

el Partido Demócrata y –más adelante– Recrear para el Crecimiento (Recrear) y la facción neoliberal del Movimiento Popular Neuquino (MPN). En tercer lugar, PRO está afiliado a la Unión Internacional Demócrata, que agrupa a los partidos conservadores de distintos países y estuvo asociado a otras dos internacionales políticas orientadas a la centro-derecha (la Internacional Demócrata de Centro y la Internacional Liberal). En este mismo sentido, también deben tenerse en cuenta los vínculos de PRO con las redes internacionales de *think tanks* de derecha (Fischer y Plehwe, 2013; Morresi, 2013). En cuarto lugar, tanto los analistas políticos de los medios masivos de comunicación como los dirigentes de los partidos mayoritarios de la Argentina, e incluso algunos funcionarios de PRO, coinciden en calificar al partido como “de derecha” o “de centro-derecha” (Cárpena, 2011; Mora y Araujo, 2011; Goldman, 2014b). En este mismo sentido, en declaraciones públicas y privadas, el líder de PRO, Mauricio Macri, definió a su propia fuerza como “pro-mercado” (Serra, 2009; O’Donnell, 2011), lo que lo hace convergente con las ideas de derecha y centro-derecha tal como habitualmente son definidas en América Latina (Coppedge, 1997; 2000).

Pese a la presencia de estos elementos, la mayoría de los miembros de PRO se rehúsa a aceptar que su partido sea catalogado como de derecha o de centro-derecha. Durante nuestra investigación preguntamos a los líderes de PRO cómo se ubicaban a sí mismos en una escala que iba desde la izquierda (1) a la derecha (10). Algunos –sobre todo quienes provenían de partidos conservadores o habían llegado a la política desde el mundo empresarial– se colocaron “a la derecha”. Otros –que habían comenzado a militar en la UCR o se habían “metido en política” a partir de sus vínculos con ONG– se inclinaron “a la izquierda”.⁸ Sin embargo, la mayoría decidió ubicarse “en el medio” y el resultado promedio quedó cerca del centro: 5,65, apenas a la derecha del promedio nacional que –de acuerdo con los datos de Latinobarómetro (2010)– es de 5,2.

Distintas razones explican esta actitud. Por un lado, debe considerarse la motivación pragmática: a los dirigentes de PRO les conviene colocarse en la postura en la que puedan granjearse el apoyo de una mayor cantidad de votantes. En la Argentina, solo el 20% de los ciudadanos se reconoce de derecha y más del 50% se ubica en el centro del espectro político (Latinobarómetro, 2013). En este sentido, PRO, como otros partidos modernos (Downs, 1973), procura situarse en el espacio en el que existe una mayor cantidad de votos potenciales confiando en sumar electores de centro sin perder el apoyo de los de derecha (a

⁸ Acerca de las distintas facciones de PRO y sus diferencias, ver el capítulo 1.

los que espera poder mantener por la escasez de otras ofertas y por su potencial de acceso al poder). Por otra parte, existen motivos ideológicos: entre los cuadros de PRO prima un rechazo a colocarse en la derecha porque en la Argentina la derecha y el autoritarismo se ligan fuertemente. En este sentido, si bien algunos líderes de PRO se mostraron públicamente de acuerdo con políticas del último gobierno *de facto*, su aprobación parece referir a ciertas perspectivas socioeconómicas y político-culturales y no a las formas autoritarias ni a las prácticas más execrables de la dictadura (cf. Cerruti, 2010; Posse, 2009).

Como parte de su estrategia para mantener alejada la imagen del partido del espacio de la derecha, PRO ha tratado de impulsar una identidad posideológica (Gallo, 2008a). En nuestro estudio de campo, la mayoría de los cuadros de PRO, sobre todo quienes comenzaron su vida política después de 2001 y quienes venían del mundo de las ONG, se mostraron muy enfáticos en posicionarse “más allá de la izquierda y la derecha”.⁹ Incluso, algunos entrevistados (sobre todo entre la facción de los empresarios) sostuvieron que no hacían política, sino que su trabajo era “técnico” y que “no tenía que ver con ideologías”.¹⁰ En este sentido, resulta particularmente ilustrativo un folleto titulado “Preguntas y respuestas”, distribuido entre cuadros del partido en 2011, que pretendía servir como una guía para argumentar frente a las consultas de los ciudadanos y de los periodistas. Bajo el título “PRO es un partido de derecha”, puede leerse la siguiente argumentación:

Seguir catalogando las propuestas políticas como pertenecientes a la derecha o a la izquierda es aplicar al presente categorías del pasado, que en vez de explicar confunden. Hay distintos modos de ver la política: algunos son antiguos y otros son modernos. Según la perspectiva moderna la política es gestión y servicio al ciudadano. El PRO sostiene esta última concep-

⁹ Un secretario de gobierno que comenzó a vincularse con la política en los años noventa a partir de su trabajo con ONG, lo expresó así: “Nosotros [en PRO] nos orientamos al pragmatismo, al hacer, digamos a la renovación, a la visión positiva, que no siempre lo logramos, que en campaña lo logramos [mejor] y por eso trabajamos mejor en campaña que en no campaña [...]. Pero creo que en algún punto, un clivaje posible futuro de la Argentina no pasa ni por izquierda ni por derecha, ni por peronismo ni por antiperonismo [...]. Puede pasar por una visión por ahí más reivindicativa de la política, [o, mejor] no reivindicativa de la política [como usualmente se la entiende] sino [...] de una visión, que creo que nosotros tratamos de representar, más propositiva más positiva representando a otro tipo de demanda”.

¹⁰ Un subsecretario que antes de entrar a la política (con posterioridad a 2001) había dirigido su propia empresa lo explicó así: “Yo estoy acá porque medio que algunos amigos me fueron metiendo. Y lo que hago lo trato de hacer bien, me gusta hacer las cosas bien. Pero yo no soy político, ni de derecha ni de izquierda, ni de centro”.

ción, y busca favorecer el desarrollo nacional a través de la búsqueda de consensos y de unidad. Al votante no le preocupan las clasificaciones entre derecha e izquierda, quiere gobernantes honestos que trabajen seriamente en la solución de los problemas y en la generación de condiciones para el crecimiento de todos (PRO, 2011: 30).

Así, al menos para una parte importante de los cuadros de PRO, las identidades ideológicas tradicionales (derecha e izquierda) pueden asimilarse a luchas estériles relacionadas con las nociones de conflicto y crispación tal como fueron tematizadas durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner (Eiff, 2014). Por otra parte, en reemplazo de las categorías anticuadas, se postula la construcción de una identidad “moderna” de la política que estaría ligada a la unidad y al consenso (no a la división y al conflicto) a través de la gestión seria, honesta y eficaz que, a su vez, permitiría la generación de condiciones para que todos puedan crecer en una suerte de carrera abierta al talento. De este modo, la concepción “moderna” aparece como una propuesta posideológica de raigambre liberal y no (al menos no necesariamente) como antipolítica (Inglehart y Klingemann, 1976; cf. Schuttenberg, 2014).¹¹

La identidad posideológica de PRO se tornó más clara a partir de 2013, cuando sus dirigentes comenzaron a presentarse como exponentes de una “tercera vía”. Al comienzo, el empleo del concepto era descriptivo: tenía la función de mostrar que PRO era una alternativa a los partidos tradicionales. Más adelante, se fue perfilando la construcción de un ideario más acabado, basado parcialmente en la concepción que Anthony Giddens (1999) elaboró para revitalizar la socialdemocracia europea. A diferencia de la tercera vía de Giddens, criticada en su momento por esconder propuestas neoliberales en una fraseología progresista (Callinicos, 2002), la apuesta de PRO no propone un *aggiornamento* de la centro-izquierda, sino de la centro-derecha.

El origen del nuevo “tercerismo” adoptado por PRO puede remontarse a una serie de debates llevados adelante en el Partido Popular (PP) de España, que se cristalizaron en documentos, posicionamientos y alianzas políticas (Zaplana, 1999; García Escudero, 2002).¹² El “giro al centro” del PP se inició a comienzos de la década de 1990, pero solo se terminó de plasmar en una ideología acabada

¹¹ Hasta cierto punto, puede sostenerse que la identidad posideológica desarrollada por PRO se asienta en una larga tradición de iniciativas y propuestas técnicas (por oposición a políticas) llevadas adelante por diferentes gobiernos de la ciudad de Buenos Aires durante el período en que el nombramiento del intendente era una potestad del presidente de la Nación (Gorelick, 1994; Landau 2015).

¹² Para un análisis de las relaciones del PP y PRO, ver el capítulo 5 de Vommaro *et al.* (2015).

algunos años después, cuando el partido se identificó a sí mismo como una fuerza “centro-reformista” concentrada en los valores de libertad, participación, solidaridad y buena gestión. En este sentido, resulta relevante el libro *El espacio de centro* (Rodríguez-Arana Muñoz, 2006), que reúne y sistematiza las tesis posideológicas adoptadas por el PP y que –más adelante– fue adoptado como fuente de inspiración por los dirigentes de PRO. Un texto en particular, firmado por Mauricio Devoto (2014), perteneciente a la facción que en el capítulo 1 llamamos de los empresarios, resulta relevante para exponer el paralelismo.¹³ Al comparar las reflexiones de Rodríguez-Arana sobre el PP y las de Devoto sobre PRO, se pueden encontrar varias coincidencias. Tanto para PRO como para el PP, es necesario avanzar hacia una “visión política moderna” concentrada en las personas y superadora de las ideologías de izquierda y de derecha. Ambos partidos insisten en considerar perimidos los conflictos políticos tradicionales (en particular los distributivos) y señalan la necesidad de avanzar hacia diálogos que permitan consensos amplios. Además, el PP y PRO comparten un diagnóstico sobre el agotamiento del Estado interventor, que debería ser reemplazado por una estrecha colaboración entre el mundo público y el privado, que se tornaría posible gracias a una gestión eficaz. Por otra parte, las dos fuerzas políticas coinciden en valorizar la participación ciudadana, que debería ser potenciada por medio del apoyo a las acciones solidarias y a la práctica del voluntariado.¹⁴

Aunque la lista de coincidencias entre las ideas del PP y de PRO podría extenderse, lo expuesto basta para mostrar que, siguiendo la línea del partido español, PRO adopta una identidad posideológica (Pessoa, 2003) centrada en la gestión y en ciertos valores (diálogo, libertad, solidaridad, eficiencia) con los que aspira no tanto a representar partes de la población (mayorías o minorías), sino a ayudar a resolver los problemas de “la gente” a través de la búsqueda de

¹³ Mauricio Devoto fue escribano del grupo SOCMA, donde entró en relación con el líder de PRO, Mauricio Macri. En 2001 se incorporó a la Fundación Creer y Crecer y en 2003, a Compromiso para el Cambio (CPC). Se desempeñó como representante de la Legislatura porteña en el Consejo de la Magistratura de la CABA y actualmente es el Escribano General de la CABA. Forma parte de la mesa directiva de CPC-PRO, es coordinador del área jurídica de la Fundación Pensar y miembro de la Fundación Pericles (un *think tank* vinculado a PRO especializado en asuntos legales). A nivel político interno, Devoto se encuentra vinculado a José Torello, titular de PRO a nivel nacional y al ministro de Modernización, Andrés Ibarra. El documento que citamos en este trabajo (Devoto, 2014) fue presentado como una propuesta para dotar de una identidad ideológica más clara a PRO (*Clarín*, 20/9/2014).

¹⁴ Sobre el peso de las prácticas filantrópicas y de voluntariado, así como su relación con ciertos conceptos como “el hacer”, ver el capítulo 3.

consensos y de la convergencia de los intereses públicos y privados. En palabras de los propios miembros de PRO:

Para la política ideologizada lo fundamental son los dogmas, las verdades reveladas. En el PRO lo fundamental son las personas [...]. Cuando la persona es el centro de la política, la economía y la sociedad, el vínculo adopta otras características: mentalidad de diálogo, atención al contexto, pensamiento reflexivo, búsqueda de puntos de confluencia, capacidad de conciliar [...]. Estas formas sustituyen las polarizaciones dogmáticas clásicas desplazando a las ideologías del centro del debate (Devoto, 2014: 10).

La identidad posideológica de PRO (reforzada a través de propuestas enfocadas en cuestiones posmateriales)¹⁵ está cercana a la noción de política de proximidad (Weltman, 2003; Cheresky y Anunziata, 2012) y a las concepciones de sociedades poshegemónicas (Butler y Stephens, 2007). Ahora bien, a pesar de que las identidades posideológicas tienen vínculos con ciertas configuraciones de la derecha (Ignazi, 2006), no es obvio que los ingredientes posideológicos de PRO lo liguén de modo necesario a la derecha, tal como ha sido postulado (Gallo, 2008a; 2008b). En este sentido, debe considerarse que otros partidos contemporáneos de distintas tendencias y recorridos históricos también adoptan identidades posideológicas (Katz y Mair, 2009). Resurge entonces el interrogante: ¿corresponde clasificar a PRO como a un partido de derecha? En lo que resta de esta sección trataremos de explicar por qué creemos que debe responderse afirmativamente a esta pregunta.

Estado y mercado: el partido neoliberal

En nuestro trabajo de campo encontramos que la mayoría de los dirigentes de PRO (77%) acuerda con la idea de que el Estado debe intervenir para reducir las desigualdades socioeconómicas, una propuesta que suele asociarse con la izquierda, no con la derecha. En el mismo sentido, menos de la mitad de los entrevistados (39%) se declaró favorable a que la educación y la salud públicas solo estén disponibles para aquellos que no puedan pagar por sí mismos estos servicios. Estos datos tomados de forma aislada podrían brindar sustento a declaraciones de los dirigentes de PRO que aseguran que su partido está lejos de la derecha.

Yo creo que hablar de izquierda y derecha es medio antiguo, [ahora] es más complejo todo. La identidad política es multidimensional. Hay gente que

¹⁵ Sobre las políticas posmateriales de PRO, ver el capítulo 1.

le preocupa más lo ambiental, gente que le preocupan más las instituciones, gente que le importan los pobres, entonces es muy difícil decir “este es de derecha y este de izquierda”. Pero digamos, para mí, internacionalmente, el PRO se parece a partidos de centroizquierda democráticos corridos al centro.¹⁶

Pese a ello, de acuerdo con el estudio de campo que realizamos en 2011, la mayoría de los cuadros de PRO (58%) acuerda con la idea de que “el mercado es el mejor y más eficaz mecanismo para asignar recursos”, postura más congruente con las posiciones de derecha (Coppedge, 1997; Luna y Rovira Kaltwasser, 2014). Una explicación de esta paradoja podría intentarse retornando sobre la noción de que PRO no es de derecha ni de izquierda. Como sostuvo el diputado Federico Sturzenegger:¹⁷

[En PRO queremos] un Estado al servicio de la gente y al servicio de un concepto que es nuestra “estrella”: la igualdad de oportunidades. Creer en la igualdad de oportunidades, ¿es de derecha o es de izquierda? [...] Sería bueno que la política deje de trabajar sobre la base de prejuicios ideológicos, y que empiece a discutir más en concreto.¹⁸

Sin embargo, esta interpretación no resulta satisfactoria porque, aunque es cierto que las identidades posideológicas son agnósticas respecto de los valores alineados en el eje izquierda-derecha, los modos concretos en que se construyen y las formas particulares que desarrollan no son neutras ni casuales. La misma idea de “igualdad de oportunidades” puede ser interpretada de modos distintos. Para clarificar el sentido en que se comprende el concepto en PRO, puede acudirse a la Declaración de Principios del partido:

¹⁶ Miguel Braun, citado en Goldman (2014a). Braun pertenece a una de las familias de accionistas del Banco de Galicia (uno de los bancos más importantes de la Argentina). Estudió economía en la UdeSA y obtuvo su maestría y su doctorado en la Universidad de Harvard. Fue consultor de diversos organismos (Banco Mundial, FMI, BID, MEN) y en 2000 fundó el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC), un *think tank* del que PRO se nutrió en numerosas ocasiones. Desde 2010 se desempeña como director ejecutivo de la Fundación Pensar.

¹⁷ Federico Sturzenegger estudió economía en la UNLP y obtuvo su doctorado en la misma especialidad en el MIT. Desde 1995 alternó la docencia (UTDT, Universidad de Harvard) con la función pública (YPF, MEN). En 2008 se integró al gobierno de PRO al asumir la presidencia del Banco de la Ciudad de Buenos Aires. En 2013 fue electo diputado nacional por la CABA.

¹⁸ Declaraciones de Federico Sturzenegger, en *El Parlamentario*, 10/6/2014, en <http://www.parlamentario.com/noticia-72780.html>, acceso el 1/2/2015.

Concebimos la redistribución de ingresos como un rol esencial del Estado moderno, a) asegurando la igualdad de oportunidades para acceder al trabajo y a los demás derechos sociales básicos; b) que garantice el funcionamiento de los mercados con estabilidad de precios de tal modo que se impida la estafa de la inflación a ahorristas y asalariados y consolide la operación de mercados libres de toda interferencia a la leal competencia, impidiendo así tanto la prebenda del Estado como el abuso de posiciones dominantes que vayan en detrimento de productores y consumidores; c) proveyendo un sistema educativo público abierto en su alcance social, profundo en sus contenidos y modernizante en sus proyecciones; d) estableciendo un sistema de salud que tienda a asegurar niveles básicos de prevención y asistencia médica para toda la población y asegurando los niveles nutricionales esenciales desde la concepción para toda la niñez carente de la Argentina y e) dando asistencia reparadora a los indigentes que no solo los proteja sino que los potencie para su futuro.¹⁹

Así, en el caso de PRO, la aparente contradicción entre un Estado que interviene y un mercado que decide el modo en que se distribuyen los recursos que señalamos más arriba parece comprenderse mejor a la luz de las ideas neoliberales postuladas por varios de sus dirigentes y defendidas en su particular visión centro-reformista de tercera vía.²⁰

De acuerdo con la identidad posideológica de algunos dirigentes de PRO, mercado y Estado son instituciones compatibles y no divergentes u opuestas como habían postulado las izquierdas y las derechas tradicionales. Así, en un discurso en la Conferencia Industrial Argentina, Mauricio Macri aseguró: “[En] la suma de los esfuerzos del sector público y el privado está la solución a los problemas que nos plantean los tiempos que vivimos”.²¹ Para comprender el alcance de la idea trivial de colaboración entre mercado y Estado, esta debe ser enmarcada dentro de los lineamientos de PRO, según los cuales el partido confía en “la complementariedad entre el estímulo de la iniciativa privada y la presencia del Estado en todos los ámbitos en que resulte imprescindible” (Devoto, 2014: 9). Para los cuadros de PRO, el mercado es una institución

¹⁹ Declaración de Principios del Partido PRO. Documento disponible online en <http://www.pjn.gov.ar/cne/secelec/document/declara/1321-8-PRO%20Declaracion%20de%20Principios.pdf>, acceso el 15/2/2015.

²⁰ En estas páginas no se pretende explorar a fondo las relaciones entre el neoliberalismo, el centro-reformismo y la tercera vía, sino apenas mostrar el modo en que estas perspectivas se vinculan específicamente en el caso de PRO.

²¹ *Ámbito Financiero*, 21/11/2011.

que genera un orden dinámico y eficiente, pero al mismo tiempo se reconoce que podría resultar necesaria la acción del Estado en determinados espacios. Así, la sinergia entre Estado y mercado que postula PRO parece cercana a la fórmula de la economía social de mercado alemana: *tanto mercado como sea posible, tanto Estado como resulte necesario*.²²

La economía social de mercado (ESM) es la doctrina político-económica implementada en Alemania durante la segunda posguerra. Fue creada (entre otros) por Alfred Müller-Armack a partir de nociones provenientes de distintas escuelas neoliberales, como la de Viena de Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, la de Friburgo de Walter Eucken y Hans Großam-Doerth y el ordoliberalismo de Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow (Zweig, 1980; Peacock *et al.*, 1989). Basándose en la idea de que el mercado en combinación con la propiedad privada de los medios de producción constituye la modalidad más eficiente de coordinación económica y la condición necesaria para garantizar la libertad de los individuos, la ESM tuvo éxito en impulsar la reconstrucción económica germana de posguerra (Van Hook, 2004; Sally, 1995). Pero, además de la perspectiva económica neoliberal, la ESM tenía una fuerte impronta social fundada en valores social-cristianos y humanistas. Esto llevó a sus implementadores –como Ludwig Erhard– a sostener un firme intervencionismo estatal en algunas áreas (como la seguridad social), a aceptar el rol protagónico de los sindicatos en la actividad económica (participando no solo de la reglamentación del trabajo, sino también en la propiedad de las empresas) y a procurar activamente cambios socioculturales que llevaran a los individuos a comportarse de modo solidario y autorresponsable (Wagner, 2000).

En la Argentina, el principal impulsor de la ESM fue Álvaro Alsogaray;²³ sin embargo, la versión de la ESM defendida por el fundador de la UCeDe tenía algunas diferencias con el modelo original, sobre todo en lo referido a los

²² La frase original (“tanta competencia como sea posible y tanta planificación como resulte necesaria”) es del canciller alemán socialdemócrata Willy Brandt, pero en documentos de PRO (Devoto, 2014: 5) aparece atribuida al ex presidente colombiano Juan Manuel Santos, quien parafraseó el célebre aforismo en el discurso inaugural de su presidencia.

²³ Alsogaray fue un líder político de ideas liberal-conservadoras que en los sesenta viró con claridad hacia el neoliberalismo. Fue el fundador del Partido Cívico Independiente (PCI, en 1957), la Nueva Fuerza (NF, en 1972) y la UCeDe (en 1983). Formó parte de los gabinetes de los gobiernos de Arturo Frondizi y José María Guido, además fue embajador en Estados Unidos durante el de Juan Carlos Onganía. Entre 1983 y 1999 fue diputado nacional. Sus ideas económicas y políticas recibieron siempre (sobre todo a partir de la década de 1980) amplia cobertura en los *massmedia*. La mayoría de los cuadros de PRO de la facción de la derecha estuvieron vinculados (en un momento u otro) a Alsogaray y sus iniciativas políticas.

aspectos sociales y políticos. Para Alsogaray, los sindicatos argentinos no estaban en condiciones de asumir el rol activo que les adjudicaba la ESM debido a su enorme poder político y al carácter distorsivo del mercado de sus actividades (Alsogaray, 1969). Además, sostenía que la seguridad social que tenía la Argentina era demasiado extensa y conspiraba contra el desarrollo de un mercado libre y un Estado eficiente (Alsogaray, 1981). Finalmente, creía que el apuntalamiento de los valores de solidaridad y responsabilidad postulados por la ESM requería que, temporalmente, hasta que se lograra educar a la ciudadanía, se aceptaran restricciones claras a la democracia y a la libertad de los individuos (Alsogaray, 1976).²⁴ Así, más allá de la retórica, la propuesta de Alsogaray (que en la década de 1990 se tradujo como “economía popular de mercado”) se acercaba más a las ideas economicistas neoliberales que habían nutrido a la ESM que a las propuestas más holistas de la Alemania de posguerra.

El estudio de PRO muestra que, a pesar de las diferencias entre las facciones que componen el partido, hay una tendencia a coincidir con los postulados de la ESM del mismo modo selectivo que empleara Alsogaray. Por un lado, se acuerda con la idea básica de la ESM de brindar soporte a un Estado que intervenga para corregir las fallas del mercado y reducir las desigualdades sin distorsionar los resultados de la competencia mercantil.²⁵ Por el otro, se rechaza el postulado de la ESM de brindar mayor protagonismo a los sindicatos (el 60% cree que “debe reducirse el poder de los sindicatos”). Pero hay una importante diferencia entre la postura de PRO y la de Alsogaray: mientras este último estaba dispuesto a impulsar una democracia restringida o a aceptar un gobierno autoritario, en PRO la apuesta por la democracia es clara, como se muestra más adelante en este mismo capítulo.

El acercamiento al neoliberalismo de los dirigentes de PRO también se constata en su acuerdo con las políticas de privatizaciones llevadas adelante en la última década del siglo xx (el 74% de los entrevistados discordó con la idea de que las privatizaciones hayan sido un fracaso, tal como sostiene el discurso de la centroizquierda) y en su rechazo mayoritario (83% en contra) a la idea de que el Banco Central tenga que seguir lineamientos del poder político. Respecto

²⁴ De este modo, Alsogaray traducía las normativas antinazis y antiestalinistas de la Ley Básica Alemana como justificativas de los golpes de Estado en la Argentina (Morresi, 2011a).

²⁵ Debe tenerse en cuenta que –en contra de ciertas nociones de sentido común– el neoliberalismo no procura un Estado ausente o prescindente, sino uno presente y activo que intervenga para sostener y ampliar el funcionamiento del mercado de modo tal que este arroje en la *práctica* resultados similares a los que alcanzaría en la *teoría*, en la que existen condiciones de competencia perfecta (Morresi, 2007).

de este último punto, cabe resaltar que neoliberales como James Buchanan (1975) y Milton Friedman (1993) alegan que uno de los problemas de los regímenes democráticos es su tendencia a la demagogia: los votantes prefieren a los candidatos que les pueden dar algún tipo de beneficio (por ejemplo, aumentos de salarios o planes sociales) y, para financiar estas medidas, el Estado emite moneda y así, genera inflación. Por eso proponen quitar a los políticos la capacidad de manejar el flujo de dinero garantizando la independencia de instituciones como el Banco Central, una postura que desde el partido PRO defendió el diputado nacional Federico Pinedo (Redrado, 2010).

Valores tradicionales: el partido conservador

Los cuadros dirigentes de PRO no solo tienen posiciones socioeconómicas compatibles con el neoliberalismo, sino que también adoptan una postura conservadora en temas éticos, culturales y políticos, lo que inclina el partido hacia la derecha.

De acuerdo con nuestro estudio de campo, el 92% de los dirigentes de PRO apoya la idea de que "las protestas sociales deben ser controladas para garantizar el derecho a la libre circulación de las personas". Aunque es cierto que la tensión entre el derecho de los ciudadanos a manifestarse y peticionar a las autoridades y los otros derechos que asisten a la población forma parte del debate público, el modo en que los líderes de PRO lidian con las manifestaciones civiles está inclinado a la derecha ya que su idea de "control" está emparentada a una criminalización de la protesta (Bertoni, 2010). En este sentido, Mauricio Macri fue claro cuando sostuvo durante su campaña electoral en 2005: "van 300 piquetes en lo que va del año y yo me pregunto, ¿por qué la justicia y las autoridades no actúan? [...] Los que toman comisarías y supermercados deberían estar presos".²⁶

La inmigración es otro de los temas en los que los dirigentes de PRO se acercan a las visiones de la derecha tradicional. La mayoría (77%) de los cuadros de PRO está de acuerdo con la propuesta de "adoptar medidas más estrictas para regular la llegada de migrantes", aun a pesar de que la Argentina defiende (incluso constitucionalmente) la política de puertas abiertas a los extranjeros. Sobre esta cuestión, en ocasión de una ocupación de terrenos públicos, tanto Macri como su jefe de Gabinete Horacio Rodríguez Larreta se expresaron en

²⁶ *Página12*, 19/08/2005.

forma xenófoba.²⁷ De todos modos, no queda claro si esta perspectiva representa una visión reaccionaria de los miembros de PRO o si es un intento pragmático de capturar votos, ya que los argentinos tienen un alto nivel de rechazo por los extranjeros.²⁸

Una tercera cuestión que refuerza la relación entre PRO y la derecha es el rechazo de los dirigentes del partido a debatir una ley sobre el aborto (61% se mostró en contra de considerar una legislación al respecto). En este caso, no parece haber de por medio un cálculo pragmático, sino una expresión de convicciones ideológicas, morales o religiosas, ya que buena parte de la opinión pública porteña parece ser favorable a reglamentar el derecho de la mujer a decidir (Vasallo, 2010). En apoyo a la hipótesis de la influencia de los valores religiosos, debe notarse que, según nuestro estudio de campo, la mayoría de las facciones que componen el PRO (con la excepción de la radical) tienen algún tipo de vínculo con el mundo religioso, en particular con la asociatividad católica (ver el capítulo 1).

Otro tópico que liga a PRO con la derecha en un sentido cultural es su postura respecto a los derechos humanos, un término que, si bien es polisémico y complejo, en la Argentina se asocia con el juicio y el castigo a quienes participaron en los crímenes de lesa humanidad durante la dictadura de 1976-1983 (Lvovich y Bisquert, 2008). Se trata de una cuestión de alta sensibilidad sobre la que la sociedad ha debatido desde el retorno de la democracia. En general, la izquierda del espectro político patrocina la identificación y penalización de los responsables mientras que la derecha insiste sobre dos visiones: la memoria completa y la mirada hacia el futuro (Lozada, 1999; Morresi, 2011b). La primera de estas perspectivas (sostenida por grupos más cercanos a la derecha reaccionaria) alude a la necesidad de comprender que la represión desplegada por la dictadura fue una respuesta necesaria a la violencia terrorista de izquierda. Dentro de PRO son pocos los que tienen esta posición (no obstante, ver Posse, 2009). Pero muchos cuadros de PRO (61%) están de acuerdo con la idea de

²⁷ Macri sostuvo que se vivía una situación de “inmigración descontrolada [vinculada a] el avance de la delincuencia y el narcotráfico”. Rodríguez Larreta aseguró: “En esa zona vive un 70 por ciento de gente de nacionalidad boliviana y paraguaya. El problema es que hay una ley muy permisiva respecto de la migración: viene la gente y al poco tiempo de estar en la Argentina pide una vivienda y usurpa”, *Clarín*, 10/12/2010.

²⁸ A pesar de que la cantidad de inmigrantes en la Argentina es baja (apenas el 4,2% de la población), el 50% de los encuestados en un estudio sobre el tema cree que el número de extranjeros en el país es demasiado alto y el 61% siente que la inmigración es perjudicial (Global Advisor, 2011).

que “en derechos humanos hay que mirar hacia delante, no hacia atrás”. Este posicionamiento no implica –como el anterior– una justificativa del accionar de las fuerzas armadas durante el PRN, sino “una vuelta de página” que permita dejar atrás los delitos del pasado y concentrarse en la gestión y resolución de los problemas actuales:

El PRO ha marcado claramente que su energía, su prioridad, está puesta no en perseguir fantasmas del pasado sino en resolver los problemas del presente que afectan los derechos humanos de la gente que vive actualmente.²⁹

Mi gobierno ha sido defensor de los derechos humanos, de la libertad de prensa, acceso a la salud y la educación. Ahora los derechos humanos no son Sueños Compartidos y los “curros” que han inventado. Con nosotros, todos esos curros se acabaron.³⁰

Los derechos humanos no los tenemos que militar, los debemos cumplir. La gente tiene que entender que los derechos humanos en Argentina hoy están profanados, por la riqueza que tenemos y la miserabilidad de tener a nuestros referentes robándonos el pan. En Argentina los derechos humanos son el pan, el techo, el trabajo, la salud, y la educación.³¹

La idea de “mirar para adelante” postulada por PRO en materia de derechos humanos tiene, como se dijo, cercanía con las posturas de la derecha tradicional en la Argentina. Pero además, remite a otra dimensión sobre la que vale la pena detenerse. Tal como se muestra con más detalle en el capítulo 3, en la concepción ideológica de PRO, el énfasis sobre la idea de futuro implica privilegiar la acción sobre la comprensión, lo concreto sobre lo abstracto, lo cercano sobre lo lejano, la unidad sobre la división.

Si trabajamos juntos, unidos y pensando en el futuro todos los problemas tienen solución. Argentina es un país maravilloso con grandes oportunidades, pero depende de nosotros y de si somos capaces de encararlos

²⁹ Declaraciones de Mauricio Macri en *Clarín*, 5/1/2010.

³⁰ Entrevista a Mauricio Macri en *La Nación*, 8/12/2014.

³¹ Declaraciones del legislador de PRO Sergio Bergman, publicadas en su sitio web: <http://www.sergiobergman.com/bergman-sumo-a-la-idea-del-beneficio-del-cambio/>, acceso el 1/3/2015. Sergio Bergman es rabino, presidente de la Fundación Judaica y de la Fundación Argentina Ciudadana. Ingresó a la vida pública como miembro del colectivo Memoria Activa, luego del atentado a la sede de la AMIA en Buenos Aires en 1994, y cobró protagonismo en los medios a partir de su participación en las marchas para reclamar seguridad durante el caso Blumberg (ver el capítulo 1). Se integró a PRO en 2011 y al poco tiempo fue ubicado al tope de la lista de legisladores, lo que le permitió ser electo.

juntos, con más diálogo, sin tantas fricciones y sin enfrascarnos en peleas del pasado.³²

La construcción de un futuro no utópico, sino posible a partir de la idea de la unidad, está enlazada con el ideario conservador, cuyo ejemplo más saliente en el siglo xx es, sin dudas, la obra de Michael Oakeshott. En este punto resulta ilustrativo poner en paralelo algunos pasajes del ensayo *La actitud conservadora* de Oakeshott con el documento *Nuestra idea* distribuido entre los miembros de PRO.

Ser conservador significa inclinarse a pensar y a comportarse en determinada forma [...]. Una propensión a usar y disfrutar de lo que se dispone en vez de desear o buscar otra cosa; a deleitarse con lo presente más que con lo pasado o futuro [...]. Lo que se aprecia es el presente, y no debido a sus conexiones con una remota antigüedad ni porque se considere que sea más admirable que cualquiera alternativa posible, sino gracias a su familiaridad [...]. Ser conservador consiste entonces en preferir lo familiar a lo desconocido, lo probado a lo no probado, los hechos al misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo superabundante, lo conveniente a lo perfecto, la felicidad presente a la dicha utópica [...]. La actitud conservadora no provoca ninguna de tales condiciones: la inclinación a disfrutar de lo presente y disponible se opone a la ignorancia y apatía y fomenta la unión y el afecto (Oakeshott, 2000).

El futuro se extiende desde este instante hacia adelante. El futuro no es una formulación abstracta y lejana, implica una forma del presente. Es elegir vivir el presente plenamente para construir un futuro deseado. El futuro que queremos señalar tiene que ver con el presente positivo [...]. A la idea de futuro hay que bajarla en escenarios concretos, tratar de evitar que sea un ideal que rearme el juego de la exaltación impostada y distanciante. No señalamos la utopía de un futuro inaccesible, buscamos transformaciones a nuestro alcance. Acá es donde se juega más que en ninguna otra dimensión el eje de la vida y de la muerte. Con la creencia de que las cosas importantes ya sucedieron y nuestro tiempo es un mero reflejo, cautivo de un tiempo ya vivido. Esta dimensión también nos exige construir una visión del futuro deseado. Pero esa visión no es un conjunto de políticas públicas, es una visión de cómo queremos vivir entre nosotros para poder realizarnos y ser felices.³³

³² Discurso de Mauricio Macri, 9/7/2014, reproducido en <http://www.buenosaires.gob.ar/noticias/macri-si-trabajamos-juntos-y-unidos-todos-los-problemas-tienen-solucion>, acceso el 1/3/2015.

³³ Documento *Nuestra idea*, PRO. Respecto al documento, ver el capítulo 3.

Como ya se apuntó en el capítulo 3, la idea de una “visión de futuro” de PRO aparece vinculada a un énfasis en lo valorativo. En este sentido, cuando le preguntamos cómo se definiría a sí mismo y cómo a su partido a un diputado de PRO de la facción de la derecha nos respondió:

Yo soy un conservador [...] y la doctrina filosófica dice que la definición del conservador es el realismo [...]. Ese es un aspecto. Después entre los partidos de poder y los partidos ideológicos o de oposición, yo voy con los partidos de poder. [...] Y la cosa liberal, sí, soy definitivamente un tipo liberal en el sentido de que hay que respetar los valores que cada persona elige para desarrollarse.

PRO es muy plural, es muy difícil que compartas todo con alguien [...] me identifico en muchas cosas con [la senadora] Gabriela Michetti en cuanto al enfoque, es muy difícil que tenga una diferencia [con ella]. [También] Hay tipos completamente a-ideológicos, como [el jefe de Gabinete] Horacio [Rodríguez Larreta]. Horacio es muy a-ideológico. Yo no, yo trato de meterle valores a lo que hago, no me da lo mismo ir para un lado que para el otro.

La tensión entre lo valorativo y lo no valorativo, entre lo ideológico y lo posideológico ha llevado al surgimiento de ciertas rispideces en el interior del partido (la disputa entre Michetti y Rodríguez Larreta en las Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias [PASO] de 2015 puede ser leída como un enfrentamiento de idiosincrasias). En este punto, entendemos, dos ideas han servido para mantener unido aquello que es diverso. Una es la vocación de poder sobre la que hemos hablado en otro lugar (Morresi y Vommaro, 2014; ver también el capítulo 1). La otra, sobre la que quisiéramos llamar la atención ahora, se relaciona con la solidaridad que, reenmarcada en términos de eficiencia, permite una mejor convivencia de las distintas facciones.

Solidaridad y eficiencia: el partido de la derecha sensible

La imagen de PRO como un partido enfocado en el valor de la solidaridad solo se tornó clara a partir de 2007, cuando el partido buscó alejarse del perfil tecnocrático que había cultivado en las elecciones anteriores y que sus opositores habían ligado al neoliberalismo. En la búsqueda de una nueva imagen, se procuró vincular el partido a las nociones de solidaridad y empatía, pero sin perder de vista el valor de la eficiencia, lo que dio lugar a que se lo etiquetara como un ejemplo de “derecha sensible” y se lo vinculara al “conservadurismo compasivo”.³⁴

³⁴ *Perfil*, 17/6/2007.

La idea de conservadurismo compasivo fue creada por Marvin Olasky (2000) como un intento de mostrar que los valores que afirma perseguir la izquierda (como la salud pública o un nivel de ingresos que permita enfrentar las necesidades básicas) solo se pueden concretar a través de políticas asociadas con la derecha, como la defensa del libre mercado, el impulso de las instituciones de caridad y la eliminación de seguros sociales universales que no distinguen entre quienes se esfuerzan por mejorar y quienes toman ventaja de las buenas intenciones de la sociedad.

A pesar de hacer hincapié en las nociones de solidaridad y autorresponsabilidad, la visión de Olasky, fuertemente ligada a la derecha religiosa estadounidense (Utter y Storey, 2007), no es la misma que la que sostiene la ESM alemana a la que se aludió antes. Mientras que el conservadurismo compasivo se apoya en el individualismo, la ESM procura un sustento social.

En términos teóricos, el concepto de solidaridad alude a la adhesión a una causa o a proyectos de terceros en la búsqueda de enlazar destinos y forjar una comunidad. En este sentido moral –que es el que se toma en cuenta en la ESM–, la solidaridad no apunta solamente al socorro de la persona carente, sino, sobre todo, al compromiso entre quien ayuda y quien tiene una necesidad; se genera así una identificación entre ambos. Desde esta perspectiva, la solidaridad genera relaciones sociales fuertes y sociedades densas que se orientan por los conceptos de justicia, bien común e igualdad. Sin embargo, en el lenguaje cotidiano, como en la visión de Olasky, la idea de solidaridad está emparentada con las acciones individuales caritativas o de beneficencia, en las que se presupone (y hasta cierto punto se perpetúa) una relación jerárquica entre el que ofrece ayuda y el que la recibe.

No resulta sencillo identificar cuál de estas dos concepciones de solidaridad es la que prima entre los cuadros de PRO. En las entrevistas realizadas durante el trabajo de campo, encontramos la presencia de ambas perspectivas. Plasmamos aquí dos testimonios representativos que corresponden a legisladoras que llegaron a la vida política después de 2001. En el primero de ellos se alude a la necesidad del valor de la solidaridad como una suerte de argamasa social que es necesario recuperar. En el segundo, la idea de solidaridad parece ponerse en paralelo con las prácticas filantrópicas, con la idea de ayuda desde un lugar de cierta exterioridad.

[En parte] *llegué acá para aportar mi granito de arena, ¿no? Porque lo que nos hace personas, lo que nos hace humanos es pensar en el otro, ser solidarios [...]. Un país sin solidaridad no puede avanzar. Y eso [la solidaridad] es un poco lo que se había ido perdiendo [en los últimos años].*

Yo trabajé en cuestiones vinculadas [a las tareas solidarias] y nunca quise pedir nada al Estado, porque para mí la política no tenía nada que ver. Ahora me doy cuenta de que desde acá se pueden hacer muchas cosas, que desde acá se puede ayudar a cambiar la vida de la gente. Pero, claro, no es lo mismo.

Del mismo modo, en los documentos programáticos del partido y en las declaraciones públicas de sus dirigentes hay casos en los que se trata de hacer hincapié en la noción activa y comunitaria de la solidaridad y otros en los que se refuerza la idea individualista en la que la solidaridad se entiende como el apuntalamiento de la igualdad de oportunidades.

Nuestra actitud solidaria implica la promoción de bienes y servicios reales que posibiliten a las personas el acceso a entornos más ricos de libertad y participación. Esto significa que nuestra acción solidaria no ahoga ni subordina al beneficiario, sino que posibilita la afirmación de su identidad y refuerza el pluralismo y la cooperación. Entendemos que sin auténtica libertad no hay participación sino sometimiento (Devoto, 2014: 11).

Otra cuestión a destacar es que hay un enorme grupo que se dedican a tareas voluntarias, con programas de acción y solidaridad en los barrios, acercándose a los vecinos. Estamos convencidos de que es muy importante escuchar a estas nuevas generaciones, con esta misión que tienen de transformar la vida. Todo lo que sea escuchar, participación, movimiento e igualdad de oportunidades, contribuimos a que los jóvenes se sientan parte de su Ciudad y de este país.³⁵

En cualquiera de los dos casos, parece pertinente subrayar que la noción de *solidaridad* ocupa un lugar importante en el discurso de PRO ya que permite vincular algunas posturas conservadoras, neoliberales y los argumentos posi-deológicos defendidos por algunos de sus dirigentes. En este último sentido, y como afirma Mauricio Devoto (2014: 11), la solidaridad debe comprenderse como una forma de hacer política (una “actitud”) que va “en contra de la noción del Poder como control y dominación” y que, en cambio, “es entendida como acción al servicio de las personas”.

Por otra parte, al enlazar distintas concepciones de solidaridad por medio de la noción de eficiencia, se hace posible una cohesión interna de los diversos elementos y las distintas facciones que componen el partido, que tienden a abroquelarse frente a sus adversarios políticos a los que perciben como “falsos

³⁵ Declaraciones de la legisladora Carmen Polledo en *El Parlamentario*, 27/9/2014, <http://www.parlamentario.com/noticia-76163.html>, acceso el 5/2/2015.

progresistas” porque se muestran incapaces de llevar a buen puerto sus ideas y proyectos.

[El candidato a Jefe de Gobierno, el diputado por el FPV Daniel] Filmus hizo mierda la educación pública. Estos son los mismos inútiles que dejaron a la Ciudad como la dejaron [...] que venga Filmus [el candidato a vicepresidente de la Nación por el FPV, Amado] Boudou o [el candidato a jefe de Gobierno por el Partido Proyecto Sur] Pino [Solanas], todos juntos. Basta de este falso progresismo que hundió la Ciudad.³⁶

[Los falsos progresistas] no tuvieron agallas, y la ministra [María Eugenia Vidal, entonces candidata a vicejefa de Gobierno de la CABA] tuvo la garra e hizo la verdadera justicia social que nos enseñó el general Perón [...]. Para que nos vuelvan a elegir solo tenemos que decir lo que hicimos. [Cuando Mauricio Macri nos convocó] nos explicó el desafío del cambio, no decir sino hacer, y eso me recuerda a Perón. Esa es la verdadera justicia social.³⁷

*Nosotros somos progresistas de verdad, no de palabra, porque las cuestiones más importantes y más urgentes se realizan con buena gestión.*³⁸

De este modo, como sostiene Sebastián Mauro (2007: 11), PRO se une contra el “falso progresismo” y propone en su lugar un “progresismo de la gestión”, es decir, “una voluntad política de progreso social asentado en la capacidad transformadora de la máquina administrativa estatal”.

Con el foco puesto en este progresismo de la gestión, podemos volver a preguntarnos: ¿es PRO un partido de derecha?, ¿no se trata más bien de una experiencia demasiado compleja (tal como se mostró en los capítulos 1 y 3) como para aplicarle criterios clasificatorios que muchos de sus integrantes rechazan? Siempre es difícil catalogar a un actor político, máxime a uno cuyos movimientos se están desplegando al mismo tiempo que se lo estudia. Sin embargo, pensamos que los elementos que se apuntaron en esta sección muestran que PRO tiene prácticas y discursos que lo acercan al campo de la derecha tanto en el sentido sociocultural como en el político-económico. Creemos que estos elementos, sumados a otros datos de los que hicimos una revisión sumaria, permiten vincular

³⁶ Discurso de Horacio Rodríguez Larreta, 2/5/2011, reproducido por *Noticias Urbanas*, disponible en <http://www.noticiasurbanas.com.ar/testing/noticias/f8f29cb2aa338f989c36f115ebaa619e/>, acceso el 1/3/2015.

³⁷ Discurso de Diego Santilli, 2/5/2011, reproducido por *Noticias Urbanas*, disponible en <http://www.noticiasurbanas.com.ar/testing/noticias/f8f29cb2aa338f989c36f115ebaa619e/>, acceso el 1/3/2015.

³⁸ Entrevista a un secretario de gobierno con una amplia experiencia política.

a PRO a la familia orleanista (o liberal-conservadora). Esto no implica negar su carácter novedoso. De hecho, en la última sección quisiéramos hacer hincapié en aquello que diferencia a PRO de otras experiencias de la derecha argentina.

El compromiso con la democracia

PRO tiene un rasgo que lo diferencia con claridad de otras fuerzas del campo de la derecha que se desarrollaron en la Argentina: sus cuadros políticos declaran un alto nivel de compromiso con las formas democráticas, que se ve refrendado por sus prácticas políticas. Se configura así una novedad auspiciosa para la fortaleza de la democracia argentina.

Democracia y pragmatismo

En los documentos oficiales de PRO se resalta el compromiso del partido con el sistema democrático. El artículo 2 de la Carta Orgánica Nacional sostiene que el partido "se inspira en la democracia como forma de participación".³⁹ Asimismo en el punto 3 de la Declaración de Principios se establece: "La democracia es la única forma admisible de organización política para la sociedad y su gobierno".⁴⁰ Estas afirmaciones se condicen con las ideas de los dirigentes del partido: el 90% de ellos sostiene que la democracia es el mejor sistema político. Por otra parte, entre los votantes de PRO prima la misma opinión que entre los líderes: el 95% de los encuestados se mostró de acuerdo con la frase "puede que la democracia tenga problemas, pero es mejor a cualquier otra forma de gobierno" (LAPOP, 2010).

Más allá de las declaraciones genéricas, importa comprender qué es lo que los miembros de PRO entienden por democracia cuando sostienen que la apoyan. En nuestro estudio encontramos que la mayoría de los cuadros del partido tiene una visión minimalista (un sistema que garantiza la alternancia política) o procedimental (un sistema de elecciones limpias) de la democracia. Tal como puede verse en la tabla 3.1, la mayoría (57,7%) de los dirigentes de PRO se inclina por una perspectiva formal de la democracia, en la que se subraya el cumplimiento de condiciones y pautas que aseguran la legitimidad de origen y

³⁹ Documento disponible online en http://www.elecciones.gov.ar/estadistica/archivos/cartas_organicas/co_orden_nacional/pro_propuesta_republicana_orden_nacional.pdf, acceso el 15/2/2015.

⁴⁰ Documento disponible online en <http://www.pjn.gov.ar/cne/secelec/document/declara/1321-8-PRO%20Declaracion%20de%20Principios.pdf>, acceso el 15/2/2015.

de ejercicio del gobierno, y solo un tercio de ellos (el 32,7%) adhiere a la visión sustancial que pone el acento en la legitimidad de los objetivos.

Tabla 4.1. Visiones sobre la democracia entre los cuadros dirigentes del partido PRO (en porcentaje)

La democracia es		
Visiones procedimentales de democracia	Un sistema que garantiza la alternancia política	30,8
	Un sistema con elecciones limpias	21,2
	Un sistema que permite la representación y limita el poder	1,9
	Un sistema que respeta las libertades individuales y las instituciones	3,8
Visiones sustanciales de democracia	Un sistema que protege y fomenta los derechos sociales (vivienda, trabajo, etcétera)	32,7
Otras	La forma menos imperfecta de los pueblos para gobernarse	1,9
	Otras respuestas (que combinan visiones sustanciales y procedimentales)	5,7
NS/NC		1,9
Total		100

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la encuesta realizada a cuadros de PRO (2011).

Sin pretender entrar en el extenso debate entre la democracia formal y la sustancial,⁴¹ aquí importa subrayar que el compromiso con la democracia entendida en el sentido minimalista o procedimental es compatible con los dichos de varios de los entrevistados durante el estudio de 2011, quienes hicieron hincapié en la idea de que PRO no es un partido ideológico que tenga como meta influir en las agendas de gobiernos de otro signo político, sino que está orientado a la conquista de mayorías electorales. Así, por ejemplo, un secretario de gobierno de la facción de las ONG sostuvo:

⁴¹ La democracia formal suele asociarse con la idea (liberal) de libertad negativa y, por lo tanto, con el respeto por los medios o procedimientos para acceder al poder y utilizarlo con independencia de los fines perseguidos. En contrapartida, la democracia sustancial se relaciona con la idea (republicana o comunitaria) de libertad positiva y por ello con la consecución efectiva de ciertas metas (en general, de tipo igualitaristas), lo que puede implicar una desatención de las formas. Durante la llamada etapa de consolidación de la democracia, en América Latina la discusión se tradujo a los términos de democracia con o sin adjetivos (Levitsky y Collier, 1998). Más recientemente, distintos análisis coinciden en que el avance (teórico y práctico) de formas democráticas participativas y deliberativas relativiza la persistencia del debate en los términos clásicos (Quiroga, 2000).

Lo que nos diferencia [de otras experiencias de centro-derecha] es que nosotros somos un partido de gobierno. No nos preparamos para tener dos diputados que den discursos o para ser los fiscales de la nación y estar todo el tiempo denunciando, sino para ejercer el poder, para poder realizar las transformaciones que el país necesita y que la gente exige.

El hecho de que los dirigentes de PRO vean a su fuerza política como un “partido de poder” y que al mismo tiempo valoren a la democracia y la entiendan mayoritariamente como una forma de acceso a posiciones de decisión muestra un quiebre con las posturas de las derechas argentinas que se desarrollaron a lo largo del siglo xx. En efecto, la visión positiva sobre el método democrático coloca a PRO lejos de las derechas reaccionarias, mientras que el énfasis puesto en la perspectiva procedimental lo aleja de las derechas nacionalistas que se enfocaron en la idea de democracia como un tipo particular de sociedad con independencia de los métodos electorales. Pero, además, la vocación de ser un partido de gestión aleja a PRO tanto de las estrategias entristas como de los dogmas ideológicos que llevaron a las derechas liberal-conservadoras a defender variantes restrictivas o tuteladas de la poliarquía. De este modo, el compromiso con la democracia que muestra PRO se asienta más en su búsqueda pragmática de poder que en una doctrina sistemática sobre el perfil de la democracia.

En los últimos años se verificó una tendencia general de los partidos políticos de distintas tendencias a alejarse de los dogmas ideológicos y hay numerosos estudios dedicados a explicar esta transformación y explorar sus consecuencias (Kitschelt, 1994; Katz y Mair, 2009; Mair *et al.*, 2004). Sin embargo —y aunque el análisis debe ser profundizado— el caso de PRO no parece encuadrarse dentro de esta tendencia global ya que se trata de un partido nuevo y no de una fuerza tradicional que se ha *aggiornado* en el desarrollo de la competencia. En este sentido, hay tres factores que ayudan a explicar la inclinación no doctrinaria de PRO.

En primer lugar, PRO se desarrolla en un país en el que los principales partidos establecidos se caracterizan justamente por su pragmatismo (Levitsky, 2005), lo que torna difícil el éxito de un partido típicamente programático. Los partidos de derecha anteriores (sobre todo los liberales que se caracterizaron por su perspectiva doctrinaria) intentaron acceder al poder por vías no electorales (el golpe de Estado, el entrismo); sin embargo, distintos factores han cerrado estos caminos o los han hecho menos atractivos (Morresi, 2013), lo que probablemente haya reforzado la convicción de los líderes de PRO para inclinarse hacia el pragmatismo en la búsqueda de votos.

En segundo lugar, si, como sostuvimos, PRO se sitúa en el campo de la derecha, debe recordarse que este ha tendido tradicionalmente hacia el pragmatismo (Mair *et al.*, 2004). Octavio Rodríguez Araujo lo explica de este modo:

Aunque parece que el pragmatismo se ha apoderado de las principales corrientes políticas de nuestro tiempo [...] es la derecha la más pragmática, pues su ideología es de base empírica-positivista, y más cuando tiene el poder [...]. La derecha no suele interesarse mucho en la ideología [...] se adecua a los cambios y en ocasiones se adelanta a hacerlos para conservar el *statu quo* (nunca estático). Para la derecha la ideología y los principios son mucho menos importantes [...] por una sencilla razón: la ideología de la derecha es la defensa de sus intereses y los que representa, tenga o no el poder gubernamental (2004: 21-22).

La idea de Rodríguez Araujo resulta relevante porque apunta a una transformación sociopolítica producida en la Argentina durante las últimas décadas. Si hasta fines del siglo xx las élites económicas estaban fragmentadas y divorciadas de sus representantes políticos, esa situación comenzó a cambiar con el retorno de la democracia, cuando se produjo un avance de la hegemonía neoliberal y, de forma paralela, el acercamiento entre el peronismo y las ideas comúnmente asociadas a la derecha (Middlebrook, 2000; Morresi, 2008). Durante los años noventa, tanto los líderes políticos como los votantes de la familia liberal-conservadora mostraron su pragmatismo al dejar de lado su identidad antipopulista y apoyar al gobierno del peronista Carlos Menem, que encabezó una administración claramente pro mercado. En este sentido, el pragmatismo de PRO parece implicar un retorno a la tradición del conservadurismo popular que en la Argentina se desarrolló de modo errático y ambivalente desde comienzos del siglo xx (Tato, 2011). No obstante, también debe subrayarse una diferencia importante entre PRO y los partidos conservadores de estilo popular (o federalistas, como se los llamó más arriba). Mientras que los partidos como el Autonomista Liberal de Corrientes o el Bloquismo de San Juan se plantean como fuerzas estrictamente locales, el PRO tiene como objetivo claro convertirse en una alternativa de nivel nacional.

Finalmente, hay que tener en cuenta que PRO se presenta en el escenario no solo como *un nuevo partido*, sino también como un *“partido de lo nuevo”*, un tipo de organización política que busca insertarse en espacios políticos que no están vacantes a partir de una estrategia pragmática.⁴²

⁴² Sobre este punto, ver el capítulo 1.

Naturalmente, puede haber otros factores que influyan en el despliegue de una estrategia pragmática (como la tendencia global que se señaló más arriba). No obstante, independientemente de ello, lo que interesa resaltar aquí es que el pragmatismo de PRO ha llevado al partido a no rechazar (sino, por el contrario, a abrazar) el método democrático electoral como vía de acceso al poder.

El reconocimiento del otro

En un texto ya clásico, el sociólogo Torcuato Di Tella sostuvo que una de las falencias del sistema democrático argentino era la ausencia de una fuerza de derecha electoralmente competitiva a nivel nacional, lo que daba motivos a las élites para procurar caminos alternativos al poder y perjudicar el despliegue de la democracia (1971). Más adelante, hipotetizó que la continuidad del sistema democrático en el período pos-1983 provocaría el surgimiento de una alianza de centro-derecha, que en los años noventa imaginó agrupada alrededor del PJ y, ya en el siglo XXI, en un espacio más amplio en el que confluirían peronistas y no peronistas unidos alrededor de un programa neoliberal. En la visión de Di Tella, existían en la Argentina pos-crisis de 2001 "fuerzas sociales que impulsan la formación de un sistema moderno de partidos con una centroizquierda y una centroderecha" (Kirchner y Di Tella, 2003: 13). Desde la campaña electoral y durante los primeros años de su mandato, el ex presidente Néstor Kirchner abonó a esta idea y alentó su realización. En varias entrevistas sostuvo que la reconstrucción de la Argentina y su proyección hacia la normalidad requerían la convergencia de sectores de la centroderecha, el centro y la centroizquierda.⁴³ No obstante, ya en el año 2007 (y muy claramente a partir de 2008), Kirchner y sus aliados comenzaron a fustigar con dureza a las fuerzas políticas de derecha y centroderecha. En particular, a los dirigentes de PRO, a quienes se acusó de ser continuadores de la derecha golpista:

Dios quiera que apareciera en nuestro país una derecha democrática y no esta derecha golpista que aparece queriendo ganar o ganar; ¿ganarle a quién?, ¿a otro argentino?⁴⁴

Esa reconciliación amarilla pretendía [influirme] porque si hay algo que no nos perdona la derecha neoliberal argentina es el tema de los derechos humanos; no tengan ninguna duda, ellos fueron los gestores del proceso

⁴³ Revista *Debate*, 23/4/2004; Kirchner y Di Tella (2003: 127).

⁴⁴ Discurso ante intendentes del ex presidente Néstor Carlos Kirchner en el Consejo Nacional Justicialista, reproducido en *Página/12*, 12/6/2008.

iniciado en 1976 y que tuvo su luminarias en los años noventa y muchos de ellos [...] trabajan para volver hacia atrás.⁴⁵

Y ahora resurge la derecha neoliberal [...] esa derecha que se aglutina en el PRO es el proyecto que nació con Martínez de Hoz en 1976. Siempre quieren cortar el hilo por lo más delgado. Tengamos memoria, se los pido.⁴⁶

Y en estos dos años de gobierno [del partido PRO] queda claro que era sanata lo de la derecha democrática, moderna, eficiente. Ni es democrática, ni es moderna, ni es eficiente. Es simplemente derecha, conservadora, autoritaria, que añora al menemismo y a la dictadura.⁴⁷

Durante los años siguientes, y a medida que el lugar de PRO en la escena política argentina se fue afianzando, las declaraciones públicas de otros dirigentes del FPV y de distintos sectores políticos cercanos a la centroizquierda fueron mutando en el sentido de reconocer a PRO como a un partido que, a pesar de ser de derecha, jugaba el juego de la democracia:

[Mauricio] Macri es el representante de una derecha moderna, democrática porque juega en el marco de las instituciones democráticas [aunque] por supuesto [es] elitista, clasista, neoliberal.⁴⁸

El PRO y Macri representan una derecha democrática que no tiene nada que ver con el PJ [y por lo tanto el PJ no debería aceptarlos como aliados].⁴⁹

Algunos dirigentes quieren ampliar el [Frente Amplio UNEN] FAUNEN promoviendo la participación del candidato del PRO en las internas abiertas [...]. Tenemos en claro que FAUNEN es y debe ser una expresión de centroizquierda, diferente del populismo gobernante, del neopopulismo del FR [Frente Renovador] y de la derecha democrática del PRO.⁵⁰

⁴⁵ Discurso de campaña del ex presidente Néstor Carlos Kirchner en el Teatro Argentino de La Plata, 14/5/2009, disponible online <https://www.youtube.com/watch?v=d6uV9Zmna-g>, acceso el 10/2/2015.

⁴⁶ Discurso del diputado electo Néstor Carlos Kirchner en Chubut, diario *El Chubut*, 12/7/2009.

⁴⁷ Discurso del diputado Martín Sabbatella en la presentación del bloque legislativo del partido Nuevo Encuentro, 23/12/2009, citado en *Noticias Urbanas*, disponible online en <http://www.noticiasurbanas.com.ar/noticias/d22826a7794b2b1f44815afc6ddbfa64/>, acceso el 5/2/2015.

⁴⁸ Declaraciones del ex canciller y actual legislador porteño por el FPV Jorge Taiana en las Jornadas sobre Trabajo y Producción en la Ciudad de Buenos Aires, *Diario Tiempo Argentino*, 6/2/2015.

⁴⁹ Declaraciones del ex jefe de Gobierno de la CABA, Jorge Telerman, Diario *Crítica de la Argentina*, 15/7/2009.

⁵⁰ Comunicado del partido Encuentro Popular, La Plata, 20/10/2014.

El radicalismo no tiene nada en común desde lo ideológico con el marxismo. Es una diferencia de carácter ideológico, clara, legítima. PRO es derecha, derecha democrática, pero derecha.⁵¹

El reconocimiento del carácter democrático de un partido como PRO por parte de sus opositores ideológicos es, sin dudas, un hecho importante para la cultura política argentina, cuyas implicancias merecen una reflexión más profunda que la que puede ser realizada en estas páginas. No obstante, parece importante subrayar que, aun si se toman en cuenta elementos como la vocación democrática de los dirigentes de PRO y el reconocimiento de esa vocación por parte de otros actores políticos, ello no implica necesariamente que la Argentina se dirija a conformar un sistema político de coaliciones de estilo europeo, como sostiene la tesis de Di Tella citada más arriba. En este sentido, hay una serie de factores institucionales (como el sistema presidencial), jurídicos (como la laxitud y la fragilidad de las normas electorales) y sociopolíticos (como la presencia de una fractura entre el voto peronista y el no peronista) que deben ser tenidos en cuenta para analizar la viabilidad de esa transformación.

En cambio, sí se puede afirmar que la presencia de un partido político de derecha de carácter pragmático, con un compromiso de sus líderes con el sistema democrático (entendido en un sentido formal) y una capacidad electoral suficiente como para ser una alternativa efectiva de gobierno es un incentivo poderoso para que los sectores sociales que durante períodos anteriores apoyaron vías no democráticas de acceso al poder se mantengan dentro del juego de la poliarquía. Dicho de otro modo: la mera presencia de un partido como PRO no implica una garantía de estabilidad del sistema democrático ni un avance de las instituciones del que ya no se pueda retroceder, pero –sin dudas– se trata de un factor relevante que debe ser tenido en cuenta. Quizás, aunque sea solo por el posible rol que le quepa en la consolidación de una democracia que apenas tiene treinta años de vida, el surgimiento de PRO resulta una novedad auspiciosa.

⁵¹ Senador Eugenio Nito Artaza, entrevista en *Diario Río Negro*, 19/3/2012.

Capítulo 5

De la UCeDe al PRO

Un recorrido por la trayectoria de los militantes de centro-derecha de la ciudad de Buenos Aires

Luciana Arriondo

Como se ha señalado en otros capítulos de este libro, un análisis en profundidad de los rasgos del personal político del PRO muestra el carácter heterogéneo que caracteriza la conformación del partido que gobierna la ciudad de Buenos Aires desde 2007 (Vommaro y Morresi, 2014). Entre las tradiciones partidarias que expresan esta heterogeneidad se destaca, además de la presencia de peronistas y radicales, la existencia de quienes han iniciado su actividad política en los años ochenta en el marco de las expresiones políticas que por entonces componían el espacio de la centro-derecha de la Capital Federal. Durante esa década, los actuales dirigentes del PRO formaron parte de la juventud del partido Unión del Centro Democrático (UCeDe),¹ primero a través de lo que se denominó

¹ La Unión del Centro Democrático (UCeDe) es el partido fundado en 1982 por uno de los precursores de las ideas neoliberales en el país, el ingeniero Álvaro Alsogaray. En las elecciones nacionales de 1983, la pretensión original de consolidar una fuerza política de centro-derecha solo obtuvo resultados modestos, pero le permitieron al partido y a su líder, a partir de las dos bancas obtenidas en la Cámara de Diputados, convertirse lentamente en el centro articulador del arco de las diversas fuerzas de ese espacio. En las elecciones siguientes, el partido experimentó un importante crecimiento electoral que le permitió convertirse en tercera fuerza electoral. En 1989 la dirigencia de la UCeDe interrumpió este crecimiento por decisión propia al entablar un acuerdo con el electo presidente Carlos Menem, que preveía la incorporación de sus principales dirigentes al nuevo gobierno peronista.

Juventud Liberal Argentina y luego a través del ingreso a este partido de la agrupación Unión para la Apertura Universitaria (UPAU).²

Este origen común actualiza el interrogante referido a la relación existente entre ambos espacios y, si tenemos en cuenta las características que ha asumido el PRO en cuanto formato partidario,³ parece de mayor riqueza desplazar la clásica pregunta sobre las continuidades y rupturas hacia otra referida a las condiciones de posibilidad para el ingreso y las formas de permanencia de estos actores en el nuevo partido. En vista de ello, en este trabajo nos proponemos indagar sobre la importancia de estas experiencias políticas previas para explicar la pertenencia al PRO proponiendo un análisis de la trayectoria de dirigentes actuales de este partido que se iniciaron en política en las fuerzas del centro⁴ en los ochenta. Nos interesa conocer en qué medida el paso por la experiencia de militancia juvenil de entonces y las experiencias de los años noventa favorecieron la incorporación al partido de Mauricio Macri. Sugerimos, en este sentido, que en el peso de unas redes vinculares sostenidas en el tiempo y en la sumatoria de compromisos de distinto tipo que caracterizó la trayectoria posterior de los dirigentes centristas descansa la posibilidad de sumarse nuevamente a la política a través del PRO.

Como veremos, la intensidad de la experiencia de militancia de los ochenta posibilitó que, frente a la crisis que se abrió en la UCeDe cuando sus principales cuadros se incorporaron al gobierno de Carlos Menem 1989, muchos de los

² Este trabajo fue elaborado a partir de la realización, durante el 2012 y 2013, de entrevistas en profundidad a dirigentes liberales de los años ochenta que actualmente están vinculados al PRO. Los entrevistados pertenecieron a la Unión para la Apertura Universitaria (entrevistamos al núcleo dirigente de la Facultad de Derecho de la UBA, a integrantes de la Facultad de Ciencias Económicas, de la carrera de Ciencias Políticas e Ingeniería), a la Juventud Liberal Argentina y a la UCeDe. Contamos también, en algunos casos que señalaremos, con testimonios de ex militantes liberales que no se sumaron al PRO. El estudio destinado al fenómeno de la militancia juvenil liberal en los ochenta que complementa este trabajo se desarrolló en el marco de la memoria de licenciatura de la carrera de Estudios Políticos de la UNGS.

³ Gabriela Mattina se ha referido a la doble acepción que le cabe al PRO. Además de tratarse de un partido político compuesto por su cuerpo de afiliados, el PRO es un espacio político flexible y de límites porosos, conformado por redes que lo incluyen, pero a la vez lo exceden, puesto que engloban desde partidos aliados y dirigentes afiliados a otros partidos hasta fundaciones (2012a: 6).

⁴ Decimos fuerzas de centro porque hacemos referencia al conjunto de partidos de centroderecha que poco a poco, en el transcurso de los años ochenta, fueron acompañando el crecimiento de la UCeDe. Se trata de pequeños partidos, algunos con fuerte presencia en el interior del país, que tradicionalmente han disputado la representatividad del sector y a los que pertenecieron originalmente varios de los dirigentes que entrevistamos. Entre ellos, además de la UCeDe, se encuentran el Partido Demócrata, el Partido Federal y el Federalista de Centro.

dirigentes juveniles de entonces se mantuvieron unidos a través de una serie de redes sociales, familiares y profesionales que, con posterioridad, posibilitaron reiterados intentos de vuelta a la actividad política.

La coincidencia de estos ámbitos con la estrategia de reclutamiento del PRO, junto con su capacidad de reactualizar ciertos saberes y sentidos de la política que habían construido a partir de la experiencia de militancia juvenil, explica, en gran medida, la presencia de estos dirigentes en el nuevo partido.

Es por ello que estructuramos nuestro trabajo en cuatro apartados que procuran atender a momentos claves de la trayectoria de estos dirigentes. En primer lugar, identificamos a algunos que fueron militantes liberales en los ochenta y actualmente pertenecen al PRO e introducimos herramientas conceptuales que utilizaremos para el análisis.

En el segundo apartado nos detenemos en los años ochenta, en el momento de conformación de una juventud de signo liberal, a fin de destacar aquellos aspectos que nos resultan significativos para comprender el impacto de esta experiencia y los sentidos sobre algunas prácticas políticas allí construidos. Son estos elementos los que nos permiten justificar mejor la vinculación entre ambas experiencias que este trabajo propone.

El tercer apartado analiza el momento de cierre de la experiencia en la UCeDe en 1989 y sintetiza algunos puntos de importancia en la trayectoria de los militantes liberales en la década de los noventa, que sumados a aquellos que destacamos del momento fundacional, constituyen para nosotros claves para explicar la incorporación al PRO, algo que haremos en el apartado final.

Carreras militantes: de la juventud liberal al PRO

Los jóvenes que convergieron en la UCeDe en los ochenta provenían principalmente de dos sectores: por un lado, de la Juventud Liberal Argentina (JLA), creada en 1983, cuyo principal líder fue Pedro Benegas, que en la actualidad lidera un espacio dentro del PRO denominado PRO-Libres, pero no es funcionario de gobierno. En la UCeDe, estos jóvenes conformaron la línea interna Unión Liberal a través de la cual lograron acceder a la presidencia de la juventud del partido. A este núcleo se debe en gran parte la organización de actos políticos masivos que son recordados como hitos de los años de crecimiento de la UCeDe. Hasta ese momento, los actos políticos de carácter masivo habían sido monopolio de los partidos mayoritarios y eran asociados

por los centristas con “prácticas demagógicas” propias del peronismo. La JLA participó activamente en la organización de estos eventos en las campañas electorales y los utilizó, cuando no eran organizados con el apoyo del partido, para demostrar la fuerza de convocatoria y organización de los jóvenes. Por otro lado, la UCeDe contó con la participación de la corriente universitaria UPAU, que surgió en la Facultad de Derecho de la Universidad Buenos Aires (UBA) hacia 1982. Su principal dirigente fue Carlos Maslatón, quien, al igual que varios de los fundadores de la agrupación, pertenecía inicialmente al Partido Demócrata de la Capital Federal. Gran parte de la dirigencia de la agrupación se encuentra vinculada en la actualidad al partido de Macri. UPAU llegó a convertirse en una de las mayores organizaciones estudiantiles de Buenos Aires en la época, algo inédito dentro de una tradición del movimiento estudiantil asociada al progresismo y la izquierda. Si consideramos el total de centros de estudiantes de la UBA en el período 1983-1989, la agrupación radical Franja Morada fue la primera fuerza electoral durante todo el período.⁵ Sin embargo, UPAU, que comenzó con una lista en la Facultad de Derecho y realizó luego un lento despliegue por las otras facultades en los años sucesivos a 1983, mantuvo niveles constantes de crecimiento hasta las elecciones del año 1987. Luego, y hasta 1989, consolidó su porcentaje total de votos en alrededor del 30%. En 1987, en virtud del debilitamiento que enfrentaba el gobierno del presidente Alfonsín, UPAU obtuvo la presidencia de los Centros de Estudiantes de Derecho, Arquitectura, Veterinaria e Ingeniería.⁶

Haciendo un recorrido por la información pública disponible en los sitios web del Gobierno de la Ciudad, podemos observar la presencia de una serie de funcionarios que han participado en la experiencia de militancia juvenil de los ochenta (ver cuadro 5.1).

⁵ Seguida por agrupaciones independientes de derecha en 1983, por la Juventud Universitaria Intransigente en 1984 y 1985, y por UPAU desde 1986 hasta 1989.

⁶ Para un análisis de los resultados electorales de UPAU en el período en Buenos Aires y en el resto de las universidades del país, ver Fraga y Malacrida (1990).

Cuadro 5.1. Carreras políticas, de la Juventud Liberal a PRO

Dirigentes	Cargos en el PRO	Participación en la UCeDe
Francisco Cabrera	Ministro de Desarrollo Económico de la CABA (desde 2007)	Afiliado y miembro de la UCeDe
Carlos Pirovano	Subsecretario de Inversiones, Ministerio de Desarrollo Económico (desde 2007)	Dirigente de la JLA y de la UPAU. En 1987 fue secretario de asuntos estudiantiles de la UCeDe y estuvo a cargo de la formación de UPAU en Comahue, Tucumán y Mendoza
Silvia Imas	Titular de la Dirección General de Concesiones, Subsecretaría de Inversiones, Ministerio de Desarrollo Económico (desde 2007)	Miembro de UPAU y de la JLA
Antonio Demarco	Subsecretario de Desarrollo Inclusivo, dependiente del área de Hábitat e Inclusión, Ministerio de Desarrollo Económico (hasta 2013)	Referente de UPAU en la Facultad de Ingeniería de la UBA
Emilio Monzó	Ministro de Gobierno (desde 2011)	Militante de la UCeDe de Carlos Tejedor, provincia de Buenos Aires.
Bruno Screnci	Subsecretario de Asuntos Políticos (desde 2013). Legislador porteño durante el período 2009-2013	En los primeros años de la transición participó de una agrupación juvenil liberal en el Colegio Nacional Buenos Aires, luego continuó su militancia universitaria en UPAU-Derecho
Alejandro Finocchiaro	Subsecretario de Políticas Educativas y Carrera Docente, Ministerio de Educación	Miembro de UPAU-Derecho, integró la lista de candidatos para el Centro de Estudiantes en 1985
Juan Curutchet	Vicepresidente del Banco Ciudad	Presidente del Centro de Estudiantes en la Facultad de Derecho en 1987, secretario general de la Federación Universitaria de Buenos Aires entre 1987 y 1989
Héctor Huici	Legislador de la ciudad desde 2013	Fue uno de los primeros dirigentes de UPAU-Derecho
Marcelo Godoy	Síndico del Banco Ciudad. Legislador de 2003 a 2009. Entre 2009 y 2012 se desempeñó como subsecretario de Gobierno	Miembro de UPAU-Derecho, inicialmente afiliado al Partido Demócrata
Federico Pinedo	Jefe de la bancada del PRO en la Cámara de Diputados de la Nación	Concejal por la ciudad de Buenos Aires en el período 1987-1989

Fuente: Elaboración propia. Los cargos en PRO que se detallan corresponden al momento en que se realizó el relevamiento (2014).

Este recuento no pretende ser exhaustivo, sino indicar la presencia visible dentro del PRO de un conjunto de dirigentes, tanto funcionarios como de cargos

electivos, que participaron en los ochenta del espacio de centro-derecha que por entonces la UCeDe logró representar electoralmente. Sin embargo, esta presencia no es exclusiva del PRO puesto que la UCeDe también ha brindado cuadros a otras fuerzas políticas de la actualidad como, por ejemplo, es el caso de algunos dirigentes del Frente para la Victoria. En todo caso, lo que sí resulta significativo es la presencia actual en el mismo partido de un núcleo de dirigentes de la JLA y de UPAU. Algo que podemos observar con claridad si adoptamos la perspectiva temporal inversa. De la agrupación UPAU de la Facultad de Derecho de la UBA, es actualmente parte del PRO la mayoría del grupo fundador señalado por los entrevistados. Otro ejemplo lo encontramos en la boleta de la lista de candidatos que presentó UPAU en las primeras elecciones de Centro de Estudiantes de Derecho después de la dictadura, en 1983. Allí podemos ver que son actuales miembros del PRO el segundo y tercero de la lista⁷ (el suplente del candidato a presidente y el primer secretario). La misma boleta lleva en séptimo lugar al ex legislador Marcelo Godoy. En la lista de 1984 se suman a ellos tres militantes que se mantienen en el segundo, cuarto y quinto lugar y Juan Curutchet, por entonces afiliado al Partido Federal, como segundo suplente. En la lista de 1985, Curutchet ya aparece como candidato a la presidencia y lo secunda un funcionario actual de la Secretaría de Gobierno de la Ciudad. En esta lista aparece también el actual legislador Héctor Huici, último de los titulares, y como primer vocal suplente, un funcionario del Ministerio de Educación de la Ciudad.

Surge entonces la necesidad de conocer cómo y por qué estos dirigentes se incorporan al PRO, del mismo modo que lo sucedido entre el fin de aquella experiencia y el comienzo de esta. Para atender a ello, hemos decidido concentrarnos en la dimensión del compromiso político y en la variación de este a lo largo de la trayectoria de los dirigentes que estudiamos. Es necesario, entonces, introducir una serie de precisiones conceptuales que ordenen nuestro trabajo.

⁷ El candidato a presidente del centro de estudiantes en 1983 y uno de los fundadores de UPAU en 1982, así como impulsor de su inclusión en la UCeDe en 1986, es Carlos Maslatón. Muchos de nuestros entrevistados destacan su rol como dirigente juvenil en los ochenta, así como también que fue uno de los que realizaron un camino marcadamente diferente al resto luego de aquella experiencia. En entrevista con nosotros, indicó que luego de culminar su mandato de concejal de la UCeDe en la ciudad en 1989, se retiró de la actividad política y se dedicó a la vida privada. Sin embargo, señaló también que se mantuvo siempre en contacto con sus viejos compañeros, con los que incurrió en algunos intentos de vuelta a la política en los noventa y en 2003. Actualmente, además contar con cierta presencia en exposiciones mediáticas, presentó una lista propia para la CABA en el marco de las PASO de 2013 en las listas encabezadas por Alberto Rodríguez Saá.

De los estudios sobre compromiso político, tomamos en consideración los aportes de Olivier Fillieule (2001), quien propone incorporar a los análisis sobre militancia la variable temporal. Al hacerlo, el autor se propone entender el compromiso como un hecho variable en intensidad y duración, que evoluciona *en función de variables contextuales y situacionales*, tanto de orden social como individual. Esta concepción hace necesaria la incorporación de las nociones de *trayectoria y carrera* como herramientas para profundizar en los estudios sobre la militancia y la acción colectiva. Para Fillieule, la noción de carrera permite:

Poner en práctica una concepción de la militancia como proceso, o dicho de otro modo, trabajar conjuntamente las cuestiones de las predisposiciones a la militancia, del paso a la acción, de las formas asumidas, diferenciadas y variables, en el tiempo que adopta el compromiso, de la multiplicidad de los compromisos a lo largo del ciclo de vida –desvinculación(es) y desplazamientos de un colectivo al otro, de un tipo de militantismo a otro– y de la contracción o extensión de los compromisos (2001).

Todas estas cuestiones, que se encuentran en el corazón de las problemáticas de los estudios sobre militancia y acción colectiva y, además, sobre todo en las referidas a la *multiplicidad de compromisos* expresada en desvinculaciones, desplazamientos entre espacios políticos y entre formas de militancia, como así también en *la contracción o extensión de los compromisos*, permiten la adopción de un enfoque acorde con las preguntas de nuestro trabajo puesto que, como el mismo autor señala más adelante: “Tal aproximación implica, aunque el lugar de observación se sitúe en el nivel de una organización, inhibir el interpretar las lógicas del compromiso simplemente a partir de la colección de los individuos reunidos en el momento de la investigación en esa organización”.

De aquí, entonces, la necesidad de ubicar algunos de los momentos por los que transitó el compromiso político de estos militantes, desde aquella experiencia que significó su ingreso a la política hasta su actual desempeño dentro de PRO, buscando identificar, además, motivos gestados en esa trayectoria que posibiliten explicar mejor esta última incorporación. Sobre estos puntos nos detendremos en los apartados siguientes.

La experiencia de militancia de los ochenta: “estábamos muy ocupados en hacer las cosas bien”

Michel Offerlé, en sus reflexiones en torno a la profesión política, ha señalado que *el saber hacer* del oficio político, aquello demostrado a lo largo de la profe-

sionalización, no se aprende directamente, sino por medio de una socialización difusa y por el aprendizaje sobre un conjunto de roles políticos. Este *saber hacer* depende también de la trayectoria anterior, de allí que, para el autor, resulta de importancia el estudio de los orígenes sociales o el *background social* de los políticos. De igual importancia resulta poder objetivar el *capital político* que, según el autor, es “lo que da la eficiencia de un agente o de un grupo de agentes en una coyuntura y una configuración determinadas”. Incluye aquí algunos indicadores como la precocidad de su entrada en política, la adhesión militante en los partidos o juventudes políticas, en las organizaciones estudiantiles o sindicales, así como también el relevamiento de éxitos y fracasos acumulados, la duración de la profesionalización o el tipo de trayectoria seguida desde la entrada en la política (Offerlé, 2011a: 94).

En relación con el indicador del momento de ingreso en la actividad política, es necesario destacar que está situado en los ochenta en el contexto de apertura política que inaugura la transición a la democracia.⁸ Quienes se sumaron a las expresiones de centro-derecha fueron entonces jóvenes a quienes la efervescencia política del momento acercó a la actividad partidaria, que durante la primera parte de la década fue una de las principales formas a través de las cuales se canalizó la participación (García Delgado, 1984; Palermo, 1983). Algo que resulta de importancia puesto que, más allá de los avatares de la relación entre la centro-derecha y los partidos políticos,⁹ lo cierto es que esta característica hará, por un lado, de este ingreso una entrada tradicional, en el sentido en que los trabajos especializados identifican como una entrada “propriadamente política” al campo, tendiente a favorecer el inicio de una carrera política.¹⁰ Este rasgo, una vez en el PRO, los distinguirá marcadamente de los “recién llegados” a la política, que conviven con ellos en el partido. Por otro lado, el clima de época

⁸ La información obtenida a partir de indagaciones de tipo cuantitativo nos permite ubicar este momento como el de entrada a la política de toda una camada de dirigentes del PRO. Según el estudio, dentro de las *generaciones políticas* del partido, aquellos que hicieron su ingreso a la actividad política durante los años ochenta son más del 34% de la muestra. Para ver las características del estudio, consultar Vommaro y Morresi (2014) y sobre un análisis de las generaciones políticas, ver Vommaro (2013)

⁹ Sobre esta relación existe abundante bibliografía, Edward Gibson (1990; 1996a) ha dado cuenta de la cuestión en varios trabajos.

¹⁰ En el sentido atribuido por Joignant, quien, siguiendo los aportes de Bourdieu, distingue *especies de capital*, algunas de las cuales favorecen el ingreso a la política y el comienzo de una carrera política profesional. Entre estas, señala tanto el *capital universitario* como *al militante* como especies propias del campo político, distintas de otras (como el capital familiar, de notoriedad o el tecnocrático) que se originan fuera de él (Joignant, 2012).

en el que este involucramiento inicial se produce, cuando la escena pública fue dominada por un entusiasmo respecto de la democracia y de la actividad política, estimulará en estos jóvenes un tipo de compromiso marcado por la ilusión, el encantamiento, la efervescencia, y la dedicación plena a la política.

La conformación de estas organizaciones se realizará a partir de una serie de rupturas con el espacio tradicional de los partidos centristas, que favorecerá la consolidación de una fuerte identidad política, anclada en la defensa del liberalismo y la democracia,¹¹ y en una significación particular de la pertenencia generacional. Las implicancias de estas rupturas en el proceso de formación y la relación de estos jóvenes con los dirigentes partidarios deben ser materia de otro trabajo, pero nos interesa aquí detenernos en los que consideramos los principales ejes que estructuraron la militancia juvenil de los ochenta y que dan cuenta de la conformación de un *saber hacer* referido, como señalaba Offerlé, a un conjunto de aprendizajes difusos aprendidos en el transcurso de la socialización política y que resultan significativos para un análisis de sus trayectorias a más largo plazo. Los protagonistas hablaron en la época de la construcción de *un nuevo estilo de hacer política*, expresión que aquí recuperaremos para, más allá de los usos que de ella hacen los militantes, identificar en esa denominación un conjunto de rasgos que irán delineando ciertos saberes y concepciones de la política de importancia en sus trayectorias posteriores.

El primero de ellos se encuentra vinculado al alto nivel de compromiso político que estos militantes desarrollaron al poner en valor, de cierta forma novedosa para su sector, la actividad militante. Esta actitud confiada difería bastante de las formas que habitualmente habían elegido los sectores de centro-derecha para hacer política, de manera tal que ellos mismos asumían sus prácticas como provenientes de otras tradiciones. Algunos de ellos hablaron de ser de derecha, “pero culturalmente ser muy de izquierda”. Otros de tener una formación muy dura “casi trotskista”. En el caso de la JLA, desde sus inicios se había propuesto crear un “nuevo estilo político” que caracterizaron como “militante” y que definían a partir de “empezar a trabajar en las universidades, en los colegios secundarios, en los barrios, en la vía pública, en los actos, en las movilizaciones”. En un reportaje realizado en la época, Pedro Benegas, de la JLA, señalaba que una de las principales críticas al comportamiento de los liberales en la historia argentina era su “falta de convicción suficiente para la defensa de sus ideas”. Por eso, era necesario crear una actitud militante en los jóvenes puesto que los liberales “eran vistos como los moderados y los tímidos

¹¹ Sobre la conflictiva relación entre derechas y democracia, ver el capítulo 4.

de la política, los que eran independientes cuando en las universidades luchaban todas las fuerzas políticas, los que no se comprometían, no participaban y entregaban todo el terreno a los adversarios” (Braun, 1988). Las frases elegidas para recordar aquellos años que pudimos reconstruir en las entrevistas ponen de relieve la importancia que había asumido su compromiso político durante estos años: “militábamos de sol a sol”, “eran años dedicados a la militancia”, “militábamos fanáticamente, vivíamos en la universidad”, “era una dedicación exclusiva”, “pasamos años batallando, debatiendo, seduciendo, proponiendo”, “sabíamos que si no participábamos, no cambiábamos el país”. Todas ellas parecen sugerir un ritmo vertiginoso, una dedicación plena y una puesta en valor de la actividad política. En este mismo sentido, es valioso el testimonio de otro entrevistado:

Nosotros estábamos afiliados a partidos políticos, militábamos dentro de los partidos políticos, queríamos ser candidatos, creíamos en el tema de la construcción a través de los partidos políticos. Nosotros creíamos en eso, por eso yo empecé diciéndole que creo en el político profesional desde los 12 años [...]. Yo he sido así toda mi vida, uno de los más duros en estas cuestiones. Entendí que la política debería tender a la profesionalización como un médico o un ingeniero. Porque yo creo que la política es una actividad lícita, noble, transformadora (abogado, 54 años, dirigente fundador de UPAU. En la actualidad, militante activo en el Colegio de Abogados de la CABA y afiliado al PRO).

La distancia entre lo que el imaginario de la época concebía como las prácticas habituales de estos sectores y el crecimiento que gracias a este nuevo estilo lograban los militantes liberales fue caracterizada como un intento de los sectores de centro-derecha por hacer más “popular” o “masiva” su propuesta política. Miguel Talento, un conocido dirigente estudiantil peronista de la década del setenta, alertaba en un artículo publicado en 1988 sobre el proceso de “derechización de la universidad” aludiendo al surgimiento de una derecha dinámica y con política de masas capaz de ganar voluntades más allá de sus propias filas. En tanto, Carlos Altamirano, en un artículo académico de la época, señaló al referirse al fenómeno UPAU:

... a pocos años de su aparición, aparece así en condiciones de desafiar un bastión tradicional del progresismo y de la izquierda entre los jóvenes de los sectores medios. En este, como en otros ámbitos donde la argumentación ideológica juega un papel en la construcción de lineamientos políticos, se puede registrar con claridad el espíritu de ofensiva que asume el discurso

de los liberales, según la actitud confiada y agresiva de quienes tienen la certidumbre de que caminan en el sentido de la historia (1989: 43).

Un segundo rasgo que asumirá la experiencia de militancia de los ochenta se encuentra asociado a esta puesta en valor de la actividad militante, pero en su dimensión ideológica. Los militantes reivindicaron la actividad política por medio de la adopción de unas prácticas atípicas y propias de otros sectores, pero sumaron a ello una fuerte y explícita reivindicación ideológica del liberalismo. Podemos observar esto a partir del testimonio de un entrevistado. El dirigente de UPAU nos dijo:

Nosotros queríamos una agrupación que militara en la universidad, que trabajara políticamente en la universidad y que tuviera un perfil ideológico absolutamente diferenciado, claro, nítido. Somos esto, no tenemos vergüenza de ser lo que somos, pensamos como pensamos, damos combate dentro del sistema (abogado, 52 años, dirigente fundador de UPAU. En la actualidad, es asesor del Banco Ciudad y afiliado al PRO).

Así, la necesidad de reivindicar el posicionamiento ideológico posibilitó la reivindicación explícita de los términos “derecha” y “liberal”, que no gozaban de buen prestigio en el vocabulario habitual de la política argentina:

Nosotros directamente hablábamos de derecha, la centroderecha es una cosa para que se digiera mejor la palabra, pero a nosotros no nos da vergüenza decir que somos de derecha, todo lo contrario [...]. Todos teníamos esa visión. A todos nos une el hecho de ser liberales, primero que nada. No llegamos a la política con un discurso ambiguo. Somos todos liberales, no podemos ocultar lo que somos y no queremos ocultarlo. Nunca quisimos.

Este rasgo se encuentra aún más marcado en quienes pertenecían a la JLA:

Nosotros éramos mucho más ideológicos, nosotros forzamos a que se usara la palabra liberal, nosotros inventamos la L [en referencia al símbolo liberal] el alsogaraicismo se hacía llamar de centro, siempre era mucho más prudente. [Decían:] No, liberal es mala palabra, la gente piensa que el liberalismo está mal (abogado, 51 años, fundador de la JLA. Actualmente está a cargo de una subsecretaría en el Gobierno de la ciudad).

De esta manera, en la militancia de los ochenta, a la idea de incorporar prácticas provenientes de otros sectores se sumó una reivindicación explícita de la ideología liberal, que operaba como un principio identitario que los distinguía de aquellos adversarios de los cuales tomaron ejemplos para hacer política.

El tercer rasgo constitutivo de la militancia liberal que quisiéramos destacar es el que se encuentra asociado a la construcción de un relato sobre lo eficiente para hacer referencia a su actividad política, visible sobre todo en la militancia universitaria. Algunas de las ideas que aparecen en los volantes iniciales destinados al trabajo político en la universidad son ilustrativas. UPAU intentó mediante estas consignas asociar su propuesta política a un servicio, en la que la eficiencia, la seriedad y la responsabilidad aparecen como valores para distinguirse de otras fuerzas políticas. Por ejemplo, para “ganarle a la mediocridad” o “cuentas claras: publicidad de los actos del centro de estudiantes” y puntualmente las dos palabras que acompañaron en general el nombre de la agrupación en los afiches de varias campañas electorales: “libertad y responsabilidad”. La incorporación de un discurso que ponía en valor la eficiencia coincide con un contexto en el que por primera vez comienzan a aparecer en la vida universitaria reivindicaciones de corte gremialista, críticas de la mala administración y de las carencias en los servicios, que se alejaron de las tradicionales preocupaciones académicas y políticas.¹² Uno de nuestros entrevistados señaló:

Nosotros cambiamos el estilo de la política universitaria. Porque la política universitaria traía el folclore de la década del setenta. El famoso cartel de “cómo hacer una bomba molotov”, la cara del Che Guevara, la brigada del café para ayudar a los hermanos nicaragüenses, y todo ese tipo de cosas que habían terminado muy mal (abogado, 52 años, dirigente fundador de UPAU. En la actualidad, es asesor del Banco Ciudad y afiliado al PRO).

En un reciente libro sobre la historia de Franja Morada, se señala respecto de la agrupación liberal que crecieron ocupándose de cuestiones gremiales estudiantiles, de los pequeños inconvenientes que surgían en la cotidianidad de aulas superpobladas con múltiples problemas (Beltrán, 2013: 256). Sobre la valoración de la eficiencia es interesante remarcar lo señalado por el mismo entrevistado:

La cuestión es que nosotros veníamos a cambiar eso. [...] hicimos un boletín en fotoduplicación, o sea que rompimos con el mimeógrafo, el famoso mimeógrafo

¹² En una declaración pública del 5 de abril de 1984, ya puede distinguirse este aspecto en la agrupación. En relación con la discusión por el ingreso universitario, señalaban: “el tema del ingreso está terminado. Ya no justifica más asambleas ni movilizaciones. A lo que aún queda de militancia sería le urge ocuparse de las varias cuestiones que aún queda por solucionar: los planes de estudios, la consolidación de la autonomía, la participación estudiantil en los órganos de gobierno de la universidad, el servicio al alumno por parte del centro de estudiantes, etc. en todos estos objetivos comprometemos nuestro esfuerzo los liberales, demócratas y centristas de UPAU”.

que te daba el papel todo rugoso y borroneado, que no se leía bien. No, no. Si nosotros estamos defendiendo el capitalismo, si estamos defendiendo estas ideas, tenemos que estar con la tecnología mejor que tengamos y trabajar con eficiencia. Porque no puedes criticar haciendo cosas ineficientes, haciendo cosas románticas como pintar a la tempera un cartelito. Entonces nos buscamos una buena imprenta, dividíamos las tareas, había un grupo que se quedaba escribiendo toda la noche, el que terminaba le llevaba a otro que componía (porque había que componer los boletines, hacer la edición), y a la mañana había otro grupo de gente que llevaba ese material a la imprenta y le pedía que esté en dos horas, tres, cuestión que a la mañana, 9 o 10 de la mañana, ya estábamos repartiendo los volantes y en cantidades.

UPAU propuso así una maquinaria de *servicios para el estudiantado* en la que el enfoque gremialista se encuentra asociado a la eficiencia. La crítica al funcionamiento de diversos servicios públicos se hizo, además, en un contexto político general en el que comenzaba a gestarse el consenso favorable a las reformas neoliberales que se implementaron en la década posterior.

El último elemento en el que quisiéramos detenernos está referido a cierta distancia que separó a estos militantes de la dirigencia tradicional centrista. Este *nuevo estilo* con el que los jóvenes organizaron su actividad política no fue acompañado por los viejos dirigentes partidarios. Un militante universitario expresó así la mirada inicial de estos: “Por supuesto que no fue fácil, no fue simple. Nuestro sector es un sector que todo aquello que sea militante universitario lo miraba como que era subversivo, si vale la expresión”. Otro de los dirigentes fundacionales de UPAU lo expresó de la siguiente manera: “Generalmente la gente grande, grande para nosotros en ese momento, estaban en contra del plan, que no, que no hagamos quilombo, que a la universidad se va a estudiar, que no es un ámbito para hacer política” (abogado, 57 años, dirigente fundador de UPAU).

Los jóvenes veían en la actividad militante una herramienta necesaria para el propio ejercicio de la política, en tanto que los dirigentes partidarios veían en este estilo una especie de acompañamiento para otro conjunto de actividades partidarias que sí consideraban decisivas. Uno de los entrevistados da cuenta de la siguiente manera de las prácticas que los distanciaban de la dirigencia partidaria:

O sea, toda la parte light de los centros cívicos, todo eso no nos entraba en la cabeza cuando éramos pendejos. ¿Viste? ¿Qué es un centro cívico? ¡Yo quiero un comité! Un comité es un comité, para hacer política [...] la acción políti-

ca era más militante que a lo que estaba acostumbrado el votante medio de Buenos Aires que en ese momento acompañaba a la UCeDe (abogado, 52 años, miembro de UPAU. En la actualidad, es miembro del Poder Judicial y simpatizante del PRO).

En el mismo sentido, otro de los entrevistados se refirió a las diferencias y resaltó la disponibilidad de ciertos recursos que tenían los jóvenes producto de su actividad política:

Es que la gimnasia esa de la elección, de la discusión, de la presencia, de hablar con la gente, en la universidad, en el colegio, es cotidiana. Vos sos un partido político y tenés ese contacto cuando salís a poner una mesa, y en general salís a poner una mesa en épocas de elecciones. A nosotros nos pasaba esa diferenciación con la gente del partido, la gente del partido no tenía esa gimnasia. Nosotros teníamos que bajar fiscales para la elección general y sin ninguna duda éramos los que más aportábamos, porque todos sabíamos perfectamente lo que había que hacer (abogado, 49 años, dirigente secundario. En la actualidad, es funcionario del Gobierno de la ciudad).

Estos testimonios nos permiten constatar, además de la diferenciación que los jóvenes establecieron con los viejos dirigentes en materia de la práctica política, el tipo de vínculo que mantuvieron con la estructura partidaria. La adhesión a la UCeDe en ningún caso significó la adopción de un marco apremiante de las conductas de sus miembros ni una entrega a la causa del partido. Más bien estuvo marcada por cierta instrumentalidad que se hace observable en los motivos del ingreso; por ejemplo, para Curutchet, “fue más un acto defensivo que un acto de amor”, en tanto que Maslatón señaló que eligieron la UCeDe “porque era un partido que tenía éxito electoral y que tenía posibilidades de ser una alternativa de poder en el país, si no había que hacer un partido de cero, algo totalmente ineficiente”.¹³

Así, entonces, los ejes que estructuraron la experiencia que estos militantes iniciaron en los ochenta resultan de la adopción de este *estilo de hacer política* que puso en valor la actividad militante al adecuarla a las formas de la época, formas que hasta entonces eran vistas como exclusivas de otras tradiciones y que favoreció, así, un alto nivel de compromiso con la actividad política estimulando en muchos jóvenes la dedicación a la política de manera duradera. Ese estilo político, además de una adecuación, implicó la reivindicación pública de la palabra “liberal”, algo que se encuentra en la base de la construcción de una

¹³ Entrevistas realizadas a Juan Curutchet en febrero de 2013 y a Carlos Maslatón en abril de 2012.

fuerte identidad política. Asimismo, implicó la búsqueda de nuevos patrones que ordenaran los objetivos de esa actividad militante. Allí aparece la búsqueda por hacer de la política un servicio, que pueda ser brindado de manera eficiente y responsable.

Esta tarea no pudo realizarse sin cierta ruptura con las concepciones de los viejos militantes partidarios, lo cual significó también el establecimiento de un vínculo con el partido, una vez en la UCeDe, en el que este énfasis en la militancia sirvió para diferenciarse y competir internamente. La frase con la que iniciamos el apartado, “estábamos muy ocupados en hacer las cosas bien”, resume el sentido que aquí le damos a este *nuevo estilo político* puesto que refleja, en lo que aparece como una descripción de esa militancia juvenil, una dedicación plena que supone, además, la eficacia de las acciones.

1989, crisis y reconfiguración de los vínculos con la política: “tenías que volverte peronista o irte a tu casa”

Hacia mediados de 1989, la dirigencia de la UCeDe cerró un acuerdo con el presidente electo Carlos Menem en un contexto de crisis económica y social que sacudió los últimos meses del gobierno de Alfonsín y que produjo el adelantamiento del traspaso presidencial. El acuerdo que implicó, entre muchos otros nombramientos, el ofrecimiento a Alsogaray de una asesoría exterior en cuestiones de deuda externa y el nombramiento como interventora de ENTel de su hija María Julia, fracturó el partido y casi implicó su desaparición. Significó también el inicio de una crisis terminal para la juventud liberal. En este apartado veremos cómo esta crisis fue procesada por los militantes y cómo abrió paso a una bifurcación entre quienes aceptaron y quienes no aceptaron la participación en el gobierno peronista. A su vez, como veremos, el peso de la experiencia de los ochenta posibilitó a partir de entonces la continuidad de ciertas redes de sociabilidad entre los militantes, que favorecieron tanto la reconversión de ciertos saberes en ámbitos profesionales como la incursión en nuevas experiencias políticas en coyunturas posteriores.

La iniciación en la actividad política en una experiencia con los rasgos que describimos y en una época marcada por la intensidad de la participación hizo que lo acontecido en 1989 fuera vivido como una crisis política en un momento en el que, además, cierta desilusión invadía a quienes habían iniciado su participación con la década; y también, como una crisis personal que, como tal, fue vinculada a momentos particulares en la vida de estos militantes.

Sawicki y Siméant han señalado al respecto que el ajuste o el desajuste entre las esferas profesional, familiar, de amistades o militante pueden aumentar la intensidad o incluso condicionar las posibilidades de mantener o no el compromiso militante. Así, por ejemplo, las tensiones identitarias, los conflictos entre las expectativas y los valores propios de cada una de esas esferas pueden llevar al cuestionamiento del compromiso (Sawicki y Siméant, 2011). En este caso, el desacuerdo con la estrategia seguida por el partido desata una crisis que, al ponerse en juego con ciertas etapas personales en la vida de los militantes, generó un cuestionamiento del tipo de vínculo que habían establecido con la actividad política produciendo una fuerte retracción del compromiso militante. Veamos cómo hizo referencia al momento de la crisis una militante de UPAU:

... yo me quería morir, en lo personal, en ese momento. Dije bueno, hasta acá llegué, no hago más política, esto no me interesa, no es esto lo que quiero. Sí seguí un poco más en la UPAU, pero el 89 para mí no... no lo podía creer. No lo tomé mal porque era María Julia, menos mal que no era uno propio [...]. Pero en ese momento yo estaba sumamente indignada, de hecho me abrí de la UCeDe, nunca más milité en la UCeDe. Y como yo, muchos. También fue una cuestión de momento: tenés otra edad, ya empezás a estudiar en serio, empezás a trabajar, hacer política te demanda mucho tiempo, creo que antes más que ahora, en el sentido que ahora podés hacer política con Twitter, ahí tenías que estar, estar, estar. A medida que vas creciendo, te va condicionando. Coincidió con una etapa de la vida, y muchos de la época nos abrimos ahí (abogada, 48 años, miembro de la JLA y de UPAU. En la actualidad, está a cargo de una dirección en el Gobierno de la ciudad).

Un relato similar proviene de un dirigente universitario:

Nosotros perdimos las elecciones, yo además me recibo. Sigo unos años más, pero se disgrega el grupo universitario en el 92, 93. Era como que no... y además habían pasado 10 años. En 10 años pasan muchas cosas, acá y en el mundo, no había esa necesidad... la gente ya no tenía esa necesidad de la militancia, ya estaba media desilusionada [...] hubo un cierto desencanto, pero además tenía otras obligaciones, me había casado, tenía una hija, tenía que trabajar... sin embargo, siempre trataba de estar cerca de la política (abogado, 52 años, miembro de UPAU. En la actualidad, integra el Poder Judicial y es simpatizante del PRO).

El desacuerdo con la estrategia partidaria y su impacto en la propia actividad política se mantienen, en estas interpretaciones, ligados a etapas del desarrollo personal. El egreso, la familia, el trabajo comienzan a funcionar como parte

de las explicaciones de esa retracción en el compromiso. Sumado a esta, hay otro elemento que hará que el tipo de vínculo establecido hasta entonces con la actividad política se resienta: se trata de las diferentes valoraciones del acuerdo con el peronismo que hicieron los jóvenes militantes. El acuerdo de cúpulas entre la UCeDe y el gobierno menemista hizo visible que dentro de estas organizaciones era posible una separación entre peronistas y antiperonistas. Fue precisamente entre los segundos que el peso del acuerdo se hizo más pesado y en el que la retracción del vínculo con la actividad política fue mayor.

Resulta de importancia para comprender estos posicionamientos incorporar los aportes de Pierre Ostiguy, quien ha profundizado en las implicancias del clivaje peronismo-antiperonismo para el análisis de la política argentina. Centralmente, este autor plantea la existencia de diferencias socioculturales que se han politizado “como marcadores de identidades políticas [...] modo de diferenciación política y/o autoexpresión” (Ostiguy, 1997: 1). Este eje socio-cultural que impacta sobre la identidad política y el comportamiento electoral conforma, según el autor, un espacio de llamamientos o apelaciones políticas y criterios de respetabilidad estructurados por los ejes izquierda y derecha, pero además por un “alto” y un “bajo”.¹⁴ Estos últimos ejes distinguen mejor que cualquier otro al peronismo del antiperonismo (Ostiguy, 1997). Siguiendo esta argumentación, es posible identificar, en el caso del sector que estudiamos, al que ideológicamente ubicaríamos en el espectro derecho del arco político, una subdivisión entre aquellos proclives a la aceptación del peronismo y quienes se reivindican antiperonistas. En el caso de los jóvenes de la UCeDe podemos notar como, mayormente los integrantes de la JLA, cuestionaron el acuerdo precisamente por el rechazo que les generaba el peronismo:

Yo venía de una familia absolutamente antiperonista y era terrible que ganara Menem, con esas patillas ¡aparte la imagen de Menem en esa época! ¡Era terrible que pasara eso! Pero bueno, había ganado (abogada, 48 años, miembro de la JLA y de UPAU. En la actualidad, está a cargo de una dirección en el Gobierno de la ciudad).

¹⁴ “El bajo se define como el uso y/o la manifestación de rasgos, modales, maneras de hablar, tropos culturalmente populares, y particularmente de la forma local o nacional –es decir circunscripta y localmente específica– de esta cultura popular, en la arena política. En términos de rasgos realmente existentes, denota gustos, proceder, comportamientos, expresiones y modos de hablar más ‘crudos’, ‘chabacanos’, hasta (dicho informalmente) más guarangos de los representantes políticos en la arena pública. Lo alto en la política se define como la manifestación o el uso para fines políticos de un cierto capital cultural como credenciales públicas o signos de respetabilidad” (Ostiguy, 1997: 136).

Mis compañeros de militancia se empezaron a convertir en peronistas. Y yo no era peronista. Yo aún hoy sigo sosteniendo que el peronismo es una de las cosas más nefastas que tuvo este país, por su connotación fascistoide, antidemocrática, absolutista en cuanto medios [...]. Entonces yo, cantar una marcha que dijera combatiendo al capital, me parecía una locura total, y tanto es así que no me pasé al peronismo [...]. Y muchos de los que estaban conmigo o cerca de mí o que no militaban conmigo pero eran amigos medianamente cercanos o conocidos se fueron pasando. En el momento mi sensación fue, yo soy liberal, con el peronismo no quiero saber nada, así que me quedo acá hasta que haya partido y el día que no haya, me voy a mi casa (abogado, 49 años, dirigente secundario. En la actualidad, es funcionario del Gobierno de la ciudad).

Otros militantes, muchos de ellos integrantes de UPAU, pudieron dar cuenta de la crisis y explicar su impacto por las mismas razones, aunque hayan apoyado la estrategia del partido: “En ese momento, sí, hubo gente que no se lo bancó, que tardó años en aceptar este tema del peronismo como referente del liberalismo [...] el cimbronazo pegó...” (abogado, 52 años, miembro de UPAU. En la actualidad, integra el Poder Judicial y es simpatizante del PRO).

El principal dirigente de UPAU, Maslatón, nos señaló al ser consultado por la estrategia que los había sumado a un gobierno peronista:

No, esas cosas no importan. A mí me parece que en ese momento, mitad del año 89, había que hacer como una junta de salvación nacional, el país se estaba incinerando y cualquiera que hubiera subido con algo positivo yo tenía la obligación de no estar en contra [...] yo en ese momento era legislador de la ciudad, subió Carlos Groso como intendente de la ciudad y lo apoyé, y Menem a nivel nacional, lo apoyé.

Fue, entonces, el posicionamiento frente al peronismo, que un entrevistado resumió como “volverse peronista o irse a la casa”, el que tornó crítico el cierre de la experiencia juvenil y el que, a su vez, dio lugar a dos recorridos posibles en la posterior trayectoria de los militantes jóvenes de la UCeDe. En quienes rechazaron el acuerdo con el peronismo, el peso de la crisis fue mayor puesto que interpretaban que los dejaba *afuera* de la política, veamos un testimonio:

Yo siempre digo que la política me dejó a mí, yo no dejé la política. Hice diez años política, pero en un momento me quedé sin política. Por varias razones. Este país en algún momento de la historia parecía que estaba normalizado desde el punto de vista... las cosas eran normales, las cosas funcionaban, había... parecía que en algún momento el país iba a despegar, desde lo político, el menemismo había absorbido a la UCeDe, en la práctica no había

más UCeDe. Con lo cual, las razones para hacer política habían disminuido sustancialmente, no tenías contención para hacer política, no tenías motivos (abogado, 49 años, dirigente secundario. En la actualidad, es funcionario del Gobierno de la ciudad).

En tanto, entre quienes aceptaron al peronismo, la ruptura del vínculo fue menor puesto que no significó necesariamente dejar de hacer de hacer política; un entrevistado nos dijo: “para mí era todo bastante razonable, y si encima adoptaban las ideas en las cuales yo más o menos creía todo era mucho mejor...”.

Sin embargo, la opción por una dedicación plena a la actividad política se resintió en todos los casos y aparecieron alternativas que reconfiguraron el compromiso. La incursión en ámbitos empresariales y profesionales continuó siendo una opción para la participación, opción que, además, en quienes no cuestionaron al peronismo fue acompañada a lo largo de la década siguiente por varios intentos de participación política incluso a través o en alianza con el peronismo.

Podemos decir, entonces, que ese “irse a la casa”, entre quienes rechazaron el peronismo, significó, antes que una opción real, la expresión del impacto que la crisis tuvo en muchos de los jóvenes que, sin embargo y pese a ello, reconfiguraron de formas e intensidad variadas su compromiso político. Por ejemplo, la misma entrevistada que señaló que frente al acuerdo del 89 pensó “hasta acá llegué”, nos comentó más tarde:

En realidad, todos, creo, seguimos con la inquietud de participar. Como que no nos fuimos contentos a casa y acá se cerró la ventanita, porque el bichito te picó y te picó. Ya te digo, si yo seguí en el Colegio de Abogados era porque en algún lado tenía que hacer algo, no podía irme a mi casa y criar a mis hijas que son un amor y todo bárbaro, pero me pasaban otras cosas y quería hacer algo.

Además de la participación en el Colegio de Abogados u otras asociaciones profesionales, los entrevistados han señalado el involucramiento en elecciones de graduados en sus facultades como lugares en los que reencauzaron su participación. En el caso de los militantes de la Facultad de Derecho, otro de los ámbitos mencionados son las elecciones en el Consejo de la Magistratura.

La crisis interna que devino en la desaparición de las organizaciones en las que militaban estos jóvenes dio inicio a dos tipos de trayectorias. Una, más distante de la actividad partidaria, en la que notamos un mayor predominio de la dedicación a actividades privadas en los años noventa. La otra, la de quienes no rechazaron el peronismo, estuvo más cercana a la actividad de los partidos políticos, aunque también implicó la incursión en ámbitos nuevos, como las asociaciones

profesionales. En este caso, se estableció un nuevo vínculo con la actividad política caracterizado por interrupciones, búsquedas e intentos que mantendrán la posibilidad de una vuelta a la actividad política en un estado latente.

El peso de los vínculos establecidos entre los militantes hizo que, frente a algunas coyunturas específicas, los rasgos que distinguen los distintos tipos de trayectorias se tornen menos claros. Para comprender la importancia de los lazos construidos entre los militantes, es importante tener en cuenta las explicaciones que construyeron para cerrar la experiencia de militancia juvenil. Tanto quienes vieron como una posibilidad la incorporación al peronismo como quienes decidieron lo contrario dieron por concluida una experiencia en la que el importante compromiso político desplegado, en todos los casos, es recordado con nostalgia:

La militancia universitaria templa, la militancia universitaria cuando usted la hace un par de años es como si fuese un grupo comando, genera vínculos de afecto, experiencia, capacidad de reacción ante la adversidad, uno aprende, hace un curso (abogado, 54 años, dirigente fundador de UPAU. En la actualidad, es militante activo en el Colegio de Abogados de la CABA y afiliado al PRO).

Así, la experiencia de militancia juvenil, además de ser recordada con nostalgia y de haber fortalecido una identidad política de la que aún hoy se sienten parte, es resignificada como una experiencia crucial en sus vidas y a la que desean mantenerse ligados. Construyeron así la necesidad de una búsqueda, a partir de entonces, de experiencias similares. Y en esa búsqueda, los diversos lazos construidos entre ellos fueron reactivándose con posterioridad a la experiencia de los ochenta. En este sentido, un entrevistado nos indicó algunas estrategias que les permitieron mantenerse conectados:

Primero los varones nos juntábamos a jugar al fútbol, todos los sábados a jugar al fútbol [...] eso nos hacía sentir juntos, aunque no estuviéramos en actividad, cada uno por ahí estaba más metido en la actividad más privada y no en la pública, entonces nos manteníamos. Después estuvo la genialidad de Maslatón que armó un foro, en principio era una cadena de mails, que comentábamos, charlábamos, discutíamos (abogado, 49 años, dirigente secundario. En la actualidad, es funcionario del Gobierno de la ciudad).

Además de estas estrategias, registramos relaciones personales surgidas en la época, que van desde matrimonios hasta padrinzos, que facilitaron la continuidad de los vínculos en pequeños grupos.

El sostenimiento de las redes iniciales surgidas al calor de la experiencia de militancia juvenil hizo de las diferentes etapas en las trayectorias posteriores de muchos dirigentes un proceso que, hasta la llegada al PRO, estuvo caracterizado por momentos de mayor o menor cercanía con la política, pero que no supuso en la mayoría de los casos un desinvolucramiento total con la política. Involucrados en actividades asociativas de distinto tipo o sostenidos en la actividad privada por redes que favorecían una rápida entrada o salida frente a algunos intentos de vuelta a la política, los militantes liberales de los ochenta sostuvieron un interés por la participación política que los mantuvo especialmente expectantes frente a algunas coyunturas políticas ocurridas tanto en los años noventa como en el inicio del 2000. Entre las mencionadas encontramos la afiliación al PJ en 1994, el acompañamiento a las candidaturas de Palito Ortega en 1998, de Daniel Scioli y Ricardo López Murphy y, en el 2003, de Carlos Menem.

La llegada al PRO: “acá estamos todos”

Con la llegada de Mauricio Macri al Gobierno de la ciudad comenzó un nuevo acercamiento de los militantes centristas a la actividad política. La particularidad de la incorporación a este nuevo partido residió, por un lado, en que fue posible gracias a la reactivación de muchas de esas redes sostenidas con posterioridad a la experiencia de militancia juvenil. Por otro lado, el PRO fue el lugar en el que se reactualizaron esos sentidos construidos en torno a la militancia de los ochenta y en el cual la brecha entre peronistas y antiperonistas abierta en los noventa puede finalmente saldarse.

Uno de los elementos nuevos que aparecen en los estudios sobre carreras militantes y que intentan dar cuenta del complejo de interacciones que intervienen en la conformación de una línea de acción militante o de una carrera es el reconocimiento de la existencia de la mediación de personas cercanas o próximas que resultan de influencia para el pasaje a la acción de los sujetos (Sawicki y Siméant, 2011). Según Sawicki y Siméant, si bien la existencia de vínculos no siempre comprueba su eficacia o efectividad, los relatos biográficos confirman frecuentemente el papel de colegas, padres, amigos y hasta de ciertas figuras tutelares en el pasaje a la acción de los sujetos. En nuestro caso, este elemento cobra importancia a la hora de analizar el ingreso de los militantes centristas al PRO, que tuvo como protagonistas a algunas figuras de influencia, que, a su vez, activaron toda una serie de vínculos entre quienes habían participado de la experiencia juvenil en los años ochenta.

En el transcurso de nuestra investigación pudimos identificar principalmente dos vías concretas de acceso al partido mediadas por figuras dentro del PRO que fueron señaladas como las primeras en hacer su ingreso y, a su vez, como responsables de la convocatoria de otros dirigentes: el ministro Francisco Cabrera y el vicepresidente del Banco Ciudad, Juan Curutchet.¹⁵

El primero de ellos, como señalábamos, comenzó su militancia en los ochenta en la provincia de Mendoza; su paso por la UCeDe lo mantuvo vinculado a muchos de los jóvenes liberales, tanto de UPAU como de la JLA de la Capital Federal. Se mantuvo fuera de la actividad política y de la función pública con posterioridad a 1989 y llegó al PRO producto de las relaciones que su actividad empresarial le permitió tener con el grupo empresario de Macri. Como se ha indicado en otros trabajos, la figura de Macri a partir de la crisis del año 2001 ha sido catalizadora del ingreso a la actividad política de personas pertenecientes a diversos ámbitos, entre los cuales el mundo empresario y el de las fundaciones y ONG han sido los más novedosos (Vommaro y Morresi, 2014). Fruto de este proceso se produce el acercamiento de Cabrera, quien fue, a su vez, responsable del ingreso de otros militantes. Un testimonio ejemplifica el peso de las redes vinculares sostenidas en la actividad privada para quienes se mantuvieron a una mayor distancia de la actividad política:

Y sí, a algunos los veía más, a Lucía, a Pedro, los veía más... Carlos, por ejemplo, mirá lo que son las cosas de la vida, fue culpable de que yo trabajara en Máxima primero y después en La Nación porque me recomendó. Él trabajaba en Máxima AFJP con su jefe, Pancho Cabrera, hoy ministro de Desarrollo Económico de la ciudad. Que Pancho había tenido una intervención menor en Unión Liberal, en la juventud de la UCeDe [...] ellos eran amigos. Pancho queda a cargo de la organización de AFJP de Máxima y Carlos va a trabajar con él. Pancho habitualmente lo lleva a Carlos, como hizo ahora.

Yo estaba trabajando en la empresa de seguros y un día me dijo, Pancho ya se había ido a La Nación, y Carlos me dijo que el nuevo CEO de Máxima estaba buscando alguien que hiciera temas de internet y ahí empecé a trabajar en Máxima. Y después Carlos otra vez me contó que Pancho estaba buscando a alguien para que ocupara el cargo de los medios digitales de La Nación, y le recomendó a Pancho que me entrevistara (abogado, 49 años, dirigente secundario. En la actualidad, es funcionario del Gobierno de la ciudad).

¹⁵ Mencionamos los nombres de estas personalidades puesto que se trata de figuras públicas.

A su vez, otro testimonio da cuenta también del momento en el que, al igual que en la actividad privada, estos vínculos se pusieron en juego para el regreso a la actividad política:

Cuando Carlos me vino a buscar, cuando empezó la gestión anterior de Mauricio, que Pancho Cabrera iba a ser el ministro de Desarrollo Económico, lo llama a Carlos y Carlos me llama a mí. Cabrera tuvo una participación en la UCeDe, pero ya era más grande y es mendocino, entonces tampoco estaba siempre acá, pero lo conocíamos [...]. Era muy amigo de Carlos, trabajaron en varias oportunidades, y Carlos me llama a mí, no es que me llamó, nos veíamos siempre y pintó esto (abogada, 48 años, miembro de la JLA y de UPAU. En la actualidad, está a cargo de una dirección en el Gobierno de la ciudad).

Por su parte, Juan Curutchet fue convocado por sus vínculos profesionales con el entonces presidente del Banco Ciudad Federico Sturzenegger. La trayectoria de Curutchet se encuentra atravesada por un importante desarrollo en el ambiente empresarial y judicial,¹⁶ pero, a diferencia de Cabrera, cuenta también con un involucramiento constante con diversas experiencias políticas que se desarrollaron con posterioridad a su incursión en UPAU. Hasta la llegada al PRO, Curutchet ha participado en varios de los intentos de acercamiento a la política entre los cuales encontramos la campaña a favor de Palito Ortega en 1998, quien finalmente acompañó como vicepresidente la candidatura de Eduardo Duhalde el año siguiente, o el apoyo a la candidatura presidencial de Menem en 2003, entre otros mencionados por los entrevistados.¹⁷ En relación con la influencia de su figura, un entrevistado señaló:

Con los que eran mis amigos de la universidad participamos de las elecciones de graduados, del Colegio Público de Abogados. Yo soy amigo de Juan Curutchet, cuando él volvió de Estados Unidos, que se había ido a estudiar allá, vimos la posibilidad de intentar hacer algo de nuevo en el 99. Algo que nunca voy a

¹⁶ En su CV público figuran los siguientes cargos en empresas: director de Indunor S.A. entre 1998 y 2001. Director de Formatos Eficientes S.A. (Supermercado Eki Descuento) de 2002 a 2005. Director de Productos Roche S.A.Q. de 2004 a 2013. Director de Comercios Rioplatenses S.A. entre 2010 y 2011. Director de Red Link S.A. 2008-2013. Vicepresidente de Ricoh S.A. 2013-2014. Además, se consigna que fue consejero académico por el claustro de graduados en el Consejo Directivo de la Facultad de Derecho de la UBA en 1993-1995 y en 2005-2008. Entre 1994 y 2002 fue delegado de la Asamblea General del Colegio Público de Abogados de Buenos Aires. Entre 2004 y 2008 fue secretario general de la Asamblea de Representantes de la Caja de Seguridad Social de Abogados de Buenos Aires, y director del Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires entre 2003 y 2007.

¹⁷ Un registro de la participación en 2003 se encuentra en *Clarín*, 13/12/2002.

entender es cómo terminamos con Ortega y después con Duhalde. Nunca lo voy a entender, pero terminamos ahí. Terminamos afiliados al Partido Justicialista. Yo creo que me afilié antes, en el 94 (abogado, 52 años, miembro de UPAU. En la actualidad, integra el Poder Judicial y es simpatizante del PRO).

El conjunto de los testimonios hace observable no solo la importancia de los vínculos mantenidos por los ex militantes de la juventud de la UCeDe con posterioridad a su crisis, sino que además confirma la existencia de dos recorridos posibles a los que esa experiencia dio lugar, uno vinculado a la búsqueda de experiencias que los acercaran nuevamente a la política, aun de la mano del peronismo, y otro que, frente al rechazo que estas alternativas generaban, se volcó más decididamente a la actividad privada y a la participación en actividades asociativas vinculadas a ella y mantuvo allí unidos a quienes habían militado juntos en su juventud.

Justamente por ello, estas dos figuras representan también dos formas posibles de llegada al PRO que, en parte, coinciden con ese conjunto heterogéneo de trayectorias que conviven dentro del nuevo partido. Una se encuentra más asociada con el mundo empresarial y la otra agrega a los elementos profesionales una incursión, aunque interrumpida, en la actividad política. ¿Qué hizo posible que el PRO reconvocara a la actividad política, ahora de manera más duradera, tanto a unos como a otros ex militantes liberales?

En su trabajo en este volumen, así como en otros anteriores (2014), Vommaro y Morresi han señalado dos características del partido que han favorecido su capacidad para ganar elecciones y que queremos considerar. La primera, su vocación por ser un partido de poder, lo que lo constituye en una opción pragmática antes que ideológica. La segunda, el abandono de un rasgo identitario del liberalismo conservador anterior: su impronta antipopulista o antiperonista y, en consecuencia, el rechazo de prácticas políticas asociadas a ese movimiento. Consideramos que estos dos elementos, *el pragmatismo ideológico y la mayor familiaridad con el repertorio político populista*, se encuentran en la base de este reencuentro con la actividad política y de la reactivación del viejo compromiso militante de los jóvenes liberales. Para ello es preciso analizar cómo este partido les permitió actualizar viejos saberes políticos aprendidos en la experiencia de militancia juvenil.

Entre los elementos constitutivos del compromiso político asumido en la juventud, destacamos la puesta en valor de la política y por tanto de la actividad militante. Esta idea encuentra cierta prolongación en una fuertemente movilizadora por el PRO tendiente a valorar la actividad política. Claro que en el PRO

esta valoración no es por la actividad militante, sino por el carácter “nuevo” de la política, en clara oposición con la “vieja política” a la que se considera responsable de los males del pasado. Pero lo que nos interesa destacar es que, en la apelación a la participación que realiza el PRO, la política es puesta en valor frente a los descreídos o frente a quienes se han mantenido fuera de ella. Si en los ochenta fue necesaria la reafirmación de un *nuevo estilo de hacer política* en contraposición con el esperado dentro del sector de la centroderecha como forma de participación en los nuevos ámbitos que la democracia creaba, en la actualidad el llamamiento del PRO a la participación política parece confirmar una vez más las bondades de esta actividad para alcanzar ciertos objetivos, esta vez luego de una grave crisis económica e institucional en el país.

Siempre asociada a *lo nuevo*, la política se convierte en ambos casos en un llamado a la participación y al compromiso. “Decidí involucrarme y participar en política”, asegura Mauricio Macri en su perfil público, en una frase que lo define.

Sumado a esta valoración, el PRO se presenta a sí mismo como un partido “de gestión” situado “más allá de la izquierda y de la derecha”. Este componente pragmático revitaliza las ideas con las que los jóvenes liberales llevaban adelante su práctica política, vinculada a la eficiencia de los servicios, aunque, al mismo tiempo, encierra una crítica a las ideologías que cuestiona una parte importante de las ideas que movilizaban los jóvenes. Veamos en qué sentido esta definición brindada por el PRO generó adhesiones y en qué medida implicó tensiones. Consultada sobre la llegada al PRO, una entrevistada señaló:

... lo viví como ahora que tenemos la posibilidad de gestionar, de todo lo que queríamos hacer en aquel momento, tenemos la oportunidad de demostrar, finalmente tenemos la oportunidad de hacerlo en la Ciudad. Cuando primero dudaba, Carlos me dice: “¿vos te acordás cuando queríamos cambiar el país?”... bueno. Y viste, dudás porque tampoco es que Mauricio me parecía el candidato que estaba más cerca de lo que yo quería para la ciudad [...] dije bueno, es el momento, tanto dijimos que queremos participar, que nos gustaba hacer política (abogada, 48 años, miembro de la JLA y de UPAU. En la actualidad, está a cargo de una dirección en el Gobierno de la ciudad).

En este testimonio, el sentido otorgado al cierre de la experiencia de militancia juvenil cobra importancia puesto que la llegada al PRO aparece como una posible respuesta a esa búsqueda por transformar la sociedad que quedó inconclusa en la etapa juvenil. La posibilidad de participar nuevamente toma aún más cuerpo cuando es asociada al *pragmatismo* del nuevo partido, en la idea de “gestión”, puesto que allí los jóvenes habían dado sentido a su labor política:

Nosotros lo que decíamos era que hay que armar una opción real de poder. Ese era el planteo fundamental que a nosotros nos dividía con la gente que creía que esto era un partido de cuadros. Que es lo mismo que tenemos hoy. Lo que logra Macri es una opción real de poder, es decir, logra construir un gobierno. Algo que nunca habíamos tenido. El gobierno de Macri es un gobierno mucho menos ideológico, que está muy bien, se junta gente de todos lados, pero es una opción real de poder (abogado, 51 años, fundador de la JLA. Actualmente, está a cargo de una subsecretaría en el Gobierno de la ciudad).

En este testimonio aparece, en cierta tensión con lo sostenido en la etapa juvenil, la aceptación de la ruptura con el componente ideológico del nuevo partido. No sin cierta nostalgia, los antiguos defensores públicos del liberalismo parecen coincidir en la actualidad con la necesidad de apaciguar este elemento para hacer política y tener éxito:

Entonces, en aquel momento, haciendo un análisis retrospectivo, me doy cuenta que la UCeDe, con su sesgo ideológico tan pronunciado, difícilmente llegara a ser masivo nunca, ni aun en aquella época donde la cuestión era mucho más ideológica y el auge de la derecha, la centroderecha en el mundo era mucho mayor y era lo que había que hacer. Aun así no lo iba a lograr. Es decir, viéndolo desde hoy me doy cuenta que no es viable un partido con un sesgo ideológico fuerte como opción de poder real (abogado, 49 años, dirigente secundario. En la actualidad, es funcionario del Gobierno de la ciudad).

La aceptación de este rasgo no se produjo en todos los casos. Quien fue el principal dirigente de UPAU en los ochenta encontró aquí la principal razón que lo mantiene alejado de la experiencia del PRO, de la que participa gran parte de sus ex compañeros de militancia. En una entrevista con nosotros manifestó respecto del PRO:

No, del PRO olvidate, yo estoy proscripto en el PRO, yo nunca podría estar en ese partido, primero por la ideología que tengo, yo soy muy de derecha, yo soy más de derecha que toda la gente con la que vos hablaste. Yo tengo una ideología de derecha dura [...]. Pero soy de derecha... soy como muy ideológico. Y el PRO es un partido que decidió no tener casi contenido. O refugiarse en cosas como “vamos a ocuparnos de la gestión, las ideologías no importan, vale todo”... tiene ideólogos para eso.

Sin embargo, admitió también, frente a la convocatoria realizada por sus viejos colegas a participar en el partido, “bueno, por ahí hago algo ahí, pero de todas maneras yo tengo que trabajar. Tengo cosas importantes que hacer para mí y no las puedo dejar”.

La aceptación de este rasgo por parte del resto de los militantes posiblemente se encuentre vinculada al peso de otra de las disposiciones que favorecieron la incorporación al PRO: el carácter flexible del vínculo que entablan con el nuevo partido o, mejor dicho, como señalan Vommaro y Morresi (2014), las posibilidades de participación en él con bajos costos para sus miembros, tal y como era la participación en el viejo partido de Alsogaray. Este elemento hizo que los militantes *liberales* y de *derecha* en su juventud no se sientan obligados a asumir en su totalidad el discurso del nuevo partido, lo que implicaría resignar sus propios principios y posiciones ideológicas, que en algunos casos aún mantienen, puesto que son parte de una heterogeneidad que en el PRO es valorada.

Esta misma flexibilidad asumida para apaciguar el componente ideológico para hacer política y convertirse en una opción *real* es la que facilitó la superación de las diferencias entre peronistas y antiperonistas. Por un lado, a partir, como decíamos, de la aceptación de cierto repertorio asociado al populismo:

En aquella época tenía 16 años, uno es más principista, ahora me doy cuenta que hay intervención del Estado en muchas áreas, más que las que tradicionalmente pensábamos. La UCeDe te decía el Estado tiene que estar en educación, seguridad, salud y justicia. Bueno, qué sé yo, hoy creo que el Estado tiene que estar en algunas cosas culturales, bueno, una serie de cosas... (abogado, 49 años, dirigente secundario. En la actualidad, es funcionario del Gobierno de la ciudad).

Por otro lado, el PRO se convirtió en el lugar en el que los antiperonistas, que se consideraban *afuera* de la política durante los años noventa, encontraron un espacio que, por su carácter *nuevo*, perciben como desprovisto de los males del peronismo. El mismo entrevistado, crítico del peronismo, lo definió de la siguiente manera:

Claro, digamos, yo no soy peronista ni lo voy a ser nunca. Como no soy radical ni lo voy a ser nunca. Después, que haya peronistas y radicales en mi espacio no me molesta [...]. Creo que los que están en este espacio saben que es un espacio, por lo menos, de centro. No vamos a poner... no me imagino al PRO poniendo controles de precios. Y Alfonsín hacía cosas parecidas a las que hacen los Kirchner en el final de su mandato, tenía control de precios, control de tipo de cambio, cerradas las importaciones, cosas muy parecidas a las que se ven hoy. No creo que los radicales que están en el PRO piensen que eso es una vía posible. Es más, te diría que los radicales que están en el PRO son los radicales más de centro y los peronistas que están en el PRO son los peronistas más de

centro. En ese sentido, me parece que el día que tengamos decisiones de gobierno vamos a tener una línea normal como tiene cualquier país del mundo.

Este testimonio pone en evidencia la eficacia de la propia estrategia de construcción partidaria del PRO para convertirse en una opción para un conjunto variado tanto de dirigentes políticos como de personalidades nuevas en la política. Denota también la influencia de un nuevo escenario político abierto tras la crisis de 2001, que convirtió la pérdida del consenso alcanzado por los postulados del liberalismo en un importante estímulo para la participación de quienes se inscriben en su defensa. Algo que, sumado al rechazo unánime que generó la emergencia de un peronismo con fuerte retórica nacional y popular, saldó las diferencias generadas por la incursión en el peronismo durante los noventa de un conjunto de militantes de la UCeDe.

Palabras finales

A lo largo de este trabajo nos propusimos indagar la importancia de las experiencias políticas previas de actuales miembros del PRO haciendo un análisis de sus trayectorias que, centrado en la experiencia de ingreso a la política en los años ochenta, nos permitió pasar revista por las principales alternativas que se abrieron paso a partir del final abrupto de este ciclo. Pudimos ver cómo un proyecto de militancia compartida que puso en valor la actividad y el fuerte compromiso con la política se resignificó a partir de 1989 y dio lugar a diversos tipos de trayectorias marcadas por la necesidad y la búsqueda de experiencias de participación política similares. Intentamos poner de relieve las posibilidades que la composición heterogénea del PRO había significado para la incorporación, nuevamente en un mismo partido, de los militantes centristas en el inicio de los 2000. El partido de Mauricio Macri, gracias a su llamado a la participación política de actores políticos nuevos, junto con un pragmatismo asociado a su idea de gestión, permitió la vuelta a la política de este conjunto variado de trayectorias de militantes centristas que, en un partido que les permite conservar a puertas cerradas su ideología, encuentran las posibilidades de realización del viejo anhelo de convertirse en una opción de poder.

Capítulo 6

“Mirar para adelante”

Tres dimensiones de la juventud en la militancia de Jóvenes PRO*

Juan R. Grandinetti

La militancia juvenil en organizaciones partidarias ha despertado, en los últimos años, un gran interés y un intenso debate en diversos ámbitos académicos, políticos y mediáticos. Detrás de aquella difundida lectura del fenómeno en términos de una “vuelta de los jóvenes a la política” se esconde una serie de prejuicios esencialistas y objetivistas que dificultan un acercamiento al vínculo entre juventud y política que tome en consideración tanto la socialización de cada generación en relación con los procesos sociopolíticos en los que se desarrolla, como las disputas, históricamente situadas, en torno a la definición de la categoría “juventud” y sus diversos modos de objetivación en las organizaciones políticas y sociales. Desde la perspectiva que aquí abonamos, la juventud no es un grupo social dotado de propiedades intrínsecas ni un objeto dado de antemano, sino que es en sí misma objeto de diversas y conflictivas construcciones.

La expansión y mayor visibilidad, durante el último lustro, de las organizaciones juveniles de los partidos políticos (Vommaro y Larrondo, 2013) se vio acompañada de una apelación creciente por parte de la dirigencia política hacia “los jóvenes” (Vázquez, 2012; 2013) y de una problematización y debate público acerca su papel en la vida política reciente.

Sin embargo, que categorías como “juventud” o “jóvenes” hayan adquirido cierto protagonismo en la política argentina no quiere decir que sean movili-

* Agradezco especialmente los aportes y comentarios realizados por Mariana Gené y Gabriel Vommaro a una versión preliminar de este capítulo.

zadas en un mismo sentido, es decir que sus significados y usos políticos sean homogéneos o convergentes. Por el contrario, la definición y los usos de estas categorías deben ser entendidos como instrumentos de las luchas políticas y como objetos en disputa, cuya apropiación nos remite a una cierta visión de la política y de la militancia. Por otra parte, el papel que ocupan las agrupaciones juveniles dentro de cada organización partidaria, las relaciones que se establecen con la dirigencia y el tipo de militancia que llevan adelante, tanto como las formas de socialización política de sus militantes, merecen ser estudiados en su especificidad.

El caso del PRO –y de su organización Jóvenes PRO, de la que nos ocuparemos aquí– resulta especialmente interesante para estudiar estas cuestiones ya que se trata de un partido alejado de la cultura de izquierda o progresista desde la que habitualmente se ha pensado en las ciencias sociales la relación entre juventud y política (Balardini, 2005; Borobia *et al.*, 2013), y entre partidos y militancia (Fretel, 2011).¹ Esto nos va a permitir corrernos de ciertas imágenes consagradas para advertir cómo determinadas categorías son apropiadas y resignificadas en función del estado de las luchas del campo político, y cómo ciertos procesos de politización de amplio alcance producen efectos diferenciales en actores y sectores sociales diferentes.

¿Qué sentidos políticos y morales adquiere la juventud en el PRO? ¿A qué juventud se interpela y se pretende representar desde su organización juvenil? ¿De qué modos se utiliza la edad en el PRO como un principio para la división del trabajo político y del poder dentro del partido? ¿Qué tipo de tareas militantes desarrollan en Jóvenes PRO? ¿Qué relaciones establecen los militantes juveniles y los dirigentes partidarios? ¿A qué procesos sociopolíticos refieren los militantes de Jóvenes PRO su interés por la política y su ingreso al partido?

¹ Para un estado del arte de los estudios sobre juventud y política en la Argentina reciente, pueden consultarse: Bonvillani *et al.* (2010) y Núñez (2010). A pesar de que las investigaciones sobre militancia juvenil han mostrado escaso interés por las juventudes de organizaciones partidarias consideradas a la derecha del centro, vale la pena mencionar algunos trabajos recientes que, desde la sociología política, han abordado estas militancias: para el caso francés, las juventudes sarkozystas de la UMP (Bargel y Petitfils, 2009) y los jóvenes del Front National (Lafont, 2001); en Italia, las juventudes de Forza Italia, Alleanza Nazionale y Lega Nord en los años de Silvio Berlusconi (Dechezelles, 2008); para Estados Unidos, el activismo universitario de los jóvenes conservadores del Partido Republicano (Binder y Wood, 2013). Asimismo, en este volumen puede consultarse el capítulo 5 sobre las juventudes liberales en la Argentina de los años ochenta y su actual relación con el PRO.

A partir de una investigación sobre Jóvenes PRO de la Ciudad de Buenos Aires² realizada entre 2013 y 2014 —que consistió en entrevistas en profundidad a miembros de esta organización, observaciones de actos y actividades partidarias, y análisis de documentos escritos y audiovisuales—, buscaremos dar respuesta a estas preguntas desde tres dimensiones analíticas.

En primer lugar, presentaremos algunas consideraciones para un abordaje de la categoría “juventud” en su dimensión político-moral. Desde esta perspectiva, analizaremos los usos y sentidos que adquiere, en la militancia de Jóvenes PRO, la juventud en cuanto categoría movilizada políticamente y cargada de connotaciones morales, que funciona como un principio de legitimación y deslegitimación de ciertas prácticas políticas, y como principio de interpelación y construcción de una juventud desde la cual, y en nombre de la cual, se habla y actúa. Asimismo, intentaremos mostrar la articulación entre los usos de la categoría “juventud” y ciertas definiciones de la política sostenidas por el PRO en el marco de las luchas simbólicas en las que se inscriben.

En segundo lugar, nos ocuparemos de la dimensión relacional de la juventud dentro de la organización partidaria. Así, veremos en qué consiste la traducción específicamente partidaria de la juventud en el PRO, es decir, cómo opera la juventud como un principio de división del trabajo político y de reparto del poder, a partir del cual se regulan el alcance y los límites de las prácticas políticas de quienes integran el partido con base en criterios de edad. Veremos, a su vez, de qué modos se conjuga y entra en tensión la categoría “juventud” movilizada por el PRO como principio de legitimación e interpelación con la juventud en cuanto modo de organizar y regular las prácticas partidarias.

Finalmente, desarrollaremos algunos elementos para pensar la juventud en su dimensión generacional. De este modo, mostraremos cómo aparece lo generacional entre los militantes de Jóvenes PRO a partir de las formas en las que dotan de contenido histórico y elaboran su pertenencia generacional, y la significación que para ellos mismos adquiere la experiencia de ciertos procesos sociopolíticos en su politización y en su entrada a la militancia.

La dimensión política y moral de la categoría “juventud”

Ni grupo etario asépticamente objetivable por el discurso científico-burocrático ni “solo una palabra”, la “juventud”, como cualquier otra forma de clasificación

² De aquí en adelante solo se hará referencia, a menos que se lo aclare, a Jóvenes PRO de la Ciudad de Buenos Aires, organización sobre la que hemos realizado nuestra investigación.

del mundo social y de los grupos que lo conforman, contribuyen a producir lo que aparentemente describen y, por lo tanto, al producir efectos sociales, es uno de los tantos objetos cuya definición se encuentra en disputa en el juego político.

Si convenimos, con Pierre Bourdieu (2003; 2001; 2000a; 2000b), en que la acción política tiene como objetivo producir e imponer representaciones del mundo social a través de las representaciones que de este se hacen los agentes, esto es, hacer y deshacer grupos al producir las representaciones que los hacen visibles ante sí mismos y ante los demás, puede entenderse así que la juventud, como principio de construcción de grupos y, por ello, de representación, sea materia de luchas en torno a su definición, que implican para sus portavoces la pretensión de actuar y hablar en nombre y a través de “los jóvenes” adquiriendo así legitimidad no únicamente en cuanto representantes e integrantes de aquel grupo que hacen existir, sino también en cuanto portadores de aquellos valores político-morales connotados en los modos de existencia por ellos mismos sostenidos.

Así, la juventud aparece en escena como una categoría políticamente movilizada y cargada de connotaciones morales en disputa, que funciona como un principio para la conformación de organizaciones políticas que se valen de ella de un modo autoadscriptivo construyendo su identidad política –y actuando– en cuanto jóvenes, pero al mismo tiempo interpelando a ese colectivo y construyéndolo performativamente.

En la sección siguiente nos proponemos acercarnos a los usos y sentidos que adquiere, para los militantes de Jóvenes PRO, la juventud como una categoría puesta en juego en las luchas simbólicas por la definición legítima de la política y como principio de producción de identidades y alteridades grupales. Intentaremos mostrar cómo la juventud adquiere, entre los militantes de Jóvenes PRO, múltiples usos y significados en función de ciertas visiones acerca de la política sostenidas en este partido, que a su vez se erigen contra otras visiones, que también hacen uso de las mismas categorías, pero en otros sentidos.

Jóvenes sin mochilas: la juventud como principio de interpelación y de legitimación política

Esto tiene que ser un cambio de verdad, necesitamos que cada vez más gente nueva participe en política. En este proyecto están todos invitados: aquellos que apoyaron al peronismo en la búsqueda de la justicia social o al radicalismo en la defensa de la República, y esa enorme mayoría, especialmente de jóvenes, que no participaron en los debates ideológicos del siglo pasado, que lo que quieren es una Argentina moderna en la que

puedan ser felices, un país para la gente. A ellos, a todos ustedes, les quiero decir que llegó la hora, llegó la hora de una sana rebelión, de la innovación, de romper con los paradigmas, de animarse a participar, especialmente aquellos que son jóvenes de espíritu y que creen que el cambio es posible.³

Nacido para presentar la candidatura de Mauricio Macri, empresario y presidente del Club Boca Juniors, a la Jefatura de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires en 2003, el PRO (por entonces llamado Compromiso para el Cambio) tiene como gesto fundacional la reivindicación de la entrada a la política de personas sin experiencia previa, especialmente de quienes han sido exitosos en el ámbito privado o en las organizaciones de la sociedad civil. La inexperiencia, lejos de ser un problema para “meterse en política”, es en el PRO una cualidad valiosa que implica no encontrarse contaminado por las “prácticas perversas” de quienes “siempre vivieron del Estado” y participaron de la “vieja política”.

Más allá de que en el PRO participen antiguos miembros de partidos tradicionales, como el PJ o la UCR, de partidos liberal-conservadores, como la UCeDe o Recrear, y de partidos conservadores del interior del país, como el Partido Demócrata de Mendoza, entre otros, el PRO se ha esforzado por presentarse como una renovación de la política, lo que en parte se corresponde con la importante presencia de dirigentes provenientes del mundo empresarial, de la *expertise* y de las ONG (Vommaro y Morresi, 2014; Mattina, 2012a).

La llegada de “gente nueva” es, en el discurso de los militantes y dirigentes del PRO, sinónimo de la renovación de la política, entendida como ruptura con las viejas prácticas “perversas” de los partidos tradicionales, en los cuales se reproducen y reciclan los mismos dirigentes cerrándoles las puertas a quienes quieren participar desde otros ámbitos. En este sentido, la juventud aparece como la metáfora más pura de la renovación, entendida como la entrada de personas sin experiencia política previa y, por lo tanto, sin el lastre de las viejas prácticas.⁴

³ Fragmento del discurso pronunciado por Mauricio Macri luego de conocerse los resultados de las elecciones legislativas del 27 de octubre de 2013, que dieron al PRO como ganador en la ciudad de Buenos Aires. Detrás de Macri, en el escenario, se ubicaron en una tribuna decenas de militantes de Jóvenes PRO con remeras amarillas que anunciaban el lanzamiento de su candidatura presidencial para 2015.

⁴ Para preservar la confidencialidad y el anonimato de nuestros entrevistados, todos sus nombres han sido modificados. Los testimonios que se citan en este capítulo pertenecen a militantes de Jóvenes PRO que integran o integraron el Comité Ejecutivo de Jóvenes PRO Capital (algunos de ellos como presidentes, otros como vocales o secretarios), y/o participan de la organización

Lo que aportan los jóvenes es que muchos entran a militar sin ninguna participación política previa y eso de alguna forma hace que te formes en un partido y evite que vengas con una carga más pesada, con un residual (Agustina).⁵

Yo creo [que los jóvenes] estamos como frescos, o sea, yo me encuentro mucho con la expresión en la calle de “ay, no, querida, ni te gastes, esto ya se hizo y no funcionó” [...]. Perfecto, yo soy joven, yo soy nueva, tengo otro tipo de fuerza, tal vez, o de resistencia al fracaso, que sé yo, tengo 28 años, tengo pocos años en política, no es que intenté todo mil veces y ya estoy frustrada y no tengo más ganas, al contrario [...]. Los jóvenes traemos otro tipo de fuerza, somos más frescos en esto, por ahí tenemos otra visión, creemos que las cosas pueden funcionar. Para mí, tiene que ver con renovar el espíritu, no sé si pasa por lo que los jóvenes pueden aportar en cuanto a conocimiento, sino en la actitud (Mariela).⁶

En este sentido, la juventud se inscribe dentro de un relato más amplio, que incluye también el ingreso de empresarios, directivos de ONG, intelectuales y figuras del espectáculo, todos ellos, en palabras de Mauricio Macri, “jóvenes de espíritu” y protagonistas de la construcción de una “nueva política”.

Lo que ha demostrado Mauricio en los últimos dos años [es que] hace propio esto de animarse a darle un lugar, digo, en esto de la renovación de la clase dirigente, no solo en términos generacionales, sino también de incorporar lo mejor del sector social o del sector privado (Lucas).⁷

La gente se acerca al PRO porque ven muchísima gestión y les gusta que Mauricio es un tipo que viene de otro ámbito a la política, que no viene de

juvenil del PRO y ejercen cargos electivos en la Legislatura o en las Juntas Comunales de la ciudad de Buenos Aires. Sus edades van de los 24 a los 29 años.

⁵ Agustina hizo su secundaria en un colegio católico del barrio porteño de Belgrano, donde participó de voluntariados solidarios. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad Católica Argentina (UCA) e ingresó al PRO en 2007 a través de contactos familiares. Desempeña un cargo electivo en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).

⁶ Mariela estudió en un colegio católico de Recoleta, en la ciudad de Buenos Aires. Cursó la carrera de Publicidad en la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) y algunos años de Medicina en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Antes de llegar al PRO en 2009 a través de una amiga, participaba activamente en misiones organizadas por la Iglesia del Pilar de Recoleta. Desempeña un cargo electivo en la CABA.

⁷ Lucas estudió en un colegio católico jesuita ubicado en Recoleta. Se recibió de abogado en la UCA. Se acercó al PRO (que aún se llamaba Compromiso para el Cambio) en 2003, a partir de sus tareas como presidente del Centro de Estudiantes de su Facultad. Ocupó un cargo jerárquico en el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires y actualmente desempeña un cargo electivo en la CABA.

una familia política, que no hizo plata con la política, al contrario, viene del ámbito privado (Matías).⁸

El PRO es una gran amenaza al sistema político en general: tiene una gran cantidad de gente que no estaba inserta en el sistema partidario, trae gente de afuera, [es] realmente un puente de participación real. En otros partidos son siempre los mismos (Milagros).⁹

Esta idea de la juventud como metáfora de la renovación de la política a partir del ingreso de “gente nueva” puede ser entendida en relación con una visión de la política como gestión eficaz de problemas concretos, en la que las identidades político-ideológicas resultan contraproducentes, obstaculizantes y obsoletas. Encontramos en los militantes de Jóvenes PRO –en consonancia con lo que muestra el capítulo 1 de este volumen sobre los cuadros dirigentes del partido– una concepción de la política fuertemente ligada a la idea de gestión, a una resolución pragmática de problemas que va más allá de cualquier ideología, considerada como una “mochila”, como algo que restringe la capacidad de acción.

La política resulta, entonces, una gestión no ideológica de problemas de “la gente” y, en este sentido, es considerada un “servicio”. En consecuencia, la ideología es entendida como un conjunto de ideas heredadas del pasado y desactualizadas, que fijan soluciones preestablecidas y constituyen un obstáculo para una gestión eficiente.

Todos los que trabajamos en el despacho somos gente nueva en la política y definimos la política de otra manera, no bajo los estándares del peronismo o del radicalismo, sino como un espacio de servicio para la gente (Nicolás).¹⁰

Lo bueno de no estar atado a ninguna mochila ideológica clásica, si te atás a que el PRO es de izquierda, el PRO es de derecha, el PRO es progresista, el PRO es liberal, el PRO es lo que vos quieras, te obliga a actuar de acuerdo a los valores que tiene esa ideología que por ahí quedó desactualizada con el paso

⁸ Matías hizo su secundaria en un colegio católico de la ciudad de Trenque Lauquen, provincia de Buenos Aires. Estudió Derecho en la UCA, donde presidió el Centro de Estudiantes. Empezó a militar en el PRO durante 2009, luego de contactarse a través de la página de Facebook de Jóvenes PRO.

⁹ Milagros cursó su secundaria en un colegio católico de mujeres en el barrio porteño de Recoleta. Estudió Ciencias Políticas en la UCA, donde presidió el Centro de Estudiantes. Ingresó al PRO en 2009 a partir de la invitación de un amigo. Desempeña un cargo electivo en la CABA.

¹⁰ Nicolás hizo su secundaria en un colegio privado laico del barrio de Belgrano. Estudió Derecho en la UCA. Antes de empezar a militar en el PRO en 2011, era voluntario en la fundación dirigida por uno de los referentes del partido. Trabaja como asesor en un despacho legislativo.

de los años [...]. El PRO, al no tener una mochila, te permite pensar todo el tiempo hacia dónde vamos, qué hacemos o a qué apuntamos porque nada nos obliga a no irnos de un camino (Javier).¹¹

Lo que nosotros tratamos es de ir tomando medidas de acuerdo a lo que nosotros pensamos que va a ser mejor para los vecinos [...]. No hay una ideología que nos enmarque, sino que nosotros vamos tratando de solucionar los problemas de los vecinos y estar cerca de la gente (Andrés).¹²

La necesidad de superar las prácticas de la “vieja política” tiene su correlato en la necesidad de desprenderse de debates del siglo pasado que, según los militantes, poco tienen que ver con el presente y que no solo ofrecen respuestas dogmáticas y poco flexibles, sino que además introducen asuntos excesivamente teóricos y abstractos, que solo les interesan a unos pocos y se encuentran completamente desconectados de “la gente”. Por otra parte, los debates ideológicos implican una actitud contrapuesta a la gestión, un dar vueltas siempre sobre lo mismo sin llegar a hacer nunca nada.

Se entiende así que la juventud en el PRO –y la juventud que el PRO interpela– aparezca aquí como ajena a esos “antiguos debates ideológicos del siglo xx”, de los cuales no ha participado y frente a los cuales no tiene ningún interés porque hablan en un lenguaje y de un mundo que son del pasado. Estos militantes dicen no necesitar identidades político-ideológicas para legitimarse puesto que, según una entrevistada, los “avala la gestión”.

Los jóvenes que el PRO construye e interpela son por definición ajenos a las ideologías y están en condiciones de “pensar de cero”, de proponer nuevas soluciones y asumir una actitud pragmática. Se recuperan también ciertas nociones del sentido común que ligan juventud a entusiasmo, frescura, preeminencia del hacer sobre el pensar, de lo corporal sobre lo intelectual, etcétera.

Los jóvenes somos más flexibles, podemos entender el pensamiento de una u otra persona, que por ahí las personas más grandes, que tienen posturas más fuertes o menos flexibles o más ideologizadas (Andrés).

¹¹ Javier estudió Derecho en la UCA, donde además fue presidente del Centro de Estudiantes. Como parte de sus tareas de representante estudiantil en la UCA, conoció en 2008 a un referente de la juventud partidaria que lo invitó a militar en el PRO. Trabaja como asesor en un despacho legislativo y colabora en la estrategia de comunicación del PRO en el interior del país.

¹² Andrés hizo la secundaria en un colegio católico ubicado en Recoleta. Estudió la carrera de Ciencia Política en la UBA. Comenzó trabajando en el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires en un puesto técnico y se decidió a militar en el PRO durante la campaña de 2009. Trabaja como asesor en un despacho legislativo.

No hay gente muy grande en el partido, ahora que me pongo a pensar, y todos tienen esa actitud de ir [adelante], como de: “Bueno, hagámoslo. ¿Qué hay que hacer? ¿Esto? Bueno, resolvámoslo”. No se dan muchas vueltas, es gente ejecutiva, eso es lo que me gustó del partido [...]. Esta actitud no la tienen en otros partidos, el comunero de Proyecto Sur da miles de vueltas, lo único que hace es quejarse, tiene mentalidad de viejo, se viste de marrón, es como Pino [Solanas] (Mariela).

Si Mauricio Macri representaba la idea de la renovación de la política contenida en la figura del recién llegado, y esta renovación alcanzaba su expresión más pura en la juventud, como grupo y como “espíritu”, el PRO es presentado por sus militantes juveniles como un partido no solo joven, sino conformado mayoritariamente por gente joven y, por ello, dotado de sus mejores cualidades.

Los Jóvenes PRO se muestran como agentes flexibles no atados por dogmas ideológicos, en condiciones de dar respuestas a las preocupaciones de aquellos jóvenes a los que se interpela y pretende representar, desideologizados y distantes del “microclima político”. A partir de esa proximidad entre el militante juvenil del PRO y el “joven no político”, las connotaciones político-morales de la categoría “juventud” movilizadas por los militantes de Jóvenes PRO se constituyen en principios de legitimación de sus propias prácticas políticas.

Yo siento que a veces —y esto sí es una autocrítica y la incluyo a todos los jóvenes políticos—, nosotros caemos en la tentación de estar tan en el microclima que nos parece que la unidad latinoamericana es más importante que tener una vivienda propia o que conseguir un laburo, y la verdad que cuando los sábados a la mañana voy a jugar al fútbol con mis amigos y después nos vamos a comer algo las cosas que a ellos les interesan y que los podrían movilizar son muy puntuales y tienen que ver con poder realizar su proyecto de vida y con poder vivir un poco mejor que como vivieron sus viejos (Lucas).

En consecuencia, la categoría “juventud” articula la idea de una renovación de la política y una ruptura con sus viejas prácticas, con una visión de la política entendida como gestión, es decir, como resolución pragmática de problemas.

En el nudo de estas cuestiones encontramos, además, una visión del futuro como lo opuesto al pasado. El pasado —que es, en realidad, el presente que ha de quedar en el pasado— aparece representado por la “mala política”, por sus prácticas perversas, por una dirigencia enquistada que se recicla permanentemente, por identidades políticas obsoletas y debates ideológicos que son un obstáculo para el hacer. El futuro, de este modo, no es entendido como continuidad de una tradición, como recuperación de algún legado o proyecto inconcluso,

sino fundamentalmente como ruptura con el pasado; y la política, la “buena política”, entonces, se piensa en tiempo futuro.

Militar y gestionar es “mirar para adelante”, es poner el pasado en su lugar, el lugar de la historia, para desde allí “construir el futuro en lugar de reconstruir el pasado”. El pasado tiene su lugar, y su lugar no es la política.

Lo que nosotros creemos es que estando en el siglo XXI nosotros tenemos que ser un partido moderno y un partido que mire hacia adelante, eso no implica negar ni olvidarse del pasado, pero implica hablar del futuro. Y a veces sentimos que otras juventudes tienen una mirada mucho más reivindicativa que aspiracional, están mucho más preocupados en buscar a quien parar en la vereda de enfrente, y frente a qué reivindicar qué, en vez de hablar [de] a qué aspiran como sociedad o como generación. Bueno, nosotros creemos que nuestro liderazgo tiene que ser más aspiracional y hablar de lo que queremos hacia adelante (Lucas).

Tratamos en general de mirar hacia adelante, nosotros tenemos una lógica de mirar hacia el futuro, pero tratar de decir: todo lo que pasó en Argentina, está bien, es bueno que sea juzgado, es bueno que miremos en el pasado, es bueno que no nos olvidemos, pero también es bueno que no nos quedemos en el pasado, sino que miremos en lo que va a venir, en lo que podemos llegar a ser (Andrés).

Se entiende así que la juventud en el PRO sea considerada como una superación del pasado. En primer lugar, como ya hemos visto, porque representa la renovación de la política a partir de la entrada de “gente nueva” no contaminada con los vicios de la “mala política”. En segundo lugar, porque es ajena a las identidades político-ideológicas del pasado y puede “pensar de cero”, sin condicionamientos, las soluciones más eficientes para la gestión de los problemas de “la gente”. En tercer lugar, porque representa en sí misma el futuro y por lo tanto encarna, en palabras de uno de nuestros entrevistados, una mirada “aspiracional”¹³ de la política que se opone a la “reivindicación” del pasado.

¹³ La idea de una política “aspiracional” se presenta, en el discurso del PRO, como lo opuesto a una política “reivindicativa”, en la que se movilizaría a los votantes a partir de la reivindicación de ideologías y símbolos del pasado, en lugar de hacerlo a partir de sus aspiraciones respecto a su propio futuro personal. El término “aspiracional”, al que refiere nuestro entrevistado, es habitualmente utilizado en el mundo del marketing y la publicidad. En ese contexto, la publicidad “aspiracional” es aquella que invita al cliente a hacer del consumo de determinados bienes un modo de identificación con ciertos estilos de vida distinguidos e idealizados en tanto se encuentran fuera de su alcance actual. En el trabajo de campo que realizamos durante la campaña electoral de 2013 encontramos significativo el uso entre los militantes de toda una serie de nociones pertenecientes al marketing y la publicidad (tales como “*merchandising*”, “marca

Hemos argumentado en las secciones precedentes que los usos y significados de la juventud deben ser leídos en el marco de las luchas simbólicas y políticas de las que forman parte. Resulta imposible, entonces, no encontrar en estas formas de pensar e interpelar a “los jóvenes” un intento por disputar sentidos respecto a su lugar en la política argentina frente a las formas más visibles y tematizadas públicamente de militancia juvenil de los años recientes, esto es, frente a la militancia juvenil kirchnerista.

En los espacios kirchneristas, la participación juvenil es entendida como la continuación del legado de la generación de los sesenta y setenta, y como la recuperación de una herencia perdida en los noventa con el neoliberalismo, la de una “generación diezmada” por la dictadura, que es, a su vez, la generación de sus principales dirigentes, Néstor y Cristina Kirchner (Vázquez y Vommaro, 2012). Desde el kirchnerismo, entonces, los “jóvenes” se legitiman como herederos y continuadores de una generación del pasado y, en ese sentido, su entrada a la política es también la vuelta de aquellos que ya no están. En cambio, desde el PRO, se apela a una juventud que no se legitima por establecer lazos con el pasado, sino justamente por romper con ellos o directamente por no tenerlos. Aquellos años setenta que para la militancia kirchnerista constituyen un asunto politizado y del presente, para la militancia juvenil del PRO son un puro tiempo pretérito que debe ser contemplado, pero que no constituye un terreno actual para la acción.

Yo respeto la historia, creo que hay que juzgarla como tal, pero dejarle el lugar que ocupa. Es historia para aprender y no cometer los mismos errores, pero no podemos ir manejando mirando por el espejo retrovisor, hay que pensar para adelante [...]. La Cámpora todo el tiempo con los setenta, reivindicando derechos históricos... está buenísimo, no digo que no hay que hacerlo, lo que digo es que hay que dejarle a la historia el lugar que le corresponde y mirar para otro lado (Agustina).

A su vez, si en el kirchnerismo la ruptura con el pasado es con la década del noventa, entendida como una década en la que la política se disfraza de gestión desideologizada y en la que las identidades político-ideológicas se pierden, la ruptura del PRO es justamente con una visión “obsoleta” de la política en tér-

PRO”, “segmento joven”, “*banners*”, “*afters*”, “*TED*”, entre otras). Sin apresurar conclusiones, el uso y dominio de estas categorías nos da ciertos indicios tanto acerca de los mundos sociales de pertenencia de nuestros entrevistados como también de la relación e integración existente entre el proselitismo militante y las estrategias de comunicación del partido.

minos de identidades político-ideológicas para defender una visión fuertemente ligada a la idea de gestión como solución de problemas.

Al presentarse a sí mismos como una juventud política “aspiracional y no reivindicativa”, los Jóvenes PRO movilizan una idea de juventud que pone en cuestión y pretende desacreditar algunos de los principios a partir de los cuales las juventudes kirchneristas construyen su identidad política y se legitiman como militantes.

La dimensión relacional de la juventud dentro de las organizaciones partidarias

Hemos mostrado hasta aquí cómo la juventud opera como una categoría cuyos usos y sentidos se articulan con ciertas visiones de la política; funcionan así como instrumentos en las luchas simbólicas del campo político, que sirven como principios de legitimación y de deslegitimación de ciertas prácticas, así como de interpelación y construcción de un grupo en nombre del cual, y desde el cual, se habla y actúa políticamente.

Sin embargo, el aspecto relacional de la juventud no se agota en las disputas por el sentido y por la representación –y construcción– de la juventud entre los distintos actores que conforman el campo político. Así como no podíamos comprender los sentidos de la categoría “juventud” en un partido por fuera de las luchas del campo político y las nociones legítimas de la política en disputa entre los actores que lo conforman, tampoco podemos limitar nuestro análisis a la función de la juventud como principio de legitimación e interpelación puesto que sus efectos políticos alcanzan al partido mismo en cuanto organización. Adquieren así una traducción específicamente partidaria en las organizaciones juveniles, esto es, en el lugar que ocupan los “jóvenes” en el partido, las relaciones que establecen con los “mayores” y las formas de participación, prácticas militantes y tareas que les son asignadas en cuanto jóvenes (Bargel, 2009a; 2009b).

En este sentido, la categoría juventud se objetiva en la definición de los modos de organización juvenil dentro del partido conjugándose y tensionándose aquí la *función referencial* (Kropff, 2009) de la categoría –las connotaciones político-morales de la juventud– con la *función diacrítica*, es decir, la juventud en cuanto principio a partir del cual se dividen el trabajo político, las responsabilidades y el poder dentro de la organización.

Las divisiones por edad son imposiciones de límites que pretenden producir un orden en el que se establece el lugar de cada cual en función de un dato

biológico socialmente manipulado a partir de la formación de grados de edad cuyas fronteras son relacionales (Bourdieu, 2008). Así, lo que está en juego en las divisiones por edad no es la edad biológica, sino la *edad social*, esto es, la edad en la cual pueden o no pueden asumirse ciertos roles, ejercerse ciertas formas de poder y tomarse decisiones relevantes. Es decir, lo que se define es la frontera entre la edad a la cual se adquiere la plenitud dentro de un campo determinado –en este caso, el de un partido político– y la edad en la cual los agentes se encuentran aún en una situación de minoridad y, por lo tanto, de subalternidad, dependencia y capacidad de acción limitada. La juventud y la adultez en un partido político expresan dos posiciones cuyas fronteras –negociables y nunca rígidas– suponen un reparto de poderes y de prácticas.

Si la división entre jóvenes y adultos dentro de un partido implica asimetría, los agentes contenidos en uno u otro grupo de edad no se encuentran en igualdad de condiciones para definir las fronteras entre edades ni los lugares específicos de cada grado de edad dentro de la organización. Por ello, si bien las fronteras entre grupos etarios están sujetas a negociaciones, no todos los agentes se encuentran igualmente equipados para participar en su definición; de esto resulta que la traducción partidaria de la categoría “juventud” está en manos de los “adultos” en tanto son ellos quienes se encuentran mejor posicionados para fijar las reglas estatutarias y prácticas de funcionamiento del partido y de su organización juvenil. Al asignarle funciones específicamente juveniles a un grupo de agentes en función de su edad, los adultos del partido son quienes operacionalizan y objetivan la categoría “juventud” dentro de la organización partidaria.

Las organizaciones juveniles partidarias, por su mismo modo de existencia, recuperan ciertas nociones dominantes de la juventud, presentes tanto en los discursos del sentido común como en la producción de las ciencias sociales, tales como la idea de la juventud como etapa de transición o de *moratoria social* (Brunet y Pizzi, 2013a; 2013b; Mauger, 2010; Margulis y Urresti, 1996), que se traducen en la organización partidaria como una suerte de *moratoria política*, una etapa de formación, de ejercitación previa, necesaria para acceder a la adultez política y al ejercicio de una actividad partidaria plena.

Ahora bien, en cuanto principio para la división del trabajo político –y de los poderes, roles, funciones, etcétera–, la juventud es también un principio productor de organizaciones políticas que dan lugar a formas de identidad basadas en la alteridad etaria. Así, la juventud no es solo una base para el reparto de poderes y prácticas dentro del partido entre dos grupos etarios definidos,

sino también una forma de adscripción por contraste apropiada por los actores alterposicionados y autoposicionados como jóvenes. A diferencia de la adultez, la juventud aquí opera como una identidad que se complementa y superpone con la partidaria.

Uno de los efectos de la división entre grados de edad es regular aquello que Bourdieu (2008) denomina las “leyes específicas de envejecimiento” de un campo, esto es, el ritmo de sucesión y las dinámicas de distribución de capitales dentro del partido entre sus cohortes. Cuanto más asimétrica sea la relación entre los jóvenes y los adultos del partido, mayor será el poder de los segundos para regular el ritmo de la sucesión y, por lo tanto, mayor será su capacidad para mantener a los jóvenes del partido el máximo tiempo posible en su etapa de juventud, es decir, en un estatus de relativa irresponsabilidad y lejanía respecto a las posiciones de poder ocupadas por los mayores. Situaciones que pueden ser aprovechadas –o simplemente interiorizadas como un *sentido práctico*– por los jóvenes para hacerse su lugar en cuanto representantes juveniles detrás de algún líder partidario y moverse ascendentemente desde esta posición, o bien pueden despertar tensiones y disputas en torno al lugar de los jóvenes en la organización o a la pertinencia misma de la división etaria.

Los modos de organización de las relaciones entre grupos etarios dentro de un partido pueden alcanzar diversos grados de institucionalización. Así, mientras algunos partidos tienen diversas organizaciones juveniles, sin que ninguna forme parte “orgánicamente” del partido, otros crean una única organización juvenil que agrupa a todos los –definidos como– jóvenes del partido, y a sus distintos grupos internos, y hacen de ella un espacio de pertenencia más o menos compulsivo para todos los militantes pertenecientes a ese rango de edad. El modo de articulación de las juventudes partidarias a través de organizaciones “orgánicas” o “inorgánicas” se dará, entre otras variables, en función de la voluntad y de la capacidad de los líderes partidarios de controlar la emergencia de grupos internos y de regular las competencias entre ellos. Asimismo, mientras algunos partidos relegan la pertenencia juvenil a la autoadscripción de los militantes, otros fijan límites superiores de edad a partir de los cuales se deja automáticamente de ser joven y debe abandonarse la organización juvenil.

En la sección siguiente, veremos en qué consiste la traducción partidaria de la juventud en el PRO, es decir, cómo opera la juventud como un principio de división del trabajo político y del poder, a partir del cual se regula el alcance y los límites de las prácticas políticas de quienes integran el partido con base en criterios de edad.

Grandes y chicos: la juventud como principio de división del trabajo político y regulación de las prácticas de militancia en el PRO

Si en su dimensión político-moral la juventud aparecía en el PRO como portadora de valores de renovación, pragmatismo, flexibilidad y orientación al futuro; en cuanto principio a partir del cual se divide el trabajo político y se regula el alcance de las prácticas políticas dentro del partido, la juventud se presenta como una instancia de minoridad, de preparación, de no plenitud, que amerita un ejercicio diferencial del quehacer político, en una organización especialmente destinada a los “jóvenes”. La traducción de la categoría “juventud” dentro del partido no ocurre mecánicamente y, por lo tanto, debe ser analizada atendiendo a la definición organizacional de sus grupos etarios, sus fronteras y posiciones, como así también las posibles tensiones y disputas en torno a estas.

A diferencia de otras organizaciones juveniles ligadas a partidos políticos, pero relativamente autónomas respecto a sus estructuras y autoridades, Jóvenes PRO no solo moviliza la categoría “juventud” en su presentación pública, sino que además integra “orgánicamente” el PRO como su rama juvenil. Esto significa que, en cuanto organización juvenil, es la encargada de nuclear a todos los que han sido definidos como jóvenes dentro del partido y proporcionarles un espacio de militancia, cierto tipo de actividades específicas y una relación con el resto del partido y su dirigencia desde el papel de jóvenes.

La existencia misma de una organización juvenil en el partido supone ciertas competencias y alcances regulados para las prácticas de los miembros en función de su edad. De este modo, lo etario aparece como uno de los principios a partir de los cuales se estructura la práctica política dentro de la organización y, por lo tanto, como fundamento de asimetrías basadas en el dato biológico de la edad, a partir de cuya gradación –entre jóvenes y mayores– se definen roles, derechos, responsabilidades, prácticas y tipos de relación entre los integrantes del partido.

Como en otros partidos políticos, en el PRO la frontera entre jóvenes y mayores se encuentra institucionalizada a partir de criterios etarios que regulan la pertenencia a la juventud partidaria. Así, Jóvenes PRO es un espacio de participación exclusivo para los menores de 30 años. Si bien este límite superior establece la edad a partir de la cual ya no se puede participar más en Jóvenes PRO y no determina, necesariamente, la participación compulsiva en la organización de todos los menores de 30 años, esta definición institucionalizada de la juventud a partir de un límite superior de edad tiene múltiples efectos: en primer lugar, explícita y determina el tipo de militante autorizado a participar de la organización de juventud y, por lo tanto, regula el alcance de las prácticas

y responsabilidades que puede desempeñar en el partido quien participa de esta organización; en segundo lugar, instituye un mecanismo automático de renovación de los miembros y de las autoridades ya que la organización juvenil con límites de edad es, por definición, un espacio de transición; por ende, en tercer lugar, limita la longevidad política que puede esperar un militante en la organización juvenil y, por ello, limita también la emergencia y estabilización de líderes juveniles, y, en cierta medida, la consolidación de grupos internos e identidades específicamente juveniles autonomizadas de la organización partidaria.

Si bien Jóvenes PRO cuenta con autoridades y con un estatuto propio, se trata de una organización dependiente económicamente y subalterna respecto a la toma de decisiones dentro del partido. A pesar de que su estatuto establece mecanismos de elección autónoma de autoridades a través del voto directo de los integrantes, en los hechos, los miembros del Comité Ejecutivo (un órgano de gobierno compuesto por un presidente, un vicepresidente, cinco vocales y catorce secretarios y subsecretarios en diversas áreas temáticas) son consensuados entre los dirigentes partidarios de modo de mantener el equilibrio entre las distintas agrupaciones internas del partido al colocar representantes juveniles de cada una de ellas dentro del Comité. Es por ello que, si bien estatutariamente se propone una selección autocrática de las autoridades de Jóvenes PRO, en la práctica, el Comité Ejecutivo es integrado por delegados de los distintos referentes y sus espacios internos dentro del partido.

Así, Jóvenes PRO, nacida como la única organización juvenil del partido,¹⁴ actualmente se compone de un mosaico de agrupaciones internas de mayor o

¹⁴ Jóvenes PRO surge hacia 2005, como una iniciativa del entonces legislador de la ciudad de Buenos Aires Marcos Peña, con la reorganización de algunos grupos juveniles que habían nacido para apoyar a Mauricio Macri en su candidatura a jefe de Gobierno en 2003 (Identidad y Jóvenes M) dentro del antecedente partidario del PRO, llamado Compromiso para el Cambio. De este modo, Jóvenes PRO (luego denominado Jóvenes PRO-Capital a partir del nacimiento de Jóvenes PRO-Nacional) fue, en sus primeros años de existencia, al mismo tiempo, tanto el espacio político de Marcos Peña dentro del partido como la “orgánica” juvenil del PRO. La proliferación de nuevas agrupaciones juveniles ligadas a los distintos dirigentes partidarios, que expresaban la heterogeneidad de las facciones del PRO, obligaron en 2010 a integrar a sus referentes dentro del Comité de Jóvenes PRO, de modo de no perder el monopolio de la representación juvenil dentro del partido y reducir la fragmentación existente. Desde aquel año, Jóvenes PRO pasó a coordinar y aglutinar diversos espacios juveniles integrando a sus referentes como vocales, secretarios y subsecretarios de la organización. Aun así, el espacio de Peña mantuvo la presidencia hasta 2014, cuando un militante de la agrupación La 24, de la vicejefa de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires María Eugenia Vidal (Maximiliano Sahonero, con una trayectoria previa como dirigente barrial en la Villa 20 de Villa Lugano, una de las zonas más desfavorecidas de la ciudad de Buenos Aires), fue nombrado presidente de Jóvenes PRO-Capital.

menor tamaño, que responden directamente a ciertos dirigentes partidarios. La expansión y visibilización de la militancia juvenil y de las agrupaciones que se autoidentifican como juveniles en la Argentina de este último lustro, a la que ya hemos hecho referencia, tuvo como efecto en el PRO la aparición de una diversidad de agrupaciones juveniles internas creadas por algunos de los dirigentes del partido.¹⁵

En consecuencia, la juventud partidaria funciona como un espacio de articulación entre las diversas juventudes de las agrupaciones internas ligadas a dirigentes partidarios, en la que se dirimen las diferencias, se regula la competencia y se asignan cargos de modo de mantener cierto equilibrio formal entre ellas. En la visión de algunos de los entrevistados, justamente esta fragmentación es la que termina por subordinar a Jóvenes PRO a las internas de la dirigencia dificultando su consolidación como organización juvenil con voz propia dentro del partido.

Jóvenes PRO contiene distintas agrupaciones dentro del PRO. O sea, en general, las agrupaciones están divididas por referentes políticos [...]. Es un problema porque lo que hace es que Jóvenes PRO no pueda tener una visión compartida de hacia dónde ir, y muchas veces se terminan trasladando internas de grandes a chicos (Pablo).¹⁶

¹⁵ Entre estas agrupaciones internas se destacan, por ejemplo: Generación Argentina Política, vinculada al ministro de Educación porteño Esteban Bullrich; La 24, de María Eugenia Vidal, vicejefa de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires; La Macacha, de la legisladora Victoria Morales Gorleri; Juventud Proyección Federal (o Juventud Santillista), del actual senador nacional y ex ministro de Espacio Público de la ciudad Diego Santilli, que se presenta a sí mismo como un peronista dentro del PRO; entre otras agrupaciones referenciadas con dirigentes como Federico Pinedo (Grupo Consensuar) y Daniel Chaín (La Corriente), por nombrar algunas de las que cuentan con referentes juveniles dentro de Jóvenes PRO. A su vez, existe un grupo referenciado con Marcos Peña que ha optado por no darse un sello propio fuera de la “orgánica”. Vale destacar que si bien Jóvenes PRO reúne a casi todas las agrupaciones juveniles del partido, algunas de ellas no forman parte de la organización, como es el caso de La Solano Lima (del PRO-Peronismo liderado por el legislador porteño Cristian Ritondo). Si bien en cada uno de estos espacios pueden marcarse diferencias en cuanto a sus estilos de militancia, sus ámbitos de reclutamiento, las actividades que realizan e incluso respecto a sus posiciones político-ideológicas, excede el interés de este capítulo realizar un análisis pormenorizado de las internas del PRO y Jóvenes PRO.

¹⁶ Pablo hizo el colegio secundario en la misma institución católica que Mauricio Macri, el Cardenal Newman de San Isidro, provincia de Buenos Aires. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad de San Andrés. Participó activamente de misiones y voluntariados solidarios dentro de ámbitos católicos. Su hermano maneja un local del PRO en Recoleta, en el cual él coordina las actividades orientadas a los jóvenes. Comenzó su militancia partidaria en 2011, pero colaboró

Se dio mucho que cada referente tenga su grupito de militancia, y que después se dieran cuenta de que “bueno, son jóvenes [entonces] ¿qué hacen? Juventud, quiero un pibe representante mío en Juventud”, se dio mucho eso. [...] En un partido en el que no hay internas, las decisiones grandes las toman los grandes. Si me preguntás si los pibes formamos parte de algunas decisiones: no [...]. Pero sí tenemos margen para plantear, para planificar y para decir lo que no nos gusta o para proponer cosas (Agustina).

La juventud aparece dentro de la organización partidaria como una instancia de moratoria política, de preparación y de transición hacia el mundo de “los grandes”, esto es, hacia la toma de decisiones y la participación política plena. Por ello, el lugar de los jóvenes consiste fundamentalmente en el acompañamiento de los dirigentes partidarios haciendo el trabajo “en las calles” durante la campaña, organizando actividades territoriales de base y participando de espacios de formación política.

El tipo y volumen de las tareas militantes de Jóvenes PRO, como ocurre generalmente en todas las organizaciones partidarias, suele estar marcado por la agenda electoral. Así, mientras durante las campañas la actividad se vuelve intensa, en los años no electorales, Jóvenes PRO se dedica especialmente a las actividades de formación y “contención” de su militancia. Entre las actividades que los entrevistados suelen llamar de “contención” se encuentra una diversidad de estrategias para sostener y afianzar el compromiso de los militantes en años en los que la necesidad de movilización de la militancia por parte de los dirigentes partidarios es menor. Así, se organizan reuniones informales en bares (los llamados “afters”, luego del horario de trabajo), que pueden incluir la presencia de dirigentes del partido, o jornadas solidarias en barrios u hogares de niños o ancianos. Por otra parte, fuera de las épocas de campaña, se destacan las actividades de formación, que generalmente consisten en charlas de dirigentes partidarios y funcionarios acerca de temas vinculados a las políticas implementadas por la gestión del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

El trabajo político de Jóvenes PRO cobra otra dimensión en los años electorales, cuando son convocados a participar de las campañas. Un primer grupo de acciones de campaña incluye un repertorio de actividades que, siguiendo el lenguaje de los mismos militantes, llamaremos de “proximidad”: entrega de folletos y globos en esquinas, estaciones de subtes y entradas de hipermercados

antes con su hermano en la campaña del PRO de 2007. Trabaja en un ministerio del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

los sábados por la mañana; “timbrees” para explicar políticas públicas (por ejemplo, de separación y reciclaje de residuos) a los “vecinos” en las puertas de sus casas, entre otras acciones proselitistas. Lo que vuelve estas actividades plenas de sentido para los militantes es justamente que, como nos dijo uno de ellos, “no es estar repartiendo el folleto tipo promotor”, sino que les permiten sentir que ponen en práctica una idea de la política entendida como “un servicio a la gente”, como “estar cerca de la gente”, nociones que aparecen recurrentemente a la hora de describir el tipo de política que hace el PRO en términos de una “política de servicio” o una “política de proximidad”.¹⁷ Por lo que, hacer campaña en las calles, escuchar al “vecino” y conocer los problemas del barrio, aparece como una oportunidad de “estar cerca de la gente” y, por lo tanto, de sentirse realizando un cierto ideal de la política que consideran superior al de aquella “vieja política de la rosca”.

Sin embargo, lo que diferencia el trabajo de campaña de los Jóvenes PRO de la otra militancia (“adulta”) es que ellos son, además, los encargados de capturar el “voto joven”. A los jóvenes se los busca especialmente en eventos nocturnos durante los fines de semana, según cuentan los militantes entrevistados, en locales bailables en la zona de Cañitas, Palermo y Plaza Serrano, y en recitales masivos. Allí, en lugar de los típicos volantes de campaña, los Jóvenes PRO distribuyen –en palabras de una militante– un “*merchandising* más amigable para el segmento joven”: púas para guitarra, pulseritas de plástico, pines, entre otros objetos con los colores y el logo partidario. El joven al que el PRO busca interpelar con este tipo de estrategias es un joven despolitizado, que se presupone indiferente al discurso político y a quien es necesario atraer primero a través de la entrega de objetos ligados al mundo del rock, de la fiesta y de los boliches, antes que a la política.

Un segundo grupo de actividades de campaña, que ubica a los militantes en un papel menos activo y más subalterno, está integrado por aquellas que consisten en “estar con los candidatos”. En este segundo grupo, podemos diferenciar un conjunto de actividades orientadas a afianzar los vínculos entre

¹⁷ Queremos señalar –aunque no las desarrollaremos aquí– las afinidades y las referencias explícitas de esta concepción de la política con aquella sostenida por la Iglesia católica, especialmente por el papa Francisco, habitualmente citado por algunos dirigentes del PRO en sus discursos públicos. Cabe destacar que muchos de los militantes con los que conversamos cuentan con experiencias en voluntariados y misiones solidarias dentro del mundo católico y/o se han formado en colegios y universidades confesionales de sectores medio-altos y altos; estas experiencias, según el relato de estos militantes entrevistados, fueron instancias significativas en su socialización política y en el desarrollo de una vocación por la política.

los militantes y los candidatos, y a generar espacios de formación política para la militancia durante la campaña, de un segundo conjunto de actividades que, en el lenguaje de los Jóvenes PRO, llamaremos de “acompañamiento” de los candidatos. En las actividades de “acompañamiento”, los militantes son convocados a estar presentes en las apariciones callejeras de los candidatos, es decir, a acompañarlos cuando están con la “gente”. Así, mientras el candidato recorre las calles de un barrio, come en una tradicional pizzería, saluda a vecinos en una plaza o hace compras en un mercado de frutas y verduras, un grupo de militantes participa de la recorrida y garantiza una base de apoyo propio durante toda la actividad. Como generalmente estas apariciones son filmadas para la televisión, fotografiadas para los medios gráficos o subidas a las redes sociales, la presencia de jóvenes que rodean al candidato resulta algo bien valorado ya que le permite mostrarse como un político cercano a “la juventud” y, por lo tanto, contagiado de su “frescura” y de su “fuerza”.

Esta división del trabajo presupone una división del poder, y se encuentra implícita en la traducción partidaria de la categoría “juventud”, lo que pone a muchos militantes de Jóvenes PRO en una situación ambigua respecto a su autoadscripción a la juventud partidaria ya que, al mismo tiempo, impugnan los roles asignados, critican la “inmadurez” de Jóvenes PRO y, en algunos casos, rechazan la pertinencia misma de una división etaria y la existencia de un “lugar de jóvenes” que presupone asimetrías y limitaciones en las posibilidades de acción.

A Jóvenes PRO le falta madurez, le falta consolidarse como una agrupación política que maneja poder, eso va a depender de lo que haga Jóvenes PRO y del lugar que el partido le dé a Jóvenes PRO, pero primero tiene que haber una demostración nuestra de decir que estamos preparados para asumir responsabilidades. Asumir responsabilidades [es] hacernos escuchar en los lugares donde se toman las decisiones (Martín).¹⁸

Está bueno que vayan veinte chicos a la mañana a volar con una remera amarilla, también está buenísimo todo el laburo en las villas y demás, pero también creo que hay que trascender eso y realmente animarse a dar otro debate, animarse a discutir a nivel partido, animarse a agarrar espacios de

¹⁸ Martín estudia Administración en la Universidad Argentina de la Empresa (UADE). Participó en las campañas de Macri de 2003 y 2005 colaborando con su padre, un miembro del partido que luego ocupó cargos jerárquicos en el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Comenzó a militar activamente en el PRO a partir de 2007. Se desempeña en un cargo electivo en la CABA y tiene su propio local partidario en el sur de la ciudad.

poder que por ahí a las juventudes orgánicas no les permiten, y animarse a contagiarse a otras personas a sumarse, de otra manera, no solamente desde la juventud orgánica (Andrés).

Jóvenes empoderados, no jóvenes en un lugar de jóvenes, queremos un partido joven de verdad. No que está el PRO y los Jóvenes PRO. Sino que los jóvenes estén en el PRO. Muchos entendimos eso y nos fuimos a donde están las cosas que importan hoy, en el armado nacional (Javier).

Como se advierte en estos fragmentos de entrevistas, hay entre los militantes de Jóvenes PRO cierto distanciamiento respecto a la noción de juventud como un principio legítimo a partir del cual distribuir competencias y roles dentro del partido. Muchos de ellos, si bien reivindican la participación de los jóvenes, rechazan que esta deba ocurrir dentro de las limitaciones que propone la organización juvenil. Así, trazan una diferencia entre la “orgánica” juvenil y los jóvenes como un grupo etario que participa de la gestión. Mientras los jóvenes, así entendidos, ocupan posiciones de protagonismo dentro de la gestión pública y encuentran en el PRO un espacio de realización profesional con oportunidades para crecer políticamente, la juventud como organización partidaria funcionaría, en palabras de un entrevistado, como un “jardín de infantes” en el que los jóvenes juegan a hacer política, mientras las decisiones son tomadas por otros.

Con la Juventud a veces cometés el riesgo de transformarla en un jardín de infantes de gente que juega a hacer política, entonces jugás a que hacés política ahí, entonces [decís] “yo soy el presidente, el vicepresidente, yo soy el de Institucionales y le compito a este”, entonces, la lógica berreta de un jardín de infantes [...] y las actividades tuyas muy acotadas, porque tenés poco presupuesto, no tenés mucho margen de acción, entonces es como que estás en un jardín de infantes jugando a hacer política. Y también tenés los vicios de jugar a hacer política [...]. Te volvé un viejo político en una estructura joven, te volvé una estructura de comité viejo, a mí me sonaba que la Juventud por momentos se transforma como en un comité [de la Unión Cívica] Radical (Javier).

En mi espacio [partidario interno] yo soy representante de juventud, pero no hay una Juventud atrás. Porque lo que se busca justamente es no entrar en los clichés o en los esquemas normales, nosotros somos un partido de gente que... bueno, entonces ¿para qué vas a dividir juventud de no juventud? (Milagros).

Puede verse aquí la tensión que señalábamos entre la dimensión político-moral y la dimensión relacional u organizacional de la juventud en el PRO. Un “partido joven”, es decir, un partido que encarna la renovación de la política, el ingreso de “gente nueva”, el abandono de las ideologías y la superación del pasado, es también un partido que no reproduce dentro de su organización las estructuras y divisiones de la “vieja política” y los “viejos partidos”. A su vez, si es que la juventud expresa aquellos valores político-morales que el PRO moviliza en su definición de la “buena política”, la división de la juventud en una organización aparte, subalterna y dependiente, se vuelve conflictiva y genera tensiones entre los mismos militantes. En las entrevistas realizadas pudimos notar cómo esta situación ambigua y hasta paradójica es advertida y rechazada por algunos de los militantes de Jóvenes PRO.

En el fondo de esta cuestión nos encontramos con una definición adulto-céntrica de la juventud que es utilizada como principio de legitimación y que, por lo tanto, es instrumentalizada por los dirigentes del partido como un modo de mostrarse cercanos y “contagiados” de aquellos valores político-morales exaltados en la noción de juventud que el partido produce. Así, los jóvenes son presentados como emblemas de frescura y de futuro, pero desde una posición subordinada de acompañamiento de la dirigencia, en función de la cual existen como agrupaciones juveniles destinadas a hacer el trabajo de base, a conseguir el “voto joven” y, fundamentalmente, a hacer visible, dentro y fuera, el apoyo de los jóvenes con el que cuenta el dirigente para el cual militan.

Aun así, nuestro argumento puede ser matizado. Si la división entre jóvenes y adultos da cuenta de relaciones asimétricas en la organización partidaria y si existe una instrumentalización de lo juvenil por parte de la dirigencia en cuanto modo de legitimarse y construir cierta presentación de sí, también es verdad que la condición de jóvenes dentro del partido es en muchos casos capitalizada por los militantes de Jóvenes PRO al presentarse como representantes juveniles de cierta línea interna partidaria. Ser joven, y especialmente lograr ser reconocido como dirigente juvenil, ha sido también una vía de acceso a posiciones en las listas de candidatos a legisladores o comuneros, o a cargos jerárquicos dentro del Gobierno de la ciudad, especialmente en la Dirección General de Políticas de Juventud.¹⁹

¹⁹ Podemos señalar, por ejemplo, que hasta el momento, todos los presidentes de Jóvenes Pro-Capital integraron las listas de candidatos a legisladores por la ciudad de Buenos Aires y resultaron electos. Así, su primer presidente, Fernando de Andreis, reemplazó en su banca a Marcos Peña (fundador de Jóvenes PRO) en 2007 y fue reelecto en 2009 (y llegó a ser jefe del Bloque PRO entre 2011 y 2013); su sucesor, Ezequiel Fernández Langan, fue electo en 2011, junto con quien

Por lo tanto, mientras en un nivel organizacional Jóvenes PRO implica límites al alcance y competencias de las prácticas militantes dentro del partido, desde el punto de vista de las trayectorias individuales puede habilitar, en algunos casos, un acceso rápido a cargos públicos y candidaturas para quienes logran atribuirse con éxito la representación de los jóvenes dentro y fuera del partido. Según el análisis de una de las militantes entrevistadas:

El tema de las agrupaciones juveniles, que crecieron mucho desde hace un año y medio, que empezaron a surgir muchas a lo largo de referentes, tuvo que ver con que todos los referentes querían tener una juventud –causa uno– o –causa dos– algún joven vio el nicho de decir: “crezco y levanto el perfil al lado de este referente”. Ahí hubo quizás el hambre y las ganas de comer: un referente quería una Juventud y un pibe se la podía armar, y bueno, cerró (Milagros).

De este modo, la necesidad de muchos dirigentes de hacerse de una militancia propia –como modo de ganarse su lugar en las internas partidarias y apuntalar sus candidaturas y campañas electorales– abrió entre los militantes oportunidades de hacer de su “ser joven” un capital político que los autorizara a tomar la palabra en nombre y acerca de los jóvenes para, desde allí, abrirse espacios en su carrera política.

La dimensión generacional de la juventud

Además de ser una categoría movilizada políticamente como principio de legitimación e interpelación, y de funcionar como base para la división del trabajo político y del poder dentro de una organización partidaria, la juventud puede ser referida también a una posición compartida por un conjunto de agentes en la corriente histórica del acontecer social. Sin embargo, la proximidad de los años de nacimiento o la pertenencia a un mismo intervalo de edad no resultan

era por aquel entonces el presidente de Jóvenes PRO-Capital, Francisco Quintana; en las elecciones de 2013 resultó electa Victoria Roldán Méndez, quien presidía la organización juvenil; y en la lista presentada para las elecciones de 2015 –encabezada por el ex presidente de la organización juvenil Francisco Quintana–, el actual presidente Maximiliano Sahonero ocupa el décimo lugar, que le garantizaría el ingreso a la Legislatura. Por otra parte, en las elecciones ejecutivas de 2011, cuatro dirigentes juveniles (entre ellos la mencionada Roldán Méndez) fueron electos miembros de las Juntas Comunales de la Ciudad. Asimismo, la Dirección General de Políticas de Juventud también ha estado en manos de dirigentes de Jóvenes PRO (Ezequiel Fernández Langan, Francisco Quintana y Nicolás Pechersky). A su vez, la ex presidenta de Jóvenes PRO-Nacional, Soledad Martínez, es diputada nacional por la provincia de Buenos Aires desde 2009, mientras su actual presidente, Gustavo Senetiner, es concejal de la ciudad de Mendoza desde 2014.

más que una condición de posibilidad para la existencia de generaciones y no explican su constitución como tales.

A diferencia de la noción de cohorte, a partir de la cual podríamos agrupar a los militantes del PRO en función de su fecha de nacimiento o del año en el que ingresaron al partido (ver el capítulo 3), el concepto de generación nos remite a la experiencia social de los acontecimientos históricos y los modos en los que estos operan como factores de politización, es decir, como instancias en las que se configuran ciertas formas de relación con el mundo político, se transforman o cristalizan sentidos respecto a la política y se despierta o se pierde interés por la participación.

Resulta, por ello mismo, relevante la distinción conceptual realizada por Karl Mannheim (1993) entre *posición generacional* y *conexión generacional*. Mientras la primera refiere a una mera contemporaneidad de fechas de nacimiento, y por lo tanto a un agrupamiento estadístico sociológicamente amorfo, la conexión generacional da cuenta de la probabilidad de que dada una posición generacional, se participe de los mismos sucesos y experiencias sociales y, más específicamente, se lo haga desde una misma *estratificación de la conciencia*, esto es que estas experiencias, en función de las trayectorias vitales de los agentes, ocupen una misma posición relativa en la configuración de sus modos de pensar y de vivir en el mundo. No importan aquí solamente los acontecimientos sociopolíticos vividos –que afectan en forma simultánea a agentes ubicados en diversas posiciones generacionales–, sino el valor que estos adquieren respecto a la conformación de lo que Pierre Bourdieu llamaría un *habitus generacional*.

A su vez, la conexión generacional será más fuerte no solo cuanto más afín sea la posición generacional, sino también cuanto más cercana sea la posición en el espacio social y, por lo tanto, más parecidos resulten los ámbitos de sociabilidad, las formas de vida y los recursos poseídos. Así, el *habitus* no solo implicaría un condicionamiento común en términos estructurales, sino también en términos históricos, es decir, del cruce entre una posición social y una posición generacional. Desde esta óptica, el concepto de generación da cuenta de las diferentes condiciones sociales y materiales históricamente situadas de producción de agentes sociales (Brunet y Pizzi, 2013a; 2013b).

Una conexión generacional no es una unidad discreta con fronteras precisas, sino que implica cierto tipo participación de los agentes en los debates, estéticas, ideas y disputas políticas que conforman una *problemática* común a partir de la cual se orientan, aunque no lo hagan en un mismo sentido.

En consecuencia, formar parte de una conexión generacional no presupone que el influjo de los acontecimientos de los que se participa sea el mismo para todos, es decir que adquieran el mismo sentido y provoquen las mismas tomas de posición en quienes participan de esa conexión generacional. En cambio, es el modo en el que esos sucesos son experimentados —en función de una trayectoria no solo vital, sino también social, que implica diversos ámbitos y formas de socialización— lo que provoca distintos posicionamientos y formas de intervención respecto a la problemática generacionalmente compartida. Así, dentro de una misma conexión generacional pueden formarse diversas *unidades generacionales* orientadas hacia las mismas problemáticas, pero en sentidos que pueden ser incluso antagónicos. En torno a una unidad generacional pueden organizarse *grupos concretos*, tales como los movimientos u organizaciones juveniles.

Justamente en relación con este tipo de organizaciones, como es el caso de Jóvenes PRO, lo generacional aparece no solo como un recurso analítico del que nos valemos para dar cuenta de ciertos procesos de politización relativamente homogéneos en función de la participación en determinadas formas de experiencia social e histórica común (Fillieule, 2013, 2012; Bargel, 2009c; Ihl, 2002), sino también como un aspecto tematizado por los mismos militantes. En consecuencia, para reconstruir los procesos de politización en clave generacional, debemos valernos de la construcción que los mismos militantes hacen de aquellos acontecimientos que marcaron su interés por la política y su acercamiento al partido. Así, pensar esta juventud partidaria desde su dimensión generacional implica reconstruir los sentidos que adquieren, retrospectivamente, estos procesos sociopolíticos en su propia politización, en búsqueda tanto de una conexión generacional —en su relación con otras “juventudes políticas”— como de la unidad generacional de sus posicionamientos.

Por otra parte, al constituir lo generacional un ámbito dotado de sentido para los mismos militantes, problematizado y tematizado por ellos, la dimensión generacional de la juventud se conjuga en este punto con la dimensión político-moral al funcionar también como un principio de legitimación y de presentación de sí. En este sentido, la apropiación de la categoría “generación” nos remite a la construcción de tradiciones y sentidos del devenir (Kropff, 2009) y da un anclaje sociohistórico a los usos y sentidos de la juventud que los mismos militantes sostienen, tanto como a las fronteras entre jóvenes y adultos que funcionan como principios de división del trabajo político y del poder dentro del partido.

En la sección siguiente, entonces, veremos cómo aparece lo generacional entre los militantes de Jóvenes PRO a partir de la significación que para ellos mismos adquiere la experiencia de ciertos acontecimientos sociopolíticos en su politización y en su entrada a la militancia.

Procesos sociopolíticos y politización generacional entre los militantes de Jóvenes PRO

Como ya hemos argumentado, lo generacional es una configuración compleja de procesos históricos y experiencia social, de procesos “objetivos” y procesos “subjetivos” –aunque también sociales– de producción de sentido y memoria, a partir de los cuales esa mera coincidencia de fechas de nacimiento es remitida al flujo del acontecer histórico. La idea de “generación de la democracia”, esto es, de los nacidos en democracia, aparece entre los militantes de Jóvenes PRO como un modo de otorgar un fundamento sociohistórico a aquellas propiedades políticas y morales atribuidas a sí mismos y a la juventud como categoría social.

Si los jóvenes eran presentados como desvinculados de las tradiciones e identidades político-ideológicas, orientados por preocupaciones pragmáticas ligadas a la vida cotidiana, la inserción laboral o la vivienda y, por lo tanto, dispuestos a pensar “desde cero” las mejores soluciones a los problemas sociales, sin encorsetamientos ideológicos y con una flexibilidad que los dotaba también de un mayor pluralismo para aceptar disensos y lograr consensos, desde la narrativa de la “generación de la democracia”, estas propiedades político-morales de los jóvenes –que como vimos implican, al mismo tiempo, una forma de legitimación y de interpelación– son atribuidas al hecho de haber nacido en un país y en un mundo en el que las confrontaciones ideológicas perdieron sentido y ya no estructuran la vida política. Así, desde la perspectiva de los militantes de Jóvenes PRO, los nacidos en democracia no se formaron políticamente en un marco de lucha entre izquierda y derecha, ni de enfrentamiento entre facciones ideológicas, y por lo tanto no piensan la política desde estas categorías ni la conciben como confrontación.

La idea de una “generación de la democracia”, tal y como es elaborada por la militancia de Jóvenes PRO, no solo permite anclar en la historia los sentidos atribuidos a la juventud, sino también funciona como un criterio de demarcación entre jóvenes y mayores, dentro y fuera del partido. Los más viejos del partido, y especialmente aquellos que son viejos políticamente (a juicio de algunos entrevistados “no hay viejos” en el PRO o son “muy pocos”),

es decir, los que tienen una trayectoria política que excede al partido, suelen ser presentados por los militantes juveniles como más ideologizados, más rígidos y atados a identidades políticas del pasado.

El hecho de no haber vivido en dictadura, ni en un mundo “bipolar”, esto es, haber nacido en democracia, funciona como un criterio, no fundamentado meramente en la edad –aunque casualmente la definición partidaria de la juventud a partir de un límite superior de edad ubicado en los 30 años coincida con la vuelta de la democracia– de división entre jóvenes y mayores, que es también una forma de delimitar las fronteras entre dos formas de pensar y hacer política.

A mí me cuesta pensar que nuestra generación, tal vez por el hecho de ser una generación nacida y como mínimo formada en democracia, sea una generación que se defina ideológicamente (Lucas).

Las personas que vienen de otra generación, que no nacieron en democracia, ven diferente las cosas de como las vemos nosotros, quienes ya hemos nacido en democracia [...]. Hay una brecha muy grande entre las personas que nacimos en democracia y los que no lo hicieron, porque ahí en ese momento las luchas que había eran distintas, por ahí los clivajes de ese momento eran otros [...]. Ellos han vivido realmente la lucha de izquierda y derecha, ellos han vivido el mundo bipolar, han vivido las dictaduras salvajes que hemos tenido, y por eso también están forjados de otra manera y piensan distinto a nosotros, por ahí a veces por eso están mucho más ideologizados (Andrés).

Si haber nacido o haberse formado en democracia es el principio a partir del cual los militantes de Jóvenes PRO elaboran la juventud en clave generacional, los orígenes de su interés por la política suelen estar situados durante la crisis de 2001. Es la explosión política, económica y social de aquel año la que, en el relato de los militantes, aparece como un quiebre en su relación con la política y marca un pasaje del desinterés, el desconocimiento y el apoliticismo a un “despertar” por la política.

Yo era un joven prácticamente apolítico, que como la mayoría de los jóvenes que no están interesados en la política van de la mano de lo que opinan los padres, yo no era un caso ajeno a eso [...]. Hasta que a nosotros nos tocó vivir un golpe muy fuerte como el de 2001, que de alguna manera nos marcó a todos, a algunos en el bolsillo, a otros en lo ideológico y a otros tal vez nos hizo despertar o nos hizo creer que había que involucrarse en algunas cuestiones. Si bien mi involucramiento con la política no es a partir del 2001, sí tuve una participación secundaria en aquellas elecciones de 2003 (Martín).

El 2001 fue también como un quiebre. No me interesaba mucho la política, lo que sí siempre tuve es mucha conciencia de país [...]. En 2001 yo estaba en tercer año, no fui a los cacerolazos, solamente fui a los de Blumberg, fue después... lo veía por la tele, pasaron cinco presidentes, que Puerta, que Rodríguez Saá, que el uno a uno, que la convertibilidad... yo no cazaba una, ahí fueron como momentos en los que, de a poquito, yo me doy cuenta, me fui como orientando para ese lado (Agustina).

Sin embargo, no es durante este período que los militantes entrevistados deciden participar en política, y casi ninguno de ellos dice haber participado de las movilizaciones y los cacerolazos de 2001 y 2002. Los primeros años de la década no son reconstruidos como años de involucramiento y participación política, sino como de profunda confusión, descreimiento, frustración e indignación, en los que la relación con la política es todavía distante, no solo respecto a las prácticas (dicen no haber ido a las movilizaciones y haberlas visto por televisión), sino también en términos cognitivos (“no entendía nada”, “no cazaba una”, etcétera). Aun así, desde su situación actual de compromiso político y militancia en el PRO, la crisis de 2001 es aquel mojón social al que refieren retrospectivamente su incipiente politización.

En este sentido, si el interés por la política es situado en los procesos de 2001 y 2002, el involucramiento político y la posterior entrada al PRO suelen situarse durante los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner. Durante estos años, la “indignación” se convierte en “oposición”, esto es que se produce una politización que se traduce en un interés concreto por la política y por participar en un partido como un modo de “hacer algo”.

Yo me empecé a cansar de mí, me cansaba de estar todo el tiempo quejándome, hace no mucho, desde 2009 [...]. En ese momento por ahí no se hablaba tanto de política, o yo no recuerdo que se hablara tanto como hoy. Yo voy a comer con mis amigas y siempre hablamos de política, y ninguna trabaja o está dentro del mundo de la política. En ese entonces, no. Como que vi que me picaba el bichito de empezar a meterme un poco más, o a entender un poco más por qué pasaban algunas cosas o qué era lo que estaba pasando [...]. Fue un período en el que me torturaba viendo [el programa periodístico] Después de hora, y con ver cosas que no me gustaban, y dije: “Bueno, basta, ¿qué puedo hacer?” (Mariela).

Mis profesores [de la facultad] eran todos, todos, absolutamente todos, kirchneristas, todos, y era constantemente que te bardeen [...]. La bajada de línea era totalmente kirchnerista, y yo estaba todo el tiempo en desacuerdo, porque

no compartía nada de lo que me decían y me generaba bronca tener que bancarme las clases así, entonces, dije: “Algo tengo que hacer, si no lo puedo hacer acá en la facultad porque no me quiero poner en contra de ningún profesor para tener que después rendir quinientas veces, algo tengo que hacer” [...] y bueno, googleando encontré el partido... (Sandra).²⁰

Las experiencias de participación en acciones colectivas y movilizaciones previas y posteriores al ingreso a la militancia son todas de oposición a los gobiernos kirchneristas. En algunos casos, recuerdan como primera experiencia las movilizaciones organizadas entre 2004 y 2006 por Juan Carlos Blumberg, empresario y padre de una persona secuestrada y asesinada en 2004, para exigirle al gobierno de Néstor Kirchner una serie de modificaciones en las leyes penales (suba de penas, baja en la edad de imputabilidad, entre otras). Otros militantes mencionan haber participado durante 2008 de las movilizaciones organizadas por las patronales agropecuarias durante el *lockout* agrario iniciado a causa de la resolución ministerial 125 que establecía retenciones móviles para la exportación de soja y girasol. El “conflicto del campo”, que desató una serie de movilizaciones masivas a favor y en contra del gobierno que excedieron lo sectorial, es uno de los acontecimientos a los que algunos de los militantes entrevistados refieren su decisión de participar en el PRO. Sin embargo, otro grupo de entrevistados dice no haber participado de ninguna movilización colectiva hasta finales de 2012, cuando concurrieron, ya como militantes de Jóvenes PRO, a las manifestaciones opositoras de noviembre de 2012 y abril 2013, que se conocieron como “8-N” y “18-A”.

Cuando no estaba en política, la marcha de Blumberg me pareció algo bueno, donde te sentías parte [...]. Quizás ahora no esté a favor ni en contra de las marchas [...]. Yo siento que a partir de participar en política es como que no tiene tanto sentido participar de una marcha [...]. Las marchas, sobre todo cuando son opositoras (porque las oficialistas, sea este oficialismo u otro, sabemos que están un poquito más armadas), creo que todas las personas que están ahí, creo que eso es lo más triste de una marcha, es que no encuentran el modo de canalizar su demanda o de participar (Milagos).

Nunca había pensado en participar en política. Mi despertar, de decir yo tengo que participar también, fue después de la [resolución] 125, donde vi

²⁰ Sandra hizo su secundaria en un colegio católico del barrio de Belgrano. Estudió producción de Radio y TV en un instituto privado. Participó fugazmente en Acción Católica antes de escribir, en 2008, al Facebook de Jóvenes PRO para empezar a militar. Trabaja como asesora de prensa de PRO en una Junta Comunal de la CABA.

una fragmentación entre la política y los ciudadanos comunes como yo [...]. Me había visto en un lugar donde decía: “algo me falta” y ahí dije: “yo tengo que participar”. Siempre me gustó Mauricio Macri, me parecía un tipo que había sido exitoso en su vida privada, empresarial, y me había gustado lo que habían empezado a hacer en la gestión [...]. Lo pienso ahora y es algo loco, la transición de un acto cívico, netamente cívico, porque no había nada partidario, no te identificabas ni con la Mesa de Enlace, no te identificabas con nadie, era ir a apoyar una causa... a esto que es otra causa mucho más interesante y mucho más divertida (Matías).

El 8-N sí fui porque me parecía que yo estaba de acuerdo con las consignas, y estaba bueno en ese momento decir: “Bueno, quiero expresar que estoy en contra de esto, que estoy en contra de esto, que quiero esto, que quiero lo otro”, si bien eso no implicaba que éramos una mayoría que estábamos pidiendo algo. No es como dicen: “Ah, Argentina se cansó del kirchnerismo”. Si Argentina se cansa del kirchnerismo o no va a quedar demostrado ahora [en las elecciones de 2013] y en 2015 (Javier).

Como puede notarse en estos relatos, la experiencia de haber participado de movilizaciones contra el gobierno constituye tanto una instancia de politización evaluada positivamente como, al mismo tiempo, una forma de expresión política que, leída desde su actual militancia partidaria, resulta insatisfactoria e incompleta en tanto es el producto de una ausencia de identificación con un proyecto político y, más concretamente, en tanto ocurre por fuera de las organizaciones partidarias y, por lo tanto, por fuera de la competencia por el Estado. Asimismo, la importancia de las marchas opositoras más recientes, a las que concurrieron ya como militantes del PRO, es minimizada puesto que no es en las movilizaciones donde se dirime legítimamente la vida pública, sino en las contiendas electorales entre organizaciones partidarias.

En consecuencia, uno de los rasgos que posiblemente constituyan aquella *conexión generacional* entre los militantes de Jóvenes PRO y otros militantes juveniles es el valor que les asignan a las organizaciones partidarias como espacios legítimos y efectivos de acción política. Esto debe ser interpretado en el marco de una transformación de los modos legítimos de hacer política, que muestra transformaciones de mayor alcance en la Argentina de los últimos años, fundamentalmente respecto al rol y la legitimidad del Estado como agente, y con él de las instituciones “clásicas” de la política.

Yo creí, cuando me metí en política, que el problema era el Estado, el problema es que el Estado es un Estado corrupto, lo sigo pensando, producto de la gente

que lo gobierna. Entonces si vos tenés un gobierno donde las cosas funcionen más o menos bien, las cosas van a estar mejor [...]. Yo creo cien por ciento en el rol del Estado, si no, me hubiera ido a una ONG, y estoy en un partido político porque creo en el rol del Estado (Agustina).

Contra lo que desde la difundida narrativa de “la vuelta de los jóvenes a la política” se presupone, la novedad del campo político posterior a 2003 debe buscarse en la relativa centralidad que han vuelto a ocupar las organizaciones partidarias como ámbitos de participación. No son “los jóvenes” quienes regresan a las organizaciones partidarias, sino que son estas las que adquieren nuevamente centralidad como ámbitos legítimos de participación política, cuestión que tiene efectos significativos especialmente sobre quienes se han socializado y se están socializando políticamente mientras este proceso tiene lugar.

Si hay algo que hay que reconocerle al kirchnerismo es que ha motivado la militancia política nuevamente. En eso Néstor Kirchner es un emblema y hay que reconocerlo. Yo soy muy crítico del kirchnerismo, pero creo que Néstor Kirchner ha motivado la participación política de los jóvenes, como así también Mauricio Macri. Mauricio Macri es un tipo que motiva la participación en política: la motivación, los acuerdos, el consenso, la disidencia, pero pacífica, que es lo que no motivó Kirchner o Cristina hoy. Tienen un punto en común, que es que ambos motivaron la participación juvenil (Martín).

Hay que reconocer que el kirchnerismo de alguna manera introdujo la política otra vez en la mesa familiar [...]. No quiere decir que ellos sean los únicos que militan, pero sí se empezó a dar una discusión (Agustina).

Si consideramos que este proceso ocurre durante los gobiernos kirchneristas y es impulsado y reivindicado desde aquel espacio, la politización de los militantes de Jóvenes PRO reviste un carácter paradójico: por un lado, es el resultado de una politización generacional fuertemente ligada a la “rehabilitación” de la política y del Estado, producida e impulsada por los gobiernos kirchneristas, que constituye, a su vez, aquella *conexión generacional* que atraviesa distintas militancias partidarias juveniles; por el otro, retomando los conceptos de Mannheim (1993), su *unidad generacional* está justamente signada por su oposición al kirchnerismo, y desde allí se acercan a la política y al PRO. Esto los lleva a establecer una relación ambivalente frente a este proceso que los ha politizado doblemente. Al mismo tiempo que atribuyen al kirchnerismo —aunque también a Mauricio Macri— una “motivación de la militancia” y la “vuelta de la política”, justamente a partir de su oposición al kirchnerismo se produjo su ingreso al PRO.

Conclusiones

En este capítulo hemos abordado la “juventud” en la militancia de Jóvenes PRO y en el PRO a partir de tres dimensiones analíticas. En su dimensión político-moral, pudimos ver que la juventud aparece como la expresión por excelencia de la renovación de la política entendida como la entrada de personas sin experiencia previa y, por lo tanto, sin el lastre de las “viejas prácticas perversas” de los partidos políticos tradicionales. Mostramos, además, que este uso de la categoría “juventud” puede ser entendido en relación con una visión de la política concebida como una gestión eficaz de problemas concretos en la que las identidades político-ideológicas resultan contraproducentes y obsoletas. Así, la juventud, ajena a las identidades político-ideológicas del pasado, se encuentra en condiciones de “pensar de cero” las soluciones más eficientes para la gestión de los problemas de “la gente”. El pasado, por ello, aparece representado por la “mala política”, y la juventud representa en sí misma el futuro y una mirada “para adelante”.

Asimismo, en su dimensión relacional u organizacional, hemos argumentado que la juventud, en cuanto principio a partir del cual se divide el trabajo político y se regula el alcance de las prácticas políticas dentro del partido, se presenta como una instancia de minoridad y no plenitud. En este sentido, advertíamos una instrumentalización de la juventud, por parte de la dirigencia, en cuanto modo de legitimarse y abrirse espacios en las internas partidarias, al mismo tiempo que señalábamos que la condición de “joven” constituye un capital político movilizable por los mismos militantes, que habilita oportunidades para que algunos de ellos inicien sus carreras políticas como representantes autorizados a tomar la palabra sobre la juventud y en su nombre.

Por último, hemos abordado la juventud en su dimensión generacional. Al respecto, argumentamos que la idea de la “generación de la democracia” aparece entre los militantes de Jóvenes PRO como un modo de otorgar un fundamento sociohistórico a aquellas propiedades políticas y morales atribuidas a sí mismos y a la juventud, al mismo tiempo que funciona como un criterio de demarcación entre jóvenes y mayores, dentro y fuera del partido. En cuanto a los acontecimientos históricos que dieron lugar a su politización, pudimos ver que la crisis de 2001 marca para ellos un pasaje del desinterés, el desconocimiento y el apoliticismo a un “despertar” por la política. Sin embargo, advertimos que durante los gobiernos kirchneristas aquel interés incipiente se tradujo en una voluntad concreta de participación. A su vez, argumentamos que uno de los

rasgos que constituyen la *conexión generacional* entre los militantes de Jóvenes PRO y otros militantes juveniles es el valor que le asignan al Estado como agente y a las organizaciones partidarias como espacios legítimos de acción política.

Para concluir, quisiéramos señalar algunas tensiones y paradojas a partir de las cuales, consideramos, pueden formularse nuevos interrogantes para el estudio de esta y otras organizaciones juveniles partidarias.

En primer lugar, mientras la juventud expresa en el PRO aquellos valores político-morales que definen a la “buena política” y los jóvenes son presentados como emblemas de frescura y de futuro, su existencia dentro del partido se encuentra enmarcada en una organización dotada de escasa autonomía respecto a los dirigentes partidarios y sus internas. A su vez, la institucionalización de un espacio juvenil con sus propias autoridades y estatutos, al mismo tiempo que potencialmente abre oportunidades a sus miembros para participar en la distribución del poder y los cargos públicos, implica cierto encorsetamiento en una organización que se concibe como una preparación para el juego político o, dicho en otras palabras, como un arenero de la política que no termina por constituirse en actor de la arena política.

Por otra parte, la presentación del PRO como un “partido joven”, es decir, un partido que encarna la renovación de la política, el ingreso de “gente nueva”, el abandono de las ideologías y la superación del pasado, entra en tensión, para los mismos militantes juveniles, con la reproducción dentro de su organización de las estructuras y divisiones consideradas constitutivas de la “vieja política” y los “viejos partidos”. Asimismo, el interés de los militantes de Jóvenes PRO por ocupar puestos de poder les demanda una profesionalización en la política que los enfrenta a prácticas y estilos propios de aquel “político tradicional” del que, en su presentación de sí, se esfuerzan por desmarcarse.

Finalmente, si la militancia de Jóvenes PRO participa de un proceso de politización generacional vinculado al protagonismo que han vuelto a ocupar durante los últimos años las organizaciones partidarias en cuanto espacios legítimos para la participación política, y si este proceso ha sido impulsado y visibilizado públicamente por el kirchnerismo, sus efectos, como hemos señalado, han sido diferenciales y hasta paradójicos. Esperamos, a partir de nuestro estudio de la militancia juvenil en el PRO, haber contribuido a una comprensión más cabal de este importante proceso sociopolítico de la Argentina reciente.

Bibliografía general

- Abal Medina, Juan Manuel (2002). “Elementos teóricos para el análisis contemporáneo de los partidos políticos: un reordenamiento del campo semántico”. En Cavarozzi, Marcelo y Juan Manuel Abal Medina (eds.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos tras la década del neoliberalismo*. Rosario: Homo Sapiens.
- (2007). “El surgimiento de los partidos políticos, una propuesta interpretativa”. En Abal Medina, Juan Manuel (comp.), *Los senderos de la nueva izquierda*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2009). “The rise and fall of the Argentine centre-left: The crisis of Frente Grande”. *Party Politics*, vol. 15, n° 3, pp. 357-375.
- Abedi, Amir (2004). *Anti-political-establishment parties. A comparative analysis*. Routledge series in Extremism and Democracy. Londres-Nueva York: Routledge.
- Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, Gerardo; Arondskind, Ricardo y Vilas, Carlos M. (2006). *Debate sobre el populismo*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Acuña, Carlos H. (1995). *La nueva matriz política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Aldrich, John Herbert (1995). *Why parties? The origin and transformation of political parties in America*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Alessandro, Martín (2009). “Clivajes sociales, estrategias de los actores y sistema de partidos: la competencia política en la Ciudad de Buenos Aires (1995-2005)”. *Revista SAAP*, vol. 3, n° 4, pp. 581-614.

- Alsogaray, Álvaro C. (1969). *Bases para la acción política futura*. Buenos Aires: Atlántida.
- (1976). *La democracia de masas y la crisis en países del mundo libre*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- (1981). *Participación e intervención del Estado en la economía. Programa para su reducción*. Buenos Aires: Fundación Carlos Pellegrini.
- Altamirano, Carlos (1989). “¿Realmente hay una nueva derecha en Argentina?”. *Nueva Sociedad*, n° 102, p. 41-51.
- Aronskind, Ricardo C. y Vommaro, Gabriel (eds.) (2010). *Campos de batalla: las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario*. Buenos Aires: Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Balardini, Sergio (2005). “¿Qué hay de nuevo, viejo? Una mirada sobre los cambios en la participación política juvenil”. *Nueva Sociedad*, n° 200, pp. 96-107.
- Bargel, Lucie (2009a). “Les organisations de jeunesse des partis politiques”. *Agora Débat/Jeunesses*, n° 52, pp. 75-88.
- (2009b). “‘La jeunesse qui bouge a changé de camp!’ Des usages partisans de la catégorie ‘jeunesse’”. *Mouvements*, n° 59, pp. 83-89.
- (2009c). “Socialisation politique”. En Fillieule, Oliver *et al.* (eds.), *Dictionnaire des mouvements sociaux*. París: Presses de Sciences Po.
- Bargel, Lucie y Petitfils, Anne-Sophie (2009). “‘Militants et populaires!’ Une organisation de jeunesse sarkozyste en campagne. L’activation périodique d’une offre organisationnelle de militantisme et ses appropriations pratiques et symboliques”. *Revue Française de Science Politique*, vol. 59, n° 1, pp. 51-75.
- Bartolini, Stefano y Mair, Peter (2007). *Identity, competition and electoral availability: The stabilisation of European electorates 1885-1985*. Colchester: European Consortium for Political Research Press.
- Basualdo, Eduardo M. (2006). *Estudios de historia económica argentina desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI-FLACSO.
- Beaud, Stéphane y Pialoux, Michel (1999). *Retour sur la condition ouvrière*. París: Fayard.
- Becerra, Martín y Mastrini, Guillermo (2009). *Los dueños de la palabra. Acceso, estructura y concentración de los medios en la América Latina del siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo.

- Beltrán, Mónica (2013). *La Franja, de la experiencia universitaria al desafío de poder*. Buenos Aires: Aguilar.
- Benegas Lynch, Alberto (1989). *Por una Argentina mejor*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bertoni, Eduardo A. (ed.). (2010). *¿Es legítima la criminalización de la protesta social? Derecho penal y libertad de expresión en América Latina*. Buenos Aires: Universidad de Palermo.
- Besoky, Juan Luis (2013). “La derecha peronista en perspectiva”. *Nuevo Mundo – Mundos Nuevos*, n°13, pp. 1-20
- Best, Heinrich y Cotta, Maurizio (2000). “Elite transformation and modes of representation since the mid-nineteenth century: Some theoretical considerations”. En Best, Heinrich y Maurizio Cotta (eds.), *Parliamentary representatives in Europe 1848-2000. Legislative recruitment and careers in eleven European countries*. Oxford: Oxford University Press.
- Biland, Émilie (2011). “Les transformations générationnelles de la politisation dans les collectivités territoriales”. *Politix*, vol. 4, n° 96, pp. 17-37.
- Binder, Amy y Wood, Kate (2013). *Becoming right. How campuses shape young conservatives*. Princeton: Princeton University Press.
- Bobbio, Norberto (1995). *Derecha e izquierda: razones y significados de una distinción política*. Buenos Aires: Taurus.
- Bohoslavsky, Ernesto y Morresi, Sergio Daniel (2011). “Las derechas argentinas en el siglo xx: ensayo sobre su vínculo con la democracia”. *Iberoamérica Global*, vol. 4, n° 2, pp. 17-48.
- Bolin, Niklas (2007). “New party entrance: Analyzing the impact of political institutions”. *Umeå Working Papers in Political Science*, n° 2.
- Boltanski, Luc (1973). “L'espace positionnel. Multiplicité des positions institutionnelles et habitus de classe”. *Revue Française de Sociologie*, vol. 14, n° 1, pp. 3-26.
- (2006). “Les changements actuels du capitalisme et la culture du projet”. *Cosmopolitiques*, n° 12, pp. 17-42.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Eve (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bonvillani, Andrea; Palermo, Alicia; Vázquez, Melina y Vommaro, Pablo (2010). “Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación

- política en la Argentina”. En Alvarado, Sara y Pablo Vommaro (eds.), *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Rosario: Homo Sapiens-CLACSO.
- Borchert, Jens (2003). “Professional politicians: Towards a comparative perspective”. En Borchert, Jens y Jürgen Zeiss (eds.), *The political class in advanced democracies*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Borobia, Raquel; Kropff, Laura y Nuñez, Pedro (2013). “La participación política juvenil post-2001/3”. En Borobia, Raquel; Laura Kropff y Pedro Nuñez (eds.), *Juventud y participación política. Más allá de la sorpresa*. Buenos Aires: Noveduc.
- Boron, Atilio Alberto (2000). “Ruling without a party. Argentine dominant classes in the twentieth century”. En Middlebrook, Kevin J. (ed.), *Conservative parties, the right, and democracy in Latin America*, pp. 139-163. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Boudon, Lawrence (1996). “Hacia una teoría sobre nuevos partidos políticos”. *Colombia Internacional*, n° 35, pp. 28-38.
- Bourdieu, Pierre (1972). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Ginebra: Droz.
- (1980). *Le sens pratique*. París: Minuit.
- (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- (1982). “La representación política. Elementos para una teoría del campo político”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 36-37, pp. 3-24.
- (1996). “La delegación y el fetichismo político”. En *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- (2000a) “Espacio social y poder simbólico”. En *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- (2000b) “La delegación y el fetichismo político”. En *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- (2001) “La representación política”. En *El campo político*. La Paz: Plural.
- (2003) *¿Qué significa hablar?* Madrid: Editora Nacional.
- (2008) “‘La juventud’ es solo una palabra”. En *Cuestiones de sociología*, Madrid: Akal.
- Braun, Alberto (1988). *El boom liberal*. Buenos Aires: Astro.

- Bril Mascarenhas, Tomás (2007). “El colapso del sistema partidario de la ciudad de Buenos Aires. Una herencia de la crisis argentina de 2001-2002”. *Desarrollo Económico*, vol. 47, n° 187, pp. 367-400.
- Brunet, Ignasi y Pizzi, Alejandro (2013a). “La delimitación sociológica de la juventud”. *Última Década*, n° 38, pp. 11-36.
- (2013b). “El enfoque nominalista de la juventud. Una alternativa crítica a la perspectiva funcionalista”. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 1, n° 11, pp. 51-62.
- Buchanan, James M. (1975). *The limits of liberty: Between anarchy and Leviathan*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Burnham, Walter y Shafer, Byron E. (1991). “Critical realignment. Dead or alive?”. En *The end of realignment? Interpreting American electoral eras*, pp. 101-139. Madison: University of Wisconsin Press.
- Butler, Rex y Stephens, Scott (eds.) (2007). *The universal exception: Selected essays*. Londres: Continuum.
- Callinicos, Alex (2002). *Contra la tercera vía: una crítica anticapitalista*, trad. Natalia Berenguer. Barcelona: Crítica.
- Calvo, Ernesto y Escolar, Marcelo (2005). *La nueva política de partidos en la Argentina: crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*. Buenos Aires: Prometeo.
- Campbell, John L. (2001). “Institutional analysis and the role of ideas in political economy”. En Campbell, John L. y Ove Kaj Pedersen (eds.), *The rise of neoliberalism and institutional analysis*, pp. 159-189. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Cárpena, Ricardo (2011). “La orfandad de la centroderecha”. *La Nación*, 29/05/2011.
- Cartier, Marie y Spire, Alexis (2011). “Approches générationnelles du politique”. *Politix*, vol. 4, n° 96, pp. 7-15.
- Casermeiro de Pereson, Alicia (2004). *Los medios en las elecciones. La agenda setting en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EDUCA.
- Cavallo, Domingo Felipe (1997). *El Peso de la verdad: un impulso a la transparencia en Argentina de los 90*. Buenos Aires: Planeta.
- Centeno, Miguel Ángel y Silva, Patricio (eds.) (1998). *The politics of expertise in Latin America*. Nueva York: St. Martin's Press.

- Cerruti, Gabriela (2010). *El pibe: negocios, intrigas y secretos de Mauricio Macri, el hombre que quiere ser presidente*. Buenos Aires: Planeta.
- Champagne, Patrick (1984). “La manifestation. La production de l'événement politique”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 52, n° 52-53, pp. 19-41.
- Cheresky, Isidoro (ed.) (2008). *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cheresky, Isidoro y Annunziata, Rocío (orgs.) (2012). *Sin programa, sin promesa*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cherny, Nicolás y Vommaro, Gabriel (2004). “Territorios, liderazgos, partidos: la política argentina a nivel subnacional”. En Cheresky, Isidoro y Jean Michel Blanquer (eds.), *¿Qué cambió en la política argentina?*, pp. 147-174. Rosario: Homo Sapiens.
- Codato, Adriano; Costas, Luiz Domingo y Massimo, Lucas (2014). “Clasificando ocupações prévias à entrada na política: uma discussão metodológica e um teste empírico”. *Opinião Pública*, vol. 20, n° 3, pp. 346-362.
- Cofrancesco, Dino (1986). “Fascismo: destra o sinistra”. En Bracher, Karl Dietrich y Leo Valiani (eds.), *Fascismo e nazionalsocialismo*, pp. 55-140. Boloña: Il Mulino.
- Collier, Ruth Berins y Collier, David (1991). *Shaping the political arena: Critical junctures, the labor movement, and regime dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- Collovald, A. (1988). “Identités stratégiques”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 73, pp. 29-40.
- Colomer, Josep Maria y Escatel, Luis E. (2005). “La dimensión izquierda-derecha en América Latina”. *Desarrollo Económico*, vol. 45, n° 177, pp. 123-136.
- Combes, Hélène y Vommaro, Gabriel (2012). “Relations clientélares ou politisation: pour dépasser certaines limites de l'étude du clientélisme”. *Cahiers des Amériques Latines*, n° 69, pp. 17-35.
- Coppedge, Michael (1997). *A classification of Latin American political parties*. Helen Kellogg Institute for International Studies.
- (2000). “La diversidad dinámica de los sistemas de partidos latinoamericanos”. *PostData*, n° 6, pp. 109-134.
- Corral, Damián (2011). *Otro país es (im)posible. El devenir de la centroizquierda en la Argentina de los noventa. Del Frente Grande hasta la Alianza*. Tesis de doctorado, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Universidad Nacional de General Sarmiento.

- (2014). “En torno a la política como ‘problema moral’. El clivaje corrupción-anticorrupción como principio de diferenciación política de la centroizquierda de los noventa”. *Trabajo y Sociedad*, n° 22, pp. 447-459.
- Cotler, Julio (1995). “Crisis política, outsiders y demócratas: el fujimorismo”. En Perelli, Carina; Sonia Picado y Daniel Zovatto (eds.), *Partidos y clase política en América Latina en los 90*, pp. 117-141. San José: CAPEL-IIDH.
- Czudnowski, Moshe M. (1972). “Sociocultural variables and legislative recruitment: Some theoretical observations and a case study”. *Comparative Politics*, vol. 4, n° 4, pp. 561-587.
- Dalton, Russell J.; Flanagan, Scott C.; Beck, Paul Allen y Alt, James E. (1984). *Electoral change in advanced industrial democracies: Realignment or dealignment?* Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Dalton, Russell J.; MacAllister, Ian y Wattenberg, Martin P. (2000). “The consequences of partisan dealignment”. En Dalton, Russell J. y Martin P. Wattenberg (eds.), *Parties without partisans: Political change in advanced industrial democracies*, pp. 37-63. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Dechezelles, Stéphanie (2008). “Des partis et des jeunes. Les droites juvéniles dans l’Italie de Berlusconi”. *Histoire@Politique. Politique, Culture, Société*, n° 4.
- De Imaz, José Luis (1964). *Los que mandan*. Buenos Aires: Eudeba.
- De Ípola, Emilio (1989). “Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo”. *Desarrollo Económico*, vol. 29, n° 115, pp. 331-359.
- De Luca, Miguel; Jones, Mark P. y Tula, María Inés (2002). “Buenos Aires: The evolution of local governance”. En Myers, David J. y Henry A. Dietz (eds.), *Capital city politics in Latin America: Democratization and empowerment*, pp. 65-94. Boulder, Colo.: Lynne Rienner.
- Devoto, Mauricio (2014). *La vía PRO: una aproximación a lo que somos*. Buenos Aires: CPC-PRO.
- Dezalay, Yves y Garth, Brian (2002). *The internationalization of palace wars. Lawyers, economists and the contest to transform Latin American states*. Chicago: University of Chicago Press.
- Dietz, Henry y Myers, David (2002). “El proceso del colapso de sistemas de partidos: una comparación entre Perú y Venezuela”. *Cuadernos del CENDES*, vol. 19, n° 50, pp. 1-33.

- Di Tella, Torcuato S. (1971). “La búsqueda de la fórmula política argentina”. *Desarrollo Económico*, vol. 11, n° 42-44, pp. 317-325.
- Doman, Fabián y Olivera, Martín (1989). *Los Alsogaray. Secretos de una dinastía y su corte*. Buenos Aires: Clarín-Aguilar.
- Downs, Anthony (1973 [1957]). *Teoría económica de la democracia*, trad. Luis A. Martín Merino. Madrid: Aguilar.
- Duverger, Maurice (1987 [1951]). *Los partidos políticos*, trad. Julieta Campos y Enrique González Pedrero. México: Fondo de Cultura Económica.
- Eatwell, Roger y O’Sullivan, Noël (eds.) (1990). *The nature of the right: American and European politics and political thought since 1789*. Boston: Twayne.
- Eiff, Leonardo (2014). “Crispación”. En Adelstein, Andreína y Gabriel Vommaro (eds.), *Diccionario del léxico corriente de la política argentina. Palabras en democracia (1983-2013)*, pp. 111-114. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Eisenstadt, Shmuel N. (1956). *From generation to generation: Age groups and social structure*. Glencoe, Illinois: The Free Press.
- Etchevere, Luis (2014). *Discurso del presidente de la Sociedad Rural Argentina durante la inauguración de la 128° Exposición de Palermo*. Buenos Aires: SRA.
- Eulau, Heinz y Koff, David (1962). “Occupational mobility and political career”. *The Western Political Quarterly*, vol. 15, n° 3, pp. 507-521.
- Fair, Hernán (2011). “Las relaciones políticas entre el menemismo y las Fuerzas Armadas. Un análisis histórico-político del período 1989-1995”. *Kairos: Revista de Temas Sociales*, n° 27, pp. 1-16.
- Falleti, Tulia Gabriela (2010). *Decentralization and subnational politics in Latin America*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Ferrari, Marcela (2005). “En torno a la especialización en política. Notas sobre las trayectorias de los parlamentarios argentinos en tiempos de ampliación democrática”. IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario.
- Fidanza, Andrés y Vommaro, Gabriel (2014). “Jóvenes PRO. La cara bonita de la nueva derecha”. *Revista Anfibia*, agosto. Universidad Nacional de San Martín.
- Fillieule, Olivier (2001). “Propositions pour une analyse processuelle de l’engagement individuel”. *Revue Française de Science Politique*, vol. 51, n° 1, pp. 199-215.

- (2012). “Travail, famille, politisation”. En Sainsaulieu, Ivan y Muriel Surdez (eds.), *Sens politiques du travail*. París: Armand Colin Recherches.
- (2013). “Political socialization and social movements”. En Snow, David *et al.* (eds.), *The encyclopedia of social and political movements*. Oxford: Wiley.
- Fischer, Karin y Plehwe, Dieter (2013). “Redes de think tanks e intelectuales de derecha en América Latina”. *Nueva Sociedad*, n° 245, pp. 70-86.
- Forment, Carlos (2007). “The democratic dribbler: Football clubs, neoliberal globalization, and Buenos Aires’ municipal election of 2003”. *Public Culture*, vol. 19, n° 1, pp. 85-116.
- Fraga, Rosendo y Malacrida, Gabriela (1990). *El centro-derecha de Alfonsín a Menem*. Buenos Aires: Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.
- Franco, Marina (2011). “La ‘depuración’ interna del peronismo como parte del proceso de construcción del terror de Estado en la Argentina de la década del 70”. *A Contracorriente*, vol. 8, n° 3, pp. 23-54.
- Franzmann, Simon y Kaiser, André (2006). “Locating political parties in policy space: A reanalysis of party manifesto data”. *Party Politics*, vol. 12, n° 2, pp. 163-188.
- Freeden, Michael (1996). *Ideologies and political theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Freidenberg, Flavia y Levitsky, Steven (2007). “Organización informal de los partidos en América Latina”, *Desarrollo Económico*, vol. 46, n° 184, pp. 539-568.
- Fretel, Julien (2011). “La sociología de los partidos políticos bajo el prisma de la derecha francesa”. *Revista de Sociología*, n° 25, pp. 55-74.
- Friedman, Milton y Friedman, Rose (1993). *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Gabel, Matthew J. y Huber, John D. (2000). “Putting parties in their place: Inferring party left-right ideological positions from party manifestos data”. *American Journal of Political Science*, vol. 44, n° 1, pp. 94-103.
- Gallo, Adriana (2008a). “El discurso político de la centroderecha argentina o la anulación de la alteridad izquierda-derecha”. *Revista SAAP*, vol. 3, n° 2, pp. 287-312.
- (2008b). “Posicionamiento de la derecha y comportamiento electoral en la ciudad de Buenos Aires. Análisis de los comicios porteños de 2007”. *Documentos y Aportes en Administración Pública y Gestión Estatal*, n° 10, pp. 29-74.

- García Belsunce, Horacio A. (1982). *Política y economía en años críticos*. Buenos Aires: Troquel.
- García Delgado, Daniel (1984). “Nuevos patrones de participación política en los procesos de transición a la democracia: el caso argentino”. En Oslak, Oscar, *El “proceso”. Crisis y transición democrática*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- García Escudero, Pío (2002). *Las propuestas del centro. Un nuevo impulso para España*. Resoluciones aprobadas en el XIV Congreso Nacional del Partido Popular. Madrid.
- Gaxie, Daniel (1980). “Les logiques du recrutement politique”. *Revue Française de Science Politique*, vol. 30, n° 1, pp. 5-45.
- Gené, Mariana (2012). “Negociación política y confianza. El Ministerio del Interior y los hombres fuertes del Poder Ejecutivo”. *Revista Polhis*, año 5, n° 9, pp. 301-308.
- Gibson, Edward L. (1990). “Democracy and the new electoral right in Argentina”. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 32, n° 3, pp. 177-228.
- (1996a). *Class and conservative parties: Argentina in comparative perspective*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- (1996b). “Conservative party politics in Latin America: Patterns of electoral mobilization in the 1980s and 1990s”. En Domínguez, Jorge I. y Abraham F. Lowenthal (eds.), *Constructing democratic governance. Latin American and the Caribbean in the 1990s. Themes and issues*, pp. 26-41. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Giddens, Anthony (1999). *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*, trad. Pedro Cifuentes Huertas. Madrid: Taurus.
- Global Advisor (2011). *Global views on immigration report*. París: Ipsos.
- Goldman, Tali (2014a). “La usina del eterno retorno”. *Crisis*, agosto.
- (2014b). “Paula Bertol: ‘El PRO es un partido de centroderecha’”. *Revista Veintitrés*, n° 816.
- Goffman, Erving (1961). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez, Alejandra (1995). *No nos han vencido... Historia del Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho-UBA*. Buenos Aires: Eudeba.

- Gorelik, Adrián (1994). “La búsqueda del centro: ideas y dimensiones de espacio público en la gestión urbana y en las polémicas sobre la ciudad. Buenos Aires: 1925-1936”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* (Tercera Serie), n° 9, pp. 41-57.
- Grofman, Bernard; Blais, André y Bowler, Shaun (2008). *Duverger's law of plurality voting: The logic of party competition in Canada, India, the United Kingdom and the United States*. Nueva York: Springer.
- Grofman, Bernard y Lijphart, Arend (1986). *Electoral laws and their political consequences*. Nueva York: Agathon.
- Gusfield, Joseph R. (1957). “The problem of generations in an organizational structure”. *Social Forces*, vol. 35, n° 4, pp. 323-330.
- Gutiérrez, Alfredo (1992). *El derrumbe de la UCeDÉ: de Videla a Menem, la mutación liberal*. Buenos Aires: Letra Buena.
- Haegel, Florence (2009) “La mobilisation partisane de droite. Les logiques organisationnelles et sociales d'adhésion a l'UMP”. *Revue Française de Science Politique*, vol. 59, n° 1.
- Harmel, Robert (1985). “On the study of new parties.” *International Political Science Review*, vol. 6, n°4, pp. 403-418.
- Harmel, Robert y Robertson, John D. (1985). “Formation and success of new parties: A cross-national analysis”. *International Political Science Review*, vol. 6, n° 4, pp. 501-523.
- Heredia, Mariana; Gené, Mariana y Perelmiter, Luisina (2012). “Hacia una sociohistoria del gabinete nacional”. *Revista Polhis*, año 5, n° 9, pp. 284-290.
- Hirschman, Albert O. (1991). *The rhetoric of reaction: Perversity, futility, jeopardy*. Cambridge, Mass.: Belknap Press.
- Hug, Simon (1996). “The emergence of new political parties from a game theoretic perspective”. *European Journal of Political Research*, vol. 29, n° 2, pp. 169-190.
- (2000). “Studying the electoral success of new political parties”. *Party Politics*, vol. 6, n° 2, pp. 187-197.
- (2001). *Altering party systems: Strategic behavior and the emergence of new political parties in Western democracies*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Ignazi, Piero (1996). “The crisis of parties and the rise of new political parties”. *Party Politics*, vol. 2, n° 4, pp. 549-566.

- (2006). *Extreme right parties in Western Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Ihl, Olivier (2002). “Socialisation et événements politiques”. *Revue Française de Science Politique*, año 52, n° 2-3, pp. 125-144.
- Inglehart, Ronald (1977). *The silent revolution*. Princeton: Princeton University Press.
- (1990). *Cultural shift in advanced industrial society*. Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, Ronald y Klingemann, Hans D. (1976). “Party identification, ideological preference, and the left-right dimension among western mass publics”. En Budge, Ian; Ivor Crewe y Dennis Farlie (eds.), *Party identification and beyond: Representations of voting and party competition*. Colchester: European Consortium for Political Research Press.
- Jennings, M. Kent (2002). “Generation units and the student protest movement in the United States: An intra- and intergenerational analysis”. *Political Psychology*, vol. 23, n° 2, pp. 303-324.
- Jennings, M. Kent; Stoker, Laura y Jake Bowers (2009). “Politics across generations: Family transmission reexamined”. *The Journal of Politics*, vol. 71, n° 3, pp 782-799.
- Joignant, Alfredo (2012). “Habitus, campo y capital. Elementos para una teoría del capital político”. *Revista Mexicana de Sociología*, n° 4, pp. 587-618.
- Joignant, Alfredo; Perelló, Lucas y Torres, Javier (2011). “Las fuentes del poder político. Fundamentos para una teoría del capital político a partir de evidencia chilena”. XXII Congreso Mundial de Ciencia Política, Madrid, 8 al 12 de julio.
- Jones, Mark P. (2004). “The recruitment and selection of legislative candidates in Argentina”. Simposio “Pathways to power: Political recruitment and democracy in Latin America”, Graylyn International Conference Center, Wake Forest University, Winston-Salem, NC.
- Katz, Richard S. y Mair, Peter (1995). “Changing models of party organization and party democracy: The emergence of the cartel party”. *Party Politics*, vol. 1, n° 1, pp. 5-28.
- (2007). “La supremacía del partido en las instituciones públicas: el cambio organizativo de los partidos en las democracias contemporáneas”. En Montero, José R.; Richard Gunther y Juan J. Linz (comps.), *Partidos políticos. Viejos conceptos y nuevos retos*, Madrid: Trotta.

- (2009). “The cartel party thesis: A restatement”. *Perspectives on Politics*, vol. 7, n° 4, pp. 753-766.
- Key, Vladimir O. (1955). “A theory of critical elections”. *Journal of Politics*, vol. 17, n° 1.
- King, Anthony (2002). “The outsider as political leader: The case of Margaret Thatcher”. *British Journal of Political Science*, vol. 32, n° 3, pp.435-454.
- Kircheimer, Otto (1966). “The transformation of the Western European party systems”. En LaPalombara, Joseph y Myron Weiner (eds.), *Political parties and political development*, pp. 177-200. Princeton: Princeton University Press.
- Kirchner, Néstor y Di Tella, Torcuato (2003). *Después del derrumbe: teoría y práctica política en la Argentina que viene*. Buenos Aires: Galerna.
- Kitschelt, Herbert P. (1986). “Political opportunity structures and political protest: Anti-nuclear movements in four democracies”. *British Journal of Political Science*, vol. 16, n° 1, pp. 57-85.
- (1994). *The transformation of European social democracy*. Cambridge-Nueva York: Cambridge University Press.
- Kitschelt, Herbert P. y McGann, Anthony J. (1997). *The radical right in Western Europe: A comparative analysis*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Kitschelt, Herbert; Hawkins, Kirk A.; Luna, Juan Pablo; Rosas, Guillermo y Zechmeister, Elizabeth J. (2010). *Latin American party systems*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Klingemann, Hans-Dieter et al. (2001). *Mapping policy preferences: Estimates for parties, electors, and governments, 1945-1998*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Kristol, Irving (1986). *Reflexiones de un neoconservador*, trad. Juan Carlos Gorlier. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Kropff, Laura (2009). “Apuntes conceptuales para una antropología de la edad”. *Avá*, n° 16, pp. 171-187.
- Laclau, Ernesto (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Lafont, Valérie (2001). “Les jeunes militants du Front national: trois modèles d’engagement et de cheminement”. *Revue Française de Science Politique*, vol. 51, n° 1, pp. 175-198.
- Lagroye, Jacques y Offerlé, Michel (dirs.) (2010). *Sociologie de l’institution*. París: Belin.

- Lahire, Bernard (2004). *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*. París: La Découverte.
- Lakoff, George (2006). *Whose freedom? The battle over America's most important idea*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Lakoff, George y Johnson, Mark (2003). *Metaphors we live by*. Chicago: University of Chicago Press.
- Landau, Matías (2014). “La ciudad y sus partes: una historia de la institucionalidad local en la Ciudad de Buenos Aires”, *Eure (Santiago)-Revista Latinoamericana de Estudios Urbano-Regionales*, vol. 40, pp. 151-171.
- (2015). “No solo de globos vive el PRO. El macrismo en la larga tradición del gobierno de la ciudad”. *Revista Ciencias Sociales*, n°87, pp. 74-79.
- Landi, Oscar (1992). *Devórame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión*. Buenos Aires: Planeta.
- LaPalombara, Joseph y Weiner, Myron (1969). *Political parties and political development*. Princeton: Princeton University Press.
- Leiras, Marcelo (2007). *Todos los caballos del rey: la integración de los partidos políticos y el gobierno democrático de Argentina, 1995-2003*. Buenos Aires: Prometeo.
- Lévêque, Sandrine (1996). “L'entrée en politique. Bibliographie sur les conditions sociales de la professionnalisation et de la 'réussite' politique en France”. *Politix*, vol. 9, n° 35, pp. 171-187.
- Levitsky, Steven (2005 [2003]). *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, trad. Leandro Wolfson. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Levitsky, Steven y Collier, David (1998). “Democracia con adjetivos: innovación conceptual en la investigación comparativa”. *La Política: Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad*, n° 4, pp. 137-160.
- Levitsky, Steven y Murillo, María Victoria (2008). “Argentina: de Kirchner a Kirchner”. *Democracy*, vol. 19, n° 2, pp. 16-30.
- (eds.) (2005). *Argentine democracy: The politics of institutional weakness*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- Lijphart, Arend (1994). *Electoral systems and party systems*. Oxford: Oxford University Press.
- Lipset, Seymour Martin y Rokkan, Stein (1967). “Cleavage structures, party systems and voter alignments: An introduction”. En Lipset, Seymour Mar-

- tin y Stein Rokkan (eds.), *Party systems and voter alignments: Cross-national perspectives*. Nueva York: Free Press.
- (1992). “Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales”. En AA.VV., *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel.
- Lodola, Germán (2009). “La estructura subnacional de las carreras políticas en Argentina y Brasil”. *Desarrollo Económico*, vol. 49, n° 194, pp. 247-286.
- Lozada, Salvador María (1999). *Los derechos humanos y la impunidad en la Argentina (1974-1999): de López Rega a Alfonsín y Menem*. Buenos Aires: Nuevohacer.
- Lucardie, Paul (2000). “Prophets, purifiers and prolocutors: Towards a theory on the emergence of new parties”. *Party Politics*, vol. 6, n° 2, pp. 175-185.
- Luna, Juan Pablo y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (eds.) (2014). *The resilience of Latin-American right*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Lupu, Noam (2013). “Party brands and partisanship: Theory with evidence from a survey experiment in Argentina”. *American Journal of Political Science*, vol. 57, n° 1, pp. 49-64.
- Lvovich, Daniel y Bisquert, Jacqueline (2008). *La cambiante memoria de la dictadura: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Mainwaring, Scott y Shugart, Matthew (eds.) (1997). *Presidentialism and democracy in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mair, Peter (1997). *Party system change: Approaches and interpretations*. Oxford: Clarendon.
- Mair, Peter; Müller, Wolfgang C. y Plasser, Fritz (eds.) (2004). *Political parties and electoral change: Party responses to electoral markets*. Londres: Sage.
- Malamud, Andrés (1995). “Los partidos políticos”. En Pinto, Julio (comp.), *Introducción a la ciencia política*. Buenos Aires: Eudeba.
- Manin, Bernard (1992). “Metamorfosis de la representación”. En Dos Santos, Mario y Fernando Calderón (eds.), *¿Qué queda de la representación política?* Caracas: CLACSO-Nueva Sociedad.
- (1998). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- Mannheim, Karl (1993 [1928]). “El problema de las generaciones”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, vol. 93, n° 62, pp. 193-242.

- Mansilla, César L. (1983). *Las fuerzas de centro*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- March, James G. y Olsen, Johan P. (1984). "The new institutionalism: Organizational factors in political life". *American Political Science Review*, vol. 78, n° 3, pp. 734-749.
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1996). "La juventud es más que una palabra". En Magulis, Mario (ed.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblios.
- Markoff, John y Montecinos, Verónica (1994). "El irresistible ascenso de los economistas". *Desarrollo Económico*, vol. 34, n° 133, pp. 3-29.
- Martínez, Fabiana (2013). "Pánicos sociales, ciudadanía episódica y exclusión. Análisis del caso Blumberg en medio gráficos argentinos". *Signo y Pensamiento*, vol. 24, n° 46, pp. 125-136.
- Marx, Karl (1955). "El 18 Brumario de Luis Bonaparte". En *Carlos Marx y Federico Engels, Obras Escogidas*. Moscú: Progreso.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (1955). "El manifiesto comunista". En *Carlos Marx y Federico Engels. Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
- Maticesku, Marius y Protsyk, Oleh (2011). "Political recruitment in Romania: Continuity and change". En King, Ronald y Paul Sum (eds.), *Romania under Basescu*. Lanham, MD: Lexington Books.
- Matonti Frédéric y Poupeau, Franck (2007). "El capital militante. Intento de definición". En Poupeau, Franck (ed.), *Dominación y movilizaciones. Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar*, pp. 37-44. Córdoba: Ferreyra.
- Mattina, Gabriela (2009). "Consolidación de los nuevos formatos representativos: itinerario de las elecciones legislativas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (2009)". V Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, 4-6 de noviembre.
- (2011). "Líderes de popularidad y sus redes organizativas en la Ciudad de Buenos Aires (2009-2011): recurrencias y excepcionalidades en las sociabilidades de los legisladores del PRO". IX Jornadas de Sociología (Pre-ALAS): Capitalismo del siglo XXI, crisis y reconfiguraciones. Luces y sombras en América Latina, Buenos Aires, 8-12 de agosto.
- (2012a). "Transformaciones de los formatos partidarios en la democracia argentina: una mirada al PRO desde el ciclo electoral 2011". En

- Cheresky, Isidoro y Rocío Annunziata (comps.), *Sin programa, sin promesa. Liderazgos y procesos electorales en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2012b). “Legitimidades democráticas en continuidad y tensión: el caso de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (2007-2011)”. *Revista Argentina de Humanidades y Ciencias Sociales*, vol. 10, n° 1.
- Mauger, Gérard (2009). “Génération et rapports de générations”. *Revista Internacional de Filosofía*, n° 46, pp. 109-126.
- (2010). “Jeunesse: essai de construction d’objet”. *Agora Débats/Jeunesses*, n° 56, pp. 9-24.
- Mauro, Sebastián (2005). “La campaña electoral por la Jefatura de Gobierno de Buenos Aires: estrategias políticas e inteligibilidad de la agenda”. *Revista Argentina de Sociología*, año 3, n° 4, noviembre, pp. 78-98.
- (2007). “Mutación, crisis, recomposición, y otra vez crisis de la representación política en la ciudad de Buenos Aires. Los avatares del signo progresista”. *Argumentos. Revista de Crítica Social*, n° 8, pp. 1-21.
- (2009). “Buenos Aires viceversa. La ciudad autónoma y la recomposición permanente de la escena”. En Cheresky, Isidoro (comp.), *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- (2011). *Representación e identificaciones políticas en tiempos de solidaridades inestables (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2001-2007)*. Tesis de doctorado. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Mauro, Sebastián y Montero, Federico (2006). “Dilemas de la recomposición en la escena porteña. El Juicio Político y la articulación de la retórica opositora”, en Cheresky, Isidoro (comp.), *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Mauro, Sebastián y Natanson, José (2006). “Ciudadanía y sociedad civil en la ciudad de Buenos Aires. El espacio público, entre la audiencia y el estallido.” En Cheresky, Isidoro (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Mauro, Sebastián y Slipak, Daniela (2005). “Blumberg, la gente y el vínculo representativo. Liderazgos de opinión en la democracia de audiencia”. VII Congreso de la Sociedad Argentina de Análisis Político. Agendas nacionales en escenarios de conflicto. Córdoba.
- McGee Deutsch, Sandra (1993). “The right under radicalism, 1916-1930”. En McGee Deutsch, Sandra y Ronald H. Dolkart (eds.), *The Argentine right: Its*

- history and intellectual origins, 1910 to the present*, pp. 35-64. Wilmington, Del.: SR Books.
- (2005). *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Chile y Brasil 1890-1939*, trad. Julio C. Cortés. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- McGee Deutsch, Sandra y Dolkart, Ronald H. (eds.) (1993). *The Argentine right: its history and intellectual origins, 1910 to the present*. Wilmington, Del.: SR Books.
- Meléndez, Carlos (2014). “The ‘right’ track in post party system collapse scenarios. The cases of Peru, Bolivia, and Venezuela”. En Luna, Juan Pablo y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.), *The resilience of Latin-American right*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Michels, Robert (1972 [1911]). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia*, trad. Enrique Molina de Vedia. Buenos Aires: Amorrortu.
- Middlebrook, Kevin J. (ed.) (2000). *Conservative parties, the right, and democracy in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Minkenberg, Michael e Inglehart, Ronald (1989). “Neoconservatism and value change in the USA: Tendencias in the mass public of a postindustrial society”. En Gibbins, John R. (ed.), *Contemporary political culture. Politics in a postmodern age*, pp. 81-109. Londres: Sage.
- Mora y Araujo, Manuel (2011). *La Argentina bipolar: los vaivenes de la opinión pública, 1983-2011*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Morgenstern, Scott (2001). “Organized factions and disorganized parties: Electoral incentives in Uruguay”. *Party Politics*, vol. 7, n° 2, pp. 235-256.
- Morresi, Sergio Daniel (2007). “¿Más allá del neoliberalismo? Estado y neoliberalismo en los años noventa”. En Rinesi, Eduardo, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro (eds.), *Las lentes de Victor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, pp. 117-150. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento-Prometeo.
- (2008). *La nueva derecha argentina y la democracia sin política*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- (2010). “El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional”. *Sociohistórica*, n° 27, pp. 101-133.
- (2011a). “Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)”. En Bohoslavsky, Ernesto (ed.), *Actas del Taller*

- de Discusión sobre las Derechas en el Cono Sur, siglo XX*, pp. 23-41. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- (2011b). “Mirar hacia adelante y no hacia atrás’: memoria y justicia desde la perspectiva de la derecha liberal argentina”. Coloquio Memoria, Justicia y Espacio Público, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad de Campinas (UNICAMP).
- (2013). “¿Lecciones aprendidas? Las derechas argentinas y la democracia”. En Ramírez, Hernán (ed.), *O neoliberalismo sul-americano em clave transnacional: enraizamento, apogeu e crise*, pp. 193-228. San Leopoldo: UNISINOS-Oikos.
- Morresi, Sergio Daniel y Vommaro, Gabriel (2014). “Argentina. The difficulties of the partisan right and the case of Propuesta Republicana”. En Luna, Juan Pablo y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.), *The resilience of the Latin American right*, pp. 319-342. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Mouffe, Chantal (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mustapic, Ana María (1984). “Conflictos institucionales durante el primer gobierno radical: 1916-1922”. *Desarrollo Económico*, vol. 24, n° 93, pp. 85-108.
- (2013). “Los partidos políticos en Argentina: condiciones y oportunidades de su fragmentación”. En Acuña, Carlos H. (ed.), *¿Cuánto importan las instituciones? Gobierno, estado y actores en la política argentina*, pp. 241-290. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Novaro, Marcos (2000). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*. Rosario: Homo Sapiens.
- Nun, José; Portantiero, Juan Carlos y Altamirano, Carlos (eds.) (1987). *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Núñez, Pedro (2010). “Escenarios sociales y participación política juvenil. Un repaso de los estudios sobre comportamientos políticos desde la transición democrática hasta Cromagnon”. *Revista SAAP*, vol. 4, n° 1, pp. 49-83.
- Oakeshott, Michael (2000). “¿Qué es ser conservador?”. En *El racionalismo en política y otros ensayos*, trad. Eduardo L. Suárez Galindo. México: Fondo de Cultura Económica.
- O’Donnell, Santiago (2011). *Argenleaks*. Buenos Aires: Random House Mondadori Argentina.

- Offerlé, Michel (1987). *Les partis politiques*. París: Presses Universitaires de France.
- (2005). “Bajar a la calle: de la ‘jornada’ a la ‘manif’”. *Política*, n° 44, pp. 33-59.
- (2011a). “Los oficios, la profesión y la vocación de la política”. *PolHis*, n° 7.
- (2011b). *Perímetros de lo político*. Buenos Aires: Antropofagia.
- (dir.) (1999). *La profession politique. XIX-XX siècles*. París: Belin.
- Offerlé, Michel y Sawicki, Frédéric (eds.) (1996). *Entrées en politique: apprentissages et savoir-faire*. París: L’Harmattan.
- Olasky, Marvin N. (2000). *Compassionate conservatism: What it is, what it does, and how it can transform America*. Nueva York: Free Press.
- Ollier, María Matilde (2010). “El liderazgo político en democracias de baja institucionalización (el caso del peronismo en la Argentina)”. *Revista de Sociología*, n° 24, pp. 127-150.
- Ortiz de Rozas, Victoria (2013). “Mediadores y representantes políticos territoriales. Acceso al poder y prácticas del personal político provincial”. X Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Ostiguy, Pierre (1997). *Peronism and anti-Peronism: Social-cultural bases of political identity in Argentina*. Guadalajara: Latin American Studies Association. LASA.
- (2009). “The high and the low in politics: A two-dimensional political space for comparative analysis and electoral studies”. *The Helen Kellogg Institute for International Studies Working Paper*, n° 360. Notre Dame: University of Notre Dame.
- Ostrogorski, Moisei (1993 [1902]). *La démocratie et les partis politiques*. París: Fayard.
- Palermo, Vicente (1983). “Problemas de la participación política en la Argentina contemporánea”. *Crítica y Utopía*, n° 9, pp. 105-123.
- Panebianco, Angelo (1990). *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*, trad. Mario Trinidad. Madrid: Alianza.
- Panizza, Francisco (2005). *Populism and the mirror of democracy*. Londres: Verso.
- Posse, Abel (2009). “Criminalidad y cobardía”. *La Nación*, 10 de diciembre, pp. 1 y 21.

- Pareto, Vilfredo (1980). *Forma y equilibrio sociales*. Madrid: Alianza.
- Peacock, Alan; Willgero, Hans y Johnson, Daniel (eds.) (1989). *German neo-liberal and the social market economy*. Londres: Macmillan-Trade Policy Research Centre.
- Pedersen, Mogens N. (1982). “Towards a new typology of party lifespans and minor parties”. *Scandinavian Political Studies*, vol. 5, n° 1, pp. 1-16.
- Pedrazzini, A. (2007). “La crisis argentina del 2001 a través de las tapas de *Página/12*. Un estudio semiolingüístico centrado en la interacción texto-imagen”. VI Biental Iberoamericana de Comunicación, Córdoba, Argentina.
- Pennetier, Claude y Pudal, Bernard (1996). “Écrire son autobiographie (les autobiographies communistes d’institution, 1931-1939)”. *Genèses*, vol. 23, n° 1, pp. 53-75.
- Peña, Marcos y Rozitchner, Alejandro (comps.) (2013). *Estamos. Una invitación abierta*. Buenos Aires: Planeta.
- Perelmiter, Luisina (2012). “La constitución de una autoridad plebeya. El ministerio ‘de la pobreza’ en la Argentina reciente”. *Revista Polhis*, año 5, n° 9, pp. 309-318.
- Pereyra, Sebastián (2013). *Política y transparencia. La corrupción como problema público*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pereyra, Sebastián; Vommaro, Gabriel y Pérez, Germán (eds.) (2013). *La grieta. Política, economía y cultura después de 2001*. Buenos Aires: Biblos.
- Pessoa, Carlos (2003). “On hegemony, post-ideology and subalternity”. *Bulletin of Latin American Research*, vol. 22, n° 4, pp. 484-490.
- Pérez, Pedro (1994). “La formación de la ciudad metropolitana de Buenos Aires: de la riqueza al deterioro”. *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, vol. 20, n° 61, pp. 27-39.
- Plotkin, Mariano Ben (1993). *Mañana es San Perón*. Buenos Aires: Ariel.
- Polak, Laura y Gorbier, Juan Carlos (1994). *El movimiento estudiantil argentino (Franja Morada 1976-1986)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Pousadela, Inés (2006). *Que se vayan todos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- (2004). “Los partidos políticos han muerto. ¡Larga vida a los partidos!”. En Cheresky, Isidoro y Jean-Michel Blanquer (eds.), *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*. Rosario: Homo Sapiens.

- Pudal, Bernard (1989). *Prendre parti: pour une sociologie historique du PCF*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Putnam, Robert D. (1976). *The comparative study of political elites*. Nueva Jersey: Prentice Hall.
- PRO (2011). *Mauricio en la Ciudad. Preguntas y Respuestas*. Buenos Aires: Alianza Propuesta Republicana.
- Quiroga, Hugo (2000). “¿Democracia procedimental o democracia sustantiva? La opción por un modelo de integración”. *Revista de Ciencias Sociales*, vol. VI, n° 3, pp. 361-374.
- Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Redrado, Martín (2010). *Sin reservas: un límite al poder absoluto*. Buenos Aires: Planeta.
- Rémond, René (2007). *Les droites aujourd'hui*. París: Audibert.
- Rintala, Marvin (1963). “A generation in politics. A definition”. *Review of Politics*, vol. 25, n° 4, pp. 509-522.
- Rochon, Thomas R. (1985). “Mobilizers and challengers toward a theory of new party success”. *International Political Science Review*, vol. 6, n° 4, pp. 419-439.
- Rock, David (1977). *El radicalismo argentino, 1890-1930*, trad. Leandro Wolfson. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rodden, Jonathan y Wibbels, Erik (2010). “Dual accountability and the nationalization of party competition: Evidence from four federations”. *Party Politics*, vol. 17, n° 5, pp. 629-654.
- Rodríguez, Santiago (2005). “El ex jefe de campaña de Macri volvió al PJ porteño”. *Página/12*, 4 de junio.
- Rodríguez-Arana Muñoz, Jaime (2006). *El espacio de centro*. Guayaquil: Goberna y Derecho.
- Rodríguez Araujo, Octavio (2004). *Derechas y ultraderechas*. México: Siglo XXI.
- Romero, José Luis (1970). *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*. Buenos Aires: Paidós.
- Romero, Raúl José (1998). *Fuerzas Armadas: la alternativa de la derecha para el acceso al poder (1930-1976)*. Buenos Aires: Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.

- Rosanvallon, Pierre (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- Rouquié, Alain (1978). “La hipótesis ‘bonapartista’ y el surgimiento de sistemas políticos semicompetitivos”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 40, pp. 161-193.
- Rumeau, Giselle (2014). “Por qué Macri no quiere a Michetti en la ciudad”. *El Cronista*, 29 de diciembre.
- Sagar, Darren J. (ed.) (2009). *Political parties of the world*, 7ª ed. Londres: John Harper.
- Sally, Razeen (1995). “The economics and politics of the German miracle”. *Government and Opposition*, vol. 30, n° 4, pp. 541-553.
- Sánchez Sañudo, Carlos A. (1969). “La planificación en las Fuerzas Armadas y su imposibilidad en la sociedad”. En Huici, Saturnino Héctor; Carlos A. Sánchez Sañudo y Alberto Benegas Lynch (eds.), *Derecho, planificación y libertad*, pp. 33-91. Buenos Aires: Centro de Estudios sobre la Libertad.
- Sartori, Giovanni (1976). *Parties and party systems: A framework for analysis*. Nueva York-Cambridge: Cambridge University Press.
- (2003). *Partidos y sistemas de partidos: marco para un análisis*, trad. Fernando Santos Fontela. Madrid: Alianza.
- Sawicki, Frédéric (1997). *Les réseaux du Parti socialiste: sociologie d'un milieu partisan*. París: Belin.
- (2011). “Para una sociología de los entornos y de las redes partidistas”. *Revista de Sociología*, n° 25, pp. 37-53.
- Sawicki, Frédéric y Siméant, Johanna (2011). “Inventário da sociologia do engajamento militante. Nota crítica sobre algumas tendencias recentes dos trabalhos franceses”. *Sociologías*, n° 28, pp. 200-255.
- Scarrow, Susan E.; Webb, Paul y Farrell, David M. (2000). “From social integration to electoral contestation. The changing distribution of power within political parties”. En Dalton, Russell J. y Martin P. Wattenberg (eds.), *Parties without partisans: Political change in advanced industrial democracies*, pp. 129-154. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Scherlis, Gerardo (2008). “Machine politics and democracy: The deinstitutionalization of the Argentine party system”. *Government and Opposition*, vol. 43, n° 4, pp. 579-598.

- (2009). “El partido estatal estratárquico de redes. Apuntes sobre organización política en la era de los partidos no representativos”. En Cheresky, Isidoro (ed.), *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, pp. 131-162. Rosario: Homo Sapiens.
- Schlesinger, Joseph A. (1994). *Political parties and the winning of office*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Schuttenberg, Mauricio (2014). “La oposición al kirchnerismo. Una aproximación a los posicionamientos y reconfiguraciones de la ‘centro derecha’ (2003-2011)”. *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, n° 3, pp. 51-74.
- Schütz, Alfred (1995). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Schwartz, Mildred A. (1990). *The party network: The robust organization of Illinois Republicans*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Semán, Pablo (2006). “¿Por qué no? Del matrimonio entre espiritualidad y confort, del mundo evangélico a los best-sellers”. En *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, pp. 139-160. Buenos Aires: Gorla.
- Senkman, Leonardo (2001). “La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976”. En McGee Deustsch, Sandra y Ronald H. Dolkart (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, pp. 275-320. Buenos Aires: Javier Vergara.
- Serra, Laura (2009). “Discrepancias entre Macri y De Narvárez”. *La Nación*, 25 de junio, p. 5.
- Siavelis, Peter M. y Morgenstern, Scott (2008). “Political recruitment and candidate selection in Latin America: A framework for analysis”. En Siavelis, Peter M. y Scott Morgenstern (eds.), *Pathways to power. Political recruitment and candidate selection in Latin America*. University Park: The Pennsylvania State University Press.
- Sidicaro, Ricardo (1993) *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (1996). “El régimen autoritario de 1976: refundación frustrada y contrarrevolución exitosa”. En Quiroga, Hugo y César Tcach (eds.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Rosario: Homo Sapiens.
- (1997). “Consideraciones a propósito de las ideas del diario *La Nación*”. En Wainerman, Catalina y Ruth Sautu (comps.), *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires: Lumière.

- (1998). “La gran mutación de la Argentina de los 90: la crisis de los valores y el problema de los jóvenes”. En Sidicaro, Ricardo y Emilio Tenti Fanfani, *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*, pp. 17-30. Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- Sidicaro, Ricardo y Mayer, Jorge (1995). *Política y sociedad en los años del menemismo*. Buenos Aires: Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Oficina de Publicaciones Ciclo Básico Común, UBA.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2003). *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sikk, Allan (2012). “Newness as a winning formula for new political parties”. *Party Politics*, vol. 18, n° 4, pp. 465-486.
- Siméant, Johanna (2001). “Entrer, rester en humanitaire: des fondateurs de MSF aux membres actuels des ONG médicales françaises”. *Revue Française de Science Politique*, vol. 51, n° 1, pp. 47-72.
- Sivak, Martín (2013). *Clarín. El gran diario argentino. Una historia*. Buenos Aires: Planeta.
- Stokes, Susan Carol (2001). *Mandates and democracy: Neoliberalism by surprise in Latin America*. Cambridge-Nueva York: Cambridge University Press.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Sznaider, Beatriz (2015). “De las ciencias sociales, del fenómeno macrista, de la comunicación y de otras yerbas...”. *Revista Ciencias Sociales*, n° 87, mayo, pp. 80-85.
- Szusterman, Celia (2007). “‘Que se vayan todos!’ The struggle for democratic party politics in contemporary Argentina. En Webb, Paul y Stephen White (eds.), *Party politics in new democracies*, pp. 213-242. Oxford: Oxford University Press.
- Talento, Miguel (1988). “Derechización de la universidad. El caso argentino”. *Nueva Sociedad*, n° 98, pp. 123-133.
- Tato, María Inés (2004). *Viento de fronda: liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2011). “El conservadurismo argentino: ¿una categoría evanescente?”. En Bohoslavsky, Ernesto y Olga Echeverría (eds.), *Actas del Tercer Taller “Las derechas en el cono sur en el siglo XX”*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

- Tavits, Margit (2008). "Party systems in the making: The emergence and success of new parties in new democracies". *British Journal of Political Science*, vol. 38, n° 1, pp. 113-133.
- Tessler, Mark; Konold, Carrie y Reif, Megan (2004). "Political generations in developing countries". *Public Opinion Quarterly*, vol. 68, n° 2, pp. 184-216.
- Tiramonti, Guillermina y Ziegler, Sandra (2008). *La educación de las elites. Aspiraciones, estrategias y oportunidades*. Buenos Aires: Paidós.
- Torre, Juan Carlos (2003). "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria". *Desarrollo Económico*, vol. 42, n° 168, pp. 647-665.
- Utter, Glenn H. y Storey, John W. (2007). *The religious right: A reference handbook*, 3ª ed. Millerton, NY: Grey House Pub.
- Valdettaro, Sandra (2003). "La 'puerta de entrada' a *Página 12*. Propuesta para un análisis del contrato de tapa". *La Trama de la Comunicación*, vol. 8, pp. 15-20.
- Van Hook, James C. (2004). *Rebuilding Germany: The creation of the social market economy, 1945-1957*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vasallo, Marta (2010). "Un debate pendiente". *Le Monde Diplomatique (Argentina)*, n° 137.
- Vázquez, Marina (2012). "La juventud como causa militante: algunas ideas sobre el activismo político durante el kirchnerismo". *Grassroots*, vol. 1, n° 2, pp. 32-35.
- (2013). "En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento". *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, vol. 1, n° 7, pp. 1-25
- Vázquez, Marina y Vommaro, Pablo (2012). "La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora". En Natalucci, Ana y Germán Pérez (eds.), *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Vecchioli, Virginia (2012). "Expertise jurídica y capital militante: los abogados de derechos humanos en la Argentina". En Morresi, Sergio y Gabriel Vommaro (comps.), *Saber lo que se hace. Expertise y política en Argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento-Prometeo.

- Vommaro, Gabriel (2008a). “*Lo que quiere la gente*”. *Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*. Buenos Aires-Los Polvorines: Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- (2008b). *Mejor que decir es mostrar: medios y política en la democracia argentina*. Los Polvorines-Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento-Biblioteca Nacional.
- (2010). *Regards croisés sur les rapports des classes populaires au politique en Argentine. Retour sur la question du “clientélisme”*. París: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- (2013). “Unos otros muy otros, pero diferentes de los otros: reflexiones metodológicas sobre el estudio de cuadros dirigentes del PRO en la ciudad de Buenos Aires”. En Bohoslavsky, Ernesto (ed.), *Actas del Cuarto Taller de discusión “Las derechas en el Cono Sur”*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- (2013). “Estudiar el reclutamiento partidario a través de la variable ‘generaciones políticas’: el caso del PRO en la Ciudad de Buenos Aires”. Seminario del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de San Andrés. Victoria: UDESA.
- (2014). “‘Meterse en política’: la construcción de PRO y la renovación de la centroderecha argentina”. *Nueva Sociedad*, n° 254, pp. 57-72.
- Vommaro, Gabriel y Morresi, Sergio (2014). “Unidos y diversificados: la construcción del partido PRO en la CABA”. *Revista SAAP*, vol. 8, n° 2, pp. 375-417.
- Vommaro, Gabriel y Quirós, Julieta (2011). “‘Usted vino por su propia decisión’: repensar el clientelismo en clave etnográfica”. *Desacatos*, n° 36, pp. 65-84.
- Vommaro, Gabriel; Morresi, Sergio y Bellotti, Alejandro (2015). *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*. Buenos Aires: Planeta.
- Vommaro, Pablo y Larrondo, Marina (2013). “Juventudes y participación política en los últimos treinta años de democracia en Argentina: conflictos, cambios y persistencias”. *Observatorio Latinoamericano*, n° 12, pp. 254-275.
- Von Hayek, Friedrich August (1989). “El atavismo de la justicia social”. *Estudios Públicos*, n° 36, pp. 181-193.
- Wagner, Baldur (2000). *Economía social de mercado en Alemania: orígenes históricos, principios básicos y reformas necesarias*. Santiago de Chile: Konrad Adenauer Stiftung.

- Weber, Max (1998 [1922]). “Tipos de dominación”. En *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2006 [1918]). *El político y el científico*. Buenos Aires: Prometeo.
- Weltman, David (2003). “The pragmatics of peremptory assertion: An ideological analysis of the use of the word just in local politicians denials of politics”. *Discourse & Society*, vol. 14, n° 3, pp. 349-373.
- Whittier, Nancy (1997). “Political generations. Micro-cohorts, and the transformation of social movements”. *American Sociological Review*, vol. 62, n° 5, pp. 760-778.
- Wiley, Joseph (1998). “Institutional arrangements and the success of new parties in old democracies”. *Political Studies*, vol. 46, n° 3, pp. 651-668.
- Wolton, Dominique (1998a). “Las contradicciones de la comunicación política”. En Gauthier, Gilles, André Gosselin y Jean Mouchon (eds.), *Comunicación y política* (10). Barcelona: Gedisa.
- (1998b). “La comunicación política: construcción de un modelo” en Ferry, Jean-Marc *et al.* (comps.), *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.
- Wright Mills, Charles (1993). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zanatta, Loris (1999). *Perón y el mito de la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Zaplana, Eduardo (1999). *La España de las oportunidades*. Resoluciones aprobadas en el XIII Congreso Nacional. Madrid: Partido Popular.
- Zicolillo, Jorge (2013). *La era de los culatas: la derecha peronista y el patoterismo sindical*. Buenos Aires: Javier Vergara.
- Zinn, Ricardo (1976). *La segunda fundación de la República*. Buenos Aires: Pleamar.
- Zuckerman, Alan S. (ed.) (2005). *The social logic of politics: Personal networks as contexts for political behavior*. Philadelphia: Temple University Press.
- Zweig, Konrad (1980). *The origins of the German social market economy: The leading ideas and their intellectual roots*. Londres: Adam Smith Institute.
- Žižek, Slavoj (ed.) (1994). *Mapping ideology*. Londres: Verso.

Fuentes

Diarios

Ámbito Financiero, Clarín, La Nación y Página/12, Perfil.

Revistas

Anfibia, Crisis.

Instituto Verificador de Circulaciones (IVC) (2015) *Argentina. El boletín*, enero.

Sitios web

Blog de Andy Tow (<http://www.andytow.com>).

El Parlamentario (<http://www.elparlamentario.com>) .

Fundación Pensar (<http://www.fundacionpensar.org>).

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (<http://www.buenosaires.gob.ar>).

Latin American Public Opinion Project (<http://www.vanderbilt.edu/lapop/>).

Latinobarómetro (<http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>).

Ministerio del Interior y Transporte de la Nación (<http://www.mininterior.gov.ar>).

Noticias Urbanas (<http://www.noticiasurbanas.com.ar>).

Poder Judicial de la Nación (<http://www.pjn.gov.ar>).

Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (<http://www.tsjbaires.gov.ar/>)

Notas biográficas de los autores

Luciana Arriondo

Estudiante avanzada de la Licenciatura en Estudios Políticos en la Universidad Nacional de General Sarmiento, fue becaria del Consejo Interuniversitario Nacional en su programa de Estímulo a las Vocaciones Científicas. Es integrante del equipo de investigación sobre élites políticas argentinas del Área de Política del Instituto del Desarrollo Humano, UNGS.

Juan R. Grandinetti

Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Cursó la Maestría en Ciencia Política del Instituto de Altos Estudios Sociales en la Universidad Nacional de San Martín y es estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA. Se desempeña como becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y de la Universidad Nacional de Avellaneda y es docente de la carrera de Sociología de la UBA. Participa del equipo de investigación sobre élites políticas argentinas del Área de Política del Instituto del Desarrollo Humano, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Gabriela Mattina

Licenciada en Ciencia Política y doctoranda en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Ha sido becaria de posgrado del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y se ha desempeñado como docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Se encuentra preparando su tesis doctoral, la cual se enfoca en los mecanismos de construcción de liderazgos políticos en la Argentina reciente, a través del estudio del caso de Mauricio Macri entre 1995 y 2013. Participa del equipo de investigación sobre élites

políticas argentinas del Área de Política del Instituto del Desarrollo Humano, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Sergio Daniel Morresi

Doctor en Ciencia Política por la Universidade de São Paulo (USP), actualmente se desempeña como investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y como investigador-docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Es autor de libros y artículos de teoría política, análisis sociopolítico e historia reciente, como *La nueva derecha argentina y la democracia sin política* (2008), *Saber lo que se hace: expertos y política en Argentina* (2011, junto con Gabriel Vommaro), “El otro rostro del liberalismo: igualdad y mayoritarismo político” (*Anacronismo e Irrupción*, IIGG-UBA, 2013) y *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar* (en coautoría con Gabriel Vommaro y Alejandro Bellotti).

Gabriel Vommaro

Doctor en sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales, investigador-docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Coordina la carrera de Estudios Políticos en la UNGS. Trabaja en temas de cultura y prácticas políticas en la Argentina de la postransición democrática. Entre sus publicaciones se encuentran: *¿Lo que quiere la gente? Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*, *Mejor que decir es mostrar. Medios y política en la democracia argentina, Diccionario del léxico corriente de la política argentina. Palabras en democracia (1983-2013)* (editado junto con Andreína Adelstein) y *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar* (en coautoría con Sergio Daniel Morresi y Alejandro Bellotti).